LA GUERRA DE LOS CIELOS

VOLUMEN 3

FERNANDO TRUJILLO · CÉSAR GARCÍA

LA GUERRA DE LOS CIELOS

VOLUMEN 3

Fernando Trujillo Sanz

César García Muñoz

KINDLE EDITION

http://www.facebook.com/fernando.trujillosanz

nandoynuba@gmail.com

http://www.facebook.com/cesarius32

cesarius32@hotmail.com

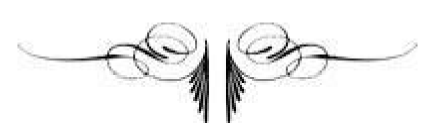
Diseño de portada

Alberto Arribas

Edición y corrección

Nieves García Bautista

CAPÍTULO 1



A veces, demasiadas, le costaba recordar quién era cuando se despertaba. Era un soldado, el capitán Richard Northon, aunque todos lo llamaban Rick. Pero acordarse de su identidad y su vida pasada no lo ayudaba a soportar la idea de que se encontraba en el Infierno.

Había deseado con todas sus fuerzas que se tratara de un sueño, de la peor pesadilla que hubiera padecido jamás, pero no, seguía allí. Había despertado en medio de aquella oscuridad impenetrable y eterna, casi sólida. Lo cierto era que bien podía seguir durmiendo porque no apreciaba diferencia entre tener los ojos abiertos o cerrados. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido? No podía saberlo. Nunca había luz. El único cambio que experimentaba era quedarse dormido de vez en cuando, pero no sabía por cuánto tiempo ni con qué frecuencia lo hacía. Y despertarse era entrar en un mundo negro y frío, siempre con temblores y sacudidas dolorosas, con el cuerpo perpetuamente entumecido.

El frío era la otra gran constante del Infierno. Rick ya ni siquiera recordaba qué era el calor. Moverse dolía, respirar era una tortura, pensar suponía un esfuerzo desgarrador.

Logró calmarse lo suficiente para ver que había una diferencia en esta ocasión: se encontraba solo. Raven no estaba a su lado, como siempre, manteniéndole con vida, transmitiéndole un calor que él no percibía, pero que, según le habían explicado, era lo único que impedía que sus funciones vitales se colapsaran y se congelara inmediatamente.

No debía moverse. No tenía ni idea de cómo lo sabía pero era un certeza, alguna parte de su subconsciente le ordenaba permanecer quieto y no hacer ruido. Rick obedeció, aunque tampoco hubiera sabido a dónde ir. Era imposible sentirse más indefenso.

Bajó la cabeza para ver si esta vez lograba verse las manos. Y lo que vio fue luz. Un pequeño círculo de llamas que le rodeaba. El fuego era silencioso y alargado, muy fino, como un hilo, el círculo que trazaba era perfecto, la luz que emitía apenas existente, solo alcanzaba para que Rick pudiera ver la punta de sus botas. Las llamas no eran uniformes, brillaban con más intensidad en diferentes puntos del círculo, oscilaban de un modo peculiar. Rick reconoció que eran de Raven.

Pensó que, tal vez, su visión era más sensible al fuego que creaban los ángeles y los demonios, porque eso era prácticamente lo único que había visto desde que estaban en el Infierno. El resto solo era oscuridad, al menos para él. Lyam, el ángel sanador, le había

explicado una vez que el fuego tenía gran cantidad de matices que lo convertían en único. Su luz, la longitud de las llamas, el brillo, el modo de moverse... Había muchos detalles que distinguían un fuego de otro. Rick no entendió la inmensa mayoría de aquellos detalles, pero por lo visto sus ojos, sí, y ahora era capaz de diferenciar quién había creado una determinada línea de fuego, tal y como hacían ángeles y demonios. Supuso que todo era cuestión de práctica, dado que no había tenido nada más en qué fijar la vista.

De repente retumbó un sonido corto y deforme. Un fogonazo creció y se extinguió en menos de un segundo, moviendo la oscuridad, tal vez cerca, tal vez a kilómetros de distancia.

—¡Quitádmelos!... ¡Están por todas partes!

Rick no distinguía las voces. El frío del Infierno distorsionaba los sonidos hasta hacerlos espantosamente confusos. Para él, Raven, Nilia y Lyam hablaban igual; si no veía sus bocas, no sabía quién se dirigía a él en un momento dado, aunque sí entendía lo que le decían. Con Yala no tenía ese problema porque apenas hablaba, al menos en los escasos momentos en que él permanecía consciente.

—¡Cuidado! ¡Raven! ¡Para, maldita sea!... ¡A la derecha o chocarás conmig...!

El suelo vibró. Ahora sonaban siseos y aullidos largos y agudos, y en medio de la confusión, varios gemidos. Se formó un nuevo foco de luz muy cerca, a menos de dos metros. Rick distinguió una mano envuelta en llamas. Raven debía de haber tropezado con alguien y habían caído ahí mismo, a su lado. Finalmente, no lo habían dejado solo, como había temido. Estaban ahí, aunque no podía verlos.

—¡Lyam! Deja a Raven y cúrame.

—No es culpa mía. El menor se ha vuelto loco... Creo que iba hacia Rick..

—¡Levántate, idiota! ¡Te he dicho que me cures! Raven se las apañará solo.

La mano de fuego que Rick había visto desapareció. De nuevo, todo era oscuridad. Rick captaba algunos movimientos que no podía comprender, como si la negrura fuera sólida, como si fuera posible que hubiera algo más oscuro que el negro absoluto. Acaso solo creía ver aquellas formas de contornos confusos, irreales, que se desplazaban de un lado a otro sin cesar, a velocidades increíbles.

—Por Dios Santo, ¿qué son estas cosas?

—Si no me curas de una vez, te juro que os mataré a los dos...

Dos líneas de llamas surgieron de la nada y trazaron un símbolo rapidísimo, pero el fuego se fue extinguiendo según aparecía, por lo que duró solo lo suficiente para extenderse unos centímetros. Aquella runa le resultó familiar. Rick supo que las dos líneas pertenecían a los puñales de Nilia.

Algo rugió a su lado.

—Detrás de la runa. Deprisa.

—¿Y Yala?

—Espero que siga vivo. Te he dicho que me cu... Eso está mejor. Ahora sigue pendiente de mí o no lo contaremos. Si Raven no se calma, noquéalo. ¿Está claro?

—¡Espera! Si vas sola, te matarán. Lunática... No entiendo cómo puedes seguir viva... Raven, para de una vez...

Rick oyó un alarido femenino que no era posible confundir. Nilia chillaba no de dolor, sino de rabia, debía de estar completamente enfurecida, y quien quiera que los estuviese atacando debía de ser muy fuerte para poder soportar la ferocidad de Nilia. El alarido se alejó.

Algo grande cayó cerca del círculo de fuego que le rodeaba. Rick se agachó y vio que era Raven. Su nariz estaba lo bastante cerca de las llamas para que su forma se recortara con claridad. Estaba inconsciente.

—¿Qué haces, rubio? ¡Te he dicho que no los mates!

Estallaron detonaciones, acompañadas de fogonazos y chisporroteos. Sonaban también jadeos y gruñidos, el fuego surgía de todas partes, cortaba la oscuridad o chocaba contra ella, y en raras ocasiones la hacía retroceder. La oscuridad regresaba siempre.

Rick no supo cuánto tiempo pasó hasta que todo quedó en silencio. Raven seguía tendido en el suelo y nadie movía su cuerpo. No sabía si eso era una buena o mala señal.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

No obtuvo respuesta.

Entonces la cabeza de Raven se giró hasta quedar boca arriba. Por un fugaz instante, Rick pudo ver a Lyam tendido sobre él.

—Déjale. Está bien.

—Tengo que curarle...

—A nosotros, idiota. ¿O prefieres que no estemos recuperados si vuelven?

—Está bien. ¡Yala! Tienes las dos alas rotas...

—Porque es tan estúpido como tú. Os he dicho que no saquéis las alas en este lugar, pero no me hacéis caso. Todo esto ha sido por vuestra culpa, angelitos. Si lo volvéis a hacer, os las cortaré a los dos.

—Es un acto involuntario. Yo...

—Pues contrólate. Lo tuyo es curar. Céntrate en eso. ¿Crees que vamos a sobrevivir si seguís así? Aquí no hay segundas oportunidades, Lyam. Espabila o moriremos todos. Y tú, Yala, ¿eres

sordo? Te he dicho que no les mataras.

—Habrían llegado hasta Rick. No tenía elección...

—¡La tenías! Bastaba con arrojarles al agujero, matarlos es mucho peor. ¿Es que no entendéis nada?

—¿Quieres que le dejemos morir, Nilia?

—Tú no te metas, Lyam. Con que cures es suficiente, y si de paso cierras la boca, mucho mejor. Es el rubio el que me preocupa, que se supone que sabe luchar. ¿De verdad pensáis que vamos a salir todos vivos de aquí? El menor es un lastre.

—Me meto donde me da la gana. Estamos todos vivos, así que preocúpate de guiarnos y no me digas cómo debo curar. Tú solo sabes matar.

—Idiotas...

Debieron de alejarse porque Rick no pudo oír nada más. De nuevo se quedó envuelto en la oscuridad y el frío, en una soledad que le hacía sentir desnudo. El tiempo le parecía eterno sin nada que ver o tocar, solo soportando un frío desgarrador. Miraba continuamente al suelo porque aquel pequeño círculo de luz era lo único que le separaba de la nada y le ayudaba a mantener la cordura.

Hasta que dos botas aparecieron tan cerca que casi pisaron las llamas. Rick alzó la vista y vio el rostro perfecto y algo pálido de Nilia, solo el rostro. Su cabello negro se fundía a la perfección con el entorno y su cuerpo no era más que una colección de curvas separadas que moldeaban la oscuridad.

—Tú eres un militar, Rick. Dime, ¿qué hacéis cuando un soldado pone en peligro una misión?

—¿Qué eran esas cosas que nos atacaron?

—Nada que puedas comprender. Responde.

Rick sabía que se refería a él, a cómo su presencia les ponía a todos en peligro. Contestó con sinceridad, con el mismo rigor que siempre había conducido su vida.

—Nunca he abandonado a un compañero en combate.

—Admirable. Te creo. —Los ojos negros de Nilia, que estaban más cerca de lo que Rick recordaba haberlos tenido jamás, no parpadearon ni una sola vez—. Supongo que hace falta valor para no dejar a nadie atrás, aunque la misión peligre. Sé que has pasado por varias guerras, así que no tengo que explicarte lo que es arriesgar la vida o ver morir a compañeros. Voy a asumir que comprendes hasta cierto punto dónde nos encontramos, lo suficiente para darte cuenta de que esto no es una de tus misiones.

—Sé que estamos en el Infierno, pero nada más. Reconozco que no puedo aportar nada en este lugar.

—Valor y humildad. Ahora veamos si también hay alguna dosis de estupidez. Dices que no has abandonado nunca a nadie, pero ¿y si fueras tú el que está poniendo en peligro a los demás? Tus compañeros actúan como tú, no te dejan atrás y se ponen todos en peligro por tu culpa. Sus ideas no les permiten hacer lo que deben para salvar sus vidas. Así que solo tú puedes poner remedio a la situación. ¿Qué harías?

—¿Estás pidiéndome que os abandone? Pero yo solo...

—Morirás. Y muy rápido. Pero les salvarás a ellos. ¿Y bien? ¿Tienes el valor de hacer lo correcto o les condenarás a morir en el Infierno?



—A ver si lo he entendido bien. —Jack Kolby se reclinó en el asiento y dejó escapar el humo entre sus labios mientras hablaba—. Has dejado morir a miles de menores, como nos denomináis, y me has ocultado información deliberadamente a pesar de nuestro acuerdo. Vamos, que me has engañado. Y todo para encerrar a los ángeles y a los demonios en el Cielo a esperar que se maten entre ellos. Es decir, que nos has engañado a todos, sin excepción. Bueno, así, al menos, no me siento tan estúpido... Por cierto, no te molesta que fume, ¿verdad?

Sirian negó con la cabeza. Jack no pudo precisar si el sonido que emitió era un suspiro o un bufido, pero tampoco le importó. El ángel ocultaba su rostro tras un vendaje tosco que le cubría toda la cabeza, pelo incluido, de modo que solo sus ojos violetas quedaban a la vista. La voz sonaba un tanto apagada y distante debido a la tela que tapaba su boca.

—No tenía otra opción —explicó Sirian—. La guerra os habría aplastado si llegaba a extenderse por vuestro mundo...

—¿Te ha dado la impresión de que me quejaba? —preguntó Jack. Sacudió la ceniza del puro y luego se llenó el vaso de un licor excelente, desconocido para él, con un sabor parecido al coñac—. No te ofrezco porque con esas vendas en la boca no creo que puedas beber. Bien, a lo que íbamos, yo no expresaba ninguna queja. Es cierto que me duele un poco el orgullo porque no me gusta que nadie me manipule, ni siquiera un ángel, pero me descubro ante tu plan. Poca gente es capaz de darle la vuelta a una situación como lo has hecho tú, siendo tan solo unos pocos de esos neutrales. Por lo que me has contado, y viendo lo que Tanon te hizo en la cara, sois odiados por los dos bandos, y tan escasos que no teníais ninguna posibilidad en una confrontación abierta. Sin embargo, se la has jugado bien a todos. Debes de sentirte genial, ¿a que sí?

—Mis hermanos..., mis amigos, mis seres queridos... se están matando en una guerra y destrozando nuestro hogar. Me siento de cualquier modo menos genial.

—Trataba de ver el lado positivo —replicó Jack encogiéndose de hombros—. Siempre lo hay.

Sirian sacudió la cabeza cuando el humo del puro de Jack formó una nube a su alrededor.

—Piensas que te he manipulado. Puede que sea cierto, pero ha sido por vuestro bien. Hay cosas que no puedes entender todavía, Jack, ni aunque seas el único menor... perdón, ser humano, que sabía que la Onda se iba a producir. No puedes comprender el alcance del peligro al que nos enfrentamos. Si te lo hubiera dicho y nos hubieran descubierto por alguna indiscreción, habríamos fracasado. Es demasiado lo que está en juego.

Jack llevaba mucho tiempo esperando conocer al ángel que lideraba a los neutrales para ver hasta qué punto su socio le era de utilidad. La primera impresión fue algo decepcionante. Sirian estaba medio muerto, con la cara completamente desfigurada, a pesar de ser un sanador. Pero Jack había aprendido hacía mucho, desde antes de la Onda, que las primeras impresiones no sirven de nada. Contuvo la rabia que sentía por haber sido manejado como un simple peón y escuchó con mucho interés, midiendo cada palabra, calculando, descifrando más de lo que el ángel le contaba. Y no tardó en desvanecerse aquella primera impresión.

Sirian era, sin duda, inteligente, como cabía esperar de alguien que no solo había sobrevivido, sino que además parecía haberse colocado en la mejor posición, habiendo partido de la situación más desfavorecida. También era condenadamente reservado. No adoptaba una actitud superior ni exigente, sino que se limitaba a exponer sus ideas con aparente naturalidad. Lo que más molestó a Jack fue la venda que ocultaba su rostro deforme. Escondía a la perfección sus gestos y expresiones, y los ojos no bastaban para deducir lo que podría estar pensando. Jack estaba acostumbrado a analizar a las personas al completo, incluyendo las señales no verbales que transmitían el cuerpo y la cara.

—Entiendo más de lo que crees —dijo tras apurar el vaso de un trago—. He pasado por varias guerras y me gusta tomar mis propias decisiones. Deberíamos repasar los problemas que hay en tu plan, Sirian.

—¿Problemas?

—Sí, veo varios. Para empezar, ¿hasta qué punto podemos confiar en que esa niebla petrificada les mantenga encerrados?

—En principio no es posible atravesarla, solo el Viejo podría deshacer el bloqueo para que vuelva a su anterior estado. Pero es cierto que la Onda ha trastocado muchos elementos de la existencia y ya nada es como antes. De lo que estoy absolutamente seguro es de que, si hay un modo de retirar la niebla, nadie lo conoce, y todos estarán muy ocupados con su guerra para preocuparse por ello.

—Excepto los demonios que se han quedado fuera —apuntó Jack.

—Por eso debemos actuar con rapidez.

—No tan deprisa —repuso Jack, levantándose de la silla—. Debemos proceder con cerebro. —Se alejó un paso, pero volvió. Se sirvió otra copa, dio un trago, apagó lo que le quedaba del puro y se encendió otro. Todo en menos tiempo del que parecía posible—. ¿Ves lo que hago? Es porque estoy nervioso. Y casi no me quedan puros. No te importa que pasee un poco, ¿verdad? —El ángel negó con la cabeza, mientras sus ojos violetas seguían a Jack en su errático deambular alrededor de la mesa. Una pequeña estela de humo gris le acompañaba por encima de la cabeza —. Verás, el problema principal es que no me fío de ti, Sirian. Nadie en su sano juicio lo haría. Has traicionado a tu propia raza y has dejado a Susan allí encerrada. A saber qué le harán los demonios cuando la encuentren. Digamos que no me siento cómodo teniéndote como aliado.

El ángel no mostró ninguna reacción visible ante las palabras de Jack, tampoco su voz, que sonó igual de tranquila que siempre.

—Susan sabía cuál era su misión y la aceptó voluntariamente. Ella se sacrificó por todos nosotros. Eso debería darte una idea del alcance de nuestro compromiso.

—La idea que me da es que tienes un plan oculto que no me cuentas. Ahí es donde reside tu verdadero compromiso. Y cuando te convenga, me apuñalarás por la espalda como has hecho con los ángeles y los demonios. Luego vendrás con esos ojos violetas y me dirás que era por mi bien, que no puedo comprender ciertas cosas. —Jack hizo una pausa, miró al ángel para darle la ocasión de refutar su declaración, pero Sirian le observaba en silencio—. En definitiva, no estoy de acuerdo con cómo está funcionando nuestra relación. Me necesitas, a mí y a mis hombres, y no voy a cooperar más hasta que me cuentes todos los detalles. Si no eres capaz de explicarte lo suficientemente bien para que te comprenda, ese es tu problema. Yo no pienso seguir a ciegas.

Jack estaba demasiado tenso para dejar de pasear, pero cruzó los brazos sobre el pecho y clavó una mirada severa en el ángel, parcialmente oculta por el humo del puro.

—No deseo discutir contigo, Jack. Te necesito, eres un hombre de recursos que sabe manejar a los demás, pero no eres imprescindible. Otro podría ocupar tu lugar.

—Pienso lo mismo de ti. Aún tengo hombres en las cercanías de Londres y pueden informar a los demonios de lo que has hecho y dónde encontrarte. Apuesto a que estarían encantados de tratar conmigo.

—Es un farol. —Las vendas del ángel se estiraron, lo que hizo pensar a Jack que sonreía—. No eres tan estúpido como para no temer a los demonios. Sabes muy bien de qué son capaces.

—No veo tanto problema con ellos. Para empezar, son más sinceros. Si tuviesen un problema conmigo me lo dirían a la cara, pero no lo tienen. Tú mismo me has explicado que no les importamos en absoluto. Si no interferimos, ni siquiera nos dedicarán una mirada. Para ellos somos insectos. Lo único que quieren es matar a sus carceleros y asegurar su libertad. Así que nos ignoran porque no les molestamos ni les perjudicamos, pero ¿y si yo les ayudara? ¿Y si negociando conmigo consiguieran llegar hasta ti y tus secretos ocultos en Stonehenge?

—Ni siquiera tú te crees lo que estás diciendo. Puede que en cierto modo tengas razón y un

trato con los demonios no te perjudicaría... hasta que ellos ganaran la guerra. Luego ibas a aprender de verdad cómo negocian los demonios. Eso suponiendo que accedieran a hacer algún trato contigo en vez de sacarte la información por métodos que no te gustaría descubrir.

—Tal vez me convenga intentarlo. No he llegado hasta mi posición actual sin correr riesgos. Cuando la recompensa merece la pena...

—¡Ya basta! —Sirian se levantó de repente. Jack sostuvo su mirada, estudiando la primera reacción espontánea que mostraba el ángel—. Estamos en el mismo bando aunque insistas en aparentar que no lo ves del mismo modo. Tú también tienes tus secretos. No te he dicho nada porque no tenemos tiempo que perder. Pero si lo que quieres es que nos enfrentemos, por mí, de acuerdo. Dime, Jack, ¿por qué no me dijiste que sabías quién era Raven? Fingiste para que Susan no me informara, pero tú lo conocías de antes de la Onda.

Jack dio una calada larguísima a su puro para ganar tiempo antes de responder. No esperaba que Sirian estuviese al corriente de ese detalle.

—No lo reconocí inmediatamente. Ha cambiado mucho, han pasado años y creí que había muerto en la Onda.

—¿Quién está mintiendo ahora?

—Verás, Sirian, piensas que te he manipulado. Puede que sea cierto, pero ha sido por vuestro bien. Hay cosas que no puedes entender todavía, ni aunque seas el único ángel... Digamos que tras tantos milenios de cautiverio, no comprendes del todo a los menores.

Jack le echó en cara sus propias palabras a modo de escudo, pero lo cierto era que su determinación flaqueaba. Ya no se sentía tan seguro. Y debía ocultárselo al ángel para no perder su sitio en aquella negociación. Fumó más deprisa, rompiendo la línea visual constantemente con el puro y el humo, utilizándolos para enmascarar sus expresiones, como Sirian hacía, conscientemente o no, con el vendaje de su rostro.

—Sigue jugando. —Esta vez Sirian dejó ver claro su enfado—. No voy a perder más tiempo contigo. Si no entiendes la gravedad de la situación, es tu problema. Decide si quieres seguir adelante o no. Pero que sea ahora. Si quieres retirarte, encontraremos a otro. Nos separaremos sin rencores.

—¿Y renunciar al mundo así, sin más? De ningún modo. Me quedo. Y tienes razón. Basta de juegos. Quiero saber ahora mismo en qué consiste el plan o mis hombres no participarán. Tú tendrás que controlar a Gordon y a los demás. Sé que cuentas con la estupidez de mi gente a tu favor, cosa que no me extraña. Si antes de la Onda ya eran propensos a tragarse cualquier cosa que un idiota pregonara en nombre de Dios, sin la menor prueba, puede que solo tengas que sacar tus alas y les convencerás de lo que quieras. Pero a mis hombres, no. Y tengo la sospecha de que prefieres seguir en el anonimato por si los demonios deciden buscarte.

—Ya te he dicho que no quiero manipular a nadie. Te quiero a ti porque eres la mejor opción.

—Excelente. Empecemos por el telio. Vas a enseñarme a manipularlo.

—Lo haré. Tienes mi palabra.

—Entonces sigamos con el plan. Hay algún problema con la niebla, ¿a que sí? Una grieta, algo que...

Jack estuvo a punto de tragarse el puro por la sorpresa. Dos niños muy pequeños, vestidos con harapos, se acercaron a ellos muy deprisa. Estaban claramente nerviosos, jadeaban, se frotaban las manos mientras los miraban con los ojos muy abiertos.

—Vamos, díselo —dijo uno empujando a su compañero.

—Tenemos que decirlo a la vez, como los niños buenos —protestó el otro.

Sirian preguntó a Jack con la mirada, que se limitó a encogerse de hombros. Los dos niños se colocaron frente al ángel y tomaron aire.

—Hola, tío Sirian —recitaron a la vez, con una coordinación sorprendente—. ¿Puedes enseñarnos el Cielo? Capa nos ha dicho que eres un ángel bueno. Los ángeles buenos siempre cumplen su palabra y hacen lo que han prometido. No olvides el trato o pueden ocurrir cosas malas.

Luego se retorcieron en una reverencia grotesca.

—¿Habéis dicho el Cielo? —preguntó Sirian.

Los dos niños adoptaron una postura normal y asintieron.

—¿Hemos dicho bien la contraseña? Somos niños buenos, tío Sirian, lo prometemos.

Jack, que no sentía la menor gana de atender jueguecitos infantiles, dio un paso y se interpuso entre los chicos y el ángel.

—A ver, niños. Los mayores tenemos que hablar de cosas serias. ¿Por qué no os vais a jugar por ahí un rato?

—¡No! —Sirian rodeó a los niños por los hombros—. Venid, vamos a ver lo buenos que habéis sido.

—No lo dirás en serio —gruñó Jack—. Aún no hemos terminado.

—Tengo que ocuparme de un asunto de la mayor importancia. No tiene nada que ver con nosotros, pero no lo puedo posponer. Lo siento.

—Maldita sea. Así no se hacen las cosas. Me suena a excusa para no contarme la verdad. Hay un problema que no me has dicho y quiero saberlo ahora mismo.

Sirian pidió a los niños que se adelantaran, luego se volvió y miró a Jack fijamente.

—Desde luego que hay un problema. Y deberías haberlo deducido tú solo.

—Dices que no pueden escapar del Cielo, así que ya no tenemos de qué preoc...

—Ahora lo ves, ¿verdad, Jack? Si queremos asegurar nuestra supervivencia, el Cielo es el primer paso. El segundo y el último será mucho más peligroso porque no podré hacerlo yo solo. —El ángel hizo una pausa, pero Jack, que tenía los ojos desenfocados, no dijo nada—. No hay otro camino, Jack. Vamos a cerrar las puertas del Infierno.



—Yo le vi una vez así, en el Infierno, ¿os acordáis? Hará unos tres mil años... Cuando la alianza atacó su círculo...

—Eso fue mucho antes. Ahora nos contarás cómo contuvo él solo la invasión, pero yo estuve allí y la pura verdad es que tuvo suerte. Esas historias son una exageración que curiosamente siempre cuentan los que no vieron nada...

—¿Y a quién le importa todo eso? ¡Callaos los dos de una maldita vez! ¿Lleva en ese estado mucho tiempo?

—También yo le vi de esa manera en una ocasión, durante la primera guerra. Fue poco antes de atacar a los tres Justos y matar a uno...

—¡Que cerréis la boca! Tenemos que averiguar si se ha vuelto loco.

—Pues pregúntaselo si te atreves. Yo no pienso molestarle.

—Ni yo.

—¿Ha dado alguna orden concreta?

—No desde hace mucho, desde que... bueno, desde que está así...

Tanon oía las voces a su alrededor, pero no las escuchaba. Era vagamente consciente del entorno, de que por primera vez en miles de años no había sombras a su alrededor, ninguna, de que la temperatura era agradable, de que había vuelto al hogar. Los demonios que se arremolinaban cerca de él no eran más que borrones imprecisos, y los ángeles, el recuerdo lejano de una antigua amenaza.

El Barón de las Alas de Fuego estaba concentrado. Y cuando eso sucedía, la existencia misma se desvanecía, junto con todos los elementos de la Creación... Excepto su objetivo. Normalmente, cuando se concentraba con tanta intensidad y durante tanto tiempo, también

estaba furioso. Esta vez no era una excepción.

Tanon resoplaba y bufaba, cada vez con mayor velocidad, se movía de izquierda a derecha, su larga trenza castaña se balanceaba entre las alas de fuego que surgían de su espalda. Solo sus ojos permanecían fijos en su objetivo de manera invariable. Los demonios retrocedían cuando el barón, en su deambular aparentemente errático, se acercaba demasiado a ellos, se apartaban a toda prisa, murmuraban, a veces algunos caían al suelo. Luego regresaban a su posición cuando Tanon se había alejado, vigilantes, tratando de adivinar las intenciones del líder de los Caídos. Así llevaban muchísimo tiempo.

La respiración de Tanon ya estaba demasiado acelerada, de la nariz caían chorros de aire que removían las plantas. Las alas, completamente desplegadas, ardían con un brillo cegador, casi blanco, arrojaban chispas y pequeños tentáculos de fuego que a veces permanecían suspendidos en el aire durante horas. Estudiando aquellas llamas se podía determinar por dónde había estado caminando el barón, no solo la ubicación, también el recorrido que había seguido, pues las más antiguas conservaban un tono anaranjado, mientras que las más recientes eran tan blancas que casi podían pasar desapercibidas.

Al fin el barón se detuvo en medio de un baile de fuego. Tanon sentía la energía acumulada en su interior, mezclada con una rabia salvaje que no podía ni quería controlar. Aquella rabia provenía de lo más hondo, de un lugar que escapaba a su voluntad, donde residían los instintos más básicos y primitivos.

Tanon batió las alas, arrojando más llamas, apretó los puños y flexionó las rodillas. Resopló una última vez con una furia descontrolada. El bufido se fue transformando en un gruñido grave y creciente, luego en un rugido atronador. Después, la primera esfera tembló en su totalidad bajo aquel estruendo.

Los demonios huyeron despavoridos y, entonces, el Barón de las Alas de Fuego cargó contra su objetivo.

Puede que los menores describieran lo sucedido como una explosión nuclear. Se formó un hongo de humo, hubo una onda expansiva brutal que arrojó a los demonios que no se habían puesto a salvo a distancias difíciles de calcular, mucho más lejos de lo que algunos de ellos hubieran podido alcanzar si conservaran su antigua facultad para el vuelo. De modo que la comparación no era descabellada. Desde luego, ningún menor hubiese sobrevivido de encontrarse cerca.

La explosión tuvo lugar en la base del muro de niebla, ahora petrificado. El punto de impacto se había convertido en una masa de humo y fuego. Los primeros demonios en llegar dudaban si acercarse, se miraban sin saber qué hacer.

—¡Allí hay una grieta!

El que había hablado señalaba un punto elevado en el muro, por encima de la nube de polvo, donde discurría una línea negra entre la roca que no hacía mucho era niebla. La polvareda se fue

disipando poco a poco. En su retirada dejaba a la vista una mancha oscura en el suelo, más o menos circular, como un cráter. En el centro del boquete, junto al muro, se perfilaba la silueta de Tanon, que se levantaba entre un mar de llamas.

—No es una grieta. Es solo un jirón de humo.

Los demonios asintieron decepcionados. Tanon se sacudía los hombros mientras caminaba. Su cara estaba tan rígida como la roca que había contenido su embestida sin sufrir la menor mella. Los demonios se separaron para dejar paso al Barón de las Alas de Fuego, se miraban inquietos mientras le seguían en completo silencio.

Tanon caminaba de vuelta a las ruinas de la Ciudadela, donde habían obtenido la primera gran victoria, ni muy rápido ni muy lento. Luchaba consigo mismo por contener la rabia, resoplaba furioso, su trenza saltaba sobre la espalada. Era la segunda vez que le encerraban y no le gustaba.

—Informad —gruñó sin detenerse—. ¿Alguna novedad?

—Capa sigue desaparecido —dijo un demonio—. Nadie sabe nada de él. A Nilia, la última vez que la vieron, estaba peleando con Yala.

—Es mala señal que no haya vuelto —añadió otro.

Tanon percibió con desagrado el tono demoledor. No podía negar que él también tenía sus dudas. Yala era condenadamente fuerte y, aunque Nilia era letal, sería una estupidez asumir que había acabado con los gemelos. Sin embargo, no estaba dispuesto a que la duda creciera entre los suyos.

Se detuvo de repente y se volvió. Había más demonios de los que creía siguiéndole sus pasos.

—¿Alguno de vosotros se atrevería a medirse con Nilia? —Nadie contestó, algunos incluso desviaron la mirada—. Todos la hemos visto luchar, tanto aquí como en el Agujero. Y si esos malditos ángeles me inspiraran la menor simpatía, sentiría lástima de los que se hayan puesto al alcance de sus puñales. ¿De verdad pensáis que un par de melenas rubias y afeminadas bastan para acabar con ella? ¡Estamos hablando de Nilia! ¡Nuestra Nilia! Que se introdujo ella sola en la Ciudadela. Si no está ahora con nosotros, estará descuartizando ángeles. —Los demonios mostraron su conformidad con un rugido y un feroz batir de alas—. Pronto volverá y nos contará a cuantos ha matado. ¡Y no será una cifra pequeña! Avisadme en cuanto aparezca. ¡Y buscad a Capa! No quiero que paréis hasta que me lo traigáis o encontréis su cadáver.

Tanon, satisfecho del efecto que sus palabras habían causado, retomó la marcha. Recorría el mismo camino que tomaron cuando llegaron a través del portal para atacar por sorpresa. Según avanzaba, el lugar estaba exactamente igual, pero en las proximidades de la Ciudadela, los primeros cadáveres no tardaron en aparecer. Algunos ángeles, desesperados al ver que ya no podrían ganar aquella batalla, habían huido, probablemente con la intención de cruzar la niebla y escapar. Los demonios les habían dado caza. Había cuerpos despedazados por todas partes,

algunas runas todavía ardían en el aire, sus trazos de fuego flotaban allí donde se habían producido los enfrentamientos más brutales.

Tanon apenas se fijó en el paisaje, cavilaba sobre cómo romper el bloqueo.

—¿Algún viajero ha encontrado el modo de cruzar la niebla?

Se dio cuenta de que ni siquiera sabía si había alguien cerca para responderle, absorto como estaba en sus pensamientos.

—Creo que ha quedado claro que es imposible. —Lo dijo una voz con la que Tanon no tenía ganas de discutir. Pertenecía a un demonio llamado Asler que había cobrado demasiada importancia desde la batalla de la Ciudadela—. Ni siquiera tú has podido romper esa barrera.

—Si es todo lo que vas a decir, mejor no me molestes. Seguro que tienes tareas que atender.

Tanon sabía que Asler no se marcharía. El demonio había ganado muchos seguidores desde que Urkast muriera y dejara libre el puesto de barón en el clan más numeroso. Tanon estaba convencido de que Asler conseguiría ese cargo con toda seguridad antes o después. Asler era un buen luchador y tenía la suficiente inteligencia para saber que él debería haber sido barón desde un principio, en lugar de Urkast. Tanon no era el único que había advertido el brillo de envidia en sus ojos, el mismo brillo que cobró una intensidad deslumbrante cuando Urkast desapareció en el Agujero durante casi seis años y todos le dieron por muerto. Aquel brillo se extinguió cuando Urkast regresó, como Satán había predicho al no nombrar un sucesor, y debió de resurgir cuando Asler se enteró de que su rival había muerto en la Ciudadela.

El eterno aspirante había maniobrado con astucia desde entonces y había ganado un número considerable de seguidores. Estaba cobrando mucha importancia y lo sabía, porque de seguir así, pronto contaría con el apoyo del mayor número de demonios, al menos de los que ahora estaban encerrados en el Cielo.

—La verdad es que tengo algo más que decir —dijo Asler, acercándose a Tanon y adaptándose a su paso—. Nos hemos quedado aislados y, hasta que se resuelva la situación, creo que yo debería ocupar el puesto de Urkast.

—Yo creo que no —bufó Tanon sin mirarle.

Las ruinas de la Ciudadela asomaron tras una colina, tras unas columnas de humo que se retorcían y ascendían, envolviendo los escombros que flotaban en el aire. Entre el humo y los cascotes, había restos de antiguas runas en forma de llamas que ardían silenciosas. El conjunto estaba tan derruido, que apenas era posible reconocer los antiguos cinco niveles en los que se estructuraba la Ciudadela.

—Hemos perdido a Urkast y Stil ha sido capturado —insistió Asler—. Hasta que restablezcamos el contacto con los que se quedaron en el Agujero, eres el único barón que queda.

—Asler, no es el momento de ambiciones estúpidas. ¿Has olvidado a qué hemos venido? La

guerra no ha hecho más que empezar. Que hayamos ganado la primera batalla no significa nada.

—Y tú no deberías ser el único que tome las decisiones, Tanon. Nosotros no funcionamos así, por eso había seis barones, además de Dast, al que todos siempre consideramos el séptimo.

Ahora Tanon sí lo miró mientras caminaban.

—¿Piensas que los demonios que no son de mi clan no me seguirán?

—Al contrario. Acabas de matar a Onos ante todo el mundo, que puede que fuese al ángel más fuerte de todos. Tu popularidad ha crecido más que nunca, Tanon, y eres el mejor guerrero, nadie lo pone en duda. Ese es precisamente el problema. Si tú caes, nos quedaremos sin ningún líder. Eres demasiado importante.

Definitivamente, Asler no era ningún estúpido. Tanon reconoció que sabía cómo disfrazar sus ambiciones personales y enmascararlas tras el bien común, una maniobra política que Tanon detestaba. Sin duda, esa labia era la responsable de que crecieran sus seguidores.

—El problema es que no todos pueden ser barones y menos en medio de una guerra. Mi fama y yo no consideramos que sea tu momento; tal vez cuando termine la guerra. Mientras tanto, obedecerás. Y voy a decirte dos cosas importantes que espero que no se te olviden. La primera es que yo no voy a caer, tenlo claro. La segunda es que nuestras disputas internas terminaron cuando la Onda abrió el Agujero. Ahora estamos unidos por un destino que todos tenemos bien presente. Pensar que la muerte de uno de nosotros, aunque sea la mía, nos pondría en peligro es un insulto y una debilidad.

—Yo no soy débil y no voy a consentir que nadie ponga en duda mi valor —aseguró Asler. Tanon se mantuvo impasible, reflexionando que debía de haber una razón para que Asler le hablara de un modo tan temerario—. Has presionado demasiado a nuestro clan con la excusa de que el tuyo es el más numeroso. Nosotros hemos soportado la peor parte de la batalla y hemos sufrido las mayores bajas. Fue uno de los nuestros el que suplantó a Diago para sabotear la torre y oscurecer la Ciudadela. Mi clan se merece un reconocimiento.

—No es tu clan. Sigue siendo el de Urkast aunque haya muerto, al menos hasta que se nombre un sucesor. Y mientras estemos aislados de los demás barones y no recuperemos a Stil, acatarás mi voluntad. Tus ideas nos perjudican, Asler. Tu forma de hablar nos recuerda que estamos divididos en clanes y las diferencias que nos llevaron a luchar entre nosotros cuando estábamos encerrados. Si agitas de nuevo esas ideas separatistas, crearás un problema interno y yo me veré obligado a solventarlo por nuestro bien. —Tanon se detuvo justo delante de Asler, muy cerca, y clavó sus ojos en los del demonio—. Creo que puedes ser valioso, Asler, de verdad, que puedes ser un enlace decente con el clan de Urkast, que puedes ayudarnos a todos a mantener la unidad hasta que aplastemos definitivamente a los ángeles. Eso estaría bien. Pero también puedes ser muy molesto. Y no tengo ganas de averiguar si es por estupidez o ambición, pero no vas a perjudicarnos. Pórtate bien y deja de hacerme perder el tiempo, o me veré obligado a investigar la muerte de Urkast.

Asler, que había sostenido la mirada de Tanon razonablemente bien hasta ese momento, parpadeó varias veces.

—¿Qué quieres decir?

Tanon se acercó un poco más. Asler retrocedió un paso.

—Nadie vio cómo mataban a Urkast —dijo el barón con un tono de voz diferente, más bajo e intimidatorio—. Todos asumen que fueron los ángeles, pero yo no estoy tan convencido... Le arrancaron el ojo que le permitía ver por detrás...

—Eso es absurdo. No puedes creer...

—Es sospechoso que no haya testigos. Y también es sospechoso cómo ha mejorado tu posición desde su muerte, ahora incluso aspiras a ser barón.

—¡No puedes estar hablando en serio! —dijo Asler claramente alarmado, dando otro paso atrás—. Mientras quede un solo ángel vivo, ningún demonio mataría a otro. ¡No tiene sentido! No te creerían ni a ti, Tanon, si no tienes pruebas. Y no puedes tenerlas porque yo nunca traicionaría a los nuestros. Es cierto que en el pasado he hecho de todo, pero fue cuando todos pensábamos que ya nunca podríamos escapar. Después de la Onda nadie sería tan estúpido de matar a otro demonio.

Tanon sabía que Asler tenía razón en lo referente a matar a otro demonio, naturalmente, pero no suavizó la expresión de su cara.

—La charla ha terminado —dijo Tanon, dándose la vuelta y echando de nuevo a andar—. Encuentra a Nilia y a Capa. Yo me ocuparé de organizar lo demás.

—Pero hay una cosa...

—¡Ya me has oído!

—Muy bien, tú mandas —dijo Asler con falsa resignación—. Pensaba que a lo mejor querías que te contara cómo atravesar la niebla y romper el bloqueo.



Raven estaba tan desconcertado que no sentía miedo. La confusión llenaba por completo su mente, no quedaba lugar para otras emociones. El Infierno, absolutamente opuesto a como siempre lo había imaginado, era demasiado complicado para que lo pudiera comprender.

Sus sentidos normales no servían de nada, su visión no penetraba en la oscuridad, su oído no

descifraba los sonidos, no existían olores que pudiera reconocer. Sin embargo, percibía el entorno. Sabía que caminaban por una estrecha cornisa, siempre pegados a una forma gigantesca y retorcida que debía de ser algo así como una montaña. Aquella montaña siempre estaba a la derecha; a la izquierda se precipitaba el abismo, una caída a la que nadie podría sobrevivir. Sabía también cuándo tenía que agacharse o cuándo alargar el paso para no meter el pie en un agujero. Era consciente de la posición de sus compañeros, incluso más, percibía sus rostros y sus voces. Solo que no eran sus ojos los que le enviaban la información. De algún modo inexplicable, las imágenes se formaban en su cerebro, la información surgía allí, en su mente, se mezclaba y cobraba forma. Para aumentar su confusión, si cubría sus ojos no podía ver nada, es decir que su visión solo captaba oscuridad, pero alguna parte de su cerebro debía de apoyarse en ella para recrear el entorno hasta cierto punto.

La sensación de atracción que siempre tiraba de él, la misma que le arrastró hasta Londres en su momento, se había vuelto loca, bailaba en su interior como una tormenta caótica. Raven tuvo que aprender a ignorarla para no marearse, aunque por más que lo intentaba no podía suprimirla, siempre sentía algo en lo más profundo de su mente.

Caminaban en fila india. Yala abría la marcha, transportando a Rick sobre el hombro derecho. Raven, que iba segundo, transmitía al soldado calor a intervalos regulares para que no se congelara. En último lugar avanzaba Lyam, el sanador, uno de los ángeles que le había perseguido desde la Onda, convirtiendo su vida en una huida perpetua. Las circunstancias los habían obligado a colaborar para sobrevivir, pero cuando reinaba cierta calma, como ahora, Raven no podía evitar sentirse incómodo de tener a su acosador a su espalda.

Nilia había desaparecido, como de costumbre. Acostumbraba a adelantarse para explorar. Era sorprendente lo bien que se desenvolvía en aquel lugar. Era silenciosa y rápida, a veces aparecía detrás de ellos, o a un lado, decía algo o daba alguna indicación, y volvía a desvanecerse en la oscuridad. Raven no entendía cómo podía desplazarse de aquel modo por un camino tan estrecho como el que seguían. Ahora les había ordenado mantener silencio absoluto. Así que nadie hablaba. Nilia era muy estricta. Se enfurecía cuando no le hacían caso, los amenazaba y los insultaba, incluso en alguna ocasión llegó a golpearlos.

Lyam solía discutir con ella. A Raven no dejaba de impresionarle que aquel ángel pequeño se atreviera a contrariarla, pero lo hacía. El sanador se resistía a acatar sus órdenes con sumisión, sobre todo al principio, pero últimamente parecía decaído, tal vez cansado. Yala, en cambio, era una incógnita. Pasaba callado la mayor parte del tiempo. Cumplía las órdenes de cualquiera y su cometido principal era pelear. Soportaba la peor parte de los combates que mantenían con los moradores de aquel maldito lugar, aunque para Nilia no era suficiente. Siempre le recriminaba algo y le corregía, y dejaba bien claro lo decepcionada que estaba con él.

Siempre ascendían. El camino era una pendiente continua. Raven tenía la sensación de que si tropezaba y se caía de espaldas se pasaría toda la eternidad rodando hacia abajo. Lo peor era el precipicio que se hundía a la izquierda. Nilia les había explicado que la denominación de *Agujero* con la que los ángeles y los demonios se referían al Infierno no era una metáfora. Se trataba de una descripción literal de aquel plano de la existencia. El Infierno era un agujero

gigantesco y ellos ascendían por sus paredes en una espiral interminable.

Encontraron una runa en el camino. Las llamas verdes y estilizadas eran de Nilia. Yala grabó una runa idéntica un poco más atrás y se detuvieron en medio de los dos símbolos. Dejaron a Rick contra la pared de la montaña por si se movía en sueños y caía al agujero, o, lo que era más probable, por si sus temblores le arrastraban hasta el precipicio antes de que se dieran cuenta.

Lyam se sentó cerca del borde, con los brazos rodeando las piernas y la cabeza apoyada sobre las rodillas. Raven se sentó junto a él, aunque más hacia el interior.

—¿Podemos curar enfermedades mentales?

El pequeño ángel apenas movió los ojos para mirarle.

—¿Ahora quieres hablar conmigo? —dijo con un matiz despectivo—. Creía que me odiabas.

A Raven le sorprendió el comentario. No parecía propio de él.

—Yo pienso lo mismo de ti —Le dijo al ángel—. Me odias porque ayudo a Nilia, a tu enemigo, ¿no es eso?

—Como si me importara. Déjame en paz.

Lyam había cambiado. Raven lo vio con claridad y se preguntó desde cuándo. Al principio era diferente, se preocupaba por los demás, incluido Rick; de hecho, el soldado seguía vivo gracias a la insistencia del sanador en no abandonarle. Yala no se pronunciaba el respecto y Raven sabía que no podría oponerse a la voluntad de Nilia si llegaban a una situación límite. El sanador incluso se disculpó con él por haberle acosado tanto tiempo. Parecía sincero y comprensivo, razón por la que Raven quiso aceptar sus disculpas, pero aún le parecía pronto para olvidar una vida huyendo de él. Emocionalmente, necesitaba más tiempo.

Pero ahora Raven se había dado cuenta de que Lyam se mostraba cada vez más distante. Se preguntó si era algún efecto del Infierno. Si el ángel ya empezaba a dejar ver los primeros síntomas de hostilidad, aunque fuera en forma de comentarios llenos de desprecio, ¿cómo terminaría si su estancia allí se prolongaba? Puede que los demonios hubieran sufrido una transformación similar tras su largo encierro.

—Te lo preguntaba para ayudar a Rick —insistió Raven—. Me preocupa.

—El menor no está loco. Tú, sí.

Lyam nunca se había referido a ellos como menores, al menos, no delante de él. Raven obvió su tono y su actitud, consciente de que tenía que ayudar a Rick.

—Puede que no esté loco, pero algo le pasa. Tal vez una depresión. Intentó abandonarnos la última vez que se despertó. Temblaba tanto que no podía andar, casi ni hablar, pero creo que quería... saltar al vacío... Tal vez...

—Tal vez esté desorientado, no loco.

—¿Pero se puede curar la locura o no?

—¿Por qué no lo intentas y me dejas tranquilo? Tú eres el superhombre especial.

Lyam ni siquiera le miraba. Raven notó el calor de la rabia creciendo en su interior.

—¿Y tú eres un ángel? Debería darte vergüenza —escupió—. A lo mejor deberíais perder la guerra. Me dan ganas de...

—¿De qué? A ver cómo piensas amenazarme. Estoy muerto de miedo. ¿Qué sabrás tú lo que es un ángel? No hay más que verte para entender que no tienes ni idea. ¿Cómo decís vosotros? Ah, sí... Vamos, tipo duro. Dame tu mejor golpe.

No fueron sus palabras sino el tono lo que terminó de encender a Raven. Se levantó hecho una furia. Lyam ni se inmutó, lo que le enfureció más. Un ángel que se negaba a ayudar a un moribundo. Ese ángel, en particular, su perseguidor. Era más de lo que podía soportar...

—¡Siéntate! —Nilia surgió de la nada, cruzó la runa rápida y silenciosa, y se colocó junto a ellos en menos de un segundo—. Menos mal que os dije que estuvieseis en silencio.

Su presencia ejercía un efecto tranquilizador en Raven. Se sentía mejor cuando ella estaba cerca, su figura, su voz, el modo en que aquel lugar realzaba su belleza, invitando a imaginar las curvas que ahora solo asomaban entre la oscuridad. Pero sobre todo la confianza que transmitía. Nilia nunca dudaba, parecía segura de qué había que hacer en todo momento. Y eso, en medio del Infierno, era bastante tranquilizador.

—Trataba de ayudar a Rick —explicó Raven—, pero él no...

—El menor morirá pronto. Asúmelo o lo pasarás mal.

Lo dijo mientras echaba un vistazo alrededor. No debió gustarle lo que vio porque Nilia frunció el ceño. Yala estaba apostado tras la runa, con la empuñadura de la espada en la mano, pero sin sacar la hoja de fuego.

—Puedo mantenerle con vida, Nilia. Lo he hecho y...

—Pero no lo harás —le cortó ella—. Pronto tendremos mucho frío, incluso nosotros. Porque estamos en una zona cálida aunque no lo creas. ¿Recuerdas cómo llegamos aquí desde el Cielo? Esa especie de intersección que creó la Onda causa alguna clase de fricción que eleva la temperatura. Créeme, lo peor está por venir. Es imposible que el menor sobreviva.

Raven quería negarlo, rebatir el argumento de cualquier forma, pero no podía. No sabía nada del Infierno. Se sintió completamente inútil.

—Y eso te encantará, ¿verdad? —dijo Lyam levantándose—. Una carga menos de la que preocuparte.

—Me encantaría si no tuviera que cuidaros a todos, inútiles. ¿Quieres darle ánimos para que se preocupe por el soldado? Será peor cuando le vea morir. Antes o después uno de nosotros tendrá que matarle para aliviar su sufrimiento, pero sois todos demasiado débiles para entenderlo. Ya aprenderéis.

—Yo no voy a aprender nada de ti, Nilia. ¿Por qué no sacas tus dagas? ¡Vamos! —gritó. Nilia se volvió con preocupación—. Sí, he gritado. ¿Quieres silenciarme? ¡Hazlo!

Raven temió de verdad que lo hiciera. Nilia clavó una mirada tan fría y tan dura en el pequeño sanador, que retrocedió un paso, asustado, como si fuera dirigida a él. Lyam, en cambio, ni siquiera pestañeó.

Las dagas brillaron en las manos de Nilia.

—Lo haré —prometió—. Si no me dejas otra opción.

—Yo creo que no —dijo el ángel sorprendentemente relajado—. Me necesitas. Lo sabes muy bien. No se me ha olvidado que cuando encontremos a los tuyos nos matarás. Así que no puedo perder nada. Vamos, acabemos el suspense. Si vas a hacerlo, hazlo de una vez.

Nilia guardó las dagas.

—De momento estoy considerando arrancarte un brazo y metértelo en la boca para ver si te callas. ¿Te preocupa lo que viene después en vez de dónde estamos ahora? Pobre infeliz. Ya puestos, ¿por qué no vamos un poco más allá? Si salimos de aquí nos espera una guerra, ¿recuerdas? ¿Qué tal si discutimos ahora quién la ganará? Me da igual lo que pienses, Lyam, como si quieres imaginar que encontraremos una nueva era de armonía y seremos todos felices. Llena tu cabeza de las fantasías que prefieras, pero tendrás que salir primero del Infierno para que se cumplan. Métete eso en la cabeza de una vez.

—A lo mejor no quiero que tú salgas.

—Pues da un salto y lánzate al vacío. Reducirás mis posibilidades de sobrevivir de una manera increíble.

—Tal vez lo haga. Que tú mueras, sin duda será algo bueno para todo el mundo.

Raven no detectó falso orgullo o arrogancia en su voz. No lo conocía lo suficiente, pero si hubiera tenido que apostar, se habría jugado que Lyam estaba siendo absolutamente sincero.

—Excelente —sonrió Nilia—. Si te falta valor para saltar, puedes decírmelo y te cortaré la garganta. Será rápido, no te preocupes. Pero hasta que te decidas, preocúpate de mantenerme con vida. Y vas a enseñar a Raven a curar como es debido.

—¡Enséñale tú!

Lyam apartó a Nilia de un manotazo y se marchó para reunirse con Yala.

—Déjale ir —le dijo ella a Raven. Él se dio cuenta de que Nilia había permitido que Lyam

le diera con la mano, pues no era fácil tocarla si ella no quería—. Que hable con su amigo. Necesita un poco de tiempo.

Raven asintió y se quedó con ella a solas, cerca de los demás, pero a la suficiente distancia como para poder hablar sin ser escuchados.

—Tal vez... —titubeó—. Tal vez eres demasiado dura, Nilia.

Ella se sentó y sacó los cuchillos. Le invitó a sentarse junto a ella con un gesto. Nilia afilaba sus armas mientras hablaba.

—Yo no creé este lugar, fue su querido Dios —dijo refiriéndose a Lyam. Hablaba con una voz considerablemente más dulce. Raven creía, o quería creer, que aquella voz solo la empleaba cuando estaban ellos dos solos—. El Infierno es lo que endurece la situación, no yo.

—No sé si yo sobreviviré. —Raven sentía la necesidad de sincerarse cuando estaba con ella, de abrirse, quería comprobar si Nilia le aceptaba tal y como era—. Yo no soy tan duro como vosotros. Ni siquiera soy un ángel a pesar de mis... habilidades. No las comprendo, ni las controlo.

—Pero lo harás.

—¿Tú nunca tienes miedo?

La sola idea de que ella pudiera asustarse le resultaba inconcebible, pero tenía que preguntarlo.

—Todo el mundo tiene miedo de algo. Incluso los ángeles y los demonios. Si algo nos enseñó la guerra fue precisamente eso. No te sientas mal por ello. Lyam también lo tiene, por eso se siente así.

—Pero él... No lo entiendo, la verdad. ¿Tiene miedo de perder la guerra?

—Es mucho peor que eso. Te lo explicaré. ¿A qué tienes miedo tú, Raven?

Se le ocurrieron un montón de posibles respuestas. Allí, sentado en el Infierno con el ser más perfecto que había contemplado jamás, examinó su interior en busca de la verdad.

—No quiero estar solo —dijo tras reflexionar—. Desde que tengo memoria he pasado mi vida escondido y asustado, sin nadie en quien apoyarme. He visto madres e hijos, maridos y esposas, amigos... Todos ayudándose a soportar las guerras después de la Onda, dándose calor en circunstancias terribles. Yo nunca he tenido a nadie... Una vez estuve relativamente cerca. Conocí a una niña que se quedó huérfana. Insistió en acompañarme. Yo sabía que a mi lado corría peligro, pero no pude negarme. Sonará estúpido pero creo que el poco tiempo que pasamos juntos fue lo más cercano a la felicidad que he conocido. Hasta que... Hasta que la maté.

—Te refieres a Maya, ¿verdad? Recuerdo tu descontrol a la entrada de Londres. No fue culpa tuya. Pero no puedes perdonarte, aún la mencionas en tus sueños.

Raven contuvo un sollozo.

—También odio el miedo en sí mismo, estar atemorizado todo el tiempo.

—Esos son dos temores diferentes —dijo Nilia—. Tienes que elegir el peor. ¿Preferirías ser valeroso y estar solo, o tener una mujer y seguir asustado?

—Tener una mujer —dijo apartando la vista de ella involuntariamente.

—Entonces ya conoces tu mayor miedo, Raven, la soledad. Ahora imagina que despiertas y todo el mundo ha desaparecido. No ves ni una sola persona. ¿Cómo crees que te sentirías?

Raven hizo un esfuerzo por imaginar un escenario tan desolador.

—Sería un golpe terrible. Quiero creer que reuniría fuerzas para seguir adelante y buscar a la gente.

—Bien. Pues eso es exactamente lo que está haciendo Lyam ahora mismo.

—No lo entiendo.

—Cuando le dijiste que Dios había muerto, se confirmó su peor temor. ¿Has notado cómo ha empeorado últimamente? Está perdido y no encuentra razones para continuar si Dios ha dejado de existir. Los sanadores, en general, son especialmente sensibles. Su mundo se ha terminado, pero sigue adelante. Por eso te odia tanto. Le has dado la peor de las noticias.

Una ola de empatía invadió a Raven. De repente creía entender mucho mejor a Lyam.

—Pero..., si sigues presionándole, si sigue sin importarle nada...

—Estamos hablando de Dios, Raven. ¿Crees que una palmadita en la espalda puede ayudarle a superar la pérdida de todo en lo que creía? Tiene que encontrar su fuerza él solo. No te preocupes, lo hará. Y si no, tampoco importará demasiado, porque estaremos perdidos.

—Pero amenazó indirectamente con suicidarse...

—Eso es buena señal.

—¿Cómo es posible?

—¿Recuerdas todo lo que dijo sobre su situación? Era absolutamente cierto, lo que significa que Lyam es consciente de la realidad. Su desesperación es real y lo sabe. Es el primer paso para superarlo. He visto a muchos pasar por ese estado.

—Entonces... ¿debo alegrarme?

—Aún estamos en el Infierno, pero si Lyam lo entiende y lo supera, tenemos una posibilidad. Si se engaña a sí mismo, no tenemos ninguna.



En un claro gris, que antes de la Onda había sido dorado, apareció una colección de rocas humeantes de la altura de dos ángeles. Una fina cortina de fuego envolvía sus puños deformes y desproporcionados, los pasos resonaban, temblaba el suelo bajo los pies de piedra. Detrás del titán trotaban en completo desorden varias decenas de bestias negras, correteaban en círculos para no rebasar al gigante de piedra, babeaban y gruñían, de sus patas saltaba fuego cuando pisaban el suelo. Las sombras se mordían entre ellas de cuando en cuando, saltaban y se abalanzaban sobre sus compañeras sin una razón aparente. Dos titanes más cerraban aquel extraño pelotón, caminando con pasos torpes y lentos, pero imparables.

Desde las alturas, parapetados tras una hilera de montañas, los ángeles observaban la escena con repulsión. Las bestias en particular eran tan negras, tan oscuras, que por sí mismas representaban una afrenta para un mundo en el que no existían las sombras. Traerlas aquí, a la quinta esfera del Cielo, era un insulto. Seguramente por eso los demonios les habían otorgado ese nombre.

—Preparaos. Dejadles que avancen un poco más.

Los ángeles alzaron sus espadas y aguardaron la orden. No eran demasiados, solo diez, pero suficientes para acabar con aquella patrulla sin demasiadas complicaciones si atacaban por sorpresa.

—¡Ahora!

Las diez espadas cayeron a la vez, cortaron el aire dejando un rastro de fuego. Los diez arcos de llamas salieron disparados al mismo tiempo, cinco hacia cada uno de los titanes de la retaguardia. Las sombras eran más sencillas de eliminar y al derribar a las de atrás, las demás se sentirían desconcertadas. Ya habían comprobado que no eran muy inteligentes, a menos que un demonio las guiara de cerca, pero no se veía a ninguno.

Las arcos de fuego volaron hacia su objetivo, rectos, precisos, no podían fallar. Y sin embargo no llegaron siquiera a tocar a los titanes. Se estrellaron contra algo que apareció de repente, que no estaba ahí hacía un instante.

Ante ellos había una línea horizontal azulada. Aquella línea era de hielo. Lágrimas de escarcha resbalaban por sus bordes. Los ángeles miraron en la dirección de la que había surgido. Hacia ellos se acercaban dos alas blancas con una melena pelirroja en el medio.

—¡Asius! ¿Qué estás haciendo? —rugió el jefe del destacamento.

—Dejadles —ordenó Asius al llegar hasta ellos. El consejero guardó su espada de hielo, invitándoles con un gesto a hacer lo mismo—. Si los atacáis, delataréis nuestra posición.

—Si los matamos, no.

—Los demonios sabrán que no han regresado. Estos titanes son solo exploradores que nos están buscando, por eso van solos. No les importa sacrificarlos si así dan con nosotros.

Los ángeles dudaron. Bajaron las armas pero no las guardaron, alternaban las miradas entre Asius y el jefe, que solo era un custodio y no debería cuestionar a un consejero, pero que no parecía dispuesto a obedecer.

—Están muy cerca. Yo tengo órdenes de no dejar pasar a nadie o de dar la alarma si el enemigo es demasiado numeroso. Y si nos están buscando es porque nos escondemos en vez de luchar.

Asius se mostraba más serio que de costumbre. Paseó entre los ángeles, examinándolos, buscando algo en sus ojos mientras ellos lo observaban sin comprender. Él también había sido un custodio hasta después de la primera guerra y conocía el protocolo a la perfección. Y eso era lo que más detestaba.

—Lucharemos en su debido momento. Y no será siguiendo las pautas de siempre. Si algo quedó claro tras nuestra derrota en la primera esfera es que los demonios han evolucionado, mientras que nosotros seguimos exactamente igual. Nos conocen demasiado bien y eso nos pone en desventaja. —Asius se detuvo delante del jefe—. Tus órdenes acaban de cambiar. Vas a permitir que ese grupo de ahí abajo explore todo lo que quiera y luego verás cómo se marchan sin causarles el menor daño. Después mantendrás la posición y actuarás exactamente igual, a menos que haya demonios a la vista. ¿Me has comprendido?

—Yo, no —dijo otro ángel situándose al lado del jefe—. ¿Qué se supone que debemos hacer si vienen hasta aquí? ¿Los escoltamos hasta nuestro escondite para que no se pierdan?

No solo era el tono empleado ante un consejero, toda su actitud y su expresión corporal revelaban un profundo rechazo hacia Asius y las instrucciones que acaba de impartir. Asius vio a dos ángeles que asentían mostrando su conformidad ante la pequeña insubordinación.

—No escalarán las montañas.

—¿Y eso cómo lo sabes? —se atrevió a preguntar otro ángel.

—Porque los titanes son muy lentos para ascender entre las rocas. Si deciden atacar una posición elevada, los demonios los invocarán directamente en el punto más alto que les sea posible.

El jefe del destacamento miró de reojo a sus seguidores y en sus labios asomó una tímida sonrisa.

—Es sorprendente cuánto sabes sobre esos engendros. A lo mejor está relacionado con el hecho de que estuvieras en el plano de los menores cuando atacaron la Ciudadela. ¿No es sospechoso? Oh, no es ningún secreto. Muchos lo piensan, Asius, no solo Ergon, pero no se

atreven a decirlo.

—Otros sí se atreven —adujo el ángel que había sugerido escoltar a los titanes—. Que los demonios contasen con la colaboración de uno de los nuestros explicaría nuestra derrota inicial. Y luego lo más convincente sería justificar esa derrota diciendo que estamos anticuados.

—Se te olvida que este alabó a los demonios al decir que habían evolucionado y nosotros no —intervino uno de los que había asentido y que era el único que aún no había guardado la espada.

Asius esperó a que terminaran de hablar, para ver cuántos más estaban en su contra. Resultó que solo dos se mantuvieron en completo silencio, sin expresar su apoyo o su rechazo hacia los demás compañeros.

—No voy a repetir la orden —dijo—. Si queréis acusarme de algo, convocad consejo cuando os hayan relevado de vuestras obligaciones.

—Creía que no teníamos que seguir el protocolo para no actuar como los demonios esperan de nosotros. Pero se ve que ahora te conviene...

El ángel que tenía la espada desenvainada hizo un movimiento rápido. El arma se clavó en el suelo.

—Yo cumpliré la orden —dijo para que todos le oyeran. A Asius le sorprendió ese cambio de opinión—. No me gustas, Asius, pero eres un consejero. Y seas o no una amenaza, no es el momento de comenzar peleas internas sin pruebas concluyentes. Además, yo sí creo en nosotros y en nuestros procedimientos. Ganamos la primera guerra y lo volveremos a hacer.

El jefe del destacamento le dedicó una mueca de desprecio.

—Esa orden es una decisión tuya, Asius, no del consejo. Los consejeros que han sobrevivido están en las demás esferas reclutando a los nuestros. Ergon ha perdido el juicio, todo el mundo lo sabe. Renuin es rehén de los demonios y Diacos está luchando en la tercera esfera. Así que la orden no puede provenir de ninguno de los tres Justos.

—Ahora sí puede —dijo una voz cargada de autoridad.

Los ángeles se volvieron. Diacos se acercaba a ellos seguido de varios ángeles. Tenía las alas ensangrentadas, aunque ya las había curado un sanador. La ropa, convertida en jirones, amenazaba con terminar de desprenderse de su cuerpo y dejarle completamente desnudo. Sus acompañantes también presentaban evidentes signos de batalla.

El jefe del destacamento saludó con humildad a Diacos.

—La orden de Asius era...

—No me interesa —le cortó Diacos. Asius observó cómo incluso en aquel estado su presencia irradiaba autoridad e infundía respeto—. La orden la ha dado Asius, ¿correcto? ¡Entonces es como si la hubiese dado yo mismo! Asius descubrió al demonio infiltrado que había

sumido la Ciudadela en la oscuridad. ¡Trajo la luz de vuelta! Y por eso nuestra derrota no fue mayor. Así que si alguien alberga alguna duda respecto a su lealtad que venga a hablar conmigo... ¡y le arrancaré las alas como acabo de hacer con los demonios!

Naturalmente, nadie se atrevió a añadir nada. Diacos era el único de los tres Justos que quedaba al mando, al menos hasta que recuperaran a Renuin, y Ergon recobrara la cordura. Pero no era su posición lo que otorgaba tanta fuerza a sus palabras. Diacos derrotó a Tanon y a Satán en la primera guerra. Representaba la esperanza de que volviera a hacerlo y los ángeles necesitaban creer después de la derrota sufrida, en especial por el modo brutal en que Tanon había matado a Onos.

Los ángeles ya comenzaban a dispersarse, pero Asius se acercó al destacamento.

—Tú —le dijo al jefe—, quedas destituido de tu puesto y de tu cargo. Releva al ángel que está vigilando el orbe de entrada a la esfera. Y tú —dijo señalando al ángel que había accedido a cumplir su orden—: ahora estás al mando.

Diacos, apodado el Héroe, hizo un gesto con la cabeza y los ángeles se marcharon y les dejaron a solas.

—No quiero que nadie vuelva a dudar de ti.

—Me temo que eso no está en nuestras manos. ¿Funcionó nuestro plan?

—Eso parece —dijo Diacos con cierta reserva—. Los demonios nos atacaron en la tercera esfera, que es el único lugar en el que hemos ofrecido resistencia. Hasta ahora resistimos pero la verdad es que no se emplean a fondo, más bien parecen escaramuzas.

—Es como si tantearan el terreno —reflexionó Asius—. No parece propio de ellos que nos den tiempo para reagruparnos. Tal vez algo no haya salido como esperaban.

—Es posible. Mientras crean que nos hemos ocultado en la tercera esfera, no nos buscarán en otra parte. ¿Han llegado ya los nuestros desde las demás esferas?

—Todavía no. Vamos con cuidado para no llamar la atención, por eso aún no puedo cuantificar las bajas, pero han sido numerosas.

—Entonces volveré a mantener la lucha y a matar unos cuantos más. Te aseguro que pensarán que estamos allí.

—Tal vez debería ir otro en tu lugar, Diacos. Si Yala no se recupera, te necesitaremos para frenar a Tanon. De hecho, tal vez deberías nombrar nuevos consejeros, aunque sea con carácter temporal. Si caigo yo o algún otro, nuestra cadena de mando se romperá y ya está bastante debilitada. Creo que eso es exactamente lo que persiguen. Nilia quería matarme a mí específicamente.

—Ellos también saben que perdimos a Yala. Si no me ven a mí, sospecharán. Tengo que mostrarme. Solo he venido a pedirte que revises nuestro plan de defensa. Ya no podemos contar

con que los moldeadores traigan la niebla para ocultarnos.

—¿Por qué no?

—Porque se ha solidificado. Alguien ha activado el candado.

—¿Qué? No tiene sentido. —Asius sacudió la cabeza—. Aislarnos les dejaría sin refuerzos. A menos que...

—Que ya estén todos aquí.

—¿Lo crees posible?

—No se me ocurre otra explicación. La cascada está en la primera esfera, así que no podemos investigar lo sucedido hasta que la reconquistemos.

—De acuerdo, pensaré en algo. Si no podemos contar con la niebla...

—¡Asius!

Los dos ángeles volvieron la cabeza a tiempo de ver a Vyns corriendo hacia ellos. El observador parecía al límite de sus fuerzas, saltaba de roca en roca a una velocidad vertiginosa.

—Cálmate, recupera el aliento —dijo Asius cuando Vyns llegó hasta ellos. Diacos había sacado su arma y estudiaba los alrededores—. Respira más despacio. Eso es. Ahora dime qué pasa.

—Yo... Tengo malas... —Vyns jadeaba y resoplaba, se le veía nervioso por transmitir su mensaje cuanto antes—. Diacos, perdón por la interrupción —dijo al reconocerle.

El Héroe le animó a hablar con un gesto.

—No te preocupes. Continúa.

—Estaba con Yala —explicó Vyns algo más calmado—. Y me asusté un poco. Sé que estás muy ocupado, pero tenía que decírtelo. Tiene muy mala pinta.

—¿Su estado ha empeorado?

—Ya lo creo. Bueno, físicamente no, los sanadores dicen que se mantiene estable, mal pero estable, aunque tratándose de Yala yo creo que no tienen ni pajolera idea. Quería pedirte que llevemos a Ergon a ver si puede ayudarle.

—Ergon no está en sus cabales —apuntó Diacos—. Podría perjudicarle más.

—Pero es el mejor sanador que tenemos —objetó Vyns—. O que teníamos, si es que se le ha ido la olla al pobre. —A Asius no dejaba de llamarle la atención cómo Vyns había adoptado algunas de las expresiones típicas de los menores, después de tantos siglos observándolos—. Algo tenemos que hacer. No perdemos nada por pedir a Ergon que cure a Yala.

—¿Seguro que se encuentra tan mal? —preguntó Asius. Compartía la preocupación de Vyns por Yala, que además era probablemente el ángel más fuerte después de Diacos, pero aún no entendía la causa de la alarma de Vyns—. Si los sanadores dicen que no ha empeorado debe de ser cierto. Puede que hayas creído ver un síntoma...

—Lo he oído.

—¿Cómo dices?

—No he visto ningún síntoma. Lo he oído. Los sanadores no lo saben porque no pasan tanto tiempo con él como yo y, cuando están ellos, Yala no abre la boca. Parece que lo hace aposta, el mamón. Pero luego le da a la lengua que no veas. Y suelta cosas muy raras.

—¿Qué cosas? —preguntó Diacos, impaciente.

—Pues... el otro gemelo está con Lyam, eso es seguro, y también con Nilia, al parecer. Se pelean porque Yala le da indicaciones de combate a Lyam. Creo que también hay un menor con ellos y Nilia se lo quiere cargar... Es un poco confuso... El caso es que esa malnacida le matará si no le ayudamos. Aprovechará que Yala está separado, porque si no, él le partiría la cara. No sabe nada la lista esa...

—Vyns, más despacio —pidió Asius—. Por lo que dices, Yala y Lyam están vivos. Pero no podemos abandonarlo todo e ir en su ayuda si no sabemos dónde están. Quédate junto a él hasta que diga algo que nos indique dónde buscar.

—Además, Lyam lo cuidará —intervino Diacos—. Y si Nilia lo matara, Ergon no lo podría evitar desde aquí. Por lo visto, el otro gemelo está en mejor estado que el que se encuentra con nosotros.

—¡Son la misma persona! —soltó Vyns, descontrolado—. Y está realmente mal... Delira. Lo último que dijo fue que... el Viejo ha muerto.



Capa dio un paso atrás, retiró la bota negra del charco de sangre con una mueca de irritación. Encogía los hombros para elevar su capa y evitar que también se ensuciara. Daba pequeños saltos, bufaba.

—Inaceptable —murmuró examinado el resto de su ropa—. Qué espanto. Esto no es lo que habíamos acordado.

Estaba muy excitado. Sirian, confuso y sorprendido, tuvo que esforzarse para no sonreír ante la preocupación de Capa por mantener su atuendo impecable en todo momento. Después de todo,

a pesar de la extraña conducta de Capa, la situación no tenía nada de divertido.

—Debes concentrarte.

Capa se detuvo y le miró.

—¿Concentrarme? Amigo mío, en mi larga existencia, tanto como la tuya, por cierto, jamás había volcado toda mi atención en una sola tarea con tanta pasión como ahora. Repaso tus enseñanzas con una entrega absoluta y confío en tus palabras. Pero los resultados no son precisamente los esperados. Dime, maestro, ¿escondes una sonrisa tras esa máscara?

Capa se movía deprisa mientras hablaba. Los ademanes y florituras con que solía acompañar sus largos discursos ahora eran movimientos descontrolados. Estaba nervioso. Incluso había vuelto a pisar el charco de sangre.

—Te prometo que me lo tomo muy en serio, Capa —aseguró Sirian.

—Una respuesta decepcionante. Si descartamos las bromas, la explicación para mi fracaso es una carencia de habilidad que encuentro muy molesta. O bien que mi querido maestro me mintió al realizar cierta promesa. Necesito reflexionar para saber cuál de las dos opciones me produce un desagrado más profundo.

—Hace falta tiempo.

—Eso descarta las dos opciones —gruñó Capa. Dejó caer la espada y extendió la mano hacia el ángel—. Pero no me complace. Cúrame.

—No.

—Tal vez debería retirar mi capucha, para comprobar si escucho bien.

—Tienes que intentarlo de nuevo —insistió Sirian—. Si te rindes, nunca recuperarás la facultad de la sanación.

—Muy cierto. Sobre todo suponiendo que de verdad sea posible como aseguraste. No obstante, y tras tantos fracasos consecutivos, se me ocurre un cambio de estrategia. No es preciso que sean mis propias heridas las que cure, ¿no es cierto?

—¿A qué te refieres?

—A que puedes cortarte tú ahora. Si estás convencido de que funcionará no debes albergar miedo alguno. ¿Ese parpadeo rápido implica una negativa? —Capa recogió su guante negro del suelo—. En ese triste caso, tendré que ponerme el guante sobre la herida abierta. Y no podré evitar que se manche, como tampoco podré evitar que mi enfado crezca...

—De acuerdo, espera. Te curaré.

La situación se le estaba yendo de las manos. Sirian era consciente de que la paciencia de Capa se agotaba, y no sin razón. Llevaban dos días seguidos practicando el arte de la sanación y

Capa no había logrado curar ni un simple arañazo.

Extendió la mano y tocó la de Capa. Brotó una luz blanca, cálida. Cuando se extinguió, no quedaba rastro de la herida.

—Oh, delicioso —se relamió Capa, sacudiéndose como si un escalofrío le recorriera la espalda—. Cuánto tiempo sin sentir mi amado arte... Cosa que, por cierto, aumenta mi impaciencia por recobrarlo.

Se le pusieron los ojos blancos, se estremecía, un leve temblor sacudía sus manos. Sirian no imaginaba qué se sentiría al perder la facultad de la sanación, mucho menos al saborearla de nuevo tras milenios echándola en falta. Si tuviera que formarse una idea de acuerdo con el comportamiento de Capa, diría que se trataba de una adicción, aunque había que tener en cuenta la inclinación natural al drama y la exageración del pequeño demonio.

—Tengo que pensar —pidió Sirian—. Tiene que haber un modo... No he podido probar con ningún demonio hasta ahora, Capa, lo siento. Pero...

—¿No dirías que ese tono es propio de alguien que se rinde, como hasta hace un instante me acusabas a mí? Eso me sitúa en una posición incómoda. Recapitulemos, no vaya a ser que mi memoria, un valioso atributo, haya sufrido algún daño. —Capa comenzó a moverse de nuevo, esta vez con desplazamientos suaves y melódicos. Sirian interpretó que estaba más relajado tras la cura—. Tú, Sirian, fingiendo que temías por tu vida durante la batalla de la Ciudadela, apelaste a mi gran corazón para que te liberara, empujándome automáticamente a un terrible dilema, dada mi incapacidad innata para contemplar el sufrimiento ajeno, mientras que mi lealtad para mi señor me exigía mantener tu cautiverio. Obraste con astucia al tentarme, insinuando que me devolverías la facultad de la sanación. Y mi bondad natural e infinita se inclinó irremediablemente en tu favor. Te salvé de una muerte muy cruel a manos de mi señor, que ya te había proporcionado un leve atisbo de lo que te esperaba al marcarte el rostro. ¿Hasta aquí todo correcto?

—Sí, pero...

—Celebro que estemos de acuerdo, pero permíteme acabar. ¿Por dónde...? Ah, sí. Decía que ignoré a mis amados hermanos, con el consiguiente peligro para mi persona, en favor de tu libertad. ¿No imaginas mi sorpresa al descubrir que me habías engañado? No temías por tu vida, solo querías mandar aquella señal para que sellaran el Cielo. Reconozco que debo aplaudir una jugada tan sorprendente e imaginativa.

—No pretendía engañarte. Es demasiado lo que hay en juego...

—Lo sé, lo sé. Un gran autocontrol por mi parte me permitió calmarme lo suficiente para entender que tus intenciones nada tenían que ver conmigo en lo personal. Buscas lo mejor para los tuyos. De nuevo, admirable. Por consiguiente logré perdonarte en mi interior y he acudido para que cumplas tu parte del trato. Pero ahora, mi buen amigo, ya no encuentro razones para creer en ti.

—Ya no puedes echarte atrás. ¿Qué pensarán los demonios si se enteran de que me liberaste?

Enseguida se dio cuenta de que había sido un error mencionar ese detalle. Capa enloqueció y se agitó como si sufriera convulsiones.

—¿Es un chantaje lo que acaba de llegar a mis oídos? ¡A mí! —La capa negra se separó de su pequeño cuerpo cuando giró bruscamente—. ¿Así correspondes a mi gratitud? —Sirian intentó explicarse, rectificar, pero Capa estaba furioso y no se lo permitió, sus ojos azules brillaban —. Mi tolerancia es limitada. ¡Y esto no es justo!

Capa chasqueó los dedos. Dos bestias enormes, oscuras, aparecieron de la nada, una a cada lado de Capa. Enseñaban unos colmillos largos y afilados, gruñían con las patas flexionadas, listas para saltar sobre Sirian, de quien no despegaban los ojos.

—¡Detenlas! ¡Detén a las sombras, Capa!

El ángel palideció. Había visto a los demonios invocar aquellos seres desde el Infierno, durante la batalla del asalto a la Ciudadela, pero recordaba que trazaban una especie de runas verdes que requerían preparación, nada comparado con la rapidez que había demostrado Capa.

—Siento que debería hacerte caso y detener a mis queridas compañeras —dijo Capa—. Y eso es, sin duda, porque tus palabras aún tienen efecto en mí. Pero tolerar que jueguen conmigo no es una opción, por mucho que me aflija. Me temo que no volveré a dar crédito a nada de lo que me digas, Sirian. Y espero me creas cuando te digo que me sobrecoge la desolación a causa de esta ingrata circunstancia.

Capa acarició una de las sombras. Sirian supo que tenía menos de un segundo para hacerle entrar en razón antes de que les ordenara despedazarle. El dolor que Capa reflejaba en sus palabras era sincero, tan sincero como al decir que no había nada que Sirian pudiera alegar para hacerle cambiar de opinión. Así que recurrió a lo único que se le ocurrió para demostrar sus verdaderas intenciones.

Con mucho cuidado, Sirian se giró y le dio la espalda. Desplegó las alas en toda su extensión y se arrodilló. Era la postura más vulnerable que podía adoptar un ángel, ya que dejaba completamente indefensa la parte de su espalda que se encontraba entre las alas, el punto más vulnerable.

—Si quieres matarme, hazlo —dijo muy serio. Las sombras gruñeron y arañaron el suelo detrás de él—. Ni siquiera intentaré evitarlo. Como puedes ver, estoy desarmado.

Se produjo una pausa. Silencio. Sirian llegó a creer que las sombras ya no estaban, pero no volvió la cabeza para comprobarlo. Necesitaba que Capa viera que estaba siendo sincero.

—Es en situaciones como esta cuando más odio mi debilidad —se lamentó Capa—. No creo que llegase a poder aceptarme a mí mismo si no te escuchara una última vez.

—Gracias, Capa —dijo Sirian, asegurándose de permanecer inmóvil—. Estaría muerto de no ser por ti, lo sé, y tengo la intención de compensarte. Puedo curarte, Capa.

—¡Mentira! ¡Ya lo hemos comprobado!

Sirian notó un pinchazo en la espalda, entre las alas, y pensó que al final no sería capaz de demostrarle a Capa la verdad. Sin embargo, el pinchazo remitió. Todavía debía de tener dudas respecto a él.

—No me has escuchado —insistió—. Fracasé con la sanación y entiendo que no quieras seguir intentándolo, pero ahora he dicho que puedo curarte, que es diferente.

De nuevo hubo silencio. La figura de Capa apareció por su derecha, rodeándolo despacio hasta colocarse delante de él.

—Mi cura no es posible, como bien sabes —dijo pensativo—. Por consiguiente, la lógica dicta que si esta estrategia se trata de un nuevo truco, sería demasiado triste, incluso proviniendo de alguien desesperado. Y aprecio que no es tu caso. ¡Ah!, la confusión nubla mi pobre juicio.

—No es un truco. Puedo hacerlo. Entiendo que te cueste creerlo, pero es la pura verdad. Yo... lo he probado.

Los ojos de Capa crecieron, se volvieron más azules que nunca.

—Ahora es mi vieja amiga la tentación la que me domina. Pero no tanto, no creas, aún guardo lucidez suficiente para saber que ningún ángel posee un don semejante. Y si un demonio lo hubiese hecho, yo lo sabría. No, no has podido probarlo. Lo que nos lleva, una vez más, a la mentira...

—¡Con menores! —le interrumpió Sirian—. No me enorgullezco, pero supervisé las operaciones personalmente con varios menores.

—¡No quiero creerlo! —Capa se llevó las manos a la cara, espantado—. ¿Insinúas que has experimentado con los pobres menores? ¿Y has logrado...?

—No sobrevivieron... Fue una gran equivocación y una tragedia. Pero podemos sacar algo bueno de ello, Capa, al menos aprendí lo suficiente para saber que hay una posibilidad razonable.

—Aún trato de asimilar la atrocidad que acabas de confesar. Es algo inaceptable... Un momento. Sería muy ingenuo por mi parte no dudar de ti, en el mejor de los sentidos. Conozco tu postura hacia los menores y experimentar con ellos no concuerda con los ideales que predicas.

—No fue idea mía, ni siquiera quise hacerlo, pero no tuve elección. Muchas cosas han cambiado Capa. Fue Jack quien me obligó.

—¿Jack Kolby? Interesante. Un menor influyente, sin duda.

—Aunque eso no me disculpa. Te lo contaré con todo detalle, Capa, y podrás juzgar por ti mismo, pero no podemos atascarnos en el pasado. Si quieres, puedo aprovechar lo que aprendí

para...

—Quiero.

—No hay garantías de que funcione.

—Es desalentadoramente lógico que así ocurra.

—Tu vida no correrá peligro, pero dolerá. Sufrirás más de lo que imaginas.

—Lamento mucho discrepar en ese punto, aunque entiendo que para alguien que no ha estado en el Agujero pueda ser un tormento considerable. No tienes conocimiento del sufrimiento que padecí allí dentro.

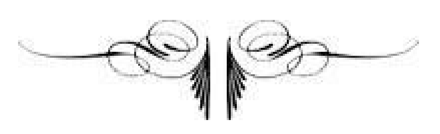
—Este será peor. ¿Estás seguro de que quieres intentarlo?

Capa sonrió.

—Nada que realmente merezca la pena se consigue sin sacrificio. Es una máxima que mi experiencia me ha transmitido con una claridad incuestionable. Y entre la larga lista de valiosos conocimientos que he adquirido, se encuentra la convicción de no renunciar a posibles beneficios a pesar del sufrimiento que conlleven. —Se quitó la capa y la capucha, y comenzó a desvestirse —. Estoy preparado, amigo mío. Comienza con esa deliciosa tortura.

—Que así sea.

CAPÍTULO 2



El pórtico de la entrada al Museo Ashmolean se mantenía inexplicablemente intacto. El comandante Gordon cruzó Beaumont Street y caminó directo hacia las cuatro columnas tras las que se hallaba la puerta del museo.

La parte izquierda del edificio ahora estaba atravesada por una inmensa roca negra y desgastada, una porción de niebla que se había solidificado. No había demasiadas en Oxford, pero las suficientes para haber destruido algunos edificios importantes, como el ayuntamiento, por ejemplo, desde el que se había dirigido el gobierno de la ciudad hasta que la niebla sólida derribó el edificio adyacente y todo se vino abajo. La parte izquierda del museo había tenido un fin más desastroso años atrás, cuando explotó en pedazos por una bomba. Gordon lo recordaba bien porque la investigación concluyó que un solo hombre había entrado allí antes de la detonación y temió que se tratara de una nueva estrategia de los norteños basaba en hombres bomba suicidas. Por fortuna, resultó ser un caso aislado.

Los cuatro soldados apostados a la entrada, uno en cada columna del pórtico, le saludaron al estilo militar. Gordon pasó ante ellos sin devolverles el gesto. No eran más que norteños; ni siquiera importaba que fuera desarmado. Nunca reconocería su autoridad.

El general Thomas estaba solo en el interior. Las obras de arte habían sido retiradas hacía mucho tiempo. Ahora solo había mesas y papeles desde que Thomas había establecido allí el centro de mando. Sobre una de las mesas había una cafetera y, repartidos por la estancia, varios aparatos de calefacción eléctricos.

—Ya he entregado las armas —gruñó Gordon—. Has ganado el primer asalto, Thomas, pero no la guerra. Habría sido diferente si hubieras tenido el valor de enfrentarte conmigo a campo abierto, no en una ciudad llena de civiles cuando yo trasladaba a los refugiados de Londres.

Gordon había dejado de tutearle, incapaz de mostrar el menor respeto por él. Thomas llenó dos tazas de café y le ofreció una a Gordon, que la declinó con un nuevo gruñido.

—¿Cuántas guerras libramos en el pasado, Gordon, después de la Onda? ¿Me escudé en los civiles alguna vez?

—Tenías cierto honor, pero has cambiado. Es lo que sucede cuando te juntas con escoria como Jack Kolby. Todo esto apesta a su estilo traicionero.

—Jack estaba contigo en Londres, no conmigo en el Norte...

—Y traficaba contigo para enriquecerse. Obtenía su poder económico gracias a vosotros, los norteños.

—Esto no es una nueva guerra entre nosotros...

—No me interesa tu opinión —atajó Gordon—. Quiero hablar con tu superior. Soy la máxima autoridad de la Zona Segura de Londres y exijo tratar con mi equivalente en el Norte.

Thomas terminó su café y dejó la taza sobre la mesa. Luego tomó asiento cerca de uno de los radiadores.

—Lo tienes delante de ti —dijo muy serio—. Me convertí en la máxima autoridad de mi zona cuando murieron mis superiores en la cadena de mando.

Gordon les conocía. Solo eran dos personas, lo que le dio inmediatamente una idea de lo sucedido.

—Y de repente te alías con Jack para obligarme a deponer las armas justo cuando me encuentro en una posición de debilidad. No hace falta ser un genio para ver que eres su marioneta. Dime, Thomas, ¿sabes cómo mató Jack a tus superiores para colocarte en su puesto o crees que fue un accidente?

—No fui yo, Gordon —dijo Jack entrando por la puerta. Al quitarse el abrigo, dejó a la vista uno de sus elegantes trajes. Tenía el aspecto de siempre, arrogante, pomposo, con su reloj de oro brillando en la muñeca a juego con el alfiler de la corbata, también de oro. Solo el pelo, que acostumbraba a llevar engominado, estaba alborotado por el frío aire de Oxford—. Sé que no me crees, pero tengo una coartada indiscutible.

—¿Vas a decirme que estabas en otra parte? Como si no conociera tus métodos.

Jack se quitó los guantes y tomó asiento junto a Thomas.

—Mucho mejor. Fue la niebla quien engulló a media cadena de mando en la Zona del Norte ante cientos de testigos. Antes de que digas nada... —Jack buscó a su alrededor. Sacó un puro y lo encendió. Luego cogió la taza de café de Thomas—. Has terminado, ¿verdad? No veo ceniceros. ¿Por qué no te sientas, Gordon? Tenemos mucho de qué hablar y me impone un poco verte ahí plantado, rígido como una estatua, con tu uniforme militar. Relájate. Cuando termine nuestra charla, verás que nuestras diferencias son insignificantes.

—Eso lo dudo mucho —dijo Gordon tomando asiento—. Pero no me eches el humo del puro o te lo quitaré y lo apagaré.

—Por supuesto —aseguró Jack—. Veo que no he llegado muy tarde si todavía Thomas no te ha contado lo que ha pasado en la Zona del Norte.

—Ya no existe la Zona del Norte —siguió Thomas—. La niebla se la ha tragado. Parece ser

que al petrificarse ha detenido su avance, pero apenas quedan unas hectáreas libres pasada la frontera. Por lo visto, sucedía desde la Onda, pero su movimiento era tan discreto que no nos dimos cuenta hasta hace relativamente poco. En los últimos dos años, cuando ya era evidente que no retrocedería a pesar de los esfuerzos de nuestros científicos por frenarla, estuvimos preparando un plan de evacuación.

Gordon recordó haber discutido sobre los problemas del Norte con Jack y Nathan hacía tiempo, cuando descubrieron aquel portal y tuvieron la maldita idea de enviar una expedición de reconocimiento. En aquel momento ya intuían que algo serio sucedía en el Norte, principalmente por las historias que contaban los refugiados que llegaban a su zona, pero sonaban a desvaríos y no les concedieron crédito.

—¿Por qué no me lo contaste cuando viniste a vernos a Londres?

—¿Me habrías creído? Ya conocíais los rumores, ¿no es cierto? Tú pensabas que era un pretexto para invadiros. Y mis superiores lo sabían. Tenían miedo de mostrar nuestra debilidad ante ti, Gordon, te temían por lo brutal que eres. Mis órdenes eran negociar contigo antes de que conocieras la verdad, para conseguir las mejores condiciones posibles. Fue tu predisposición a la guerra lo que nos obligó a tomar medidas drásticas. ¡Han muerto miles de personas por tu culpa!

—Caballeros —intervino Jack, que había advertido la expresión de Gordon—. No estamos aquí para pelearnos. Tenemos un grave problema al que no sobreviviremos por separado.

Thomas de repente parecía fuera de sí.

—¿Ya lo has entendido, Gordon? No tienes que preocuparte más por nosotros, los del Norte. Solo quedamos los que estamos aquí en Oxford y los que siguen arrastrándose hasta nosotros como pueden. Si reúnes al resto de tu ejército nos barrerás de un plumazo. Tuvimos que obligarte a entregar las armas para forzarte a mantener esta charla. Pero tú no eres capaz de pensar en otra cosa. Es lo primero que has mencionado nada más llegar. —Thomas se levantó y sacó una pistola. Jack se sobresaltó y agarró con fuerza el reposabrazos de la silla. El puro se le cayó al suelo. Gordon miró fijamente a Thomas, impasible. —Ahí tienes un arma. —Thomas la arrojó a los pies de Gordon—. ¡Cógela! ¿No es lo que querías? Ya puedes matarnos a todos, que es la única solución que pareces encontrar para cualquier problema.

Gordon no cogió la pistola. Comprendió que Thomas no estaba fuera de sí. Solo pretendía que viera que no eran enemigos. Y funcionó. Gordon se convenció de que Thomas no tenía el menor interés de enfrentarse a él. Descubrió algo más sobre él que le hizo sonreír por dentro y que le preocupó un tanto. Thomas era débil. Posiblemente era un buen general pero no soportaba la presión de la responsabilidad que había caído sobre él. Muy pocos hombres lo hacían. Gordon había visto en muchas ocasiones cómo hombres aparentemente capaces eran ascendidos en el escalafón militar y después no eran capaces de cumplir con sus nuevas obligaciones y responsabilidades. La explicación era muy sencilla. Llevaban demasiado tiempo obedeciendo órdenes, con una libertad de acción limitada, y no se daban cuenta de que no tenían lo que hay que tener para asumir decisiones importantes que afectan a la vida de miles de personas. En

cuanto lograse reducir su autoridad, Thomas no sería un problema.

El problema era Jack, como siempre, un problema con el que Gordon llevaba lidiando diez años, sin buenos resultados, tenía que admitirlo; un problema que Gordon detestaba con todas sus fuerzas, dado que Jack nunca dejaba ver todas sus cartas y no se enfrentaba a él abiertamente. Por suerte, ya había previsto una solución.

Jack recogió el puro del suelo y tuvo que volver a encenderlo.

—Si dejáis de pelearos entre vosotros de una maldita vez —dijo cuando el humo volvió a salir de sus labios—, podremos centrarnos en el asunto esencial. Son esos tipos con alas en la espalda, por si teníais alguna duda.

—Tus amigos, quieres decir —atacó Gordon—. Has maquinado con ellos tus planes. ¿Crees que no lo sé?

—Yo no tengo amigos, Gordon. Tú deberías saberlo.

—Oh, lo sé muy bien. Te crees el más listo de todos y nos consideras a los demás unos estúpidos. Por eso actúas en solitario. Si ahora recurres a nosotros es porque nos necesitas para sacar beneficio. Como has hecho siempre. El problema es que tus trucos no resultarán tratándose de ángeles, ¿verdad?

De pronto, Gordon sintió que llevaba toda la vida peleando con Jack, no solo los diez años que habían pasado desde la Onda.

—Por una extraña coincidencia y un golpe de suerte, tuve conocimiento de todo este asunto antes de que sucediera, pero esa es otra historia. La inteligencia no tiene nada que ver. Bueno, un poco sí, pero yo no tengo la culpa de ser listo. Lo que sí importa es que sé la verdad y veo las cosas con claridad. Yo te considero inteligente a ti, Gordon, pero ahora estás en un callejón sin salida. Tú única solución no funcionará. Y solo te pido que escuches mi plan. Si no te convence, puedes lanzarte a una guerra suicida si es lo que quieres, pero en el fondo sabes que no servirá de nada. Quieres oír lo que tengo que decir. Así que escúchame y decide después. Bien, lo primero es que sepáis de qué situación partimos. El Cielo y el Infierno son reales...

Jack les relató la esencia del conflicto entre ángeles y demonios, incluyendo su división en tres bandos, al contar con los neutrales, y la situación actual, con los ángeles y el grueso de los demonios atrapados en el Cielo. Gordon apreció, tanto en las preguntas de Thomas como en su expresión, que el norteño estaba asustado, a pesar de que intentaba disimularlo. La mente analítica de Gordon enseguida detectó los aspectos más relevantes desde el punto de vista estratégico, asumiendo que todo lo que Jack les había contado era cierto, porque a la vez no le cabía duda de que no se trataba de toda la verdad.

—Lo que saco en claro es que, mientras jugabas con los amigos de Sirian, yo fui el que salvó a la gente de Londres. ¿Dónde estabas, Jack, cuando esos demonios nos echaron a patadas? Yo escolté a los refugiados hasta aquí. Y tú haciéndole la pelota a los neutrales. A saber qué quieren de ti porque, según tu exposición, no les hacías falta para cerrar el Cielo.

—Ya te dije que te consideraba inteligente, Gordon. Lo que has hecho por nuestra gente es una hazaña digna de ser recordada. Mi ayuda no habría cambiado nada porque nadie lo hubiera hecho mejor.

—Basta de tonterías. Me has pedido que te escuche pero no nos cuentas qué podemos hacer. Tú mismo has usado la palabra « guerra» varias veces. Por si se te ha olvidado lo más importante, una guerra se basa en matar al enemigo. Yo he visto cómo un obús impactaba directamente en la boca de un demonio. ¿Ya sabes qué pasó? ¡Nada! Le falto reírse cuando lo escupió. Si no nos cuentas algo relacionado con armas que puedan acabar con esos bichos, toda esta charla no servirá de nada.

Jack dio una calada larga a su puro.

—Es el momento de hablar del telio. Sirian y yo lo pusimos a salvo. Veréis, su origen no es fácil de entender. Cuando se produjo la Onda, los tres planos de la existencia, el Cielo, la Tierra y el Infierno, se fundieron en uno solo durante un instante de tiempo indeterminado, creo que mientras duró nuestra parálisis. Luego se separaron de nuevo, pero algunas partes se fundieron y quedaron unidas. Ese es el origen de lo que denominamos telio.

—¿Sirve para fabricar armas? —preguntó Thomas, interesado.

—Nuestras armas no sirven de mucho —aclaró Jack—. Pero las suyas...

—Piensas fabricar sus espadas —aventuró Gordon.

—Algo así, pero os estáis adelantando. Sus espadas pueden matarles, sobre todo usándolas para crear unos símbolos que llaman runas, capaces de realizar cosas asombrosas. Pero hay un problema. Un rifle, por ejemplo, funciona exactamente igual en mis manos que en las tuyas. A lo mejor yo fallo al disparar y tú aciertas, pero si su alcance es de un kilómetro, por ejemplo, la bala recorrerá esa distancia independientemente de quién dispare. Las espadas no funcionan igual, os lo aseguro, yo mismo he tenido una entre mis manos y la he usado. De alguna forma, las armas de los ángeles extraen... algo de quien la utiliza. Un demonio podría cortar un tanque en dos, mientras que tú o yo a lo mejor le hacíamos un buen arañazo.

—Entonces no sirven de nada —dijo Thomas, decepcionado.

—Yo no diría tanto. Hace falta práctica y quién sabe hasta dónde podríamos llegar. Ellos llevan milenios usándolas, nosotros, no. Así que lo que necesitamos es ganar tiempo. El telio y las armas son nuestra esperanza a largo plazo.

—¿Y qué planean los neutrales? —preguntó Thomas—. ¿De verdad nos convienen como aliados?

—Nos convienen mucho. Sirian ha realizado una jugada brillante. Incluso Gordon admitirá que estando en inferioridad le ha dado la vuelta a la guerra y nos ha brindado una oportunidad única. Sí, nos conviene como aliado, al menos de momento. Planea cerrar también el Infierno y vamos a ayudarle.

—Yo aún no lo veo claro —titubeó Thomas—. Cerrar el Infierno suena bien, pero me preocupa nuestra actitud general. ¿No deberíamos ayudar, en la medida de nuestras posibilidades, a los ángeles? Me refiero a que quizás no les guste que pactemos con esos neutrales, que si lo he entendido bien, no tienen muy buena reputación.

—No es tan sencillo —contestó Jack—. Los ángeles ya no están liderados por Dios y no respetarán la norma de no interferir en nuestros asuntos.

—Dios volverá —aseguró Gordon, tajante.

—Es posible, pero todos están actuando como si no fuera a ocurrir, al menos a corto plazo, así que debemos hacer lo mismo. Además, por lo que Sirian me contó de la primera guerra, Dios no es muy dado a intervenir, quiere que nos las apañemos por nuestra cuenta.

—De todos modos —dijo Thomas—, no puedes sugerir que ignoremos a los ángeles. Si intervienen, será para ayudarnos.

—No estoy de acuerdo. Los ángeles nos someterán a su dominio. Por supuesto, ellos piensan que nos estarán guiando, que lo hacen por nuestro bien, pero no volveremos a ser dueños de nuestro destino.

—¿Y si llevan razón? —preguntó Thomas—. Quizá ellos saben lo que es mejor para nosotros. Si podemos luchar, deberíamos demostrarles que estamos de su parte.

—¿Y si pierden, Thomas? —gruñó Gordon, que veía en él a un eterno segundón, una persona que siempre necesitaría a otro que le dijera qué hacer—. ¿Lo has considerado siquiera?

—Gordon lleva razón —le apoyó Jack—. Podrían perder. La impresión de Sirian es que están en una seria desventaja y tal vez pierdan la guerra definitiva. Además, olvidas que los demonios fueron ángeles en el pasado. Podría volver a suceder que los ángeles victoriosos se dividieran de nuevo.

—Pero si para entonces tenemos armas y sabemos usarlas, estaremos a su altura —dijo Gordon—. ¿Es ese tu plan?

—No. Nunca estaremos a su altura. No se trata de una cuestión militar o de fuerza. Es mucho peor. Es una cuestión ideológica. Se refieren a nosotros como « menores» , lo que implica que ellos son los « mayores» . Es decir, superiores. Ellos nunca nos verán como iguales, ni nos tendrán en consideración como tales.

—Me sorprendes, Jack —admitió Gordon—. ¿Quieres aliarte con los demonios?

—Tampoco es eso. Aunque, sinceramente, tal vez nos iría mejor. A los demonios no les importamos en absoluto. Nos ven como insectos y les da igual lo que hagamos mientras no estorbemos, aunque si decidieran controlarnos, no se andarían con contemplaciones, eso seguro. En realidad, lo que yo quiero es que nos ganemos nuestro sitio. Que nunca tengamos que vivir bajo la supervisión de otros. Por mucho que me odies, Gordon, ¿no prefieres pelearte conmigo

para decidir nuestro futuro que servir a otros seres que nos consideran inferiores?

Gordon tuvo que admitir que Jack le había tocado la fibra sensible.

—Si todo lo que dices es cierto, desde luego que voy a luchar para que nadie me esclavice. Antes prefiero morir. Pero, de momento, todo es teoría.

—Antes de que pasemos a los detalles —pidió Thomas—, convendría tener en cuenta algo más. Has hablado suponiendo que los ángeles perderán, pero ¿y si ganan? No creo que les guste nuestra postura. Y también se me ocurre que podrían empatar. Unos seres inmortales podrían luchar durante mil años, lo que para nosotros es lo mismo que un empate.

—Una observación excelente —aplaudió Jack—. Hay que considerar todas las posibilidades. Por eso no tomaremos parte en la guerra. La idea de Sirian va por buen camino. Que se maten entre ellos. Pero siendo realistas, eso es poco probable. Uno de los bandos ganará y no van a estar encerrados toda la eternidad, aunque esperemos que sí por mucho tiempo. Nuestro último recurso será intervenir activamente. Y si llegamos a eso, nos pondremos de parte del bando que vaya a ganar. Así de sencillo.

Nadie dijo nada durante un rato. Los tres reflexionaron sobre lo dicho hasta el momento. Gordon notó cómo se observaban, tratando de adivinar qué postura mantenía cada uno.

—Bien —dijo finalmente Thomas—. Creo que yo soy el que más disiente con la idea de unirnos a los supuestos vencedores sin importar quiénes sean. Pero como ese caso puede no llegar a darse creo que podemos seguir trabajando partiendo de la base de que queremos ser independientes.

Gordon ya tenía claro que jamás permitiría a Thomas participar en una decisión semejante. Su talante sumiso sería un problema que les afectaría a todos, pero era cierto que pensar en ello era adelantar acontecimientos que probablemente no llegaran a suceder.

—¿Qué hay del resto del mundo? —preguntó—. Estamos asumiendo que la decisión sobre el destino de la raza humana la vamos a tomar nosotros.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —dijo Jack con una sonrisa—. No me miréis así. No hay nadie más en posición de asumir esa responsabilidad. ¿Queréis hacer un referéndum o una encuesta? Ya sé a qué te referías, Gordon. El resto del mundo ha desaparecido, sepultado bajo la niebla.

—¡Eso no puede ser! —soltó Thomas.

Gordon tampoco pudo contener su sorpresa.

—Absurdo. Tendrás que darnos pruebas. ¿Cómo puedes saber algo así? ¿Te lo ha dicho Sirian?

Jack dio una larga calada a su puro.

—No. Pero tengo mis fuentes. He sido un tanto dramático, lo admito, pero no me he alejado mucho de la verdad. Para empezar sé que Asia entera ha desaparecido y tengo razones para sospechar que África también. Es posible que queden zonas aisladas en alguna parte del globo, pero no podemos llegar hasta ellas. Y si queréis adentraros en la niebla a buscarles o esperar a que vengan ellos en lugar de actuar, es vuestra decisión. Solo queda una zona en el norte de América con la que podemos comunicarnos, pero están realmente mal y los supervivientes vendrán a reunirse con nosotros muy pronto.

—Tú sabes cómo cruzar la niebla —le acusó Thomas—. Así es como hacías contrabando.

Gordon fulminó a Jack con la mirada, que no mostró vergüenza alguna mientras asentía.

—Antes de que se petrificara la niebla, podía hacerlo, pero ahora solo es posible en un punto concreto de Estados Unidos. No os voy a decir cómo, de momento, llevo mucho tiempo preparando la evacuación de los supervivientes a nuestra zona y no voy a consentir que nada salga mal. Pensad lo que queráis, pero si todos nosotros lo hubiéramos sabido, los ángeles y los demonios, también, y ahora estaríamos perdidos.

—Y así de paso, te enriquecías con el contrabando y ganabas poder, ¿verdad? —le acusó Gordon.

—Un poder que ahora estoy compartiendo con vosotros, por si no te has dado cuenta. Reflexiona más tarde sobre lo que habría pasado si yo hubiera actuado de otro modo.

Gordon no se creyó que Jack llevara años enriqueciéndose para actuar en favor de la humanidad. Si ahora lo hacía, sería porque algo le había salido mal y los necesitaba.

—¿Quieres decir que Sirian no sabe cómo viajar en la niebla? —preguntó Thomas.

—Ni él ni nadie. Y así debe seguir siendo.

—¿Y no podemos irnos nosotros a América y dejar aquí a los demonios?

—No. Allí está pasando lo mismo que en el Norte, no durarán mucho. Además, el destino del mundo entero depende de esta guerra, de lo que pase en el Cielo y en el Infierno. Y es nuestra zona la que sirve de nexo. Escuchad con atención. Todos pensamos que el frío que padecemos se debe a la Onda pero no es así. Ese frío proviene del Infierno, que es un lugar opuesto al de las antiguas películas, en las que veíamos fuego por todas partes y esas cosas. Ahora notamos ese frío porque la puerta del Infierno está aquí, en Londres, para ser más precisos.

—¿En América no hace frío?

—¿Nunca te has preguntado cómo he podido conseguir alimentos que no se pueden cultivar con este clima? Yo abastecí el mercado negro en todos los sitios que pude, incluida la Zona del Norte. Los demonios abrieron la puerta del Infierno en Londres y no fue por casualidad. Ellos podrían haber construido en otro lugar el portal que utilizaron para entrar en el Cielo, pero

vinieron a Londres en concreto, buscando precisamente el sitio que yo uso para viajar a otras partes del mundo.

—Creía que no les importábamos —dijo Gordon—. Ni tampoco el mundo, solo acabar con los ángeles.

—Yo también —admitió Jack—. Pero persiguen algo más y hasta que no sepamos qué es, prefiero que no lo encuentren. Y si se enteran de que un ser humano, el que sea, está al corriente, nos matarán a todos. No se trata de ocultarles el secreto, se trata de que no sepan siquiera el mero hecho de que tapamos algo.

—Esa es la clave de todo, Jack. Por fin te has descubierto. —Gordon se levantó y le miró desde arriba—. Tus malditas conspiraciones han cabreado a los demonios, ¿no es así? Y ahora acudes a nosotros porque has puesto en peligro a toda la raza humana. Este pelele del Norte puede que crea tus palabras, pero yo te conozco muy bien y sé que no nos has dicho toda la verdad. Siempre has obrado en tu beneficio y yo he tenido que arreglarlo después.

—Nunca cambiarás. Es cierto que nos conocemos demasiado bien, amigo... Sí, a estas alturas, después de todo por lo que hemos pasado, te considero lo más cercano a un amigo... Tu problema principal es que piensas que cuando se odia de verdad, como tú me odias a mí, el sentimiento es mutuo, pero te equivocas. Yo no te odio, Gordon. Llevo años con un ángel a mi lado, ¿recuerdas a Susan, la doctora? Nunca he corrido peligro. ¿Sabes lo fácil que habría sido eliminarte si hubiera querido? Podría chasquear los dedos ahora mismo y un ángel aparecería para preguntarme cuál es el problema y a quién tiene que matar. Pero yo nunca he tenido intención de liquidarte. Porque eres un líder que se preocupa por los demás, como bien has dicho, aunque a tu manera. Después de lo que hiciste en Londres, salvando a toda la gente que pudiste, todos creen en ti. Vosotros dos sois la esperanza a la que los demás se aferran para que les salvéis de la peor guerra en la que se ha visto mezclada jamás un ser humano. Si nos abandonas, Gordon, no harás más que perjudicar a los tuyos. Olvida lo que sientes por mí y piensa en el bien común.

Gordon no iba a olvidar. Creyó todas y cada una de las palabras que había dicho Jack y también lo que no había dicho. Jack lo necesitaba, como siempre, para que alguien se ocupara de las masas y del ejército, del trabajo sucio. Si lo tuviese que hacer él mismo, no tendría tiempo para maniobrar en la sombra. Dejar a otros en el puesto de líder le confería libertad y anonimato, y si las cosas se torcían podía cargarle a otro las culpas, incluso librarse de ser un objetivo para los enemigos, ya que pensarían que el responsable era el que estuviese al mando, no un astuto mafioso que se mantuviera en segundo plano. Pero Jack no iba a manipularle nunca más.

—Tienes razón. —Gordon tomó asiento de nuevo—. Nuestra gente es lo primero.

—Excelente. Bien, este es el plan, te encantará, Gordon. Vosotros vais a organizar nuestro ejército y acondicionar Oxford para los refugiados que vendrán. Traerán la comida y los alimentos que te prometí, Thomas. Vais a decretar la ley marcial y asumir la autoridad total. No

podemos permitirnos desviaciones.

—¿Qué harás tú? —preguntó Thomas.

—Yo seguiré trabajando con Sirian para que me enseñe a tratar el telio y, con la excusa de que voy por más material, traeré a los refugiados de América. Necesitaré una flota de camiones.

—¿Sirian y los neutrales nos ayudarán en caso de problemas con los demonios?

—No, seguirán ocultos. Y es mejor así. Si los demonios se enteran de que los neutrales están con nosotros, tendremos problemas de verdad. Y así también podremos guardar las distancias con los neutrales. Si al final todo sale mal, no nos conviene que nos relacionen con ellos, que son los más odiados por los dos bandos. Lo siguiente, como ya os he dicho, es cerrar la puerta del Infierno.

—No veo por qué eso me va a encantar —señaló Gordon.

—Por el lugar en el que se encuentra —dijo Jack sonriendo—. Caballeros, tenemos mucho trabajo por delante. Dentro de tres semanas, vamos a reconquistar Londres.



Rylan comprendió que no había nada peor que la soledad.

Desde que Susan le abandonó, dejándole encerrado al borde de la cascada, no había visto a una sola persona, o ángel, ya puestos. El joven científico siempre había sido una persona sociable y muy positiva, alegre, incluso después de la Onda se había dedicado por completo a su trabajo, la ciencia, con entrega e ilusión, siempre pensando que algún día encontraría la explicación de la Onda y salvaría a la humanidad.

Eso fue antes de que Jack le presentara a Susan y su hermano Nelson muriera al atravesar la niebla. Antes de aventurarse en compañía de Raven, el hombre más misterioso que hubiera conocido, a viajar a lo que ahora sabía que era el Cielo. Antes de que Susan revelara su verdadera condición de ángel y le encerrara allí para que convirtiera la niebla en piedra.

Rylan no tardó en perder la noción del tiempo en un mundo en el que siempre era de día. Mantuvo la esperanza de que Susan regresara y le sacara de allí, como había prometido, pero ya no estaba convencido de ello. No después de escuchar los ecos de la guerra. Rylan no pudo ver la batalla salvo en su imaginación, alimentada por los clamores y rugidos que le llegaban. A veces veía franjas de fuego ascendiendo en la distancia, sentía vibraciones en el suelo. Hasta que se hizo el silencio. Y nadie vino en su busca. Tal vez Susan había muerto.

Después de aquello pasó mucho tiempo solo. El paisaje nunca cambiaba y Rylan se dio

cuenta de que empezaba a odiarlo con todas sus fuerzas. La única variación que percibió fue una violenta sacudida en el suelo y un estruendo que casi lo dejó sordo. Había sucedido hacía poco y pensó que había sido un sueño porque se había despertado por el ruido. Luego vio un gigantesco hongo de humo creciendo a lo lejos, pegado a la niebla solidificada, cerca del punto por el que habían llegado al Cielo con Raven, si su orientación no le fallaba. El hongo se disipó y la monotonía se restableció de nuevo. Puede que hubiera sido una alucinación provocada por su mente, como un mecanismo de defensa para que no se volviera loco ante un entorno inmutable y desolador.

Ahora estaba sentado al borde de la cornisa, contemplando el muro de roca gris, infinito, que se extendía como una barrera impenetrable. La cascada, que antes fluía hasta el fondo y creaba la niebla al estrellarse contra el suelo, se había convertido en un gigantesco tobogán de roca que se perdía en las profundidades.

Rylan, agotado y desesperado, empezó a contemplar la piedra con una nueva perspectiva. La veía como la única salida posible. Ya había considerado saltar en numerosas ocasiones. Unos segundos de caída y todo habría terminado en un instante. No sentiría nada, estaba seguro. Pero le faltaba valor. Era una ironía increíble ir al Cielo y morir, justo al revés de como se supone que debía ser. Qué diferentes habían resultado las cosas.

Ya ni siquiera su curiosidad natural bastaba para alimentar las ganas de vivir. La ausencia de sombras y la composición de la niebla, un elemento básico de la realidad que permitía viajar entre los diferentes planos, según le había explicado Susan, habían dejado de interesarle. En parte por su cautiverio, pero sobre todo porque sabía que nunca podría desentrañar sus secretos, que sus conocimientos científicos allí no servirían de nada.

Rylan se levantó y colocó los pies justo al borde del acantilado, juntos, separó las manos, tomó una honda bocanada del aire más puro que jamás había acariciado su piel. No sentía vértigo, ya no. Cerró los ojos.

—Pronto estaremos juntos, hermano —susurró.

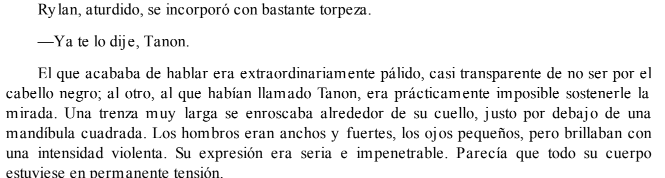
Un pequeño paso. Eso era todo lo que necesitaba. Rylan alzó el pie derecho, aún con los ojos cerrados. Estaba relajado... Y entonces volvió a posar el pie en el suelo.

Había oído un ruido a su espalda. Un simple ruido había sido suficiente para detenerle y activar de nuevo su instinto de supervivencia y su esperanza. Se volvió sabiendo que no quería morir, y sin embargo estuvo a punto caerse.

Dos hombres le observaban a unos metros de distancia. Había más, como una docena, algo más alejados. Formaban una especie de semicírculo y vigilaban los alrededores.

Rylan se acercó corriendo hacia sus salvadores. Su entusiasmo le hizo olvidar la barrera invisible que le mantenía encerrado, pero el golpe que se llevó en la cabeza se lo recordó con bastante contundencia.

—Definitivamente es un menor —oyó decir a uno de ellos, desde el suelo.



Rylan, aturdido, se incorporó con bastante torpeza.

—Ya te lo dije, Tanon.

El que acababa de hablar era extraordinariamente pálido, casi transparente de no ser por el cabello negro; al otro, al que habían llamado Tanon, era prácticamente imposible sostenerle la mirada. Una trenza muy larga se enroscaba alrededor de su cuello, justo por debajo de una mandíbula cuadrada. Los hombros eran anchos y fuertes, los ojos pequeños, pero brillaban con una intensidad violenta. Su expresión era seria e impenetrable. Parecía que todo su cuerpo estuviese en permanente tensión.

—Eh, tíos, ¿Podéis sacarme de aquí?

—¿Cómo has entrado ahí? ¡Habla! —rugió Tanon.

Rylan dio un paso atrás, asustado. El del rostro pálido se adelantó.

—Es mejor que yo hable con él —dijo.

El pequeño científico se sintió aliviado de librarse de sostener la mirada de Tanon. Supuso que el de la tez blanquecina era el líder y por eso tomaba la palabra. Ese pensamiento despertó algunos recuerdos.

—Tú eres Sirian, ¿verdad? Susan me dijo que vendrías a rescatarme.

—¿Sirian? —preguntó el del rostro pálido.

Y Tanon apretó a la vez la mandíbula y los puños.

—No... ¿No venís a rescatarme? —balbuceó Rylan.

—Los neutrales nos encerraron. Claro, eso tiene sentido...

—Cállate, Asler. Tú, menor, empieza a decirnos qué ha pasado. ¿Quién manipuló la cascada?

Ahora Rylan tenía mucho miedo. Era evidente que no eran los amigos de Susan, los neutrales. Así que solo podían ser ángeles o demonios, y ya tenía una idea bastante clara de a qué bando pertenecían. Pero no quería creerlo. Si acertaba, significaba que los ángeles habían perdido la guerra.

—Enséñame tus alas —se atrevió a pedir.

Asler sonrió.

—Aquí tienes. —Dos alas con plumas negras, como Rylan temía, surgieron de la espalda del demonio—. No temas. Si los neutrales fueron sinceros, te habrán dicho que no tenemos nada contra los menores. Esto es una pequeña disputa entre nosotros.

—Susan me dijo que nos someteríais.

—Y te lo dijo, imagino, después de encerrarte, porque ningún menor sabría lo que significa esa cascada si no se lo explica alguien. ¿Y crees a un traidor, a un ángel que te abandonó para que te pudrieras solo? Lo único que queremos es entrar y devolver la niebla a su estado anterior. Tú podrás irte, no nos importas. Ahora te recomiendo que pienses deprisa si crees que trato de engañarte, como hizo Susan. ¿Vas dejar que tus ridículos prejuicios religiosos te impidan ver la verdad?

Rylan había basado toda su vida en la ciencia, no en la religión, y las palabras de Asler concordaban con todo lo que sabía hasta el momento. Desde luego, Susan le había mentido para utilizarlo y los demonios sonaban sinceros. No encontró ningún fallo en la lógica de Asler. Y, aun así, no pudo evitar sentir un rechazo instintivo ante lo que representaban. Su mente científica le dijo que aquel rechazo era una reacción emocional que no provenía de sus escasos conocimientos sobre religión, sino de toda su cultura. Le dijo también que la lógica no podría hacer nada para cambiar sus emociones.

—¿Ganasteis la guerra?

—Pierdes el tiempo, Asler. —Tanon le apartó a un lado—. No se puede razonar con los menores. Los neutrales podrían haberle torturado y todavía pensaría que es culpa nuestra por lo que le inculcaron desde que nació. Detesto perder el tiempo luchando contra la estupidez.

Una espada de fuego apareció en las manos de Tanon, brillante y hermosa, inmensa. Y no fue eso lo que desató el pánico de Rylan. Fueron las dos alas de fuego que aparecieron en su espalda cuando el demonio se echó la trenza a la espalda. Tanon no tenía cuernos, ni un tridente, ni era de color rojo, como siempre había imaginado Rylan a un demonio. Y sin embargo nada podría aterrarle más que el destello brutal de sus ojos y aquellas alas formadas por llamas con forma de plumas.

—¡Espera! —suplicó, cayendo de rodillas—. No me hagas nada. Yo... Te diré lo que sé, si me dejáis marchar.

—Empieza a hablar —ordenó Tanon.

—Sí, sí... Veamos. Susan me dijo que vosotros no podéis entrar aquí. Algo de las alas, no lo entendí muy bien, por eso necesitaba a un menor. ¿Lo he dicho bien? Vale, ya sigo. Creo que la idea fue de un tal Sirian que es como el jefe de los neutrales. Por lo visto se le ocurrió porque, después de la Onda, los menores podemos entrar en el Cielo, o el Nido, como lo llamáis, y claro, eso no lo contempla este mecanismo de seguridad. Vamos que simplemente pasé andando. Pero cuando tiré la piedra a la cascada con el símbolo ese, ahí tenía razón el otro demonio, Susan me la jugó pero bien, y ya no pude salir. Te juro que no sé nada más.

—Sirian... —murmuró Tanon—. ¿Dónde está?

—¿Quién, Sirian? No lo sé, ni siquiera lo he visto.

—Sirian nunca le diría nada importante a un menor, Tanon, tiene sentido —señaló Asler—. Mucho menos si pensaba dejarle atrapado.

—Estoy más que harto de las interferencias de ese traidor. Debí matarlo cuando tuve la oportunidad, pero Dast y Stil me convencieron de no hacerlo. Bien, vamos a resolver esta situación ahora mismo.

Tanon apretó con fuerza la empuñadura de su espada, sus alas se extendieron al límite, saltaron chispas en todas direcciones. Los demonios se apartaron a toda prisa. Rylan ni siquiera tuvo tiempo de pestañear. El demonio, ante sus ojos, se convirtió en una gigantesca bola de fuego que cargó directamente hacia él.

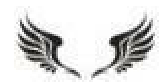
Sonó un golpe brutal, el aire tembló, el suelo vibró de un modo salvaje. Rylan, tras caer de bruces, tuvo que agarrarse para no rodar hasta el borde del precipicio. Una llamarada gigantesca le envolvió. Donde quiera que mirara todo era de color naranja. A pesar del miedo y el torrente de adrenalina recorriéndole el cuerpo, advirtió que el fuego se mantenía a una distancia constante, formando una bóveda sobre él. Pocos segundos después, se desvaneció. Las llamas se disolvieron progresivamente y cesó el temblor. La barrera invisible había resistido.

Rylan, sudando y temblando, se atrevió a mirar a los demonios. Tanon jadeaba, se veía la frustración en su rostro, en la arruga que atravesaba su frente y en los dientes apretados. Los demás le miraban con respeto, sin atreverse a decir nada.

Así permanecieron un rato largo, hasta que Tanon enfundó su espada y se dio la vuelta.

—Odio a Sirian más que a ninguna otra criatura.

Mientras se marchaban, Rylan solo podía pensar en que se alegraba de no estar en el pellejo de aquel que llamaban Sirian.



El Infierno aullaba ahora de un modo extraño. O tal vez no. Aquel alarido espantoso e indescriptible podía ser algo habitual allí. Raven no tenía modo de saberlo. ¿Y si la oscuridad gemía de esa forma atendiendo a alguna razón que él desconocía? Le habría preguntado a Nilia, pero ella dormía pegada a la pared, con los puñales clavados en el suelo, uno a cada lado.

Puede que él debiera hacer lo mismo, pero no le parecía posible dormir, por muy cansado que estuviera. Además, tenía miedo de soñar.

—No puedes curarle —dijo Lyam a su espalda. Raven le miró extrañado—. A tu amigo. Me preguntaste si es posible curar la locura. No lo es.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes.

Raven recordó lo que Nilia le había explicado sobre cómo se sentía Lyam tras saber que Dios había muerto.

—Gracias de todos modos.

Vio un destello a su espalda, veloz. Sintió calor y luego frío, después un dolor agudo en el hombro. Se giró.

Lyam tenía la espada en la mano, más pequeña que la de Yala, pero más grande que las dagas de Nilia.

—Cúrate —le ordenó.

—¿Te has vuelto loco? —Raven desenfundó su arma, crecieron las llamas desde la empuñadura hasta formar una hoja estilizada—. Aprovechas que Nilia está dormida...

—¿Quieres aprender a curar o no?

Raven dudó. El pequeño ángel estaba muy serio, pero no parecía amenazador, no adoptaba una posición de combate, sus rodillas no estaban flexionadas, no cargaba el peso del cuerpo sobre el pie izquierdo. Con todo, le había herido. La sangre resbalaba por su brazo.

Antes de que pudiera reaccionar, Lyam se acercó y agarró el fuego de su espada. Cuando la soltó, su mano también sangraba.

—¿Piensas hacer algo o me voy?

Raven, aún molesto, guardó su arma. Se cubrió el brazo y se curó. Sintió la carne uniéndose de nuevo. El dolor desapareció.

—¿Te curo a ti también?

—Todavía no. ¿Ves lo que has hecho mal?

Raven movió el brazo sin notar la menor molestia.

—Mi brazo está perfectamente —dijo con el tono propio de quien sabía que no era la respuesta correcta, pero no el por qué.

—El corte que te di fue pequeño. Tú te has curado como si hubiese estado a punto de arrancarte el brazo. Lo haces todo igual. Por eso te cansas tanto. Tienes que aprender a economizar tus fuerzas, a aplicar la energía necesaria para cada herida. Prueba de nuevo. Cura mi mano.

Raven entendió el concepto. Entendió también que llevarlo a la práctica no era sencillo. No necesitó ver el rostro de Lyam para saber que había vuelto a excederse.

—Otra vez —dijo el ángel mientras se cortaba la mano.

—Maldita sea —bufó Raven—. Se me escapa. Podrías darme alguna indicación de cómo se

hace.

—Se necesita práctica. Tú, más que nadie. Encontré las cenizas de aquella niña junto al río, cuando huías de nosotros para entrar en Londres. Y vi cómo estallabas en el Cielo cuando uno de los gemelos te sujetaba mientras el otro peleaba con Nilia. No tienes control o no sabes que puedes dosificar tu energía. En cualquier caso, necesitas practicar.

—Fuiste tú y tus amigos los que me hicisteis perder el control. ¡Malditos seáis! ¡Yo no quería quemarla!

—No creo que quieras hablar de eso.

—¡Desde luego que quiero!

—Muy bien. Eres un estúpido, pero probablemente necesites serlo para sobrevivir. Quieres culparnos a nosotros de todo lo que te ha pasado, a mí en particular porque me tienes más cerca. Hazlo. Pero esa no es la verdad. Tú sabías perfectamente el peligro que corría cualquiera que estuviese a tu lado. No deberías haber dejado que la niña te acompañara.

Lyam empleaba un tono monótono, como si se aburriera. ¿Cómo era posible que un ángel le hablara de esa manera?

—¿Así liberas tu culpa? ¿Cargándomela a mí? Si es que sientes la pérdida de aquella niña.

—Yo no fui quien estaba con Dios durante la Onda. ¿También me culpas de eso? Deberías pensar qué pasó antes para que te involucraras en un hecho como ese. A lo mejor te sorprendes cuando recuperes la memoria. Pero esa no es la cuestión. Ya te había sucedido antes, Raven. Habías perdido el control en ocasiones anteriores. Una vez te localizamos en Oxford porque acababas de reventar el ala izquierda del Museo Ashmolean. Eso sí lo recuerdas.

—Eso no cambia nada. Podrías haberme dejado en paz y yo habría entregado a Maya a una familia, para dejarla a salvo.

—No me importa lo que pienses. Tus miedos son cosa tuya. ¿Ahora quieres seguir o prefieres que me marche?

Raven se limitó a asentir para no decir algo de lo que seguro se arrepentiría. Lyam siguió cortándose el brazo una y otra vez. Raven sabía que fallaba cada vez que lo intentaba. Esperaba una reprimenda por parte del ángel, pero él no decía nada. Se hacía un nuevo corte y esperaba a que desapareciera. Raven creía que se sentiría mejor sin escuchar recriminaciones, pero descubrió que el silencio de Lyam era peor.

Se esforzó más. Empezó a sentirse cansado.

—Céntrate en la herida —dijo Lyam—. Tienes que conocer su gravedad con un simple vistazo.

—¿Cómo?

—No basta con la herida. Fíjate en el movimiento de la espada, en su velocidad, el sonido que hace. Todo cuenta.

—¿Y si te hirieran estando yo a tu espalda?

—Intuición. Mi grito, el movimiento de mi cuerpo... y mil detalles más. Crees que los cortes que has curado hasta ahora eran todos iguales, ¿a que sí? Solo porque me los he hecho en el mismo sitio, pero la verdad es que algunos eran más profundos que otros, o los había realizado más rápido. Todavía no has curado dos heridas iguales.

Continuaron. Raven prestó más atención. Lyam empezó a realizar cortes más pequeños. Algunos eran solo un punto rojo en su piel. Raven creyó que tendría más suerte intentando coger una mosca con unas pinzas.

—Suficiente.

—¿Ya? —preguntó Raven sorprendido—. Pensaba que aún se me iba un poco.

—Ni siquiera te has acercado, pero ya tienes la base. Solo la práctica te puede hacer mejorar.

—Entonces sigamos...

—Faltan más conceptos que desconoces. Esto era lo más fácil.

Raven trató de suspirar sin que se notara.

—¿Qué más tengo que saber?

Había creído que aplicar la energía precisa para cada herida era lo único importante, aunque intentó ocultarlo mostrándose poco sorprendido.

—Falta bastante teoría antes de continuar. Para empezar, debes saber que la sanación está limitada a las heridas físicas. Es posible curar enfermedades como infecciones, pero no las mentales. Y hay un límite para todo. No se puede recomponer un cuerpo, solo repararlo, por decirlo de algún modo. Es decir que si amputan a alguien un brazo no podrás ni unirlo de nuevo ni regenerarlo.

—¿Y si queda unido por un pequeño trozo de piel?

—Entonces es posible. Dependerá de tu destreza. Ese es el segundo límite que tienes que aprender y el más importante. El tuyo. Si no sabes qué heridas eres incapaz de curar, perderás el tiempo intentándolo, mientras otros que sí podrías salvar mueren.

Raven comprendió que no tenía la menor idea de cuál podía ser su límite y tuvo la certeza de que no sería agradable averiguarlo.

—Si te soy sincero, pensaba que vosotros podíais hacer más cosas, como curar un miembro amputado o...

—Para eso es necesario el conocimiento de la creación. Y Dios no nos lo enseñó.

—¿Por qué? Sería muy útil.

—Hay varias teorías. —Por primera vez Lyam abandonó su tono de voz aburrido y lo sustituyó por uno que reflejaba cansancio. A Raven le parecía un tema fascinante, pero al ángel no debía de resultarle agradable hablar de Dios—. Algunos creen que nos lo iba a enseñar más adelante, puede que cuando estuviéramos preparados. Otros piensan que nos concedió el don de la creación al permitirnos tener hijos y crear vida. Los demonios, por su parte, tienen teorías mucho más enrevesadas, como puedes imaginar. Lo más parecido es la sanación y una capacidad para modificar el entorno que emplean algunos y que llamamos moldeadores.

—¿Cuál es tu teoría al respecto?

—Qué más da. Ya nunca lo sabremos.

No le pareció apropiado seguir indagando en ese sentido, así que Raven retomó el tema de la sanación.

—¿Se puede curar a más de una persona a la vez?

—Hay runas que lo permiten hasta cierto punto, marcando una zona por ejemplo. Pero no te las voy a enseñar.

—¿Porque son muy complicadas?

—Porque son muy peligrosas.

—No lo entiendo. Si puedo curar a Yala y a Nilia a la vez eso podría salvarnos. Podría cubrir la zona en la que estén los dos y...

—Y curarías también a nuestros adversarios, cosa que podría ser mucho peor. Esa técnica se emplea en determinadas situaciones defensivas, estáticas, como cuellos de botella, nunca en un espacio en el que no sabes quién lo puede ocupar en un momento determinado.

Raven empezó a ver a Lyam de un modo diferente. El ángel parecía débil, pequeño en comparación con Yala o Nilia, pero era un soldado. Las explicaciones que le daba provenían de su experiencia. Imaginó cómo se habrían dado cuenta los ángeles de que una runa mal colocada podía sanar a un enemigo, otra lección que Raven prefería no aprender.

—¿Las runas sirven para algo más?

—Pueden permitirte curar a mayores distancias. También pueden crear una reserva que otro puede utilizar más tarde, como si dejaras una botella de agua para que se la bebieran y así poder ir a otra parte, aunque eso conlleva el mismo peligro que curar en un área determinada. Tienen muchas utilidades, pero no puedo enseñártelas todas.

—¿Por qué no? Ya me has contado toda la teoría, ¿no?

—No he hecho más que empezar.

¿Qué más podía faltar? Raven sintió curiosidad y cierto respeto por el arte de la curación. No había imaginado que pudiera ser tan complejo.

—Te escucho.

—El momento de curar es esencial durante un combate —prosiguió Lyam—. A veces no es conveniente sanar una herida determinada y hay que esperar.

—Pon un ejemplo.

—¿Ves cómo cargo el peso sobre la pierna izquierda? Si me hubieran cortado el muslo estaría haciendo más fuerza de la normal para mantener esta postura, si me curaras recobraría mi fuerza y mi pierna se tensaría de repente sin que lo supiera, perdería el equilibrio y caería hacia el lado opuesto. En este caso habría que esperar a que la pierna estuviera relajada o a que nadie me estuviese atacando.

Raven supo que jamás podría tomar una decisión semejante. Con los nervios y la adrenalina del combate, si veía una herida la curaría instintivamente. Sin embargo, asintió enérgicamente.

—Entiendo.

—Las alas son importantes para el equilibrio. Tendrás que aprender sus posiciones para entorpecer sus movimientos con las curas lo menos posible. También deberías estudiar a Yala y a Nilia. Cada ángel o demonio tiene sus manías y movimientos preferidos. Si los conoces, sabrás el mejor momento para actuar.

—¿Vosotros os conocéis todos unos a otros? —preguntó Raven, asombrado.

—No. Por eso solemos agruparnos con quienes ya hemos combatido.

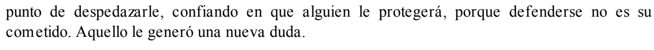
—Dime que ya no queda más teoría —suplicó Raven.

—Queda más de lo que imaginas, pero no creo que la puedas asimilar toda. Lo más importante es que aprendas a valorar las situaciones de combate, a priorizar. Dependiendo de la estrategia y la situación particular, puede ser necesario curar a uno u otro en primer lugar, no solo en base a la gravedad de la herida. Y esa evaluación tienes que hacerla rápido, en una fracción de segundo.

—Tienes razón, eso debe de ser lo más difícil.

—Seguimos en la parte fácil. Lo último que te contaré es que tienes que confiar en tus compañeros. Ellos emprenderán ataques y acciones porque cuentan con que les llegará una cura cuando lo necesiten. Si no lo haces, morirán. Es su responsabilidad protegerte. No tuya.

Una vez más, Raven trató de imaginar la clase de compromiso que requería que alguien se enfrentara a un enemigo superior sabiendo que su única posibilidad es que le curen cuando sufra una herida. Al mismo tiempo, un sanador debe curar a su compañero aunque una espada esté a


punto de despedazarle, confiando en que alguien le protegerá, porque defenderse no es su cometido. Aquello le generó una nueva duda.

—Supongo que si me agoto es importante que lo diga, para que Nilia no cometa una locura confiando en mi ayuda.

—Algo vas entendiendo. De todos modos, aunque no te des cuenta, ellos siempre están pendientes de ti. Si no, no podrían protegerte. Si dudan sobre tu estado, es responsabilidad suya no arriesgarse.

Raven se sintió tan cansado como si hubiera sujetado una montaña sobre sus hombros.

—Te digo de verdad que si esto no es lo más difícil, prefiero que no me digas nada más. Seré incapaz de hacerlo.

—Lo más difícil es decidir quién vive y quién muere. —Raven palideció visiblemente. Lyam ni se inmutó—. En una guerra es imposible salvar a todo el mundo. En algún momento, tendrás que dejar de curar a uno para salvar a otro. Y cuando veas morir a alguien que podrías haber salvado, tendrás que tomar de nuevo la misma decisión. Así hasta que el combate termine. Luego, si estás vivo, rezarás por que tu criterio para elegir haya sido acertado.

¿Y si no lo fuese? De repente Raven deseó con toda su alma no tener el don de la sanación. Ahora, tras hablar con Lyam, lo que había considerado una bendición o un milagro, le pareció la peor de las condenas. Raven estaba absolutamente convencido, más allá de cualquier duda, de que ninguna vida debería depender de él. Se mareó tratando de asimilar una responsabilidad tan grande.

—No podré hacerlo —dijo cayendo de rodillas al suelo—. Es imposible.

Le faltaba el aliento y también las fuerzas. De repente sentía un peso gigantesco sobre su espalda, jadeaba.

—Entonces díselo a Nilia —dijo Lyam—. Dile que no cuente contigo para seguir adelante porque eres un cobarde.

—¿Y qué hay de ti? —rugió Raven—. ¡Tú te has rendido! No soportas que Dios haya muerto. ¡Tienes más miedo que yo!

Era su rabia la que le dio fuerzas para volver a levantarse y encarar al ángel.

—Eso te lo ha dicho ella, ¿verdad? Es propio de Nilia simplificar tanto las cosas.

—¿Lo niegas? He visto cómo has cambiado desde que estamos en este maldito agujero.

Lyam suspiró.

—Ella te cuenta lo que le interesa, Raven. ¿Te habló de la primera guerra cuando se rebelaron? Claro que no. No te ha explicado cómo pudieron atacarnos por sorpresa. Es muy sencillo, nos traicionaron. Un buen día como cualquier otro, de repente nos encontramos a

nuestros propios hermanos matando a los nuestros. Podías ir volando tranquilamente con un ángel y, sin saber por qué, se daba la vuelta y asesinaba al que tenía más cerca. Así empezó todo. Pero hubo mucho más. Fueron muy listos. No todos se descubrieron a la vez. Cuando llevábamos tiempo combatiendo con ángeles en quienes ya habíamos aprendido a confiar, de repente se rebelaban, solo habían esperado su turno para atacar. No solo fueron las muertes que causaron, lo peor fue la desconfianza que sembraron entre nosotros. Ellos sabían quiénes eran, pero nosotros, no. Cualquier compañero podía traicionarte en un momento dado. Estuvieron a punto de ganar...

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—...Yo defendía un desierto flotante en la cuarta esfera —prosiguió Lyam sin dar muestras de haber escuchado la pregunta. Raven se preguntó si le hablaba a él o simplemente estaba recordando. Sus ojos estaban desenfocados, su voz se apagaba según avanzaba en su relato—. Una explosión me lanzó lejos hasta caer en una isla a varios niveles por debajo. Cuando me recuperé del golpe había cuatro ángeles conmigo, dos de ellos con heridas muy graves. Los demonios se acercaban, podía oírles. Curé a los dos ángeles tan bien y tan rápido como pude. En cuanto terminé, uno de ellos se giró y mató al otro.

—¡Cielo Santo! —exclamó Raven involuntariamente.

—Aquel ángel, el que acababa de traicionarnos y revelar su verdadera condición, era Nilia.

Lyam parpadeó y miró a Raven.

—Pero...

—Ella no lo sabe —se anticipó Lyam—. Escapé antes de que me viera, cuando comprendí que no podía hacer nada, que ya había hecho bastante...

—Y ahora has perdido a Dios —dijo Raven en tono comprensivo—. No me extraña...

—Dios no tiene nada que ver. Cada uno debe aceptar y asumir la responsabilidad que le corresponde. ¿Aún no lo entiendes? Yo no pude hacer nada por salvar a Dios, no me siento culpable por eso.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Por qué sigues con nosotros si parece que ya nada te importa?

Lyam hizo una pausa antes de contestar.

—Por Yala —dijo con firmeza—. Pero, sobre todo, por ti.

—Yo...

—Tú tienes la mayor responsabilidad de todos nosotros. Y no me refiero solo a nuestro grupo. Tal vez eres tan ingenuo que no lo sabes, a pesar de la evidencia. Nilia lo sabe. Yo también. Parece que todo el mundo lo sabe menos tú. Es una lástima que te falte valor para aceptarlo y permitas que tu miedo te defina.

—¿Crees que yo pedí esto? Tú eres un maldito ángel inmortal que ha visto a Dios. ¿Qué

sabrás tú de tener miedo?

—Sé más de lo que crees. No has escuchado nada de lo que te he dicho. Yo salvé a Nilia y ella ha matado a miles de ángeles desde entonces. Cada vez que la curo, cada paso que damos, estoy haciendo lo mismo de nuevo. Y lo hago por ti. Es mi elección. Me preguntaste por mis miedos y te dije que no era por Dios. —Lyam se giró y miró al abismo—. Sin embargo, tengo miedo. Más que nadie... Mi mayor miedo es volver a equivocarme.



La quinta esfera era el lugar más hermoso de toda la Creación. Y el de mayor extensión. Allí, en una amplia llanura ligeramente ondulada, fue donde apareció la primera generación de ángeles. Soplaba una brisa cálida y la luz les arropaba a todos por igual. Allí el Viejo les explicó que aquel lugar solo se trataba de un fragmento de la existencia que había creado para todos ellos. Les invitó a alzar la cabeza y los ángeles vieron que había infinitas formaciones rocosas flotando en diferentes alturas. En cada uno de esos niveles, el paisaje era diferente: bosques, desiertos, praderas, mares... La variedad no tenía límites. De allí se extrajeron los elementos con que se moldeó el plano de los menores, y aunque Dios nunca se lo dijo a nadie, los ángeles sospechaban que el Viejo tenía pensado introducir otros nuevos que aún no había empleado.

Así era antes de la Onda. Ahora, la quinta esfera no era más que una colección de ruinas. Prácticamente todas las estructuras que hasta ese momento se mantenían suspendidas, se estrellaron irremediablemente contra la llanura que descansaba más abajo, como si, al igual que los ángeles, hubieran perdido la capacidad de volar. Las pocas extensiones que conservaron su ubicación eran las que flotaban más alto, puesto que no fueron arrastradas por otras en su caída. Los moldeadores habían logrado restaurar alguna que otra después de la Onda, y podrían haber continuado con su labor, pero los demonios atacaron y hubo que enfrentarse a una nueva guerra.

Asius saltó entre los fragmentos de una montaña parcialmente reconstruida. Las alas, entre cuyas plumas se revolvía su melena rojiza, frenaban su descenso. Le saludaron dos custodios al llegar al campamento donde los ángeles habían establecido el centro de mando. Otros dos se apartaron al verle y despejaron una pared de roca dentro de una gruta. Asius dibujó una runa sobre aquella pared. La roca se desplazó silenciosa a un lado y volvió a su posición en cuanto el consejero cruzó el hueco. Se detuvo ante una sucesión de símbolos que recorría el suelo y las paredes hasta encontrarse en el techo. El espacio delimitado por las runas era una barrera infranqueable, que no se podía ver, pero que sin duda alguna estaba ahí. Al otro lado de la barrera había un demonio. Tenía las alas blancas, pero era un demonio, uno de los más letales. Aquel demonio se volvió y sonrió.

—Me preguntaba cuándo vendrías a verme. Aunque sinceramente no entiendo para qué.

¿Piensas que te voy a contar algo que pueda ayudarte?

—Pienso que eres inteligente, Stil —repuso Asius—. Que se puede razonar contigo.

—Has venido solo... ¿Tan desesperado estás?

—Quiero detener esta locura.

—Quieres saber quién es el traidor. —Stil acarició su melena blanca con suavidad—. Un ángel traidor. Ya deberías haberlo deducido o no eres tan inteligente como creíamos. Pero sí lo eres, ¿verdad? Por eso te ascendió el Viejo. No tuve tiempo de felicitarte. ¿Echas de menos ser un custodio? Apuesto a que no. ¿Qué se siente al tener el poder de un consejero?

—Dímelo tú, que también ascendiste en el Agujero, por lo que tengo entendido. Eres un barón, enhorabuena.

—Asius, yo siento orgullo de mi gente y de cómo lucha por sus ideales. Estoy orgulloso de que mis hermanos me respeten y valoren mis decisiones ante la misión más dura y peligrosa que ninguna criatura pueda siquiera imaginar: derrotar al Viejo y sus esclavos. Pero tú no lo puedes comprender.

—Desde luego que no. Vuestra guerra es la mayor...

—No me refería a eso —le cortó Stil—. Hablaba de orgullo y respeto. ¿Quién te respeta a ti, pelirrojo? Los ángeles hablan, ¿sabes? Cuando me traían, les oí comentar sus sospechas. No les gustas mucho y eso que probablemente te deben la vida. Tal vez sea culpa tuya, puede que no tengas madera de líder. Y antes de que repliques, piensa en si estás orgulloso de ellos. Te pusieron todo tipo de problemas para defender la Ciudadela. El mismísimo Ergon, el más querido de los tres Justos, se opuso, ¿no es cierto? Y ahora sabes que un ángel te ha traicionado. ¿Ves a qué me refiero? No puedes entender lo que siento.

—Es cierto. No puedo saber lo que se siente cuando tu propia esposa te niega. ¿Qué sentiste al mirar a Renuin a los ojos y comprobar que no volvería a tu lado? Cuéntamelo. A lo mejor, y solo es una suposición, soñabas con vuestro reencuentro después de milenios en el Agujero. ¿Qué se siente? Dime, ¿rabia?

—¿Me ves rabioso? —preguntó Stil. Asius admitió para sí que no era el caso. El demonio se mostraba exactamente igual que antes de la primera guerra en el Cielo. Casi todos habían cambiado, pero Stil se conservaba como si hubiera permanecido allí con ellos todo el tiempo. Su voz melodiosa sonaba suave y controlada, sus movimientos eran armoniosos. No, no estaba alterado, o lo disimulaba a la perfección—. No hables de ella, Asius, te lo recomiendo.

—¿Crees que estás en disposición de amenazarme?

—Lo estoy. Matarme supondría la muerte inmediata de Renuin y, de un modo tan brutal, que no soportarías ni que te lo contaran. Y yo pronto seré libre. Mis compañeros vendrán a por mí. No puedes hacer nada para impedirlo. Puede que incluso el traidor me libere antes.

—Puede que te mate y nadie se entere, ni siquiera tus amigos, con lo que Renuin seguiría a salvo. Después de todo, si no me sirves para nada, por qué correr el riesgo de que te liberen, como tú bien has señalado.

Stil se acercó a la barrera cuanto pudo.

—¿Tanto me odias? Has cambiado, pelirrojo, te has endurecido. Pero dudo que ya estés en ese punto de poder matarme mientras estoy indefenso. Piensas que ya sabes lo que es el odio, pero no tienes ni idea. Has perdido una batalla, pero espera a que las cosas se pongan mal de verdad. Cuando ya no tengas esperanza descubrirás de lo que realmente eres capaz. Créeme, cuando llegues a ese punto lo sabrás. Y te garantizo que llegarás.

—¿Y entonces seré como vosotros? ¿Es eso lo que intentas decirme? ¿Crees que me uniré a vuestra causa?

—Tú nunca serás como nosotros. No puedes ni imaginar lo que nos sucedió en el Agujero.

Asius hizo una pausa para reflexionar. Lo único que había sacado en claro era que Stil no entraría en razón y que no iba a colaborar de ningún modo, al menos voluntariamente. Descubrió que sus palabras habían sembrado la duda en su interior. ¿De verdad los demonios estarían tan unidos como alardeaba? ¿Cómo se había llegado a ese punto? Ellos firmemente unidos por una causa, mientras que a él le miraban con recelo los propios ángeles, y con un traidor entre sus filas. La diferencia era preocupante. Al menos ahora sabía dónde buscar la verdad.

—De modo que habéis elevado la locura a una forma de vida. Estáis tan ciegos que matar al Viejo es vuestra única motivación. No termino de creérmelo.

—¿Nunca has creído en una idea hasta el punto de morir por ella?

—Desde luego, pero dudo que sea vuestro caso. —Había más. Asius sabía que Stil no se lo diría, pero debía de ser algo que sucedió durante su encierro en el Agujero. Tenía que averiguar de qué se trataba, solo que no tenía ni idea de cómo lograrlo—. Te veo muy capaz de morir por un ideal, Stil. Es relativamente sencillo. Lo que veo mucho más complicado es que puedas matar a tu esposa.

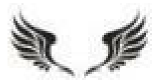
—Voy a recuperar a Renuin, no tengas la menor duda —dijo el demonio con gran convicción—. Pero esto es una guerra. Ella podría haber muerto en la primera batalla por mucho que yo quisiera evitarlo.

Eso lo dijo con bastante menos convicción. El único punto débil de Stil parecía ser Renuin. Participar en la guerra estando ella en el bando contrario tenía que abrir necesariamente un abismo en su interior. Asius tenía que encontrar el modo de agudizar ese dilema.

—Stil, puedes recuperar a tu esposa. Solo tienes que decirme quién es el traidor. Piénsalo. Y respecto a lo que dijiste antes, estoy de acuerdo contigo, nosotros no hemos llegado aún a ese punto que mencionabas, tenemos mucho margen para mejorar, mientras que vosotros estáis al límite, guiados por el odio y la desesperación. Pronto veréis de lo que somos capaces y

entenderás el error tan grave que habéis cometido.

—Lo dices para convencerte a ti mismo. No te acompaña nadie, Asius, porque no sabes en quién confiar. Sospechas de tus propios hermanos y ves el miedo en sus ojos. No imaginabais que esto pudiera volver a pasar. Vuestro máximo líder, Ergon, se ha vuelto loco, Renuin ha sido capturada, y el único justo que os queda, Diacos, ni siquiera ocuparía ese cargo de no ser porque Tanon mató a su antecesor en la primera guerra. Sois vosotros quienes habéis cometido un error. En realidad, más de uno.



El soldado de infantería A. C. Sullivan vigilaba por la mira telescópica de su rifle. En realidad no era suyo, sino del soldado de la Zona Segura del Norte a quien se lo había arrebatado, y que ahora yacía atado y amordazado junto a la pared. Sullivan le había dejado inconsciente sin demasiadas complicaciones.

El disparo de su brazo, realizado por el comandante Gordon, había servido para mucho más que infiltrarse en Oxford; por ejemplo, para fingir debilidad ante un militar del Norte y arrebatarle su fusil de largo alcance. Ese disparo y la escayola de su brazo también le recordaban constantemente su misión.

Gordon le había ordenado matar a Jack Kolby. Y Sullivan había aceptado con mucho gusto. No conocía en persona a Jack, pero conocía su fama, como cualquier londinense, un hombre que no tenía honor, ni moral, responsable de casi todos los negocios turbios y del contrabando. Jack amasaba una fortuna de dinero sucio que le permitía vivir como un millonario de los tiempos de antes de la Onda, mientras la población civil apenas sobrevivía y la militar luchaba en las guerras. Jack solo trabajaba en beneficio propio, no sabía lo que era sacrificarse por los demás, servir al bien común, formar parte de algo más grande que uno mismo.

Otro detalle que no podía soportar de él era verle intervenir en cuestiones militares. Jack había participado en varias reuniones con el comandante Gordon, a su mismo nivel. No sabía con certeza qué se había discutido en aquellas reuniones, pero no era extraño ver a Gordon maldecir al pronunciar su nombre. De algún modo, seguramente mediante su fortuna, Jack lograba influir en las decisiones de la mente más brillante de toda la Zona Segura de Londres, la del comandante Gordon, el estratega al que todos, sin excepción, debían su seguridad. Matar a Jack Kolby bien merecía el balazo que había recibido para poder infiltrarse entre los heridos, que fueron los primeros a los que habían permitido entrar en Oxford.

Sullivan había pasado una semana ingresado en el hospital. Su brazo no estaba completamente restablecido, pero ya no le dolía, dado que su comandante, con buen ojo, había realizado un tiro limpio, sin tocar el hueso. Y Sullivan solo necesitaba el dedo índice para apretar

el gatillo. Además, la escayola era una buena base sobre la que apoyar el fusil. En cuanto Jack apareciera en la lente de su mira telescópica, sus sesos se esparcirían contra la pared del edificio de enfrente.

Sullivan llevaba dos horas esperando. Alrededor de su ojo derecho había una marca circular grabada en la piel, a consecuencia de pasar tanto tiempo apoyado sobre la mirilla. Podía pasar mucho más tiempo así, si era preciso.

Pero no lo fue. Quince minutos bastaron para que una silueta, vestida con un abrigo largo y coronada por una nube de humo, apareciera caminando tranquilamente. Sullivan tuvo el repentino impulso de disparar primero a su asqueroso puro, pero se controló. Colocó la cabeza de Jack en el centro de la cruz de la mira del rifle y apretó el gatillo.

Algo salió mal.

La mira se había vuelto completamente negra durante un instante. Sullivan había sentido el disparo y había escuchado el sonido, amortiguado por el silenciador, pero no había sucedido nada. Echó un vistazo rápido por la ventana. Jack seguía caminando por la calle y no había señal de que una bala hubiera impactado en alguna parte. Aún quedaban veinte metros para que Jack llegara la final de la calle y quedara fuera de su alcance. Suficiente para otro disparo.

Se agachó de nuevo sobre el rifle, colocó el ojo sobre la mira y... Todo estaba negro. Sullivan no podía creerlo. Apartó el arma y allí estaba la explicación. Una mano asomaba por la ventana. Sullivan parpadeó al ver la bala de su rifle entre los dedos índice y pulgar. Aquella mano estaba enfundada en un guante de cuero negro.

—Creo que esto es tuyo —dijo la mano, agitando la bala.

Sullivan se levantó del taburete, totalmente desconcertado. La mano negra se agarró al borde de la ventana y no tardó en aparecer su compañera, la derecha, que también se aferró al borde. Después emergió una capucha oscura bajo la que resplandecían dos ojos azules y juguetones. Por último, tras un salto y una reverencia ridícula, Sullivan se encontró ante un adolescente cubierto por una capa negra.

—Mis sinceras disculpas por esta entrada tan imprevista e impetuosa —dijo el chico—, pero no es fácil escalar las paredes de este edificio. Dejaré la bala por aquí, por si la necesitas. Después de todo, a ti te pertenece, y no forma parte de mis modales apropiarme de lo que no es mío.

Sullivan retrocedió, asustado.

—¡Eres un demonio!

—¿Qué te ha conducido a tal conclusión? —preguntó el chico muy sorprendido.

—Yo... Has detenido el disparo con la mano...

—Oh, ya veo. Una portentosa capacidad de observación la tuya, acompañada de una

facultad para las deducciones muy adecuada. Respondo al nombre de Capa, por cierto. Tiendo, inexcusablemente, a olvidar las presentaciones.

Repitió la misma reverencia que había hecho tras saltar por la ventana, pero esta vez la terminó con una sonrisa deslumbrante. Luego, con aire distraído, extendió el dedo índice y trazó un pequeño círculo. Un aro de fuego quedó ardiendo en el aire.

Sullivan jamás había tenido tanto miedo como en aquel momento. Era un soldado experimentado que llevaba la mitad de su vida combatiendo, enfrentándose a la muerte a diario. Pero aquella situación no tenía nada que ver con lo que hubiera pasado antes. Ni siquiera en Londres, donde había tenido ocasión de ver a los demonios en acción, se había asustado tanto. Al menos tenían el aspecto de hombres. El simple hecho de que Capa fuese un niño, capaz de detener una bala y crear fuego, resultaba más aterrador para él que cualquier posible enemigo. Puede que una niña hubiese sido peor todavía, si es que eso era posible. No, en realidad, no lo era. La forma de hablar de Capa y sus reverencias también le resultaban terroríficas.

—No me hagas nada —balbuceó.

Capa borró su sonrisa y frunció el ceño.

—¿Hacerte algo? Mi único objetivo es ayudarte.

Eso decían siempre los demonios en las películas. Eran amables y seductores, ofrecían tratos, fingían ayudarte hasta que sacaban unos dientes enormes y te mataban en un baño de sangre.

—Mientes. —Sullivan dio otro paso atrás—. ¿Qué es ese fuego?

—Es para ayudarte, como he dicho. Pero analicemos por un instante ese miedo tuyo. —Capa bajó la vista y repasó su indumentaria—. Con sinceridad, no acierto a entender qué encuentras de amenazador en mí. Pero, aun en el caso de que estuvieses en lo cierto, ¿por qué no te he hecho nada todavía? Sugiero que retomes el uso de la capacidad de deducción de la que has hecho gala hace apenas un instante.

Sullivan tenía demasiado miedo para reflexionar. No se le ocurría una razón para que todavía no le hubiese matado, pero tenía que haberla aunque él no la viese. Su instinto le pedía que saliera corriendo de allí, cosa que tal vez habría hecho si sus piernas todavía le respondieran. De todos modos, no le pareció una buena idea. De nada serviría escapar corriendo de un demonio y, además, podría enfadarse. Lo último que deseaba era ver la sonrisa de Capa desapareciendo de su rostro inocente para dejar paso a unos colmillos largos y afilados.

—Agradezco tu ayuda, pero estoy perfectamente. Seguro que tienes asuntos más importantes y yo no necesito nada, de verdad.

—Qué extraño —murmuró Capa, pensativo—. Me habré equivocado, entonces. Me dio la impresión de que podría instruirte en el arte del disparo certero, una cualidad muy valiosa para un soldado.

—¿Instruirme tú a mí? —preguntó desconcertado Sullivan—. Soy un tirador de primera.

—¿Es eso cierto? Lejos de ser un experto, me atrevería a aventurar que tu anterior disparo iba a hacer diana en la cabeza del pobre Jack Kolby.

—Bueno, yo...

—Y, por el contrario, estoy plenamente convencido de que apuntabas a otro objetivo, porque no deseamos que le suceda nada malo a Jack, ¿me equivoco?

—Desde luego que no —se apresuró a contestar Sullivan.

—De ahí que yo interpretara que acaso podrían resultarte de utilidad algunas lecciones. ¿Quién querría perjudicar al bueno de Jack? Su adicción a los puros es ciertamente molesta, irritante, pero por lo demás, es un buen tipo. Claro que si mi razonamiento no es correcto, debe de haber otro motivo para...

—Es correcto, lo juro —mintió Sullivan, que ahora veía claro que el demonio estaba protegiendo a Jack, lo que encajaba con la opinión que tenía del mafioso—. Seguramente fallé por culpa de la escayola —añadió señalando su brazo herido.

—Eso lo aclara todo —se alegró Capa—. Pero insisto, ya que estoy aquí, no me gustaría irme sin mostrarte cómo hay que proceder para realizar un disparo perfecto. Lo contrario me haría sentir que nuestro encuentro ha sido infructuoso, que mi valioso tiempo no se ha aprovechado en nada productivo y que no he respondido adecuadamente a la amabilidad y cortesía con que me has recibido. Una auténtica lástima.

Sullivan necesitó de toda su fuerza de voluntad para acercarse a Capa, tal y como le pedía el chico insistentemente, moviendo la mano negra adelante y atrás.

—¿Quieres que dispare de nuevo? —preguntó al ver que señalaba el arma.

—Si no es molestia... —dijo Capa—. Me gustaría que apuntaras a la maceta que descansa en el tercer piso del edificio de enfrente.

Sullivan la vio.

—Será muy fácil.

—Pero con la mira del fusil no, que ya hemos comprobado que no está bien centrada.

—A simple vista no se puede...

—Desde luego, por eso quiero que utilices esta. —Capa señaló el pequeño aro de fuego que flotaba en el aire—. No te preocupes, no quema, pero tampoco te recomiendo que te acerques demasiado, basta con que tu visión pase por las llamas. Con un palmo de distancia... Así, muy bien.

Sullivan no podía creerlo. A través de las llamas, podía ver perfectamente la maceta, como

si la tuviese en la mano. No, mejor todavía. Distinguía con total claridad hasta el mínimo detalle del rododendro, una planta que había ganando popularidad desde la Onda, dado que soportaba muy bien las bajas temperaturas. Veía los pliegues de los pétalos, los poros de la cerámica..., podía incluso contar los granos de tierra que había en la maceta. La imagen era perfecta en todos los sentidos imaginables.

—Es impresionante —dijo rebosando admiración.

—¿Verdad que sí?

—¿Quieres que apunte al símbolo?

—Naturalmente.

En medio del tiesto había un símbolo extraño, formado por un círculo y algunas líneas onduladas. No se parecía a nada que hubiese contemplado antes, por lo que imaginó que Capa lo había dibujado a modo de diana.

Sullivan apuntó, sabiendo que iba a realizar el disparo más sencillo de toda su carrera militar, y apretó el gatillo, con suavidad. Sintió el disparo como si el arma fuera parte de su propio cuerpo. Un tiro perfecto... que falló.

La bala, contra toda lógica, se estrelló en la cornisa, que se agrietó tras el impacto.

—No lo entiendo —murmuró Sullivan—. Juraría que... —La cornisa se partió en dos y la maceta cayó hacia abajo en ese preciso instante—. Yo había apuntado bien. Lo juro. Tiene que ser el arma...

Se había dado la vuelta para disculparse, pero no había nadie más en la habitación. Capa había desaparecido.



En las ruinas de la Ciudadela, los demonios se organizaban con precisión y con un estruendo ensordecedor. Reagrupaban sus tropas en batallones, establecían nuevas jerarquías para restaurar la cadena de mando, y los titanes formaban ordenadamente siguiendo las órdenes de los evocadores, mientras las sombras gruñían y ladraban.

Los heridos se turnaban para dormir en grupos reducidos, en localizaciones lo suficientemente alejadas para no entorpecer las maniobras del ejército, pero bastante cerca como para poder ser despertados y entrar en combate si era preciso. Los corredores iban y venían a través de los orbes, entregaban informes y volvían a desaparecer, mantenían la conexión entre todos los demonios y eran reemplazados inmediatamente si no daban muestras de

vida cada cierto tiempo.

Tanon caminó entre las tropas, algo cabizbajo y pensativo, apartando con manotazos a quienes se le acercaban. Los demonios, entendiendo el gesto, se retiraban y le dejaban paso. El Barón de las Alas de Fuego entró en uno de los escasos edificios que mantenían parte de su estructura intacta en la Ciudadela. Agarró a un demonio por el cuello y apretó.

—Dije que nadie la tocara.

Lanzó al demonio por encima de su cabeza sin dejar de caminar. Sonó un golpe y un fragmento del techo cayó detrás de él. Había dos titanes dentro que permanecían completamente inmóviles.

—Saca a esos bichos de aquí. Quiero estar solo.

El evocador asintió y se marchó. Los titanes le siguieron, haciendo retumbar el suelo con pesados pasos. Otro fragmento del techo se desprendió y rebotó en la cabeza de piedra de uno de los titanes.

—Levántate.

Renuin se incorporó. Tenía el ojo derecho hinchado, pero su mirada no había perdido fuerza. Las ropas estaban desgarradas y se veían más signos de violencia, como moratones y cortes. En el suelo brillaba un pequeño charco rojo.

—¿Ahora te preocupa mi bienestar?

Tanon le dio una bofetada. Renuin se estrelló contra la pared del fondo, que se agrietó y crujió.

—No tanto como crees. Vas a contarme lo que sepas sobre la niebla y cómo volver a abrirla.

Renuin se limpió la sangre de la boca y se levantó de nuevo. Tanon observó con desprecio el desafío en sus ojos y actitud. A duras penas contuvo las ganas de someterla a su voluntad para que nunca más se atreviera a mirarlo de aquel modo.

—No te diría nada aunque lo supiera —aseguró ella.

En el tono de sus palabras se detectaba cierta irritación o rencor, un rescoldo que provenía de hacía mucho tiempo, anterior incluso a la primera guerra.

—Nunca te caí bien, Renuin. Aunque es un sentimiento justo, dado que es mutuo. Es por Stil, ¿verdad? Nunca te gustó que se llevara bien conmigo, ni siquiera cuando ignorabas nuestros planes.

Ella paseó con descaro sin mostrar dolor. Tanon vio que no fingía, su actitud le decía que no le tenía miedo y que seguía sintiéndose superior a él.

—¿Te refieres al Stil que amaba o al que tú convertiste en un ser vengativo? —repuso ella.

—Me aburres, Renuin. Ni siquiera voy a reflexionar sobre si eres tan estúpida como pareces o prefieres no ver la verdad para consolarte. Stil es la mejor creación de la existencia. ¡El mejor de todos nosotros! Y nada que yo pudiera decir le influiría.

—Él te quería, Tanon, y supongo que aún te quiere.

—Nada comparado contigo. Tú eres lo único que da significado a la vida de Stil, no se le puede comprender sin conocerte a ti. He pasado milenios con él en el peor lugar imaginable, hablando de ti. Stil se rebeló para poder tener una familia contigo y ha salido del Infierno para recuperarte. ¿Crees que le habrían capturado, que se habría expuesto sin más, de no ser porque te buscaba? Tú eres su fuerza y su debilidad. Y por eso me das tanto asco, Renuin, porque no lo mereces. Nada me gustaría más que hacerte pedazos ahora mismo, pero no lo haré. Porque él no quiere. Y yo, que sí lo valoro, respeto su deseo.

—Veo perfectamente tu rabia contenida, no te preocupes. Y veo mucho más que eso. Has cambiado un poco, te has puesto una máscara para fingir ser más duro, pero yo aún veo al chiquillo que siempre has sido, Tanon.

—Ya he superado toda esa basura psicológica de no ser como vosotros. No funcionó en su momento y no funcionará ahora.

—Pero el resentimiento persiste en tu interior. Me miras a mí y a los demás y no comprendes por qué no llegaste tan lejos como nosotros. Crees que es porque tú tienes un padre y una madre en vez de haber nacido con la primera creación de los ángeles. Esa distinción te define a ti como a Stil lo define su amor por mí. Te escudas en ella para justificar tu fracaso, pero esa diferencia no es tan determinante.

—¿La de no ser un ángel puro? Di las palabras claras, Renuin. Ya no me causan ningún dolor. Soy muy superior a todos vosotros.

—No lo eres. Y lo sabes. Eres el más fuerte, el mejor guerrero que existe. Y aun así, no te ha servido de nada. ¿Qué deseabas en tu interior? ¿Ser uno de los Justos, como yo? ¿Por eso me odias tanto? Nadie se esforzó más que tú en complacer al Viejo y ahora mira en lo que te has convertido.

—El Viejo me odiaba.

—Él te amaba, como a todos. Tú eras un inmaduro con una fuerza descomunal, pero no se puede otorgar reconocimiento a quien usa un don como el tuyo de esa manera. La fuerza es lo único que tienes. Te has sentido bien al golpearme, ¿a que sí?

—Mejor de lo que puedo explicar con palabras. Y me sentí mejor todavía matando ángeles puros, viendo el miedo en sus ojos antes de que les aplastara. ¡Yo era el mejor! ¡Superaba a cualquiera en todas las tareas que el Viejo me encomendaba! Pero nunca me valoró. Y ningún ángel me apoyó jamás.

—Excepto el Favorito. Satán supo cómo aprovecharse de tu fuerza.

—Sigues atribuyendo un poder a las palabras mucho mayor del que tienen. Con el Favorito aprendí que había otros que pensaban como yo, que no estaba solo. No cambié por nada que él me dijera. Pensar que nuestra rebelión surgió de un discurso que nos lavó el cerebro a todos es una estupidez. Nos unió nuestro deseo de ser libres.

—Vuestro deseo de ser egoístas, querrás decir. Y vuestro miedo de saber que hay cosas que no podemos comprender. Eso requiere confiar en otros más sabios para que nos guíen, dejar nuestra existencia en manos de alguien superior. Sois incapaces de experimentar esa clase de confianza, de abriros a otros plenamente.

—Esa charla me asquea además de aburrirme, Renuin, y ya sabemos que no lleva a ninguna parte porque nunca estaremos de acuerdo. Vamos a establecer un nuevo orden. Y tú estarás aquí para verlo. Te enseñaremos que hay otro modo de hacer las cosas.

—Y yo te enseñaré a ti, Tanon, como intenté hacer en el pasado. Tengo milenios para conseguirlo.

—No lo harás porque aplastaré a los tuyos. Como ya estuve a punto de hacer en la primera guerra.

—En tu primer fracaso.

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo, pero algún día descubrirás que no fue un fracaso.

—¿Crees que esta vez lograrás matar a todos los Justos? No aprendes. En la primera guerra mataste a uno, pero te vencimos. Diacos te derrotó y lo volverá a hacer.

Tanon se tomó tiempo para mirar a Renuin antes de replicar. Estudió sus ojos con atención.

—Diacos no me derrotó. Tú estabas allí y viste lo que sucedió.

—Claro que lo vi. Después de matar al primer Justo ibas a por Ergon, pero Diacos te lo impidió.

—No fue él. Fuiste tú.

—¿Qué?

—Recuerda lo que pasó. ¡Piensa! Ergon estaba a mis pies, lloriqueando, intentando curar al primer Justo porque pensaba que solo estaba herido. Le habría matado en menos de un segundo...

—Pero yo me interpuse... —dijo ella pensativa—. Salté sobre él para escudarle... Y tú...

—Yo vacilé, solo un instante, y por eso Diacos pudo conmigo.

—¿Quieres decir que...?

—Que no quería matarte, Renuin. Te dejé vivir porque Stil me lo pidió y por eso se salvó el

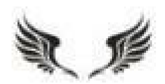
cobarde de Ergon. Por lo que veo, él nunca habló de ello contigo, pero lo sabe. Cuando salió a recibirnos a la muralla de la Ciudadela y nuestros ojos se cruzaron, sé que revivió aquella ocasión en que estuve a punto de matarlo. Me pregunto cómo le habrá afectado haberme visto conquistar la primera esfera. El miedo a que se repita nuestro encuentro y vuelva a verse indefenso ante mí. Estará luchando contra su ego cobarde y llorón. Podrá fingir ante los demás, pero no ante sí mismo. Pero esta vez me encargaré de librarle de su sufrimiento y sus temores para siempre. Y nadie podrá impedirlo. —Tanon aspiró una profunda bocanada de aire—. Resumiendo, Renuin, tú eres la causa de que fracasara la primera vez. ¿Te haces una idea ahora de cuánto te odio?

—Solo así se puede entender tu actitud. Con odio. ¿Crees que matarme aliviará tu sufrimiento? Supera ese rencor hacia los ángeles, Tanon. Que no seas puro debería ser una bendición para ti, tuviste un padre... Yo no conozco esa sensación, pero entiendo que solo un arrebato de locura puede explicar lo que has hecho. Tanon..., ¿cómo pudiste matar a Onos? ¡A tu propio padre!

—¡Porque me dio la espalda cuando le pedí ayuda la primera vez! Tienes razón, Renuin, no sabes nada. Olvidas que también tuve una madre, pero murió en el Infierno. ¡Entre mis brazos! ¡Porque yo no pude salvarla a pesar de mi fuerza!... Y mi padre nos traicionó a los dos, a su propia familia. Tuvo lo que se merecía. ¡Y estoy harto de ti y de tus análisis psicológicos! ¿Me oyes?

Tanon la agarró por el cuello y por los pies, y la levantó como si pesara menos que una pluma. Entonces profirió un bramido atroz y la estampó de bruces contra el suelo. Pisó su espalda con fuerza. Renuin solo pudo gemir y ver cómo crecía un charco rojo a su alrededor

—No puedo matarte, Renuin. Y no lo haré. —Se agachó y le agarró el ala derecha. Ella gritó cuando Tanon se la arrancó de cuajo. El charco de sangre creció más—. Pero vas a colaborar de un modo u otro.



Había una barra de pan, un pedazo de algo que podía ser queso y un paquete de galletas medio vacío.

—¿Es todo? —preguntó Robbie Fenton, meneando la caja de cartón.

—Estamos racionando los alimentos —explicó el funcionario.

—Tengo tres hijos y mi mujer está enferma.

La mirada que le devolvió el hombre estaba velada por una capa de indiferencia, la clase de mirada que blindaba sus verdaderos sentimientos, un mecanismo de defensa para encarar las

desgracias ajenas, que sin duda presenciaba a diario en su labor de repartir comida a los refugiados de Londres.

Cada día, Robbie acudía allí en busca de sustento para su familia. Y cada día la ración que recibía era más pequeña.

—Lo siento mucho. La normativa…

Robbie ya se había dado la vuelta para dejar paso al siguiente de una fila formada por ojos tristes y apagados, y que crecía de forma constante.

Robbie ni siquiera sintió el frío de Oxford cuando abandonó el edificio. Tampoco era consciente de que su mano se congelaba al sujetar la caja de cartón en la que transportaba los escasos alimentos que había conseguido. Deambulaba por la calle sumido en sus pensamientos, en la idea de encontrar el modo de mantener a su familia.

Debido al embarazo de Ángela, habían sido de los primeros en entrar en Oxford, junto con los heridos y los que precisaban atención médica urgente. Apenas un día y medio después del parto, les tuvieron que echar del hospital por la cantidad de pacientes que ingresaban. Les facilitaron una habitación en uno de los edificios donde alojaban a los refugiados. Allí compartían la vivienda con varias personas, todas de Londres. Pasaban mucha hambre porque casi toda la comida se la dejaban a Ángela, que necesitaba fuerzas para alimentar al bebé.

Robbie salía cada mañana con los hijos de Grace, a quienes habían acogido después de que ella hubiera muerto congelada en la marcha desde Londres, cuando los demonios les expulsaron de la ciudad. No tardaron en descubrir que no había trabajo, de modo que buscaban la forma de conseguir comida o ropa.

Aquella mañana Robbie había salido solo porque Ángela llevaba varios días enferma y prefería que los hijos de Grace acompañaran a su mujer y al bebé. Los síntomas de Ángela no estaban claros. No tenía fiebre, pero deliraba, y perdía mucho peso. Sus ojos oscuros se tornaban claros, estaban perdiendo su brillo, casi parecía que estuvieran cambiando de color. Ángela confundía los nombres y olvidaba dónde se encontraban. Robbie ya no la contradecía cuando ella creía que aún seguían en Londres. Lo único positivo era que el bebé estaba increíblemente sano. Robbie nunca había visto nada parecido. Con solo dos semanas, el bebé casi había triplicado su peso, sujetaba su cabeza perfectamente y daba la impresión de que pronto comenzaría a gatear. Robbie sabía que aquello era imposible pero el pequeño apoyaba las manos y las rodillas con toda la intención de ponerse en movimiento. Robbie veía sus ojos despiertos, expresivos, que respondían con sorprendente precisión a los estímulos externos. Detectaba ciertas cadencias en sus balbuceos y sabía que no tardaría en decir sus primeras palabras. Siempre y cuando lograran sobrevivir a la guerra.

Robbie escuchaba rumores sobre los demonios, muchos y variados. Algunos se contradecían absurdamente. Había quienes pensaban que los demonios eran pura invención y acusaban a los refugiados de mentir. También estaban los fanáticos religiosos, que parecían muy entusiasmados en pregonar fragmentos del apocalipsis y colgar la etiqueta de pecadores a todo el mundo. Los

numerosos soldados que patrullaban las calles de Oxford cada vez pasaban más apuros para sofocar las revueltas. Reinaba el desconcierto, que sumado al hambre, al frío, y a los refugiados, que continuaban llegando a la ciudad, daba lugar a un clima insostenible a largo plazo.

Las preocupaciones de Robbie desaparecieron bruscamente de sus elucubraciones al recibir un golpe inesperado. Ensimismado, había tropezado con algo muy grande justo al doblar una esquina. Robbie recogió la caja del suelo y luego vio una figura inmensa plantada ante él. Coronando aquella figura había una cabeza negra y rapada.

—Eh, yo te conozco —dijo Robbie.

Había coincidido con aquel gigante negro en el hospital, cuando nació su hijo. El grandullón no respondió a su saludo, lo que hizo que Robbie recordara que aquel tipo tampoco pronunció una sola palabra cuando le conoció la primera vez. El hombre ofreció su enorme mano negra delante de Robbie, que este agarró para levantarse.

—Gracias. No te había visto. Yo... —El hombre negro dejó caer un saco de gran tamaño delante de Robbie—. ¿Qué es eso? ¿Es para mí?

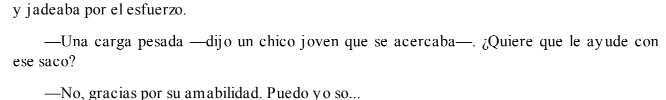
Nada más abrirlo, Robbie vio pañales, biberones y varias latas de leche en polvo. Palpó con la mano para asegurarse de que eran objetos reales y no una alucinación. Lo eran, sólidos, y tras desplazarlos a un lado, vio que había mucho más en el fondo del saco: algo de ropa, comida enlatada... y medicinas. Había más de lo que había soñado conseguir en una semana, sobre todo para el bebé, a quien estaba destinado al menos la mitad del contenido del saco.

Robbie, tras limpiarse una lágrima de alegría, no pudo expresar debidamente su agradecimiento. Tenía en la punta de la lengua la frase más humilde y sincera que había sido capaz de formular, pero el hombre negro ya estaba a varios metros de distancia, alejándose y dejando una estela de huellas sobre la nieve.

Robbie vertió el contenido de la caja que le había entregado el funcionario en el saco y se lo cargó a la espalda. Pesaba, tenía que caminar encorvado, pero no le importaba, ansioso como estaba por regresar a casa con su familia. No tenía la menor duda de que las medicinas eran justo las que Ángela necesitaba. No se basaba en la ilusión o en la falsa esperanza. Quien quiera que fuese aquel tipo negro, los conocía bien, tanto a él como a su familia y sus necesidades, y de una manera asombrosa. Robbie había llegado a esa conclusión en menos de un segundo al examinar el saco y ver que contenía precisamente lo que le hacía falta. El hombre negro podría recordar que tenía un hijo recién nacido, pero era imposible que supiera que su mujer estaba enferma y que no tenían modo de subsistir. Y, sin embargo, era evidente que aquel saco lo había preparado precisamente para su familia y nadie más.

Obviamente, Robbie se preguntaba quién era aquel hombre, pero tampoco lo pensaba demasiado. En otras circunstancias, sin tener que preocuparse por cubrir las necesidades más básicas, la intriga le absorbería por completo. Ahora, en cambio, su mente desbordaba felicidad.

No tuvo más remedio que hacer un alto para descansar tras recorrer tres manzanas. Sudaba



y jadeaba por el esfuerzo.

—Una carga pesada —dijo un chico joven que se acercaba—. ¿Quiere que le ayude con ese saco?

—No, gracias por su amabilidad. Puedo yo so...

El chico sacó un cuchillo de cocina bastante grande.

—No quiero hacerte daño. Dámelo.

—Por favor... Es para mi familia.

—¡Deprisa! —El cuchillo se acercó más. Robbie retrocedió hasta topar con la pared de un edificio—. Lo siento mucho. Solo quiero comer.

Robbie, sin darse cuenta, aferró el saco con mucha fuerza.

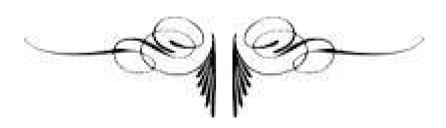
—Puedo darte algo de comida, pero necesito...

—Yo también tengo familia. Es tu última oportunidad de entregármelo por las buenas.

Robbie sabía que no podría superar a un chico joven como el que le amenazaba, ni aunque también contara con un cuchillo para hacerle frente. Y sin embargo no iba a renunciar al saco. Podría haber cedido si solo se tratara de comida, pero las medicinas y la leche para el bebé no podía perderlas. La mirada de su atacante revelaba su determinación y la desesperación que le empujaba a robar. De nada servirían las palabras.

El ladrón dio un paso adelante y tal vez le habría clavado el cuchillo, de no ser por una maceta que cayó desde arriba y se estrelló justo sobre su cabeza. El joven se desplomó en el suelo, inconsciente, con varios fragmentos de cerámica alrededor de la cabeza y un montón de pétalos de rododendro esparcidos sobre la nieve. En uno de aquellos fragmentos, Robbie vio un símbolo extraño que llamó su atención durante un segundo, apenas el tiempo que tardó en reaccionar, echarse de nuevo el saco a la espalda y alejarse de allí tan rápido como pudo.

CAPÍTULO 3



—Tengo autorización de Diacos —dijo Vyns sin reducir la velocidad.

El custodio se interpuso en su camino y lo obligó a detenerse.

—Tengo que verificarlo.

—Que sí, hombre, que sí. Toma. —Vyns le entregó un cristal en el que ardían varías líneas de fuego onduladas—. Vamos, que tengo prisa.

El custodio frunció el ceño mientras comprobaba que la runa era efectivamente de Diacos. La repasó varias veces, dada la orden que transmitía, y Vyns supo que, de no ser una autorización del Justo, habría tenido complicaciones.

—¿Vas a llevártelo?

—Eso espero. Trae acá. —Vyns le quitó el cristal y entró en la cueva.

Ergon estaba reclinado sobre una mesa, dibujando runas a un ritmo frenético. Las llamas se superponían unas con otras y formaban garabatos sin sentido, pero el ángel seguía creando trazos sin parar. Había una silla, pero Ergon prefería estar de pie. Estaba muy delgado, consumido, tenía los ojos desencajados, el pelo le caía en mechones empapados de sudor.

Vyns contempló decepcionado al que había sido hasta hacía muy poco el más influyente de los tres Justos. No pudo evitar pensar que si aquella pobre ruina medio desquiciada les había liderado en el combate, tenían suerte de no haber muerto todos. Él había estado destinado en el plano de los menores buscando a Raven, pero ¿cómo era posible que nadie hubiera anticipado la demencia de Ergon?

—Saludos, Ergon —dijo Vyns tratando de sonar respetuoso. No tenía muy clara la mejor manera de aproximarse a un loco.

Ergon volvió la cabeza hacia él con una rapidez digna de Nilia, sus mechones de pelo giraron y arrojaron gotas de sudor sobre la mesa.

—Ah, por fin has venido —dijo con las pupilas desenfocadas—. Te esperaba. Mira. —Sostuvo en alto el cristal—. He trazado un plan infalible para expulsar a los demonios.

Vyns fingió estudiar el galimatías ardiente que le mostraba.

—Brillante, sin duda —replicó con un gesto de aprobación. Quería ganarse su confianza, así que le pareció acertado seguirle la corriente—. Esto nos salvará. ¡Ese bastardo de Tanon chillará como un cerdo antes de morir!

El rostro de Ergon se desencajó y se deformó en una mueca grotesca que lo transformó hasta quedar casi irreconocible.

—¡Tanon! ¿Continúa con vida? —El Justo se encogió un poco y retrocedió. Habría caído de espaldas al suelo, pero por suerte terminó sentado en la silla—. ¡He dado órdenes de que le maten a cualquier precio! ¿Por qué no se han cumplido? ¡Insubordinación! No, no es eso. Es ese maldito traidor, que habrá conspirado a mis espaldas.

Vyns, con mucho tacto, se arrodilló junto a él.

—Ergon, tenemos un voluntario para matar a Tanon. Por eso he venido.

El cambio en el rostro de Ergon fue imposible de pasar por alto. Ahora resplandecía, incluso había algo que recordaba a una sonrisa.

—¿Quién es el valiente? ¿Onos?

Vyns consideró que había acertado con su planteamiento, pero aún debía obrar con cuidado.

—Es Yala —explicó. No se atrevía a recordarle que Onos había muerto. La frágil mente de Ergon no necesitaba malas noticias y, si había decidido olvidar aquel detalle, por algo sería—. Onos está luchando en la tercera esfera. Pero Yala se ocupará de todo. Y es como si fueran dos, así que yo creo que es una solución mejor.

—El valor y la fuerza de Yala son dignos de elogio —asintió el Justo—. Y él no es un asqueroso traidor.

—Solo hay un inconveniente. Está herido. Nada serio, pero descubrió a un nuevo grupo de traidores y tuvo problemas mientras les despedazaba. No dejó ni uno vivo, no te preocupes, pero está indispuesto. Puedo enviar a un sanador, pero antes he preferido informarte de…

—Has obrado correctamente —dijo Ergon levantándose—. Yala se merece lo mejor para enfrentarse a Tanon. Y el mejor sanador soy yo. Llévame hasta ellos.

Vyns esperaba que siguiera siéndolo. Su esperanza de curar a Yala residía precisamente en las dotes curativas de Ergon, que no podían compararse con las de ningún otro ángel, a menos que su estado mental las hubiera deteriorado. En su momento, ni siquiera Sirian, el neutral, que había aprendido directamente del Viejo, era tan eficaz como Ergon en el arte de la sanación.

Al salir se toparon con el custodio, que los observó indiferente pero con mucha insistencia, lo que provocó otro pequeño brote psicótico de Ergon. Empezó a despotricar y a acusarle de traición por negarse a cumplir sus órdenes. Vyns se vio obligado a intervenir.

—Largo de aquí, maldito traidor. ¿No has oído a Ergon, nuestro amado líder?

El custodio debió captar el sentido de su comedia y se esfumó. Ergon se mostró complacido con Vyns, y le siguió dócilmente hasta la cueva en la que descansaba Yala, o la mitad de Yala, para ser más precisos.

En la entrada se apostaban varios ángeles de rostros sombríos, señal de que el gemelo no había experimentado mejoría alguna. En el interior había un sanador sentado junto a Yala. El sanador parecía agotado y desesperado, y apenas les dedicó una mirada triste cuando entraron. Ergon se arrodilló y puso las manos sobre el cuerpo del gemelo, que yacía boca arriba tan inmóvil como un cadáver. El sanador le informó de los síntomas que presentaba Yala y de la reacción que había mostrado a las runas curativas que le había aplicado. A pesar de que nadie le acusó de nada, el sanador se defendió, amparándose en la condición única de que Yala poseía dos cuerpos, para justificar su fracaso. Ergon no dio muestras de escucharlo. Comenzó a grabar runas alrededor del gemelo, en el suelo y en el aire. El sanador se acercó a Vyns.

—¿Crees que funcionará? —susurró.

—Es nuestra mejor opción.

—Pero… en su estado… podría empeorarlo todo.

—O podría curarle.

Vyns le invitó a apartarse con un gesto, sin que tuviera que recurrir al cristal con la firma de Diacos para convencerle. El sanador, en el fondo, también quería ver si Ergon podía recuperar a uno de los mejores guerreros que contaban entre sus filas.

Durante un rato más, las runas no pararon de crecer alrededor de Yala. Ergon estaba tejiendo una auténtica telaraña de fuego en torno a él, murmuraba continuamente, se rascaba la cabeza, nervioso, mantenía una postura medio agachada, incómoda, con la que se desplazaba de un modo extrañamente rápido de un lado a otro.

—No conozco algunas de las runas que emplea —susurró el sanador—. Esa combinación no parece...

Vyns le mandó callar. Yala estaba en algún lugar desconocido con Lyam y Nilia, si no despertaba no podría decirles dónde exactamente y no podrían ir en su busca. Tampoco creía que pudiese medirse con Nilia estando separado. Le asaltó la duda de qué sucedería si uno de los gemelos moría, pero no se molestó en hacer conjeturas siquiera. Eso no iba a pasar.

Por fin Ergon se irguió y miró el resultado de su esfuerzo.

—Un trabajo impecable —dijo satisfecho.

El sanador carraspeó al lado de Vyns. El gemelo había quedado sepultado bajo un laberinto de llamas.

—¿Ya está? —preguntó Vyns al ver que no sucedía nada.

—Falta activar las runas —explicó Ergon.

Luego se acercó y repasó una de ellas con el dedo índice. Su color cambió del naranja al azul, y este se extendió lentamente a todas las demás. Muy pronto todas las llamas ardían con destellos azules... Y después, desaparecieron sin más.

Ergon se frotaba las manos con una sonrisa que no parecía la de un loco, sino la de un completo idiota.

—Te dije que no funcionaría —recordó el sanador.

La frustración se apoderó de Vyns en un instante. Aquel maldito chiflado solo había perdido el tiempo. Debería...

Yala abrió los ojos, ante la sorpresa de Vyns y el sanador, al mismo tiempo que un fuego azulado cubría todo su cuerpo. Ergon se limitó a asentir con confianza. El gemelo, aturdido, se levantó y miró sus manos, extrañado por las llamas que bailaban sobre ellas. Sus ojos barrieron la gruta como si no supiera dónde se encontraba.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Vyns—. Yala, deprisa, dime dónde estás.

El fuego que rodeaba al gemelo se extinguió de repente. Yala se plantó delante de Vyns con dos rápidas zancadas. Con un golpe todavía más veloz, estrelló al sanador contra la pared de la cueva. Luego agarró a Ergon por el cuello y le levantó sin el menor esfuerzo. Vyns, aterrorizado, habría caído al suelo, pero varios ángeles entraron en ese momento, atraídos por el ruido del golpe, y le sujetaron.

—¡Atrás! —rugió Yala—. ¡No deis un paso más! ¡Os lo advierto!

Ergon pataleaba en el aire, completamente indefenso. Vyns contemplaba la escena espantado, sin ser capaz de reaccionar. Los ángeles se desplegaron por la cueva, cuidando de no quedar al alcance del gemelo. Dudaban, se miraban entre ellos y algunos se habían llevado la mano a la empuñadura de la espada.

Yala alzó a Ergon un poco más, estirando el brazo izquierdo y haciendo uso de sus dos metros de altura. El puño derecho del gemelo también ascendió como un relámpago. La cabeza de Ergon desapareció con un crujido y saltaron pedazos en todas direcciones. La melena rubia de Yala se manchó de rojo.

—¿Tenéis suficiente? —gritó completamente fuera de sí. Luego arrojó el cadáver de Ergon a un lado—. ¡Vamos! ¡Venid a por mí!

Yala, con el rostro irreconocible por la rabia, se abalanzó sobre el ángel que tenía más cerca. Pero se detuvo al segundo paso que dio. Al tercero se desplomó en el suelo y se quedó completamente inmóvil.



Nevaba. Los copos, grandes como puños, descendían rectos y perezosos.

Jack Kolby no entendía cómo podía caer tanta nieve del cielo, las nubes tenían que tener un límite forzosamente. La visibilidad era tan reducida, que no sería capaz de ver a nadie a diez metros, ya fuera una persona o un ángel. Curiosamente, no soplaba el viento.

El magnate llevaba una hora esperando allí con los dos camiones que había traído, cuando por fin vio una luz. En realidad, lo que vio fue cómo los copos se volvían amarillos.

—¡Toca el claxon!

El conductor, que estaba adormecido, se sobresaltó y obedeció la orden, golpeó el centro del volante varias veces. La luz amarilla se detuvo. Escucharon dos sonidos como respuesta.

Jack se bajó del camión y, tal y como había calculado, encontró al otro vehículo muy cerca. No se trataba de un camión, sino un autobús. Aquello no era lo previsto, tampoco el retraso. Subió convencido de que no le iba a gustar lo que iba a encontrar dentro.

El habitáculo estaba atestado de rostros asustados que lo observaban con mucha atención. Había mujeres y niños, demasiados, mal vestidos, harapientos en algunos casos, sin ropa de abrigo la mayoría. El conductor del autobús no estaba al mando. Jack lo supo por su expresión atemorizada y la duda en sus ojos. Nadie así podía inspirar confianza para ser un líder.

—¿Estamos en Inglaterra? —preguntó el conductor sin soltar el volante.

Jack asintió.

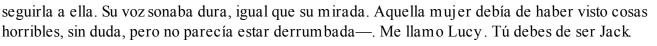
—¿Y Hank?

—Ha muerto —contestó una voz.

Una mujer se levantó de uno de los asientos del centro del autobús, dejó con cuidado al niño que sostenía en brazos y se acercó a la parte delantera. A pesar de su voluminoso abrigo se notaba que era delgada, parecía frágil y delicada, pero había fuerza en sus ojos y en su voz, también en su expresión, con la barbilla ligeramente alzada, aunque tal vez se debiera a su baja estatura. Su rostro, salpicado de una cantidad considerable de pecas, debió de ser bonito en otro tiempo, cuando no estuviera tan serio, cuando aún conservara la habilidad de esbozar una sonrisa de vez en cuando.

—¿Tú estás al mando?

—No por voluntad propia —contestó la mujer. Jack podía entender que hubieran escogido


seguirla a ella. Su voz sonaba dura, igual que su mirada. Aquella mujer debía de haber visto cosas horribles, sin duda, pero no parecía estar derrumbada—. Me llamo Lucy. Tú debes de ser Jack.

—En efecto. ¿Qué ha pasado?

—Si no lo sabes, no eres quien estoy buscando.

Jack consideró por un instante la situación. Si estaban allí, habiendo venido desde América, como delataba su acento, tenían que conocer parte del plan. Y solo Hank, que al parecer había muerto, podía habérselo contado. Sin embargo, las palabras de Lucy y el desafío que brillaba en sus ojos ponían de manifiesto que algo había salido mal, realmente mal. Solo había una posible razón.

—La niebla.

—Exacto —dijo Lucy.

—Pero habéis llegado hasta aquí. Entonces...

—Hank me habló de ti antes de morir. No tuvo demasiado tiempo, el suficiente para decirme que estabas al corriente de todo esto desde hace años, que podrías haber evitado muchas muertes, pero que tú y Hank os enriquecíais traficando. Eso era más importante que salvar vidas.

Jack comprendió que la mujer no estaba al corriente de la lucha entre ángeles y demonios. De hecho, lo más probable es que no supiera nada. Hank sabía perfectamente lo que se jugaban y estuvo de acuerdo desde el principio en que, si todo el mundo conocía el secreto, los demonios que lo andaban buscando no tardarían en enterarse. Lucy debía de haberse enterado en el último momento de cómo viajar hasta allí, pero eso era todo. Jack comprendió también que estaba ante un grupo de refugiados que le culpaban de lo sucedido. Y no le extrañó. En situaciones devastadoras, como en las guerras que siguieron a la Onda, un culpable es una vía de escape para la desesperación, se crea la falsa ilusión de que librándote de él las cosas mejorarán.

—Yo no sabía que la niebla se iba a petrificar. Me cogió por sorpresa, como a vosotros. Si crees que traficando me enriquecía, dime qué gano dejando morir a mis clientes y proveedores.

—¿Esa es tu defensa? ¿Eso quieres que crea toda esta gente? —dijo ella señalando el interior del autobús.

—La situación es peor de lo que imaginas, pero no puedo hablar delante de todo el mundo.

—Pues vas a hacerlo. Han perdido a sus familias, sus amigos, sus hogares. ¡Todo lo que tenían! Se merecen saber la verdad.

Jack recordó una de las principales razones por las que siempre colocaba a otro al mando para quedarse él a la sombra, ocupándose de lo importante sin interferencias molestas. Podía medirse con hombres poderosos, incluso con ángeles, pero no era tan efectivo contra un montón de personas que lo han perdido todo, especialmente cuando él siempre había vivido en la abundancia. No podía desprenderse de la arrogancia que su modo de vida había impreso en su

personalidad.

Además, hacía falta empatía para encarar una mirada como la de Lucy. Desde luego, su fuerte no eran las personas ni los sentimientos. Jack acostumbraba a tratar directamente con el poder, con hombres que lo perseguían o se aferraban a él, que tenían mucho que ganar escuchándole y poco que perder.

Así pues, sus discursos habituales no le servirían ahora, y menos anunciar a aquella gente que había venido a parar a una guerra entre ángeles y demonios.

—Esa verdad que pretendes —susurró acercándose a Lucy— os destruiría en este momento. Y ni siquiera la creeríais. Ven. Salgamos fuera y te contaré lo que pueda. Cuando estéis a salvo, lo sabrás todo. Te lo prometo.

Lucy le midió con una mirada severa. Al final asintió. Jack se alegró y admiró a Lucy por entender que no tenía alternativa y que morirían si no recibían ayuda, lo que demostraba cierto sentido de la responsabilidad con la gente que ahora dependía de ella, y lo más importante, parecía tener cerebro, más que muchos otros que había conocido en su misma situación.

—Abrígate bien —le dijo cuando salieron—. Aunque no lo parezca, normalmente suele hacer bastante más frío.

—¿Tienes que fumar ahora?

—Me ayuda a pensar. —Jack no tuvo problemas para encender el puro porque casi no soplaba viento, aunque seguía nevando con intensidad. No tardaron en tener una pequeña capa blanca sobre la cabeza y los hombros—. Presta atención. Estamos en guerra contra un enemigo... superior. Es cuanto puedo decirte por ahora. Necesito saber exactamente qué sucedió en Chicago y dónde están los hombres de Hank. Es muy importante. Os pondré a salvo. Hank y yo llevábamos mucho tiempo haciéndolo. Hay un pueblo no muy lejos donde os atenderán. Llevaremos los camiones y...

—Hay más que camiones —le cortó Lucy—. Coches, furgonetas, cualquier trasto con ruedas capaz de transportar personas. En total, más de sesenta vehículos.

A Jack casi se le cae el puro al oírlo. Esperaba, como mucho, seis o siete camiones. Estiró el cuello para ver por encima de Lucy, pero la nieve solo le dejaba ver los faros del siguiente vehículo, el que esperaba detrás del autobús.

—Cuéntame qué ha pasado.

A Lucy le costó esfuerzo hablar de ello.

—La niebla avanzó de repente, se tragó prácticamente la ciudad de Chicago entera. Solo se salvó una pequeña parte de la zona sur. Luego se convirtió en piedra.

Jack no lo sabía. Tuvo que ocuparse de salir de Londres con el telio para reunirse con los neutrales en Stonehenge, y luego ocuparse de los problemas de Oxford. Había imaginado que

Hank, en Chicago, habría tenido sus propios problemas con la niebla, pero no imaginaba que la bruma hubiera avanzado tanto como para tragarse la ciudad. Hasta hacía muy poco, su desplazamiento era muy lento, aunque constante, similar al que se producía en la Zona Segura del Norte.

—La ciudad entera... Debió de morir mucha gente.

—Eso no fue lo peor. —Lucy tenía la mirada perdida al hablar—. Hubo... explosiones, disturbios... No sé exactamente si fue la niebla al petrificarse o la histeria colectiva, probablemente ambas cosas, pero se declararon incendios, dejó de funcionar la electricidad... Fue un verdadero caos. Los hospitales... Dios, cuántas personas murieron y fueron abandonadas. No puedo describirlo.

—Tranquila. Lo entiendo.

—¡No! —Lucy retiró la mano que Jack había posado en su hombro—. No estabas allí, no entiendes una mierda. Los disturbios tampoco fueron lo peor. Estábamos desesperados, ¿comprendes? El mundo que conocimos dejó de existir ante nuestros ojos sin que nadie pudiera evitarlo... Entonces llegó la esperanza. Y fue lo peor que nos pudo pasar.

Lucy se detuvo. Jack esperó pacientemente a que se recompusiera y prosiguiese con la explicación. Resultó que cuando lo hizo le miraba directamente a los ojos. Había fuego en aquella mirada.

—Corrieron rumores de que había una posibilidad de sobrevivir, una salida. Se hablaba de que había alguien que podía sacarnos de allí, ¿te suena? Entonces empezaron a buscar a esa salida. El rumor cambió y se supo que no había sitio para todos en esa misteriosa salida, que algunos, la mayoría, se quedarían para morir. Hubo falsas acusaciones, peleas, no tardaron en matarse unos a otros, cuando ni siquiera sabían si algo de todo aquello era verdad. En ninguna guerra se habrá visto las barbaridades que he vivido en los últimos días.

Jack no le dijo que aún vería cosas peores.

—Sé que no necesitas oír esto, pero por aquí la situación es delicada. No quiero engañarte. Y, sí, ahora entiendo que me culpes. Crees que podía haberos salvado a todos y no lo hice, pero eso no es verdad.

—¿Culparte? Mira esto. —Lucy sacó la mano del abrigo. Sujetaba una pistola—. He necesitado toda mi fuerza de voluntad para no pegarte un tiro.

Jack tuvo la certeza absoluta de que no estaba mintiendo.

—Esa gente de ahí —dijo el empresario señalando el autobús— depende de ti. Tienes que tranquilizarte. Debemos preocuparnos de salvar al mayor número de personas que sea posible. Y no hay tiempo que perder. Ahora mismo vas a ocupar el puesto de Hank. Vamos a encargarnos de...

—No lo has entendido, Jack —se lamentó Lucy—. Somos los últimos supervivientes. Todo reventó por los aires. Ya no vendrá nadie más.

El impacto que sintió Jack al escuchar aquello fue casi físico. Se le cayó el puro, tuvo que apoyarse en el autobús para no caer.

—Pero... No puede ser... ¿Estás segura? Entonces ya no tengo tiempo para andarme con sutilezas. Había algo que tenían que traer mis homb... los hombres de Hank. Si no...

—El telio, lo sé. Lo dejamos allí. Ocupaba sitio que necesitaban las personas, mujeres y niños. ¿No apruebas mi decisión?

Jack era consciente de que Lucy aún tenía la pistola. Por un momento deseó que la usara y le pegara un tiro allí mismo.

—¡Tu decisión es una auténtica mierda!

Jack perdió el control por un momento. Con las manos a la cabeza, tiraba del pelo, bufaba y su ira dibujaba un sinfín de gestos en su cara. Luego se agachó y recogió el puro. Le costó encenderlo de nuevo, pero tres caladas más tarde había recobrado el control de sí mismo, hasta cierto punto.

—Ya sé que creías que hacías lo correcto y todo eso, que tus intenciones eran buenas, pero no sabes nada. Nos enfrentamos a una amenaza que no puedes... No sé ni cómo explicártelo. Ni se te ocurra salirme con el valor de la vida humana. Quienes de verdad la valoran son capaces de asumir riesgos que una maldita mujer sentimental no puede entender. ¡Joder! Hank estaba al mando por una razón, maldita sea. Él no habría permitido que esto pasara.

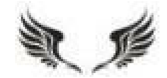
—En eso llevas razón. Hank, antes de morir, se resistió todo lo que pudo a decirme cómo escapar. Te era leal.

—No es cuestión de lealtad, sino de sentido común. Algo que escasea últimamente. Si tuvieras un poco de eso, tal vez habrías podido...

—¿Entenderlo? ¿Eso ibas a decir? —Lucy apretó las mandíbulas—. Creo que ahora eres tú el que debe calmarse. Hank me habló del telio, insistió en que lo trajera, pero yo me negué. Fue una decisión meditada y volvería a hacer exactamente lo mismo. Desde luego que no voy a discutir sobre la vida humana con un asqueroso contrabandista que rebaja su valor por debajo de unas condenadas rocas. —Lucy le apuntó con el arma—. La tuya, por cierto, es la que menos vale.

—No lo harás —aseguró Jack—. La gente como tú no puede matar a sangre fría.

—¿De veras? ¿Piensas que Hank me contó todo por lo buena persona que es? Faltan dos balas en el cargador de esta pistola. Una está en el brazo derecho de tu amigo Hank, la otra en su frente. No fue la niebla lo que le mató.



No bastaba con el frío y la oscuridad, ahora la pendiente era tan pronunciada que se veían obligados a reducir el paso. En cierto tramo, tuvieron que escalar una formación rocosa bastante irregular. « Lo ha causado la Onda» , era todo lo que Nilia les había explicado.

Raven vio a Yala acercarse hacia él. El gemelo bajó a Rick de uno de sus anchos hombros y lo dejó a su lado.

—Está despierto —dijo el ángel rubio.

—¿No puedes llevarle más tiempo?

—Quiere hablar contigo —aclaró, y volvió a la retaguardia.

Rick sacudía la cabeza en todas direcciones.

—Estoy aquí —dijo Raven cogiendo sus manos.

Debía de ser insoportable estar tan indefenso para un soldado como él. Por lo que sabía, Rick gozaba de una gran reputación militar, era un hombre capaz y valiente, no como él.

—Gracias —dijo con torpeza. Se notaba que Rick trataba de controlar su tartamudeo—. Apenas puedo verte.

Raven no podía acercarse más a él. No dejaba de sorprenderle que Rick pudiera ver las runas de fuego a varios metros de distancia y, a la vez, fuera incapaz de distinguir sus propias manos. Nada tenía sentido en el Infierno.

—Un segundo, amigo. —Raven recogió una roca del suelo y grabó una runa sencilla, que emitía bastante luz, dadas las circunstancias. Lyam le había advertido que tuviera cuidado si salían de allí, porque si grababa esa runa en la Tierra, cegaría a quienes estuvieran cerca—. Toma. Sujétala. ¿Puedes ver mejor?

—Gracias —repitió Rick—. ¿Te importa guiarme?

Raven le agarró por los hombros y caminaron juntos.

—¿Tienes frío?

—No más de lo habitual.

Podía sentir sus temblores bajo el brazo, pero no dijo nada. Aquella respuesta demostraba la fuerza interior de Rick.

—Voy a morir —dijo el soldado.

A Raven le sorprendió su propia serenidad ante una sentencia de ese calibre. No se sobresaltó ni perdió el paso, sino que siguieron andando, en silencio. Negarlo era la respuesta fácil y evidente, pero Rick no lo creería. No era la clase de hombre que necesitara un mentira piadosa y Raven no insultaría su inteligencia con falsas esperanzas. A fin de cuentas, quizá a él también le estaba afectando aquel lugar.

—Tú has hecho todo lo que está en tu mano y mucho más —continuó Rick—, pero ahora debes centrarte en sobrevivir... —Tuvo que esperar a que los dientes dejaran de castañear para poder continuar—... Quiero que dejes de darme calor... Cuando se me acabé, se acabó...

Raven no sabía qué postura tomar ante aquella especie de eutanasia pasiva. ¿Debía respetar su decisión o valorar la vida y prolongar su agonía? Rick no estaba loco, de eso no cabía duda. ¿Qué querría él de estar en su lugar? Raven no lo sabía, pero intuía que no habría resistido tanto como él. ¿Sería capaz de dejarle morir sin más?

—Y si puedes —añadió Rick—, me gustaría que me ayudaras a saltar al abismo... No quiero sufrir más...

Aquello implicaba tomar parte activa en su muerte. No cambiaría el desenlace, en realidad, pero no se veía capaz de hacerlo. Nilia resolvería ese dilema en medio segundo, naturalmente. ¿Sería un acto valeroso por su parte ayudar a Rick a terminar con su vida y su dolor? ¿Así es como el soldado lo vería? Dudaba. Por una sola vez desde que llegaron al Infierno, le gustaría enfrentarse a una decisión fácil.

—No tendré que hacerlo —dijo Raven, esperanzado—. Probablemente caeremos todos antes de que lleguemos a eso.

Lo dijo sin pensar, pero la idea le reconfortó. Así no tendría que soportar tantas pruebas y decisiones aterradoras.

—He participado en demasiadas guerras como para no reconocer cuándo una situación es insostenible.

—¿Cómo lo lograste, Rick? ¿Cómo sobreviviste tanto tiempo?

A Raven le interesaba la respuesta, pero su intención era que Rick siguiera hablando, de cualquier cosa.

—Intenté luchar por el bando que creí correcto... Pero la verdad es que todo eso da igual... Cuando estás frente a tu enemigo..., en combate..., en ese instante lo único que importa es vencer... Vivir o morir... Todos los demás valores desaparecen, es muy sencillo...

A Raven no se lo parecía, pero creyó entender su punto de vista. Probablemente no había otro modo de matar sin volverse loco.

—¿Nunca dudaste sobre el bando que elegiste?

—Muchas veces... Tal vez me equivoqué... Pero es peor no hacer nada...

—Entiendo. Si me lo pides —dijo Raven con gran esfuerzo—, haré lo que me pides. Pero preferiría que recapacitaras.

Rick no dijo nada más, por agotamiento o porque ya había logrado la respuesta que necesitaba.

Entonces Nilia retrocedió hasta su posición. Llamó a los demás con un gesto de su puñal. Luego le quitó a Rick la piedra que emitía luz y la arrojó lejos.

—Preparaos. Tenemos compañía. Raven, deja al menor allí y vuelve inmediatamente.

—No veo nada —dijo Lyam—. ¿Estás segura?

—Allí, a lo lejos, tras la cascada.

—No hay nada en esa especie de cornisa.

—Ahí no, más lejos, detrás de la roca que se parece a la segunda esfera.

—No puedo ver tan lejos.

—Ni yo —dijo Yala.

—Yo sí. Grabé una runa cuando fui a explorar.

—¿Y?

—Ya no está. Si no me equivoco vendrán varios titanes y seguro que habrá sombras.

—Creía que controlabais a esos monstruos —gruñó Lyam.

—A los que conseguimos marcar sí, pero hay muchos más, en estado salvaje, por así decirlo. Además, no sabemos cómo, pero se reproducen cada cierto tiempo, aunque no dejes de matarlos. Raven, ¿qué te he dicho?

Raven tiró del brazo de Rick. El soldado se resistió.

—Al precipicio —murmuró—. No quiero quedarme de nuevo a solas... Me lo prometiste.

—Mentí. —Había llegado la hora de la verdad y Raven supo que no podía hacerlo. Metió a Rick en una grieta que había en la pared y trazó una línea de fuego a sus pies—. Volveré. No dejaré que mueras. Te lo juro.

Regresó deprisa para no tener que enfrentarse a la mirada de Rick. Yala y Nilia tenían las armas en las manos, dispuestos a entrar en acción. Lyam les observaba desde varios metros atrás. A Raven le habría gustado un último consejo cuando se situó a su lado, alguna frase de apoyo, pero el ángel permaneció en silencio.

Pasaron varios... ¿minutos? ¿Horas? Raven no entendía cómo podían mantenerse inmóviles tanto tiempo. Entonces Nilia se desplazó a la izquierda y clavó el puñal en la pared de piedra. O

eso creyó Raven, porque al retirar la daga había una forma oscura clavada, algo que pataleaba y gruñía.

De repente surgieron muchas más formas, de todas partes. El aullido del Infierno quedó sepultado bajo los ladridos y rugidos de incontables bestias. Las sombras atacaron todas a la vez. Yala y Nilia comenzaron a matar.

El gemelo descargaba golpes demoledores, soltaba patadas y puñetazos, aprovechaba los trazos de las runas que creaba para deshacerse de una o dos sombras. Nilia se retorcía en un baile mortífero y sin descanso. Sus dagas resplandecían en destellos fugaces, veloces, y las sombras caían despezadas en torno a ella. Pero salían más, muchas más. Lyam y Raven curaban a Yala, que taponaba el acceso a la zona en la que se encontraban, mientras Nilia saltaba a su alrededor, acuchillando sin orden aparente. Aún no la habían alcanzado ni una sola vez.

Raven se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que empezaran a cansarse. De no ser por la estrechez de la posición que defendían ya estarían completamente rodeados y Nilia no habría tenido espacio para maniobrar. Los cadáveres empezaban a amontonarse y tuvieron que retroceder un poco. En alguna ocasión una o dos sombras llegaron hasta los sanadores, pero no pudieron cruzar la barrera de runas defensiva. Nilia retrocedía, las mataba y regresaba junto a Yala.

Entonces el suelo retumbó. Como una docena de sombras salió volando por los aires. Algunas rebotaron contra la montaña, otras cayeron por el precipicio. La runa que escoltaba a Yala por su derecha reventó en pedazos cuando un fragmento de la montaña la atravesó.

Un titán había aparecido. De inmediato cargó contra el ángel, que no pudo evitar un puñetazo demoledor. Nilia lo vio caer al suelo, y a las sombras saltar inmediatamente sobre él, pero ella tenía sus propios problemas. Raven se puso nervioso.

Yala era apenas una melena rubia cubierta de bestias negras que le mordían sin cesar.

—Ocúpate de Nilia —ordenó Lyam.

El pequeño ángel salió corriendo. El titán alzaba un puño de piedra dispuesto a rematar al gemelo. Pero Yala fue más rápido, se levantó con un alarido. Las sombras que estaban sobre él salieron despedidas en todas direcciones. El gemelo se acercó al titán, que era bastante lento de movimientos, y le atravesó con la espada lo que debería ser la tripa.

—¡No! —gritó Nilia—. ¡Te dije que...! ¡Déjala, Yala! ¡Maldita sea, suéltala!

Se refería a la espada. Yala no podía extraerla del cuerpo del titán. El gigante bajó de nuevo el puño y el gemelo cayó aplastado por segunda vez.

Raven pensó que debía intervenir, aunque implicara dejar sola a Nilia durante unos segundos. Otro titán asomó por detrás del que tenía la espada ensartada. Y Lyam estaba rodeado por varias sombras. Echó a correr hacia Yala justo cuando vio que dos sombras mordieron la pierna de Nilia y la hicieron caer. Era la primera vez que Raven veía la sangre de Nilia. Ahora

no sabía a quién de los tres ayudar. Su experiencia con ángeles y demonios no contaba, menos aún con aquellos engendros del Infierno. Cualquier decisión que tomara sería sin fundamento. Así que decidió obedecer la última orden que Lyam le había dado y curó a Nilia.

Cosa que no resultó nada sencilla. Las heridas se cerraban, pero otras nuevas aparecían. Por lo visto, las sombras, que ahora tenían camino libre dado que Yala había caído, decidieron concentrarse en ella. Raven se preguntó si las bestias seguirían alguna clase de inteligencia o simplemente se abalanzaban sobre el enemigo que continuara en pie. Entonces Raven creyó entender la razón. Nilia había sacado sus alas negras, cosa que había advertido a Lyam y Yala que no hicieran nunca, y eso parecía atraer a las sombras. Eran demasiadas, imposibles de esquivar. Nilia ya no hacía fintas elegantes ni movimientos acrobáticos. Acuchillaba todo lo que se movía, pateaba, daba rodillazos, vomitaba maldiciones terribles, arrancaba cabezas a mordiscos. Su lucha se había tornado claramente desesperada.

Yala seguía vivo, aunque aún en el suelo. Uno de sus brazos estaba completamente destrozado, allí donde Raven imaginó que le había golpeado el titán, y tenía también una pierna rota. De ningún modo podría evitar el siguiente puñetazo de piedra, que ya descendía sobre su cabeza. Raven abandonó su posición detrás de Nilia, al comprobar que Lyam apenas resistía las embestidas de varias sombras, a pesar de estar parapetado tras una runa, y trató de salvar al gemelo. El impacto era inevitable, pero si lo curaba antes, puede que sobreviviera, o eso esperaba.

Ya había comprendido que no le daría tiempo cuando el titán, con la espada atravesada, tembló como si sufriera un terremoto particular y desapareció. Raven aprovechó para curar a Yala, que parecía tan sorprendido como él. El ángel se levantó deprisa, embistió al grupo de bestias que acosaban a Nilia, lo que le dio un leve respiro, y regresó para enfrentarse al segundo titán, desarmado, ya que su espada también había desaparecido junto con el titán.

Raven dividió su atención entre Nilia y Lyam, donde juzgaba más urgente. El pequeño sanador protestaba, le gruñía que se centrara en Nilia, pero Raven no lo veía capaz de defenderse solo.

Un grito de Yala llamó su atención. Raven lo vio con varias astillas de piedra clavadas en las piernas, y una mucho más grande sobresaliendo por su tripa con la punta ensangrentada; el otro extremo, mucho más grueso, asomaba por su espalda. Pero ni aun así se detenía, aplastó la cabeza de dos sombras con sus puños. El titán que se cernía sobre él había perdido un brazo. Al menos diez bestias más saltaron sobre el ángel. Era imposible que sobreviviera. Pero Nilia tampoco. Ella tenía las dos alas rotas, con dos sombras colgando de ellas, la pierna derecha doblada en un ángulo imposible y el brazo izquierdo sepultado por una roca. Solo podía mover el izquierdo y, antes de que pudiese hacer gran cosa, una bestia saltó sobre ella y calvó sus afilados colmillos en su cuello. Un chorro rojo regó el suelo.

Raven no podía salvarlos a los dos. Sabía que Dios había muerto, pero igualmente le pidió perdón por lo que iba a hacer.

Curó a Nilia.

Ella bufó, como si protestara por haber tardado tanto. Luego se sacudió al perro del cuello, reventó la roca que aprisionaba su brazo de un puñetazo y siguió matando.

Raven se giró, convencido de que vería el cadáver de Yala despedazado. El ángel estaba en el suelo, de rodillas, con la estaca de piedra atravesada. En sus ojos ya no había rastro de vida, de su boca caía un hilo de sangre. Y entonces brilló. Todo su cuerpo ardió con llamas azules.

El gemelo se levantó con los ojos abiertos al límite. Los fragmentos de piedra que atravesaban su cuerpo cayeron al suelo, la sangre de su boca dejó de manar, se cerraron sus heridas. Y tan rápido como había surgido, el fuego azulado desapareció. Yala se plantó delante del titán con dos rápidas zancadas y le asestó un puñetazo brutal. El gigante salió volando y se perdió en el abismo. Luego agarró a una de las sombras por el cuello y la levantó.

—¡Atrás! —rugió—. ¡No deis un paso más! ¡Os lo advierto!

Yala alzó a la bestia un poco más, estirando el brazo izquierdo y haciendo uso de sus dos metros de altura. El puño derecho del gemelo también ascendió como un relámpago. La cabeza de la sombra desapareció con un crujido. Saltaron pedazos en todas direcciones, y la melena rubia de Yala se manchó de rojo.

—¿Tenéis suficiente? —gritó completamente fuera de sí. Luego arrojó el cadáver a un lado —. ¡Vamos! ¡Venid a por mí!

Las pocas sombras que quedaban retrocedieron. Yala dio dos pasos hacia ellas con el rostro desencajado por la rabia y las bestias huyeron entre gruñidos.

Raven ayudó a Nilia a terminar con los pocos enemigos que quedaban. Luego, jadeando y sangrando, se reunieron con los ángeles. Yala estaba arrodillado sobre Lyam, que yacía inconsciente.

—¿Está vivo? —preguntó Raven.

Yala asintió. Nilia se dejó caer a su lado. Era evidente que necesitaban descansar. Raven hizo un último esfuerzo para traer a Rick, que había permanecido en la grieta sin saber qué había pasado. El soldado no dejaba de preguntar. Nilia le dijo que estaban todos bien y le mandó cerrar la boca.

Permanecieron bastante tiempo allí, medio sentados, medio tumbados, recobrándose. A Raven le parecía un auténtico milagro que se mantuvieran todos vivos. Agradeció poder descansar y aliviar la tensión acumulada. Nadie quería hablar sobre la batalla, así que dejaron que el silencio los arropara. Incluso el propio Infierno había dejado de aullar por una vez.

Algo después, Lyam abrió los ojos y empezó a temblar con sacudidas descontroladas. Yala fue el primero en acudir a su lado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Raven.

—Está caliente —dijo el gemelo—. Muy caliente.

Nilia seguía sentada, indiferente.

—Tenemos que hacer algo —dijo Raven—. Lyam, dime dónde te duele. No sé cómo curarte.

—Yo tampoco —susurró Lyam—. No sé qué me pasa... Me duele todo el cuerpo... Nunca me había sentido así... tan débil... Estoy mareado...

—¿Puede ser un veneno?

—No —contestó Nilia, torciendo el gesto—. Tiene fiebre. —Agarró al sanador por el cuello y le alzó hasta que su rostro quedó frente al de ella—. Sí, Lyam, has descubierto uno de los placeres que el Viejo reservó para nosotros. Aquí, en el Infierno, podemos enfermar como los menores. ¿No es un detalle encantador por su parte?



Había doce demonios alrededor de Tanon. Ocho de ellos pertenecían al clan de Urkast, de los cuales uno era Asler, por supuesto, que a esas alturas se comportaba prácticamente como si fuera el sucesor.

Se habían reunido dentro del edificio con forma de daga, en cuyo interior descansaban los orbes que permitían viajar a las demás esferas. Aquel edificio era el único que seguía intacto en la Ciudadela. Dada su importancia estratégica, a ninguno de los dos bandos le interesaba destruirlo. Los demonios moldeadores habían construido una rampa rudimentaria con los escombros para poder llegar hasta él, ya que flotaba en lo que antes era el segundo nivel de la Ciudadela.

Los demonios informaban sobre el avance de la guerra. De vez en cuando entraban o salían viajeros de los orbes, pero no interferían en la reunión.

—La segunda esfera está completamente desierta. Ya lo hemos verificado.

—Y la cuarta es inestable. No sé qué ha pasado, pero puede estar relacionado con el deterioro de la luz...

—Olvidad la cuarta esfera —intervino Tanon—. Nos ocuparemos de ese problema después de ganar la guerra.

Los demonios asintieron y siguieron compartiendo la información de que disponían. Tanon les dejó hablar y discutir, plantear los problemas y las posibles soluciones que veían. Quería

evaluar el estado de ánimo de los demonios. Se dio cuenta de lo acostumbrado que estaba a tratar las cuestiones generales con los demás barones, incluso cuando no llegaban a un acuerdo. Aquel grupo provisional no era lo mismo. Notaba en especial la ausencia de Dast y Stil, que siempre aportaban algo de valor, un enfoque diferente, razonable. Tanon acostumbraba a decidir después de oír las alternativas que planteaban los demás. Estaba razonablemente orgulloso de su sentido común, pero era consciente de que no era capaz de dar con ideas realmente originales y creativas. Esa labor correspondía a mentes despiertas como la de Dast y, después de trabajar durante milenios de ese modo, ahora sentía que le faltaba algo. Sin embargo, los demonios no podían ver debilidad en él. Tenía que actuar como si estuviera firmemente convencido de sus decisiones.

De todos modos, el resultado no fue en absoluto decepcionante. Los demonios continuaban unidos cuando se hablaba de guerra, las diferencias quedaban a un lado y se percibía un clima general de cooperación, claramente enfocado a su objetivo común.

—El problema sigue siendo Diacos —explicaba un demonio—. Contiene nuestro avance en la tercera esfera. Es increíble el deseo que tengo de matarle. Llevo soñando con ello desde la primera guerra. Pero no podremos con él enviando solo pequeñas avanzadas como hasta ahora. Propongo que nos concentremos en...

—No vamos a atacar la tercera esfera —le interrumpió Tanon. Estaban volviendo sobre los mismos argumentos una y otra vez, es decir, no tenían nada nuevo que aportar. Por eso decidió intervenir.

Asler rompió el silencio.

—Tu tono no deja lugar para la discusión. ¿Podemos saber al menos por qué no atacamos donde los ángeles presentan batalla?

—Porque no están allí. Es una distracción. Diacos está peleando para atraerme a la tercera esfera.

—Entonces, ¿dónde están? —preguntó otro demonio.

—En la quinta esfera —respondió Tanon—. Es el único lugar en el que nuestros titanes no han sufrido un solo ataque. Están allí, ocultos y asustados.

—Es una deducción acertada —opinó Asler con falsa adulación—, pero muy arriesgada como para basar nuestra estrategia en ella. Deberíamos verificarlo antes...

—No podemos —negó Tanon—. El tiempo juega a favor de los ángeles. Ellos tienen sanadores y pueden restablecerse de todas sus heridas en muy poco tiempo. Vamos a lanzar un ataque con todas nuestras fuerzas y vamos acabar con la guerra de un solo golpe. Si seguimos luchando en pequeñas batallas nos ganarán por desgaste.

Varios demonios mostraron cierto recelo ante la idea del barón, y Asler, como siempre, se encargó de alimentar sus temores.

—De nuevo coincido en planear un ataque definitivo, pero pueden no estar ahí. Los ángeles no son estúpidos, no les subestimemos. Pueden haber adivinado que pensaríamos de ese modo y haberse ocultado en otra esfera.

—Están allí —insistió Tanon.

Las dudas de Asler eran razonables, pero Tanon no podía contarle que lo sabía porque se lo había dicho el infiltrado. Tendría que convencerles o imponer su criterio. Asler no se daba por vencido.

—Sabemos con seguridad que Diacos se encuentra en la tercera esfera. Si lo matamos, aunque no signifique ganar la guerra, los debilitaremos. Perderán a su mejor ángel y además será un golpe psicológico.

—No quiero debilitarlos más —rugió Tanon—. Quiero matarlos. Su moral ya agoniza desde que aplasté a Onos.

El barón trajo su hazaña a colación para que todos tuvieran bien presente quién mandaba y a quién se oponían si persistían con el mismo debate. Tanon observó con satisfacción el efecto que produjo recordar el momento más memorable desde que salieron del Agujero.

—Les atacaremos donde se sienten más fuertes y les venceremos. Recuperaremos a Stil. Y cuando el Viejo regrese encontrará a los pocos ángeles que queden suplicando por su vida con sus cuellos debajo de nuestras botas.

Asler tuvo que contenerse al ver que incluso los demonios de su clan se dejaron contagiar por el entusiasmo de las palabras de Tanon y la imagen de victoria absoluta que proyectaba en sus mentes.

Tanon lo invitó a seguir intentándolo con una sonrisa desafiante. Asler no aceptó el desafío.

—¿Movilizamos a todo el ejército? —preguntó otro demonio claramente a favor del ataque.

—Prácticamente. Dejad un diez por ciento aproximadamente aquí, en la primera esfera. No quiero perder la comunicación con los demás planos cuando los nuestros logren romper la niebla.

—Lo conseguirán —aseguró otro—. Dast es el mejor viajero. Nos sacó del Infierno y diseñó el portal. Es solo cuestión de tiempo que aparezca en la primera esfera con refuerzos.

Tanon repartió las últimas órdenes deprisa, para evitar que Asler interviniera de nuevo. Notaba su deseo de hablar y hacerse notar, y no quería permitirlo. Seguramente le apoyaría delante de todos, para recuperar algo de credibilidad, pero Tanon le prefería aparentemente derrotado en aquel breve enfrentamiento verbal que habían mantenido, porque en realidad Tanon sabía que Asler aún tenía mucho que decir.

—Retirad a todas las sombras y los titanes. Mientras los evocadores no puedan invocar más desde el Infierno por el bloqueo de la niebla, no vamos a sacrificarlos inútilmente.

Ese era un verdadero problema, que debía resolver Capa, que para eso fue el que descubrió el arte de la evocación, pero el Niño no aparecía por ninguna parte. Tanon esperaba que no estuviese muerto.

—También quiero que los moldeadores hagan algo con el acceso a los orbes —prosiguió el barón—. Esa rampa es una chapuza y dificulta las maniobras.

—Necesitan más tiempo —explicó un demonio—. Han pasado una eternidad trabajando en el Infierno y no terminan de adaptarse. Y tampoco han podido practicar desde que llegamos.

—Pues que hagan lo que saben hacer. ¡Que destrocen este condenado edificio y todo lo que hay debajo! Pero cuidado con los orbes. Son indestructibles y caerán al suelo, así que quiero un perímetro de vigilancia constante a su alrededor. No volveremos a quedarnos incomunicados.

El demonio asintió. Tanon disolvió la reunión y, con un ademán de la cabeza, pidió a Asler que se quedara.

—¿Querías algo? —preguntó Asler cuando estuvieron solos.

—Que hables. Aquí y ahora, y rápido si puede ser. Suelta lo que tengas que decir. Estoy cansado de tus conspiraciones.

El rostro de Asler se crispó visiblemente.

—Solo espero que tengas razón. Si movilizamos todo el ejército a la quinta esfera para nada, les estaremos regalando el tiempo que intentamos arrebatarles.

—La tengo. ¿Es todo?

—Nos verán llegar, Tanon. Es imposible que no se den cuenta de nuestras maniobras. Sé que te gustan las victorias sencillas y aplastantes, pero probablemente tengan algo preparado contra nosotros, y será fácil que lo empleen en un ataque frontal de ese calibre. En la Ciudadela teníamos la ventaja de la sorpresa, pero ahora vamos a mostrarnos abiertamente.

—Esa es la idea. Concentrarán todos sus esfuerzos. Por eso será la última batalla de la guerra. Además, tengo un plan para entretenerlos mientras nos acercamos.

—Espero que sea bueno.

—Yo también —dijo Tanon poniendo una mano sobre su hombro—. Mi plan eres tú, Asler. Vas a ir inmediatamente a la quinta esfera.



Jack Kolby siempre había considerado su capacidad para juzgar a otras personas una de sus mayores virtudes. No necesitaba demasiado tiempo, una conversación y un estudio minucioso de su expresión corporal y enseguida empezaba a intuir sus ideas. No las que decía, sino las que de verdad pensaba. Eran muy pocos lo que habían conseguido engañarle alguna vez, y nunca un ser humano.

Sin embargo, ahora, con el cañón de una pistola apuntando directamente a su cara, dudaba.

Lucy, la mujer americana que había asesinado a Hank para escapar de Chicago, parecía dispuesta a apretar el gatillo. Tenía la mano y el rostro en tensión, las pecas de sus mejillas temblaban ligeramente. Los ojos eran lo único que delataba su duda. Jack había creído todo lo que le había contado, hasta la última palabra. Aquella mujer asustada había matado a un hombre y volvería a hacerlo si juzgaba que así salvaría vidas. Estaba reflexionando sobre la conveniencia de disparar. Eso era bueno, Jack podría convencerla de que no se trataba de una buena idea. No era un hombre de acción, sino de palabras. Y habría sido fácil embaucarla de no ser por la tragedia que había pasado Lucy. Las personas que están al límite son condenadamente difíciles de predecir.

Por fortuna, Lucy no quería disparar. Ser capaz de matar y finalmente hacerlo son cosas muy diferentes. Y nadie que se preocupara por los demás tanto como ella podía ser indiferente a un asesinato.

—Tu problema es que aún no lo sabes todo sobre mí.

—¿Crees que tengo un problema? —preguntó ella—. Más bien parece que lo tienes tú.

—Yo no lo creo —dijo Jack después de una calada—. Mataste a Hank porque tu situación era desesperada. Consideraste que era su vida o la de toda esa gente. Pero yo no te estoy amenazando. Por eso no puedes apretar el gatillo, por mucha repulsión que sientas hacia mí.

—No es la única a la que asqueas, Jack —dijo una voz grave.

Jack y Lucy se giraron y vieron una silueta caminando hacia ellos entre los gruesos copos de nieve que caían del cielo. Era un hombre alto, de hombros anchos y figura imponente. Su paso era firme y regular, decidido.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó Lucy.

—El cerdo de Jack tiene razón. No vas a dispararle. He esperado unos segundos a ver si te decidías, porque nadie se habría alegrado más que yo. Pero no lo has hecho ni lo vas a hacer, así que baja el arma.

Jack le dedicó a Lucy un gesto tranquilizador.

—No te preocupes, lo conozco —aseguró. Ella, al fin, bajó el brazo—. Se llama Gordon y está al mando en Londres. Es una persona muy capaz.

—Guarda tus adulaciones para otros, Jack. Lucy podría pensar que nos llevamos bien y no

queremos causar falsas impresiones a nuestros huéspedes americanos. —Gordon extendió la mano hacia ella—. ¿Me entregas tu arma?

Lucy vaciló.

—¿Vas a arrestarnos?

—No. Pero yo soy la autoridad aquí y mi responsabilidad es la seguridad de todos —dijo Gordon muy serio. Jack asintió y Lucy, aún vacilando, entregó la pistola—. Muy bien. Mis hombres os escoltarán hasta Oxford. Allí estaréis a salvo.

Lucy les barrió con una mirada cansada y regresó al autobús. Gordon condujo a Jack hasta su vehículo, un todoterreno especialmente adaptado para la nieve, con cadenas y clavos en las ruedas.

El conductor realizó el saludo militar en cuanto Gordon abrió la puerta.

—Avisa al capitán de que lleve a toda esa gente a Oxford y se asegure de que reciben alimentos y atención médica.

El conductor saludó de nuevo y salió del vehículo. Se alejó trotando a paso ligero por la nieve. Gordon ocupó su lugar; Jack, el asiento de al lado.

—Aquí no fumes —advirtió poniendo el motor en marcha.

—Me has seguido —le acusó Jack.

—Eres el bastardo más escurridizo que conozco, Jack. No pienso volver a perderte de vista.

—Sigues sin fiarte de mí.

—Confieso que creí que ibas a largarte por ese método misterioso tuyo para viajar, pero después de escuchar la conversación con esa monada llena de pecas, admito que me equivocaba.

El todoterreno pasó al lado del autobús y recorrió la larga fila de vehículos que habían venido desde Chicago. Jack imaginó que Gordon, paranoico, quería asegurarse de que no existía ninguna amenaza.

Había toda clase de medios de transporte terrestres: coches, autobuses escolares, camiones, ambulancias... Jack pensó que solo le faltaba ver un tren. En todos se veían más personas de las que parecía posible. Algunos transportes no eran más que una mezcla de manos y rostros apelotonados. No venían preparados para la nieve, a excepción de los camiones. Jack comprendió que esos debían de ser los vehículos que pensaba emplear Hank antes de que le mataran, dado que él y sus hombres eran los únicos que conocían la verdad.

—¿Has dejado Oxford sin tu supervisión, solo para espiarme? Me sorprendes.

—Thomas se hace cargo de todo.

—¿Ahora confías en un norteño? Me sorprendes más todavía.

—Thomas es un blando —gruñó Gordon—. Y no debería tomar decisiones importantes. Pero es un buen segundo. Se ocupará de los preparativos sin problemas. No hay que pensar demasiado. Tú también crees que no debería estar al mando, Jack, lo sé. Le mantienes ahí porque piensas que me controla y para que tú no tengas que dar la cara.

Jack desvió la mirada a propósito hacia la ventanilla. Gordon aprendía por fin, y demasiado bien, su método de actuar. Aquello no le gustó nada, y al mismo tiempo sintió cierta... simpatía, puede que respeto por el comandante.

—Hablas como si yo pudiera decidir quién manda. Sobrestimas mi influencia.

Gordon bufó.

—Deberías disimular mejor que piensas que soy estúpido. Ni siquiera tú crees lo que acabas de decir. ¿No es eso lo que hacías con Lucy? Ya estabas pensando en ponerla al mando. Tu mente viciada no puede evitarlo. Ella te cuenta una desgracia y tú ves la ocasión de camelártela para que se encargue de tranquilizar a los demás en tu nombre. Así luego te informa, se ocupa de todo y tú a seguir con tus maquinaciones sin que te molesten.

Definitivamente Gordon era peligroso. Antes solo era violento y arrogante, se creía superior a los demás. Ahora además estaba desarrollando cierta intuición. Lo peor era el odio tan profundo que detectaba hacia él, un odio que había crecido durante muchos años y que ya no había modo de extirpar. Si Gordon llegaba a alguna conclusión errónea sobre Jack, no habría forma de hacerle cambiar de opinión con palabras. Al menos, no con las suyas. Gordon ya se había inmunizado y jamás creería nada que saliera de su boca. Por eso se tomó muy en serio la advertencia de que no iba perderle de vista.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Jack al ver que rebasaban el último vehículo de los americanos y Gordon no daba media vuelta.

—A ver por dónde han venido. ¿Tienes algún inconveniente?

Jack lo tenía, pero no se le ocurría cómo evitarlo.

—Sigue recto, con cuidado. Más adelante hay una pendiente que engaña con esta nieve.

—Voy a tomar el control, Jack, en cuanto descubra tu secreto. Asúmelo. Será más sencillo.

—No hará falta, Gordon. No te preocupes, te lo mostraré. ¡Pero mira hacia adelante! Verás lo que quieres y, con suerte, entenderás. Pero no puedes detener el plan.

—¿Piensas pedir ayuda a tus ángeles?

—¿Qué crees que he estado haciendo todo este tiempo? He traído miles y miles de refugiados de todo el mundo. Ahora mismo mis hombres están movilizando a todos los habitantes de los pueblos y ciudades de los alrededores de Londres.

—No te creo. ¿Bajo qué autoridad controláis a la población?

—Bajo la tuya.

No hizo falta añadir nada más para que Gordon lo entendiera.

—Así que me suplantas actuando en mi nombre. Así piensas librarte de mí, convirtiéndome en un...

—En un héroe. La gente te conoce, sabe lo que hiciste en Londres. Y ahora, gracias a mí, piensan que estás coordinando un plan que los involucra a todos para reconquistar la ciudad y mandar a los demonios de vuelta al Infierno. Cumple lo que hemos acordado y te adorarán muchos siglos después de que hayas muerto.

El rostro imperturbable de Gordon se movió casi imperceptiblemente, lo suficiente para que Jack supiera que le había gustado lo que acababa de oír.

—Sigo sin confiar en ti. —Pretendía indiferencia, pero lo había dicho con la boca pequeña. Gordon quería creerle y convertirse en el salvador de la humanidad—. Sé que escondes muchos secretos. Tienes mucho que contarme para que cambie de opinión.

—No me creerías si te lo dijera.

—Inténtalo.

—Haré algo mejor. Te lo mostraré. Para ahí, ya hemos llegado.

Estaban cerca de una colina. Gordon estudió el entorno, pero la nieve no permitía ver a mucha distancia.

—No veo nada.

—Tenemos que seguir andando. Te llevo al punto desde el que mejor se ve lo que quiero enseñarte.

Se bajaron del todoterreno. Caminaron con cuidado por la nieve, dejando huellas que no tardaban en quedar ocultas bajo los copos que no paraban de caer.

—Más te vale que no sea un truco —amenazó Gordon.

—¿No puedes bajar la guardia por una vez? Tienes que abrir la mente para entender lo que te voy a contar.

—Me llevas al lugar que buscan los demonios, ¿no? Según dijiste abrieron el Infierno en Londres para encontrarlo.

Jack resbaló y Gordon tuvo que sujetarle para que no cayera.

—Tuvimos suerte —dijo Jack—. La Onda lo cambió de lugar. Yo tardé tres años en dar con él. ¿Recuerdas lo que te conté de Raven?

—¿El narizotas? ¿Ese tipo que según tú tiene superpoderes?

—El mismo. Todos le buscan, ángeles y demonios, porque piensan que él tuvo algo que ver con la Onda.

—¿Y no es verdad?

—Hasta cierto punto. Raven no estaba solo. Había dos personas más con él. Eso es lo que no sabe todo el mundo.

—¿Solo los demonios?

—En realidad creo que todos no, solo uno. El que abrió las puertas del Infierno precisamente aquí. No estaría mal que averiguáramos de quién se trata.

Atravesaron varios tablones tendidos sobre un río helado. Luego se detuvieron.

—Me cuentas muchas fantasías, Jack. Pretendes que me trague todas esas paparruchas de la Onda sin una prueba. Vamos, invéntate algo mejor.

—Te conozco bien, Gordon. No te diría nada sin poder demostrarlo. Date la vuelta.

—¡Cielo Santo!

Jack le dejó unos segundos para que asimilara lo que tenían ante sus ojos. Por primera vez le vio con la boca abierta.

—Sí, es real. Ahí es donde se originó la Onda.

—¿Qué es?

—Exactamente lo que parece.

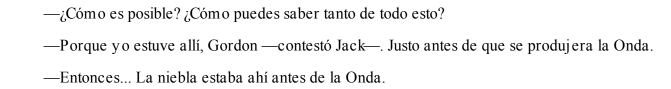
Ante ellos había un muro derruido que en otros tiempos debía de haber sido alto. La nieve cubría la mayor parte de su trazado irregular hasta llegar a un final abrupto. A partir de allí, formando un ángulo con el muro, se extendía otro muy diferente y a la vez demasiado familiar. Aquel muro estaba formado por niebla. Y no se había petrificado como la de Oxford o Londres.

Aquella niebla se movía, mantenía su ubicación sin dejar de bailar y retorcerse. Ni la nieve ni el viento le causaban el menor efecto. Era gris y negra, amenazadora, la misma que había engullido el centro de Londres cuando los demonios crearon aquel portal gigantesco, la misma que la expedición de Rick atravesó, con cien soldados y dos tanques, la misma que se había comido la Zona Segura del Norte.

La niebla.

—Pero... —titubeó Gordon—. No es sólida. Es como antes de...

—Lo sé.



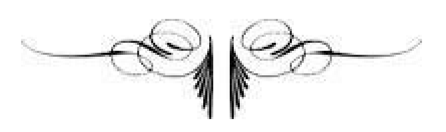
—¿Cómo es posible? ¿Cómo puedes saber tanto de todo esto?

—Porque yo estuve allí, Gordon —contestó Jack—. Justo antes de que se produjera la Onda.

—Entonces... La niebla estaba ahí antes de la Onda.

—Eso se sobrentiende.

CAPÍTULO 4



El prestigioso colegio de Christ Church, situado en la parte central de Oxford, uno de los más emblemáticos de la ciudad, prácticamente había desaparecido. La única parte que había sobrevivido a la Onda, las guerras y la niebla era la entrada, la torre de Tom Tower. Antiguamente, era una hermosa torre de campanario, admirada por todo aquel que paseara por St Aldate's, la calle del ayuntamiento; ahora, solo se alzaba como una pequeña montaña blanca en medio de la ciudad. Algún punto aislado de su fachada era todavía visible, pero ya hacía tiempo que nadie se preocupaba de limpiar el exterior y dejar a la vista su antigua belleza. La única parte que resistía sin estar cubierta de nieve era la punta que señalaba el cielo en la parte más alta de la torre, sobre la cúpula, una de las numerosas agujas de Oxford.

En el interior, entre sus muros de piedra, se agrupaban los cinco últimos miembros del club. Jorge, el de mayor edad entre los presentes, se puso en pie para dar inicio a la reunión.

—Antes de comenzar, me gustaría recordar a los miembros que no han podido asistir —dijo con cierta tristeza, colocándose las gafas sobre el puente de la nariz—; en especial, a las dos fundadoras, Elizabeth y Raquel, que de no ser por ellas y su iniciativa, no nos encontraríamos ahora aquí. Donde quiera que estén, seguro que les habría gustado reunirse con nosotros.

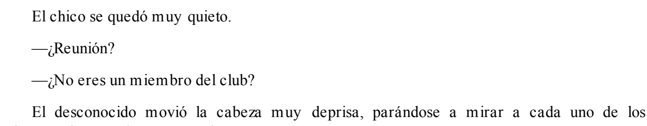
—Algún día volveremos a vernos —susurró Elena, la más joven, de aspecto tímido—. Estoy convencida.

Álex, a su lado, mostró su aprobación con una sonrisa mientras acomodaba su delgada figura en la silla. Tara también sonrió desde debajo de un sombrero de vaquero, al que tenía especial cariño.

—Gracias por convocarnos, Jorge —dijo Carmen, uno de los miembros más entusiastas—. Seguro que…

Dejó la frase a medias al escuchar unos pequeños pasos acercándose desde… arriba. Todos se volvieron a la escalera de caracol, por la que descendía una silueta negra. Jorge se acercó a recibir al recién llegado, que resultó ser un muchacho, más joven incluso que Elena, enfundado en una capa negra, un atuendo nada habitual. Cubría su rostro con una capucha del mismo tono oscuro. Dos destellos azules brillaban en el interior de aquella capucha.

—¡Uno más! —se alegró Jorge—. No te recuerdo, pero estoy encantado de que hayas podido venir a la reunión.



El chico se quedó muy quieto.

—¿Reunión?

—¿No eres un miembro del club?

El desconocido movió la cabeza muy deprisa, parándose a mirar a cada uno de los asistentes, intentando reconocerlos.

—¿Club? No acierto a adivinar la actividad que puede haberos reunido aquí, pero, sin ánimo de parecer crítico, no da la impresión de ser un club muy numeroso.

—Somos muchos más —explicó Jorge—, pero la Onda nos separó.

—Entiendo. Y, si no es indiscreción, ¿en qué actividad se centra este… club?

—Es un club de lectura —contestó Jorge—. Sé que suena extraño, pero nos gusta recordar que hay algo más que guerras y destrucción en este mundo.

Los ojos del muchacho se abrieron mucho, brillaron. La capucha cayó sobre su espalda descubriendo una mata de alborotado pelo negro.

—Os presento mis más sinceros respetos —dijo arqueándose en una postura extraña. Jorge no estuvo seguro de si el muchacho sufría algún dolor en la espalda o si se trataba de una especie de reverencia—. Cultivar la pasión por la literatura en estos tiempos es digno de la más alta admiración. Mi nombre, por cierto, es Capa.

—Eso pensamos nosotros —convino Jorge, divertido—. ¿Quieres unirte al club? Todo el mundo es bienvenido.

—El placer sería inmenso, desde luego. Adoro los libros. Desafortunadamente, mis obligaciones no me permiten disponer de mi propio tiempo como a mí me placería. Me duele rechazar vuestra oferta.

Capa se dobló sobre la cintura y recuperó su postura normal en menos de un segundo.

—Es una lástima —dijo Tara quitándose el sombrero—. Pareces divertido.

—¿Lo parezco? Qué encanto. No recibo palabras tan agradables con frecuencia. ¿Acierto al suponer que el libro que aparece en esas camisetas que lleváis todos es uno de vuestros favoritos?

—Es muy bueno —contestó Jorge—. ¿Lo has leído?

—No he tenido el gusto —confesó Capa—, pero sin duda lo haré. Mi curiosidad se ha despertado ante un gesto tan bello como el vuestro. Si yo fuera el autor de alguno de los libros que mantenéis vivos con vuestro club, me devanaría los sesos para mostrar mi agradecimiento de algún modo... adecuado.

A pesar de su extravagancia, Jorge no pudo evitar que el chico le cayera bien.

—Podemos darte una camiseta, si quieres. Creo que nos queda alguna de tu talla.

—De nuevo me siento afligido por tener que rechazar una oferta tan cordial. Como podéis apreciar, tengo un gusto muy marcado en lo que a indumentaria se refiere. También me parte el corazón tener que pediros que abandonéis este edificio ahora mismo.

—¿Cómo dices? —intervino Álex.

—Me temo que la elección del lugar para mantener vuestras reuniones no ha sido acertada. ¿No os habéis preguntado por qué esta torre continúa en pie cuando todos los edificios de alrededor se han derrumbado?

—No, no lo hemos pensado —admitió Jorge.

—Es comprensible —sonrió Capa—. Sin embargo, es mi deber anunciaros que la estructura de esta maravillosa torre no puede sostenerse durante más tiempo y está a punto de desmoronarse.

—¿Estás seguro? —preguntó Carmen, alarmada.

Los cinco miembros del club allí reunidos se miraron intranquilos.

—Completamente —aseguró Capa—. Sin embargo, no me parece justo que una actividad tan estimulante como la vuestra se vea castigada. Dejadme pensar… Sí, creo que esto será de vuestro agrado. Veréis, justo a la salida encontraréis a una montaña andante de color negro, un hombre encantador con la cabeza rapada. Se trata de un fiel amigo mío que se encargará de conseguiros un nuevo emplazamiento para vuestro club.

—¡Pero este lugar nos gusta! —protestó Tara—. ¿De verdad se va a derrumbar?

—La razón que lo mantiene erguido está a punto de desaparecer, creedme. De hecho, sería recomendable que empezarais la evacuación de inmediato. Vuestra seguridad es lo más importante. Y no os olvidéis de avisar al gigantón que vais de mi parte.

Un crujido resonó entre las paredes de piedra. Los miembros del club se miraron alarmados. Luego procedieron a recoger sus cosas y se alejaron rápida pero ordenadamente hacia la salida.

—¿No vienes? —le preguntó Jorge a Capa.

—Ahora mismo, pero antes debo recoger algo de la mayor importancia. Adelantaos.

A Jorge no le pareció correcto dejar allí a aquel chico, pero un nuevo chirrido le convenció de que no era conveniente permanecer allí dentro.

Afuera les azotó el frío y la nieve. A pocos pasos de la entrada había un hombre negro de proporciones titánicas, con la cabeza rapada.

—¿Eres el amigo de Capa? —preguntó Jorge, inseguro, más por la intimidación que le

producía aquel coloso impenetrable, que por la duda.

El hombre no respondió, ni siquiera dio muestras de advertir su presencia. Continuó inmóvil con la cabeza alzada. Jorge, al igual que los demás miembros del club, siguió su mirada.

—¡Cielo Santo!

Capa trepaba por la nieve que cubría la cúpula de la torre. Al principio, Jorge temió por él, pero enseguida comprobó asombrado que no resbalaba. Pero no solo eso, sino que además se movía con una agilidad sorprendente, como una araña negra con una capa que apenas dejaba huellas. Se encaramó a la aguja que sobresalía en lo más alto y la agarró con sus manos enguantadas en cuero negro. Durante unos segundos, Capa se dedicó a revolotear alrededor de la aguja, estudiándola desde todos los ángulos, palpándola y escuchando el sonido que producían sus nudillos sobre ella. Jorge no tenía ni idea de qué podía andar buscando. Se le ocurrió que no andaba bien de la cabeza, lo que explicaría su ropa, su modo de hablar y... todo en general de aquel peculiar individuo.

Iba a sugerir que subieran a buscarle antes de que se resbalara y cayera, cosa que sucedería antes o después si continuaba allí arriba. Entonces Capa dio un fuerte tirón y arrancó la aguja de Tom Tower.

—¡Por fin lo encontré! —gritó Capa, triunfal.

Los cinco miembros del club se lanzaron miradas de complicidad. Definitivamente algo no funcionaba bien en la cabeza de aquel extraño chiquillo.

De repente, la torre entera tembló. El crujido que antes habían escuchado en el interior se repitió con mayor intensidad. La nieve y el hielo que cubrían la torre se agrietaron y se desprendieron. A la vista quedó una fachada atravesada por multitud de grietas.

Toda la estructura se derrumbó un instante después, que arrastró a Capa entre la lluvia de escombros. La última vez que Jorge alcanzó a verlo, antes de retroceder para no terminar sepultado por el alud de escombros, el chico aún sostenía la aguja de la torre entre sus manos.



De nuevo caminaban. Raven se preguntó si habría algo más que hacer en el Infierno que andar y pelear. Nilia apenas les había dejado tiempo para descansar. En cuanto Lyam se curó de la fiebre, retomaron la marcha, en el mismo orden. Siempre hacia arriba. Allí, en lo alto, debía estar la salida del Agujero.

Yala, como de costumbre, abría la marcha en silencio, con Rick sobre su hombro derecho.

El abismo siempre estaba a la izquierda, la oscuridad les envolvía y el viento ululaba. Todo era deprimentemente monótono.

Por eso Raven no daba crédito cuando dieron con una bifurcación que se abría ante ellos. El camino continuaba pegado a la montaña, pero ahora también se extendía a la izquierda, hacia el precipicio y más allá, hacia la oscuridad.

Nilia estaba plantada allí, esperándoles.

—Seguiremos por la derecha —ordenó.

—¿Y por qué no por la izquierda? —preguntó Lyam.

—Porque lo digo yo.

Nilia, sin esperar una respuesta, giró y desapareció una vez más por el camino que había indicado. Yala la siguió sin decir nada. Y Raven se alegró bastante de aquella decisión. No sabía por qué Lyam había sugerido marchar por el otro lado, pero no quería averiguarlo. Se imaginó caminando con un precipicio a cada lado y le recorrió un escalofrío terrorífico. No, no le apetecía perder de vista la montaña.

En la nueva ruta había dos diferencias más. La primera, que la montaña ahora crecía por encima de sus cabezas, como si el grupo se estuviera internando bajo una gigantesca falda de piedra negra; la segunda diferencia era que no estaban ascendiendo. El suelo era llano y continuó siéndolo durante bastante tiempo.

A Raven le gustó el cambio, le dio la impresión de que avanzaban más deprisa. Aunque enseguida volvió a encontrar todo insoportablemente repetitivo. El camino era más sencillo de recorrer, sí, pero el paisaje nunca variaba. Por momentos tenía la sensación de que sus piernas funcionaban solas, acomodadas a una rutina interminable.

Algo más tarde encontró a Lyam arrodillado al borde del precipicio. Raven no recordaba que el ángel le hubiese adelantado. Se acercó a ver qué hacía, más por romper la monotonía que por otra razón.

—¿No ves nada extraño? —preguntó el sanador sin volverse.

Raven se asomó desde una distancia prudente.

—No veo el fondo y no pienso acercarme más.

—Fíjate en el borde.

Lo hizo. Y efectivamente había un detalle muy llamativo.

—Es muy... perfecto.

—Demasiado —corroboró Lyam, levantándose—. No he visto ni una sola formación en este lugar que mantuviera la menor simetría, pero aquí hay algo muy raro.

Aunque era cierto, a Raven le llamó más la atención una especie de complicidad que sintió con el ángel en ese momento. Se dio cuenta de que los dos eran extraños en el Infierno y ese era el único punto en común que había encontrado con él por ahora.

—¿Qué piensas que puede ser?

—Algo que han hecho los demonios —concluyó el sanador—. Ya no subimos y el camino describe una ligera curva hacia la izquierda.

—Quieres decir que rodeamos un agujero.

—Eso creo —dijo Lyam, echando a andar de nuevo.

A Raven no le pareció un detalle tan llamativo después de todo. ¿Para qué habrían excavado los demonios allí, si es que eso era lo que realmente habían hecho? Nilia no se lo contaría. En alguna ocasión habían pasado junto a grietas o agujeros que se internaban en la montaña, pero ella siempre había insistido en seguir por el borde. Las dos veces que Lyam le había preguntado a dónde conducían aquellas cuevas, galerías, o lo que fueran, ella había contestado con un gruñido.

—Hace mucho que no duermes —dijo Lyam colocándose a su lado—. En realidad creo que solo has dormido una vez desde que llegamos.

Raven mantuvo la vista en el frente.

—Estoy bien. No lo necesito.

—Tienes miedo de soñar.

Lo tenía, por supuesto que sí, pero no quería admitirlo.

—Si cierro los ojos, me mareo mucho. Prefiero estar despierto.

—Yo no —dijo Lyam—. En tus sueños está la respuesta. La próxima vez que nos detengamos tienes que dormir. Yo cuidaré de Rick.

—Puedo intentarlo, pero no conciliaré el sueño.

—Yo te ayudaré con tus mareos.

—No se pueden curar, ya lo he intentado.

—Lo sé, pero puedes controlarlos. —Lyam dio un pequeño salto para evitar una roca. A Raven le pareció un derroche de energía. Tal vez el ángel no estaba tan cansado como él—. Algo en tu interior te empuja, ¿verdad? En una dirección concreta. Cuando estás perdido, sabes hacia dónde ir sin entender de dónde viene ese impulso. Y además de saberlo, puede que incluso lo desees.

Raven se preguntó si Lyam también notaba ese tirón en sus tripas. La descripción era bastante exacta como para que se tratara de una deducción, sobre todo la parte del deseo, casi

necesidad, de dejarse llevar por esa misteriosa atracción.

—Antes era como has explicado —dijo sin disimular su asombro—. Pero en el Infierno algo revuelve esa… lo que sea. Por eso me mareo. Es peor si cierro los ojos. ¿Qué es? Dímelo, es evidente que lo sabes.

—Es un sistema de orientación. Tienes la capacidad de saber, siempre y en cualquier circunstancia, dónde se encuentra una localización de referencia. ¿Sabes cómo funciona una brújula?

—Siempre apunta al Norte.

—Pues tú siempre apuntas a la séptima esfera, la morada de Dios.

—¿Estás seguro?

—Es una cualidad de los viajeros. Así es como se orientan para cruzar la niebla. Nadie más puede hacerlo porque se perderían, pero ellos siempre conocen el camino porque tienen la séptima esfera como referencia.

Eso explicaba cómo Raven pudo atravesar la niebla cuando guió a Rick y a los demás hasta el Cielo.

—¿Cómo controlo esa... brújula?

—Ni idea. —El ángel se encogió de hombros—. Pregúntale a Nilia. Hay viajeros entre los demonios. Ellos tienen que saber cómo hacerlo.

—A lo mejor no dormían. Quiero decir... que vosotros no necesitáis dormir, ¿verdad?

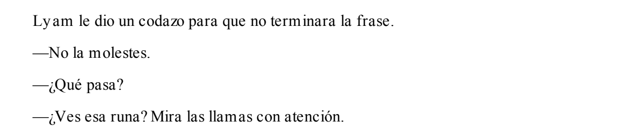
—¿No viste a Nilia durmiendo antes de la última pelea? Los demonios carecen de sanadores, así que dormir es la única forma que tienen de curarse. Es imposible que estuvieran encerrados aquí sin sufrir ni una sola herida. Eso sin contar las enfermedades.

Raven asintió y pensó sobre ello mientras caminaban. No volvieron a hablar durante un rato bastante largo. Se preguntó si también existiría un sentido especial para medir el tiempo, como un reloj interno infalible. De ser el caso, él carecía de algo así, porque le resultaba imposible calcular cuánto tiempo llevaban allí.

Una eternidad más tarde, o unos minutos, no sabría decirlo, se encontraron de nuevo con Nilia. Estaba arrodillada con la mirada perdida en un punto distante. A su lado flotaba una runa que Raven no reconoció. Yala y Rick se habían sentado algo más lejos.

El camino se bifurcaba de nuevo. Continuaba más o menos recto junto a la montaña, y después se abría hacia la izquierda, de nuevo hacia el abismo. Tal y como había supuesto Lyam, si seguía describiendo una curva se uniría con la bifurcación que habían dejado atrás, delimitando un círculo perfecto.

—¿Vamos a descan...?



Lyam le dio un codazo para que no terminara la frase.

—No la molestes.

—¿Qué pasa?

—¿Ves esa runa? Mira las llamas con atención.

—Parecen... ¿un poco apagadas?

—Son muy antiguas. Apuesto a que esa runa medía varios metros cuando fue dibujada.

—¿Y por qué se ha consumido?

—Por el tiempo —explicó Lyam—. Debe de llevar ardiendo unos cincuenta años. Puede que más. En cualquier caso, es anterior a la Onda.

Raven la miró con mayor atención, pero no supo descifrar su significado. Ni Lyam ni Yala dijeron nada al respecto, sino que esperaron en silencio a que Nilia terminara lo que quiera que estuviese haciendo. Y esperaron mucho.

Raven creyó de nuevo que se volvería loco. Los ángeles no daban muestras de que les molestara desperdiciar el tiempo sin hacer absolutamente nada. Raven sintió curiosidad por saber de dónde sacaban tanta paciencia, hasta que se le ocurrió que debía de ser por su inmortalidad. Para alguien destinado a vivir eternamente, permanecer allí durante horas o días podía ser lo mismo que unos segundos para él. La idea le espantó. Casi prefería saltar al vacío que continuar de ese modo mucho más tiempo.

Rick gemía de vez en cuando y sus temblores eran el único sonido que se escuchaba. Después de lo que a Raven le pareció otra eternidad, Nilia por fin se levantó. Los ángeles se reunieron con ella. Raven cogió a Ricky fue también hasta ellos.

—Creo que podemos salir del Infierno —anunció Nilia muy seria.

—¿Eso quiere decir que antes no lo creías? —aventuró Lyam.

A Raven no se le había ocurrido esa posibilidad.

—Desde luego que no —contestó ella—. Sois un grupo lamentable. Y pensé que estábamos más abajo, hacía mucho que no venía por aquí. Ahora sé exactamente dónde nos encontramos y no puedo creer que sigamos vivos. La Onda ha alterado toda esta parte, es la única explicación.

—Pero eso son muy buenas noticias, ¿no? —dijo Raven, esperanzado.

—Según cómo se mire. —Nilia clavó una mirada de hielo en todos ellos—. Ahora que hay una posibilidad razonable de salir, no pienso echarla a perder con vuestras estupideces.

—Eres una psicópata —dijo Lyam sorprendentemente calmado—. Quieres decir que todo este tiempo pensabas que íbamos a morir irremediablemente.

—Exacto. Y ahora vais a andar bien derechos, porque tal y como habéis peleado hasta el momento, no será suficiente. Vais a obedecerme como si yo fuera el Viejo. ¿Está claro? Tú, Lyam, vas a dejar de hacer preguntas. Tu voz me da dolor de cabeza y siembras la duda entre los demás. Aceptarás mi autoridad ahora mismo y sin rechistar. —El ángel iba a decir algo, pero Nilia se giró y encaró a Yala—. Y tú, rubio, eres el más patético de este grupo. Se supone que eres un gran guerrero, pero casi haces que nos maten a todos la última vez.

Yala sostuvo su mirada sin pestañear, pero fue Lyam quien respondió.

—Yala está dividido. Si tuviera al otro gemelo...

—Te he dicho que no hables, Lyam. Y por mí, como si son trillizos. Ahora estás tú aquí solo —dijo señalando a Yala con el dedo—. No vuelvas a tocarme durante una pelea, me hiciste perder el equilibrio y casi nos matan. Perdiste la espada y eso que te advertí que a un titán hay que cortarle, no atravesarle. Raven ha tenido que darte la suya. Eres muy lento creando runas y, de todos modos, son penosas, así que dedícate a...

—Nilia —intervino Raven a su pesar. No quería hacerlo porque estaba furiosa, pero había visto a Yala en combate y no le pareció justa la reprimenda. Estaba siendo demasiado dura con los ángeles—. Derribó al titán él solo y...

—Tú no eres una excepción, Raven —le interrumpió Nilia. Su tono de voz aumentaba, sus ojos brillaban con una ferocidad salvaje—. Tus dudas me tienen harta. Y tus curas no son mucho mejores, me desestabilizas, y estás pendiente de todos en vez de uno solo. No sé si es culpa tuya o del otro inútil que no sabe enseñarte.

Aquello le dolió. Hasta ese momento ella nunca le había hablado así. Siempre había sido paciente con él, comprensiva, especialmente en comparación con el trato que dispensaba a los demás. Ahora todos eran iguales ante su ira.

—Y luego está el menor —continuó Nilia—. Es una carga inservible que nos ralentiza. En resumen, sois todos un lastre bastante pesado y no tengo más remedio que tomar medidas.

—Así no arreglaremos nada, tenemos que... —empezó a decir Lyam.

Pero Nilia le derribó de un puñetazo tan rápido como brutal. Raven casi ni la vio moverse. Yala sí la vio y desenfundó la espada.

—Te advertí que te callaras —bramó Nilia, con los puñales en las manos.

Luego se giró con su rapidez habitual y clavó las dagas en el pecho de Rick, justo en el corazón.

Raven se quedó paralizado. Yala, rugiendo, cargaba contra ella.



Asius escuchó a Vyns. O, al menos, lo intentó. El observador estaba tan excitado, que mezclaba las palabras de lo rápido de las pronunciaba. Además, empleaba jerga de los menores en su verborrea, escenificaba la lucha con piruetas y ademanes nerviosos, cuando se atascaba repetía partes que ya había mencionado y omitía otras.

Así que Asius prestó más atención a la versión de los demás ángeles para lograr entender qué había sucedido.

—Ocupaos del cadáver de Ergon —dijo cuando cesaron las explicaciones.

Y se marchó.

La muerte de Ergon le produjo una sensación extraña. No se alegraba, pero tampoco lamentaba la pérdida del que había sido el máximo líder de los ángeles. A decir verdad, incluso sintió cierto alivio. Ergon ya no era una carga, y no le pondría más trabas como había hecho antes de que los demonios atacaran la primera esfera. Pensar de ese modo no le hacía sentirse bien, por eso se apresuró a marcharse y ocuparse de los numerosos asuntos que requerían su atención. Empezaba a sentir que la situación le desbordaba. Si no podía delegar cuestiones menores en otros ángeles, nunca terminaría nada. Por otra parte, él no era un sanador y no tenía nada que aportar para ayudar a Yala. Vyns se ocuparía del gemelo.

El número de ángeles había crecido considerablemente según llegaban de las demás esferas. Asius apreciaba una diferencia notable entre los que habían peleado en la Ciudadela y los recién llegados. Los nuevos ángeles preguntaban por sus compañeros, pedían información sobre lo sucedido, en sus ojos ardían el ansia y la excitación por entrar en combate y vengar a los que habían muerto.

Aún reinaba cierto desorden. Los ángeles formaban batallones y organizaban la defensa, pero tenían que adaptarse constantemente cuando llegaban nuevos compañeros, o cuando se percataban de que otros no volverían nunca más.

Los custodios, con sus alas acorazadas, habían asumido el mando temporalmente. A menos que un consejero o Diacos, que era el único de los tres Justos que seguía con ellos, contraviniera una de sus órdenes, todos debían obedecerles. Formaba parte del protocolo en caso de guerra, un protocolo que desarrollaron tras la primera guerra y que en el fondo siempre consideraron una mera formalidad, una medida innecesaria que nunca volverían a necesitar.

Asius supervisó brevemente la situación general con un custodio. El ángel, muy formal, le sepultó bajo una montaña de información sobre los batallones, las armas, los puestos de mando establecidos...

—¿Los recién llegados están al corriente de los evocadores?

El custodio asintió.

—Quiero que te asegures de que son los objetivos prioritarios —ordenó Asius—. Si nos atacan antes de que hayamos podido reagruparnos totalmente, vamos a luchar por desgaste.

—Con todo el respeto, Asius, la opinión general es que les estamos cediendo demasiado terreno.

—Nuestros sanadores nos permitirán luchar por más tiempo y recuperarnos antes de una batalla —continuó Asius, obviando el comentario—. La estrategia, de momento, es sobrevivir. Te dejo a ti los detalles, pero quiero que tengas bien presente nuestro objetivo.

—Puedes contar conmigo —aseguró el custodio.

—Hay algo más. Quiero diez grupos de los mejores ángeles. No, de los más valientes. En cada grupo debe haber un sanador.

—¿Compuesto por cuántos miembros?

—Aún no lo sé. Pero calculo que alrededor de diez. Selecciona a los mejores en atacar a distancia. Cuando tenga más detalles, te los daré.

Asius se marchó sin despedirse. Tenía prisa. Los ángeles le llamaron varias veces mientras pasaba entre ellos, pero Asius no se volvió ni respondió. Siguió caminando con su melena pelirroja ondeando sobre la espalda.

Cruzó una cascada de agua cristalina, luego serpenteó por una gruta estrecha hasta llegar a un claro rodeado de runas. En medio de las llamas había muchos ángeles. Un rostro delicado y duro al mismo tiempo se volvió hacia él en cuanto llegó. Bajo ese rostro había un cuerpo de movimientos torpes, carentes de gracia, excepto por las manos, ágiles y esbeltas, capaces de acariciar el murmullo del viento. Yuma era alegre y graciosa. Ahora se la veía triste.

—¿Progresos? —preguntó el consejero cuando ella llegó junto a él.

—Escasos.

—Eso no me sirve.

Yuma arrugó más la cara.

—¿Crees que es fácil lo que me has pedido? No puedo entrenar a los moldeadores sin decirles qué tienen que hacer. ¿A qué viene tanto secreto?

Asius deseaba decírselo. Era condenadamente tentador abrirse a ella y compartir sus temores con alguien, pero mientras no supiera quién era el traidor no podía correr el riesgo.

—Solo tú conoces lo que deben hacer los moldeadores cuando llegue el momento. Si alguien

más se entera, sufrirás las consecuencias.

Se acordó de lo que le había dicho Stil respecto a que no podría confiar en nadie y odió todavía más al demonio. No le incomodaba tanto ignorar la identidad del traidor como el motivo. ¿Por qué un ángel traicionaría a los suyos? Mientras no supiera la respuesta, no le quedaba más remedio que mantener sus planes en secreto.

Yuma, naturalmente, no estaba conforme.

—Al menos explícame por qué disponemos de tan poco tiempo. Exiges demasiado, Asius. Eres un consejero, no un moldeador. Por tanto no entiendes las implicaciones de una maniobra semejante sin haber practicado antes...

—Soy un consejero, es cierto. Por eso yo sé lo que hay que hacer y tú cómo hacerlo, que eres la moldeadora.

—Quiero que sepas que no asumiré la responsabilidad, si fallamos por no haber tenido en cuenta mis recomendaciones.

—Si fallamos, Yuma, no habrá nadie ante quien asumir nuestra culpa.

Ella volvió el rostro y tomó una honda bocanada de aire. Cuando volvió a mirarle lucía una expresión a medio camino entre la resignación y el entendimiento.

—Debo estar completamente loca, pero lo haré a tu manera —se lamentó—. A ver cómo consigo que las siete plataformas...

—Diez —interrumpió Asius. Ella sonrió con desgana—. Acabo de examinar toda la zona. Siete no serán suficientes. Además, no podemos contar con Yala. ¿Cuántos ángeles podrán subir a cada plataforma?

—Ocho, nueve como máximo.

—Que sean diez —exigió el consejero. Yuma iba a replicar, alzó las manos en un gesto desesperado, pero Asius la agarró por los hombros—. Gracias, Yuma. Sé que puedo contar contigo.

Ella asintió algo triste, justo cuando Vyns llegaba corriendo.

—Te buscan, Asius. Un viajero informa de que se acerca un demonio.

—¿Solo uno?

—Eso creo. Nos lo cepillamos, ¿no?

—Primero veamos qué hace.

Asius regresó corriendo, seguido de Vyns. Los ángeles estaban agitados, se preparaban para el combate. El consejero fue hasta la primera línea y ordenó mantener la posición.

A lo lejos se distinguía una figura solitaria subiendo por la montaña. Tenía las alas desplegadas, negras, una muestra clara de que no quería ocultar su identidad. Asius notó que los demonios se movían de un modo peculiar. Era sutil, pero prestando la debida atención, se apreciaba cierta pauta común entre ellos. No se desplazaban de manera uniforme, sino que cambiaban continuamente la velocidad, a veces solo un paso algo más largo que el anterior, pero siempre parecía que trataban de romper un ritmo constante. Su postura corporal solía estar ligeramente encogida, como si estuvieran en tensión. Stil parecía ser la excepción. Asius no había advertido en él la menor diferencia de como lo recordaba antes de la primera guerra. Por un instante se preguntó si realmente había estado encerrado en el Infierno.

—Vayamos a su encuentro. —Asius señaló a tres custodios para que lo acompañaran—. No quiero que pueda echar un solo vistazo a este lugar.

Aunque no se lo habían pedido, Vyns también se unió al grupo.

—Hace falta tener morro para presentarse aquí —murmuró de mala gana.

Descendieron hasta un saliente relativamente llano de la montaña. El demonio tardó poco en llegar hasta ellos. Era delgado y de tez pálida, mantenía la cabeza lo suficientemente agachada como para que no pudieran reconocerle.

—No necesitabas escolta, Asius —dijo al detenerse ante ellos—. No voy armado.

Extendió las manos para demostrarlo y alzó la cabeza.

—¡Asler! —exclamó Vyns—. Esto es genial. Voy a cargarme a este... —Asius le mandó callar con una mirada—. Quiero decir... Cuando nos haya dicho a qué ha venido, claro...

Los tres custodios aguardaban en formación detrás del consejero.

—Deja de relamerte, Vyns —se burló Asler—. No vas a matar a nadie.

—¿Qué quieres? —preguntó Asius.

—Acabar con vosotros...

—Encima cachondeo —susurró Vyns.

—Aunque eso tendrá que esperar. De momento te traigo un mensaje. Tanon quiere verte en persona, a ti y a nadie más. Se trata de Stil. Nos cae bien y queremos recuperarlo. Asumimos que nuestros viejos hermanos habrán sabido cuidar de él como es debido.

—Un intercambio por Renuin, imagino —dijo Asius.

—Desde luego. Y para demostrar nuestra buena voluntad empezaremos nosotros. —Asler se llevó la mano a la espalda y sacó un ala ensangrentada y blanca. La tiró al suelo.

Todos supieron de quién era. Asius logró mantenerse imperturbable, pensó que tendría que sujetar a Vyns, pero el ángel se mostró sorprendentemente calmado.

—Si me permites una observación, Asius —dijo Vyns con excesiva formalidad—, creo que ya hemos recibido el mensaje, y ahora, lo apropiado es coger a este pedazo de mierda con alas negras y matarlo aquí mismo.

—Controla a tu esbirro, Asius —dijo Asler—. Nos conocemos todos bastante bien para saber qué pasará. No os he mentido cuando he dicho que esta es una muestra de buena voluntad. Renuin está viva y ha sido tratada con mucha más dulzura de la que ninguno de nosotros habría creído posible. Si Stil sufre el menor daño, o yo no regreso con una respuesta, descubriréis la clase de venganza que puede llegar a imaginar alguien encerrado en el Infierno cuando tiene en su poder a uno de sus carceleros.

—Regresarás, Asler. Llevarás mi respuesta a Tanon. Y Stil no sufrirá ningún daño, no temas.

—No lo dudaba —sonrió el demonio—. Algunas cosas no cambian.

Asius, sin previo aviso, derribó a Asler con un puñetazo en el estómago. Una vez en el suelo, le dio una patada en la cara. El demonio quedó tendido boca abajo, y de su boca salió un leve gemido.

—Y hay otras cosas que sí cambian —dijo el consejero agachándose y tirándole del pelo para levantarle la cabeza. Vyns se acercó y le dio otra patada en la cara. Asler sangró abundantemente—. Esa es la primera parte del mensaje. La segunda es que le digas a Tanon que nos veremos en las montañas, frente al Mirador. Por último, le llevarás algo a tu jefe. —Agarró el ala de Asler, la retorció y se la arrancó con un tirón mientras pisaba la espalda del demonio. Asler aulló de dolor—. Ahí tienes. —Asius dejó el ala sobre su cabeza—. Dásela a Tanon de mi parte.

Después se marchó.

—¡Pagarás por esto! —estalló Asler—. ¡Todos lo pagaréis! Sois débiles y disfrutaré viéndoos suplicar.

Asius se detuvo. Inclinó levemente la cabeza, de modo que su melena pelirroja cubrió parcialmente sus facciones, y suspiró.

—Vyns, el demonio no ha entendido el mensaje —dijo sin volverse—. Arráncale la otra ala.



Rick yacía en el suelo. De su pecho manaba sangre, mucha, por la herida que abrieron las cuchilladas de Nilia. Sus labios, prácticamente morados, esbozaban una sonrisa confusa. Algo más lejos, Lyam estaba inconsciente por el puñetazo que Nilia le había asestado. Raven sabía que

debía curarlos, pero se había quedado paralizado. Aún no se creía lo que Nilia había hecho.

Yala pasó junto a ellos con la espada en alto, sujeta por las dos manos, rugiendo, con su hermoso rostro deformado por una mueca de puro odio. Partió la oscuridad de arriba abajo. Nilia esquivó el tajo con facilidad.

—¿Quieres matarme, rubio? Adelante —dijo Nilia guardando los puñales.

Yala atacó de nuevo. Lanzaba espadazos brutales, dejando estelas de fuego por todos lados. Nilia emprendió su baile de piruetas, saltos y fintas. Y se burlaba.

—Seguro que puedes hacerlo mejor. Vamos, estoy aquí.

El gemelo, que no parecía afectado por sus palabras, seguía intentando alcanzarla, aunque sin éxito. A Raven le dio la impresión de que sus ataques no eran controlados, o tal vez fuera por no estar acostumbrado a esa espada, después de perder la suya entre las tripas del titán. El caso era que el ángel no lograba ni rozarla siquiera.

Entonces descargó un golpe desde arriba. Nilia sacó los puñales y los cruzó por encima de su cabeza, deteniendo la espada del ángel, que era mucho más alto. Las llamas se fundieron. Los dos apretaban las mandíbulas y tensaban los músculos, se miraban mientras mantenían la posición. Había rabia y odio en aquel reto cruzado.

Así permanecieron un rato, sin que ninguno pareciera capaz de superar al otro.

—Suficiente —dijo Nilia.

Y se apartó con un salto. Yala, sin controlar su fuerza, salió despedido hacia adelante, hacia el precipicio. Rebasó el borde y estuvo a punto de caer. Nilia le sujetó por un brazo, dejando al ángel en una peligrosa situación de equilibrio.

—Ahora vas a escucharme. No eres rival para mí sin el otro gemelo. Mientras estés dividido no eres nada. —Yala dobló el brazo para elevarse y mordió la muñeca de Nilia—. Eso duele, ¿sabes? Eres terco. De la caída al Agujero no te puede salvar nadie excepto yo, así que suéltame. Lyam está vivo y Rick también. —Giró la cabeza para mirar a Raven—. Detén la hemorragia del menor, pero no le cures del todo.

—¿Por qué no? Tengo que salvarlo...

—Si no me obedeces, suelto al rubio. —Volvió a mirar a Yala—. ¿Estás más calmado...? Bien.

Lo alzó hasta devolverlo a tierra firme. Yala se irguió en sus dos metros de estatura.

—Esto no ha acabado.

—No temas. Tendrás tu oportunidad.

—Si le pasa algo a alguno de los dos...

—Está en tu mano salvarles. Y para eso tienes que pelear bien, no como haces ahora. Sí, lo sé, no tienes al otro gemelo. Las costumbres son difíciles de olvidar, ¿verdad? Ya no puedes ver a tus enemigos desde dos ángulos diferentes, por ejemplo, por eso tus golpes han perdido precisión. Es como si a mí me faltara un ojo. Tampoco puedes ver en todas las direcciones como cuando juntabas las espaldas con el otro gemelo. A veces crees que un enemigo va a morir, pero no le pasa nada porque el otro gemelo no lo ha matado, aunque tú has ordenado el movimiento que le cortaría en dos. Podría seguir, pero veo que captas la idea.

Yala se mantuvo serio un segundo.

—Te mataré, Nilia. Te lo he advertido. Si ellos mueren, no...

—Mira que eres pesado con ese tema. ¿Y si yo pudiera hacer que fueras el de siempre, el ángel de los dos cuerpos? Te vendría bien para matarme, ¿no crees?

Yala se quedó paralizado, como si no entendiera. Nilia lo tomó del brazo y lo llevó con los demás. Raven parecía a punto de desmoronarse por la angustia, tenía las dos manos sobre el pecho de Rick, manchadas de sangre.

—Por Dios, Nilia. Déjame curarle...

—Enseguida. ¿Qué me dices, rubio? —le preguntó a Yala.

—Él no es yo —dijo el gemelo.

—Es lo mejor que tenemos. ¿Prefieres estar cojo o tener una pierna de madera?

Yala agitó la cabeza y frunció el ceño. Luego miró fijamente a Rick, bufó, y finalmente asintió.

—¿De qué habláis? —preguntó Raven.

—De curar a Rick —contestó ella—. El menor, tal cual es, resulta un problema. Vamos a enlazarlo con Yala.

—¿Qué? —preguntó Raven—. ¿Se puede hacer eso?

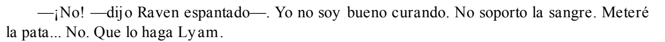
—Es más sencillo y más difícil de lo que crees. Hay que grabarle a Rick una runa en el corazón.

—¿Podría morir?

—Por supuesto. Pero si funciona sería como si resucitara, porque ahora es prácticamente un cadáver viviente. Decídete. Si preferís dejarle ahí, por mí no hay inconveniente. Un problema menos del que preocuparnos.

—¿Por qué lo tengo que decidir yo?

—Porque tú vas a grabar la runa. Tiene que ser un sanador.



—¡No! —dijo Raven espantado—. Yo no soy bueno curando. No soporto la sangre. Meteré la pata... No. Que lo haga Lyam.

—No tenemos tiempo.

—Pero yo no sé qué runa grabar. Es una locura...

Yala se acercó a él y lo agarró por los hombros.

—Tú eres más que un sanador. Yo confío en ti.

Entonces lo soltó. Agarró el puñal que Nilia le ofrecía y se lo clavó en el corazón. Nilia lo sujetó antes de que cayera al suelo y lo colocó junto a Rick, boca arriba. Raven temblaba, horrorizado por lo que acababa de ver. La empuñadura de la daga aún sobresalía del pecho del gemelo.

—Deprisa —ordenó Nilia. Extrajo el puñal de un tirón y metió las manos en la herida. Separó las costillas de Yala unos tres dedos hasta que el corazón quedó a la vista—. Ahí lo tienes. Copia esa runa en el corazón de Rick.

Raven todavía no podía creerlo. Se arrodilló entre ellos con un esfuerzo sobrehumano, luchando para no desmayarse. Había una masa enorme y ensangrentada en el pecho de Yala que se movía rítmicamente. Raven no había visto nunca un corazón, pero reparó en que había algo fuera de lo normal. Se trataba de una serie de líneas que parecían cicatrices de quemaduras y que asomaban entre la sangre.

—Creo que veo la runa.

—Pues cópiala. —Nilia le tendió su puñal—. No es complicada.

—No puedo. Hazlo tú.

—Yo no puedo cicatrizar mientras corto. Los mataría. Yala ha puesto su vida en tus manos. Todos confían en ti menos tú mismo. Es hora de que cambies, Raven.

—¿Y tú? ¿Confías en mí?

Raven necesitaba oírlo. A pesar de la horrible situación en la que se encontraba, con dos vidas dependiendo de él, nada le importaba más que la opinión de Nilia. Conservaba la esperanza de que ella se hubiera dejado llevar por la furia cuando les había insultado a todos hacía unos minutos, incluido a él mismo. Podía soportar el miedo y el Infierno, pero no su desprecio. Saber que ella no lo repudiaba le devolvería la confianza que tanto necesitaba en esos momentos.

—¿Confías en mí? —repitió.

Ella le miró directamente a los ojos.

—No. Yo no me fío de nadie. —Raven sintió que ahora lo habían apuñalado a él en el corazón—. Ya cometí ese error hace mucho tiempo. Y aprendí la lección. La confianza hay que

ganársela. Y tú no has hecho más que asustarte y protestar desde que estamos aquí. Discutes todas mis decisiones porque tú tampoco te fías de mí, aunque no te des cuenta. Sin embargo quiero creer en ti, Raven. Yo sé que puedes hacerlo, y mucho mejor que Lyam. Puedes curarlos y, así, salvarnos a todos. Yala también lo cree. Solo faltas tú. Demuéstrame que puedo confiar en ti y lo haré.

Cuando Raven cogió el cuchillo, supo que habría sido capaz de operarse el cerebro a sí mismo con tal de complacer a Nilia.

Estudió la runa de Yala con suma atención, la memorizó, se tomó su tiempo hasta que sintió que podría dibujarla con los ojos cerrados. Nilia permaneció a su lado en todo momento, sin decir nada, como si temiera romper su concentración.

Grabar aquellos trazos en el corazón de Rick resultó más sencillo de lo que había creído, al menos, al principio.

—Tiene que ser idéntica —le recordó ella.

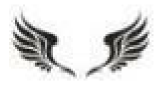
La sangre dificultaba su visión, pero el puñal de Nilia cortaba demasiado bien, bastaba con un leve roce para que el músculo se abriera. Raven se sintió como si estuviera dando pinceladas en vez de realizando incisiones. Y ese pensamiento le ayudó. Se obligó a ver el corazón de Rick, no como un órgano vital ensangrentado, sino como un lienzo en el que tenía que dibujar un símbolo.

—Ahora ciérralos y cúralos tan bien como puedas. Tardarán en despertarse.

—¿Lo he hecho bien?

Nilia recuperó su puñal.

—No tengo ni idea —dijo limpiando la hoja—. Pero no tardaremos en averiguarlo.



Una nube de piedra flotaba sobre el centro de Londres. Su altura era suficiente para proyectar sombra sobre casi un tercio de la ciudad. Muchos edificios habrían sido aplastados de no ser por su forma, más o menos esférica, con la parte baja de un tamaño mucho más reducido que en la zona media, donde su amplitud alcanzaba el máximo. Se mantenía suspendida con su epicentro en Trafalgar Square, donde la parte más baja llegaba a estar en algunos puntos a dos metros escasos del suelo.

Los demonios, arremolinados bajo aquella mole de niebla solidificada, exigían una explicación. Estaban agitados y habían estallado peleas entre ellos. Cruzaban acusaciones,

inventaban teorías conspiratorias, absurdas y sin el menor fundamento, ideales para canalizar su frustración sobre quien consideraban culpable de su estado actual.

—¡Dast! ¡Si no arreglas el portal, eres un ángel!

—Si le arrancamos las piernas puede que se dé prisa.

—¡Miradle! ¡El séptimo fracaso!

Estas y otras amenazas más graves caían constantemente sobre el Séptimo Barón. Dast no gozaba del mismo respeto que los otros seis barones, en especial desde que Satán, quien siempre le había protegido, desapareció tras la Onda. Ni siquiera tras abrir las puertas del Infierno y diseñar el portal que les permitió acceder al Cielo, los demonios lo habían tomado realmente en serio. Su título de Séptimo Barón no era oficial, no contaba con demonios a su cargo y nunca tuvo un círculo del Infierno bajo su mando. Y, sin embargo, había sido una pieza clave en la revuelta de los demonios, algo que solo sabían bien los barones y algunos demonios de alto rango que participaban en las reuniones estratégicas. En cambio, para los demás, para la inmensa mayoría, se trataba de un demonio débil, de aspecto desagradable y voz sibilina, que había tardado milenios en sacarlos del Agujero, y que ni siquiera lo habría logrado de no haber sido por la Onda. Además, Dast cargaba con la losa de ser el único demonio que nunca tomó parte activa en la supervivencia en el Infierno porque estaba ocupando buscando el modo de salir de allí.

En otros tiempos, antes de la guerra, el talento de Dast era reconocido por todos, sin excepción. Ningún otro viajero poseía una orientación comparable a la suya. En las circunstancias actuales, el Séptimo Barón añoraba aquellos tiempos.

—¿A qué estás esperando, Dast? —rugió un demonio—. Si no abres el portal de nuevo...

—¿Lo harás tú? —interrumpió una voz.

Los demonios enmudecieron al ver llegar a Cryn, uno de los tres barones que se habían quedado en el plano de los menores. Se retiraron en respetuoso silencio mientras se acercaba a Dast.

—¿Alguno de vosotros tiene la menor idea de cómo atravesar la niebla? —Todos enmudecieron—. Pero sí os parece un buen plan molestar a Dast, que os recuerdo es el Séptimo Barón, por si se os había olvidado. —Mencionar su rango tuvo un efecto visible entre los demonios—. En vez de hacer algo de provecho, como preguntarle si podéis ayudar de algún modo, os dedicáis a amenazar y pelearos. Al próximo que vea cerca de Dast sin que él se lo haya pedido, me lo cargo yo mismo. ¿Ha quedado claro? ¡Largo de aquí! ¡Haced algo útil o aparentadlo al menos!

Los demonios se esfumaron inmediatamente y en silencio. En pocos segundos, los dos barones se quedaron solos.

—Gracias, Cryn, estaba...

—A punto de abrir el portal, imagino.

—Aún no sé cómo lograrlo. La armonía de la niebla...

—No me interesa —le cortó el barón—. No te creas la charla que acabo de soltar. Te he conseguido tiempo. Pero si no abres el portal, me costará mucho entender de qué nos sirves, Dast. Si no podemos ir a la guerra, descargaré sobre ti lo que llevo tanto tiempo reservando para los ángeles.

Dast se tomó muy en serio la amenaza de Cryn. Mientras Tanon y los demás permanecieran aislados, nada más le importaría a los demonios. Como poco, tenía que encontrar el modo de enviar a los titanes y las sombras, para que los suyos pudieran contar con refuerzos. En caso contrario, Dast no albergaba la menor duda de que acabarían con él.

—Hago cuanto puedo...

—Haz más.

—Mi portal no ha fallado. Alguien ha bloqueado la niebla y...

Cryn, rápido como un rayo, le agarró por el cuello.

—Presta atención. Yo sé que no es culpa tuya, que hiciste un trabajo excepcional, tanto sacándonos del Agujero como creando el portal. Ahora quiero que tú sepas que no me importa. Lo voy a decir por última vez. Si no abres la niebla de nuevo, por mí como si hubieras matado al propio Viejo, ¿me oyes? Te arrojaré de nuevo al Agujero.

—Lo conseguiré —aseguró Dast.

—Excelente.

Cryn se marchó y lo dejó a solas. Dast, nada tranquilo, alzó la vista. La gigantesca bola de niebla petrificada era una representación gráfica muy exacta de su problema: era enorme y lo tenía justo encima. Nadie tenía un conocimiento tan avanzado como el suyo sobre la niebla y todo lo relacionado con el viaje entre los diferentes planos. Es decir, que nadie podía tener tan claro como él de que su problema era imposible de solucionar.

—Una postura un tanto incómoda, mi buen amigo. Sobre todo considerando el paisaje tan poco alentador que flota sobre nosotros.

Dast bajó la vista. Sus enormes ojos parpadearon muy rápido en un intento de comprobar que lo que estaba delante de él no era una visión.

—¿Capa?

El Niño miró a ambos lados con aire suspicaz.

—¿Es que hay alguien más que comparta un atuendo como este? —sonrió Capa. Elevó la mano derecha muy alto, dejando a la vista su impecable capa negra—. Espero que no. Con

franqueza, el estilo es algo tan personal, que no debería ser objeto de copias, sino de la propia inspiración de cada uno. El tuyo, me temo, no es de los más acertados, Dast, pero la fortuna me enseñó a no juzgar las apariencias, sino el intelecto. Y el tuyo es uno de los más deslumbrantes que he tenido el honor de admirar.

—¡Capa! —Dast por fin consiguió reaccionar—. No puedo creerlo. ¿Cómo has regresado? Viajaste a la primera esfera con los demás. Yo te vi. Así que...

—Lamento tener que desmontar tus esperanzas respecto de mi presencia, pero no he llegado a través de la niebla. Regresé antes de que su estado cambiara.

El Séptimo Barón siseó varios segundos, su equivalente a un suspiro.

—¿Por qué has regresado? ¿Y cuándo has vuelto? ¿Qué pasó con la guerra?

Capa levantó las dos manos.

—Conviene preguntar más despacio, amigo mío. Mis obligaciones, que son la causa de mi vuelta, son numerosas y de gran importancia. Una de ellas es informar debidamente a los barones, naturalmente. Confieso que nunca tuve del todo clara tu posición entre ellos, pero eso no es relevante ahora entre nosotros, pues es la amistad y el respeto mutuos, espero, lo que me ha conducido hasta aquí, con el fin de hablar contigo en primer lugar.

Dast, al contrario que muchos demonios, nunca tuvo nada en contra de Capa, aunque sí era cierto que tampoco había sido capaz de comprenderle. Las reverencias y la forma de hablar de Capa no eran más que los primeros rasgos que se percibían de alguien absolutamente desconcertante. De cualquier otro, Dast podía hacerse rápidamente una idea de su inteligencia e intenciones, acertada o no, pero Capa era un enigma bajo una capucha negra. No habría sabido definir su relación, ni se habría atrevido a contarle a un tercero que Capa y él eran amigos. Sin embargo, el respeto que sentía hacia él era auténtico, sobre todo desde que Capa descubrió el secreto de la evocación. Era un « nuevo arte» , como él lo denominaba, basado en una colección de runas que él mismo había desarrollado en el Infierno. La evocación resultó ser una proeza que muy pocos o, tal vez, nadie pudo igualar. En cualquier caso, a Dast le sorprendió escuchar que Capa le consideraba su amigo.

—Te lo agradezco mucho, Capa.

—Es un placer inmenso —repuso Capa con una reverencia imposible.

Si Dast hubiera tenido que mantener el equilibrio sobre una pierna, como hizo Capa, seguro que acabaría con dolor de espalda. Si además hubiese tenido que dar una vuelta como él y terminar sonriendo con los brazos extendidos, no tenía la menor duda de que habría acabado de bruces contra el suelo.

—La guerra marcha estupendamente, dadas las desafortunadas circunstancias —continuó Capa señalando la nube de piedra—. Nuestros valerosos muchachos se debaten en lucha con pasión, y me permito añadir que mis mascotas han supuesto una contribución más que notable

para empujar el peso de la balanza a nuestro favor.

—Esas son muy buenas noticias. ¿Pudisteis tomar la Ciudadela?

—Desde luego invadimos su interior. Una construcción bastante deprimente, por cierto, los ángeles carecen de todo gusto para la decoración. Como resultado de nuestra embestida, la primera esfera ha mudado, mi estimado amigo, ha perdido su esplendor y...

—Capa, perdona que te interrumpa, pero me interesan los datos sobre la guerra.

—Tomo nota. Tal vez más tarde dispongamos de tiempo para comparar nuestras respectivas impresiones sobre el interiorismo. En suma, desconozco si finalmente logramos conquistar completamente la primera esfera, dado que me vi en la obligación de marcharme, pero a menos que mi juicio se haya deteriorado más de lo concebible y deseable, diría que efectivamente así aconteció. Los ángeles apenas fueron capaces de oponer resistencia. Mi señor y sus alas de fuego resultaron imparables.

Dast se alegró de escuchar que los demonios no precisaban refuerzos de manera inmediata. Esa información relajaría la presión a la que estaba sometido por los barones.

—Sabía que lo conseguiríamos.

—Desgraciadamente —dijo Capa algo sombrío—, hemos sufrido bajas. Es la consecuencia inexorable y dolorosa de la guerra. Una de mis obligaciones más enojosas, llegados a este punto, es comunicar la caída de Urkast, uno de nuestros más queridos barones.

Dast no la consideraba una pérdida importante. Urkast no era un gran estratega.

—Imagino que los ángeles lo cogerían desprevenido.

—De ningún modo —negó Capa abriendo mucho los ojos—. Debo admitir mi desconcierto ante esa suposición por tu parte. La muerte de Urkast sucedió tal y como habías planeado, amigo mío. Pensé que la noticia sería de tu agrado.

—¿Qué quieres decir?

—Ningún ángel tocó a Urkast. Fue nuestra bella amiga quien terminó con su existencia. Un combate deslumbrante, épico, delicioso. Nilia ejecutó a la perfección una coreografía tan hermosa como letal. Me atrevería a decir que no hay espectáculo más sublime que nuestra querida Nilia bailando con sus puñales. El pobre Urkast ni siquiera la rozó.

¡Capa lo sabía! De alguna manera estaba al corriente de que él y Nilia habían confabulado para eliminar a Urkast. Y ni siquiera se molestaba en ocultarlo. Toda su charla era un ardid rebuscado para advertirle de que estaba al corriente.

—¿Qué pretendes?

Capa se asustó y dio un paso atrás. Se encogió y agachó la cabeza.

—¿Por qué me hablas así? Me hallo consternado. ¿Esperabas, acaso, que tu plan se torciera?

—No juegues conmigo, Capa —lo amenazó Dast—. Si los barones se enteran, me liquidarán inmediatamente y tú lo sabes. ¿Quieres chantajearme?

—¿Es esa la impresión que tienes de mí? —Capa se estremeció y se encogió más, temblando bajo su manto negro mientras sus ojos se reducían a dos pequeñas rendijas—. Pensaba que traerte buenas noticias fortalecería nuestra amistad, que es mi única pretensión. Debo de haber juzgado mal la naturaleza de nuestra relación si albergas esa clase de ideas respecto a mi persona. Yo solo quería ponerte al día y ayudarte con el problema de la niebla.

Sonaba terriblemente sincero y también parecía muy asustado. El Séptimo Barón dudó. Capa podría haber acudido directamente al resto de los barones o guardarse la verdad sobre la muerte de Urkast. Además, no exigía nada a cambio de su silencio. Lo cierto era que su comportamiento no concordaba con el de un chantajista, como había supuesto en un primer momento. Podría ser que no le importara la muerte de Urkast o que incluso le pareciera bien. Cosas más extrañas lo había visto hacer.

Por otra parte, Capa había insinuado que podía ayudarle con el mayor problema que Dast tenía ahora mismo sobre los hombros. Y aunque Capa no era un viajero, había dejado fuera de toda duda sus capacidades cuando desarrolló la técnica de la evocación. Dast, por mucho que trataba de obrar con cautela, no encontraba ninguna lógica en negarse a escuchar a quien le ofrecía ayuda cuando más la necesitaba.

—Creo que me he precipitado al juzgarte, Capa.

—¡Lo dices para engañarme! —gritó en una protesta a medio camino entre un lloriqueo y una amenaza inofensiva—. ¡Ahora soy yo quien desconfía!

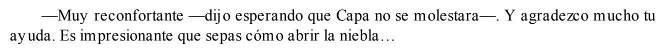
—Te aseguro que no. —Dast se arrodilló a su lado. Capa bajó la vista y ocultó los ojos bajo su capucha—. Estamos bajo mucha tensión aquí, sin saber lo que sucede en la primera esfera. Yo... no me he portado bien contigo. —Se sintió como si hablara con un menor pequeñito e indefenso, y ello lo hacía sentirse ridículo, pero era la única manera de tratar con Capa, al menos que él supiera—. ¿Podrás perdonarme?

—¿Lo dices de verdad? —preguntó esperanzado Capa.

—Por supuesto.

—Me has librado de un peso terrible. A mis brazos, querido amigo. —Capa, sonriente, se levantó y extendió los brazos al máximo. Dast, acostumbrado a la teatralidad de su amigo, se acercó y le abrazó, palmeó su espalda con afecto. No era un gesto propio de los demonios, posiblemente no había visto un abrazo desde antes de la primera guerra—. No hay nada tan reconfortante, ¿verdad?

Dast no sabía cuánto prolongar el abrazo. Se apartó de un modo un poco brusco al sentir un leve pinchazo en la espalda, entre las alas.



—Muy reconfortante —dijo esperando que Capa no se molestara—. Y agradezco mucho tu ayuda. Es impresionante que sepas cómo abrir la niebla…

Capa torció el gesto.

—¿Eso he dicho? Me temo que mis emociones han deformado mis palabras. No está en mi mano abrir la niebla desde nuestra situación actual. Lamentaría profundamente haberte dado la impresión contraria.

—Pero… —A Dast le invadió la frustración de nuevo—. Has dicho que podías ayudarme…

—Desde luego, eso sí. Es además mi mayor deseo, cuento contigo para mis futuros proyectos.

Dast siseó. No tenía la menor idea de a qué proyectos se refería, pero podía tratarse de cualquier idea retorcida que se deslizara por la mente de Capa.

—¿Y qué ayuda me puedes ofrecer? —preguntó dando ya el caso por perdido.

—Una contribución modesta, una sugerencia. ¿Recuerdas cuando dirigías todos tus esfuerzos a abrir las puertas del Infierno, justo antes de la Onda? Ah, tiempos interesantes aquellos, a la par que oscuros, en verdad. El caso es que en mi memoria se grabó un proyecto que estabas a punto de abordar, una idea de lo más brillante y audaz, que despertó inmediatamente mi admiración por ti. Me enorgullezco de reconocer la genialidad en cuanto me la topo.

—¿Crees que podría funcionar? —Dast, por supuesto, sabía a qué proyecto se refería Capa, aunque no había considerado retomarlo. No estaba convencido de que funcionara en este caso—. No llegué a finalizar todas las pruebas.

—Únicamente pienso que era innovador y que podría tener posibilidades, pero el experto eres tú, no yo.

—Eh..., bien, gracias —dijo Dast, distraído. Ahora pensaba que la conversación con Capa había sido una pérdida de tiempo—. Lo tendré en cuenta.

—Me llena de gozo haber contribuido con una idea. Se me ocurre, por otra parte, que hay alguien que podría saber más sobre la niebla.

—¿Quién?

—Sirian, naturalmente, fue él quien la petrificó. Confieso que fue yendo tras sus pasos como yo terminé de nuevo en este plano. No encuentro descabellado suponer que posee más información al respecto.

—¡Sirian! —bufó Dast.

El neutral era el responsable. Dast había supuesto que se trataba de una estratagema ideada por los ángeles para cortar la llegada de refuerzos, pero no había considerado que Sirian estuviese detrás de ello. Le costaba ver qué ganaba cerrando el acceso al cielo, pero debía de tener una

buena razón, dado que no era ningún estúpido.

La implicación de Sirian era una mala noticia, pésima, porque fue precisamente Dast quien sugirió que no lo mataran cuando se ofreció a abrirles el portal. Stil estuvo de acuerdo en dejarlo con vida, pero si llegaran a producirse represalias por esa decisión, Dast tenía claro que recaerían sobre él.

—¿No sabías que había sido él? —preguntó Capa.

—Entonces imagino que lo que nos contó acerca de que quería rescatar a los suyos era mentira. Quería ir a la primera esfera solo para bloquear el Cielo.

—Un deducción prodigiosa, digna de una mente ágil y veloz. En efecto, el bueno de Sirian nos engañó a todos. También posee una astucia admirable, ¿no crees?

—¡Sirian! —repitió Dast en un siseo violento—. ¿Sabes dónde está?

—Escondido. Es muy cauto y escurridizo.

Dast estuvo de acuerdo. No podía ponerse a buscar al neutral y dejar el Infierno desprotegido. Si había logrado permanecer oculto desde la Onda, encontrarle no sería una tarea sencilla. Y la prioridad era abrir la niebla. Además, no había garantía de que Sirian supiera cómo lograrlo, o de que quisiera colaborar; quizá, preferiría morir a revelar el secreto. Y si Tanon lograba atravesar la niebla desde el otro lado, no le gustaría encontrarse con que los demonios andaban dispersos buscando a Sirian basándose en un rumor de uno de los demonios más enigmáticos e indescifrables de todos.

—Daría cualquier cosa por ponerle las manos encima…

—Respecto a eso..., tal vez… —Capa acarició su rostro con gesto reflexivo—. Sí, creo que podría funcionar… Veamos, Sirian no es fácil de localizar, pero se ha hecho amigo de un menor muy influyente y poderoso, un tal Jack Kolby, como se hace llamar, que además gusta mucho de fumar puros…



Jack Kolby dio una última calada, larga. Soltó el humo despacio, saboreándolo cuanto podía. El viento se lo arrancaba de los labios apenas asomaba entre ellos.

La ciudad funcionaba con relativa normalidad, considerando las circunstancias. Los habitantes estaban tan asustados, que apenas protestaban por la imponente presencia militar. Por todas partes se veían patrullas de soldados armados. Gordon y Thomas habían cumplido la parte del plan que implicaba tomar el control. Lástima que se hubieran olvidado de mantener el

servicio de recogida de basuras. Las calles de Oxford apestaban.

El puro aún estaba a la mitad, pero Jack lo dejó caer al suelo y lo pisó. Luego entró en el hospital. También allí había soldados.

Los pacientes se amontonaban en los pasillos y, en algunos casos, compartían camas. Los médicos y enfermeras iban y venían. Los medicamentos escaseaban y estaban llegando al punto en el que se hacía lo que se podía en vez de lo que se debía. El clima era agobiante y deprimente.

Jack tomó nota, mientras recorría los pasillos, de que aquella situación no era sostenible a largo plazo, posiblemente tampoco a medio.

Tuvo que molestar a varios empleados del hospital hasta que dio con Lucy en una habitación de la tercera planta. No tenía buen aspecto. Costaba creer que fuera la misma que dos días antes le había apuntado con una pistola tras llegar de Chicago a través de la niebla.

Estaba dormida en una camilla, arrinconada en una esquina. Se la veía pálida, tanto que, de no ser por las pecas, sería difícil distinguir su piel de las sábanas. Aquel veteado en su rostro le confería un aire juvenil, casi infantil, y ello, unido a su delgadez, terminaba por darle un aspecto frágil. Jack se sorprendió al comprobar que llevaba varios minutos contemplando su rostro. A su alrededor había un ajetreo considerable a consecuencia de los otros cuatro pacientes que ocupaban la reducida habitación, pero apenas se daba cuenta. Hacía mucho tiempo que no se tomaba el tiempo de mirar así a una mujer.

Al pie de la cama había un pedazo de cartón atado con una cuerda al somier. Pegado al cartón se veía una hoja de papel, que había sido rasgada por la mitad, en la que se leía el nombre de Lucy. Jack apenas pudo descifrar la letra del médico que había escrito el informe, y lo que entendió no lo ayudó a saber en qué estado se encontraba ella. Siguió allí de pie, mirándola. Parecía cansada aunque su respiración era regular.

Un médico se acercó y le tomó el pulso.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Jack.

El médico, reparando por primera vez en él, lo miró, pero solo un instante. Luego volvió a concentrarse en ella. Se movía deprisa y parecía a punto de marcharse.

—Su hija sufre una fuerte desnutrición —explicó el médico—. Está muy débil. Tenía una costilla rota y debía de hacer mucho que no dormía.

—¿No le ponen suero para alimentarla?

—Andamos escasos...

—Me da lo mismo —soltó Jack. El médico le devolvió una mirada cargada de paciencia—. El comandante Gordon ordenó que atendieran a...

—Dígale al comandante que venga aquí a curar pacientes y yo me voy a pegar tiros.

Mientras tanto, las decisiones médicas las tomo yo.

Tenía razón. Se veía que aquel médico era un profesional experimentado, que probablemente ya había mantenido esa conversación muchas veces con familiares o amigos de los pacientes. Aquel hombre dedicaba todo su tiempo a hacer lo posible por salvar vidas y su criterio no se podía ni se debía cuestionar. Jack vio todo eso en sus ojos y en su expresión. Pero no le importó.

—Si hay una maldita bolsa de suero en este hospital, quiero verla aquí antes de...

—Yo me negué —susurró Lucy. Tenía los ojos abiertos y miraba a Jack—. Hay pacientes que están mucho peor. Yo solo necesito descansar.

Jack iba a decir algo al médico, pero ya se había marchado. Se agachó junto a ella.

—Si no te repones, no podrás matarme como querías, ¿recuerdas? Me lo debes.

Ella hizo una mueca, se tensaron sus labios. Tal vez habría sido una sonrisa de encontrarse en mejores condiciones.

—Tampoco apruebas esta decisión, ¿verdad?

—No —reconoció Jack—. Tú crees que todas las vidas son iguales, pero te equivocas.

—Creía que no serías tan cínico si habías venido a verme.

—Es una lección dura, pero es la verdad.

Jack no quería discutir con ella ni disgustarla. Pero las respuestas le salían sin pensarlas, y tampoco quería mentirle.

—Parece que tú y yo nunca estaremos de acuerdo —dijo Lucy con la voz débil.

—Me pasa con frecuencia. Pero lo importante es que mejores. Tú nunca abandonas.

—No me conoces.

—Soy bueno juzgando a las personas.

Ella hizo el mismo gesto y esta vez Jack vio con claridad que se trataba de una sonrisa.

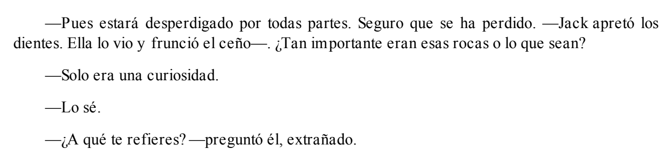
—Supongo que aquí no te dejarán fumar puros.

—Lo he dejado —mintió Jack—. Lucy, necesito que me cuentes si es posible regresar a Chicago y traer el telio.

El gesto desapareció de su rostro. Una sombra ocupó su lugar.

—Todo explotó. Supongo que el telio también habrá saltado en pedazos.

—Eso lo dudo.



—Pues estará desperdigado por todas partes. Seguro que se ha perdido. —Jack apretó los dientes. Ella lo vio y frunció el ceño—. ¿Tan importante eran esas rocas o lo que sean?

—Solo era una curiosidad.

—Lo sé.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, extrañado.

—A que podías haberle preguntado lo mismo a cualquiera de los refugiados americanos. En realidad, querías verme. Yo también sé juzgar a las personas, don sabelotodo.

—¿Estabas despierta?

—Quería ver hasta dónde llegaba tu interés. Estuviste muy duro con el médico. Querías verme —repitió—. ¿A que sí?

¿Estaba coqueteando con él? Jack juraría que sí, pero era demasiado joven. Y él nunca había sido especialmente atractivo, ni siquiera hacía mucho tiempo, cuando tenía la misma edad que ella, bastante antes de la Onda.

—Siento mucho lo que os pasó...

—No has contestado a mi pregunta. —Sonó enérgica, a pesar del tono apagado de su voz. Había un brillo divertido en sus ojos—. ¿Te da miedo responder?

Una parte de él, que apenas recordaba, quería continuar con aquel juego. Era agradable, tentador, hacer un paréntesis entre todos los problemas que tenía, para dedicarse tiempo a sí mismo y a aquella mujer que se insinuaba con su rostro dulce y delicado.

—¿Te da la impresión de que te tengo miedo, pecosa? Yo...

—¡Jack! —gritó Thomas a su espalda—. ¡Tienes que venir! ¡Hay problemas!

Antes de girarse ya sabía que la conversación con Lucy había terminado. Thomas caminaba deprisa hacia él.

—¿Qué pasa?

—Es Gordon. Creo que va a cargar contra la población. ¡Deprisa!

Solo pudo dedicarle una mirada a Lucy antes de marcharse. Puede que la parte de él que quería quedarse junto a ella fuera ya solo un recuerdo del hombre había sido hacía tantos años. Ahora, con todo lo que estaba en juego, no podía evadirse de los problemas. Cualquier persona ocuparía siempre un segundo puesto en sus prioridades y ella no se merecía eso. Él tenía que preocuparse por el mundo.

—¿De qué rayos me hablas? —preguntó mientras bajaban las escaleras.

—Se ha formado una multitud impresionante —explicó Thomas con la respiración agitada

—. Es una protesta civil. Gordon está tratando de apaciguarles, pero no me fio de él.

Jack compartía su desconfianza. Si algo caracterizaba a Gordon era que no le temblaba la mano a la hora de mantener el orden.

La calle se hallaba abarrotada de gente. Se oían protestas y lamentos, especialmente dirigidas contra el ejército, se exigían explicaciones. Los rumores corrían como un río enloquecido que aumentaba de caudal cada vez que alguien aportaba nuevos detalles, verdaderos o no. Se hablaba del fin del mundo. Jack no podía creer que tanta gente se hubiera alborotado de repente. Una movilización semejante tenía que organizarse de algún modo y él no tenía noticias de ninguna corriente social con tantos seguidores. Esperó, de todo corazón, que la causa no estuviera motivada por alguna paranoia religiosa.

La marcha era relativamente pacífica a pesar de la gran cantidad de personas que inundaba la calle. Solo arrojaban algo de vez en cuando a los soldados, que de momento retrocedían lentamente sin dejar de apuntar con las armas.

Jack y Thomas se abrieron paso entre los manifestantes y sus imaginativas declaraciones sobre el diablo y el apocalipsis. Fueron empujados y arrastrados, pero, poco a poco, consiguieron llegar cerca de las primeras filas cuando la turba alcanzaba el final de la calle.

Allí les esperaba el comandante Gordon. Y un considerable número de soldados.

Gordon admiraba la ola humana que avanzaba hacia él desde una posición elevada. Estaba de pie sobre un coche aplastado. Un altavoz cubría la mitad inferior de su rostro.

—¡Dispérsense! ¡Esta alteración del orden público no está autorizada!

Jack y Thomas todavía no podían llegar hasta él, pero veían el efecto que las palabras de Gordon causaban en los manifestantes. No iban a detenerse. Gordon, que también lo vio, abandonó la táctica de dar órdenes, que para él solo era el calentamiento, y dio el siguiente paso en su manual particular de cómo sofocar una manifestación. Amenazó.

—¡No toleraré que cunda el pánico! ¡Si no se detienen ustedes, abriremos fuego!

Tampoco funcionó. Jack vio a varias personas recoger piedras del suelo. No sabían con quién se la estaban jugando. El emplazamiento de Gordon y su pequeño ejército personal estaba desplegado en el centro de una plaza, en la que desembocaba la calle por la que avanzaban.

Sonaron tres disparos.

—¡Han sido solo una advertencia! ¡Dispérsense!

Los manifestantes se detuvieron a la entrada de la plaza. Jack y Thomas fueron empujados por la marea de gente que venía detrás, lo que obligó a la primera fila a avanzar unos metros. Jack dio gracias porque Gordon no dio la orden de disparar. No tendrían tanta suerte una segunda vez.

—¡Tenemos hambre! —Se alzó una voz.

—¡Nos prometisteis medicamentos!

—¡No pueden dispararnos a todos!

Jack por fin logró abrirse paso y salió a la plaza tambaleándose. Un soldado le apuntó inmediatamente, pero Thomas, que llegó un segundo más tarde, le mandó retirarse con un gesto.

Corrieron hasta la posición de Gordon, que miraba ceñudo a sus oficiales, dispuesto a dar la orden a la menor señal de violencia.

—¡Dame ese megáfono! —pidió Jack en cuanto trepó hasta el coche aplastado. Gordon gruñó—. ¿Quieres matarlos a todos? Puedo detener esto.

Al final cedió y Jack cogió el megáfono.

—¡Escuchadme! ¡Acabo de regresar del Norte y he traído medicinas para todos! ¡No he podido informar al comandante Gordon, por eso no os ha dicho nada!

—¡Es mentira! ¡Nos toman por tontos!

—¡Es la pura verdad! —insistió Jack—. ¡Gordon nos salvó a todos! ¡Los que venimos de Londres no lo hemos olvidado! A partir de mañana la atención en los hospitales mejorará. Todos queremos ver a nuestros seres queridos sanos.

—¡Y qué pasa con los demonios! —Jack creyó identificar a un hombre pasado de peso que parecía llevar la voz cantante entre los manifestantes—. ¡Por qué no nos contáis la verdad! ¡Se dice que son extraterrestres! —La muchedumbre coreó al que hablaba—. ¡O mutantes!

Jack y Gordon se miraron. Jack solo necesitó un segundo para entender que mentir solo empeoraría la situación.

—¡Los demonios son reales! —anunció Jack—. Todos los que han estado en Londres los vieron. Inventar historias no nos ayudará a superar esta situación.

—¡Y dónde están los ángeles! —insistió el cabecilla.

—¡Eso, eso, dónde están! —rugió una nueva voz, increíblemente grave. Otro hombre dio un paso al frente y se colocó tras el cabecilla—. ¡Si hay demonios, tiene que haber ángeles!

Jack dudó. No supo qué responder para no alterar a la muchedumbre. Mentir sería peor, pero no podía decir la verdad. Así que buscó una explicación a medio camino.

—¡No sabemos dónde están los ángeles! ¡Los estamos buscando! ¡Por eso necesitamos conservar la calma!

El cabecilla alzó un puño.

—¡Y cómo...!

—¡Cállate! —El hombre de la voz grave apartó al cabecilla de un empujón—. ¡Nos está mintiendo! ¡Ha hecho un trato con los ángeles! ¡Yo lo vi hablando con ellos!

Jack no podía creer que aquella manifestación estuviese llegando tan lejos. Pero no podía permitir que creyeran a ese individuo.

—¡A eso me refería! ¡Si inventáis historias absurdas...!

—¡No son invenciones, Jack!

Al oír su nombre, el empresario no supo qué replicar. Ahora tenía que hablar porque de otro modo su silencio le daría la razón al desconocido. Por fortuna, ese tipo de situaciones era su especialidad.

—¡Dices que miento! ¡Eso es fácil si no lo puedes demostrar! ¡Si hablas por hablar no eres más que un charlatán tratando de embaucar a la gente! ¡Si escucháis a ese hombre sin pruebas...!

—¡Aquí tienes las pruebas!

El hombre golpeó al cabecilla de los manifestantes, que salió despedido por los aires, y para cuando se estrelló en el suelo, a casi veinte metros de distancia, había dos alas negras detrás de su espalda. Una espada de fuego ardía entre sus manos.

La gente de alrededor retrocedió asustada. Jack adivinó que el demonio era el que había instigado la manifestación. Lo comprendió en la fracción de segundo que tardó la espada de fuego en rasgar el aire. Un arco de llamas voló directamente hacia ellos. El coche aplastado que les servía de plataforma reventó en pedazos y, durante varios segundos, Jack vio al demonio desde arriba, hasta que se estrelló contra el suelo y se quedó sin aliento y aturdido.

Oía voces y gritos, disparos, órdenes sin sentido. Cuando recobró el sentido, se giró, dolorido, a tiempo de ver otra onda de fuego volando hacia él. Se cubrió la cabeza con las manos en un gesto instintivo... Y no sucedió nada. Cuando volvió a mirar, había dos pares de alas blancas delante de él.

El demonio se removía entre ellas, las espadas chocaban sin descanso. Uno de los ángeles aprovechó que su compañero contenía al enemigo para retroceder y grabar una runa delante de Jack. Luego regresó al combate, justo cuando el demonio, que ahora sangraba por una pierna, atravesó al primer ángel con su espada.

—Tú puedes detener esto —rugió el demonio al ángel que quedaba en pie—. Los menores no importan. Solo quiero a Sirian.

El ángel no respondió, pero tampoco detuvo su avance. Gritando, se abalanzó sobre el enemigo y de nuevo chocaron las espadas. El ángel lanzaba ataques precisos, controlados, cuidaba su postura y su equilibrio, realizaba paradas y fintas. El demonio rugía, asestaba espadazos, patadas y puñetazos, escupía, tiraba piedras y cualquier cosa que estuviera a su alcance.

—¿Crees que puedes protegerlos a todos? —bufó.

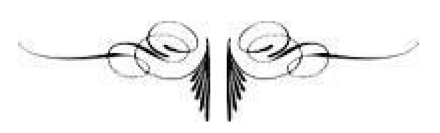
El demonio arrancó un bloque de asfalto y lo lanzó contra los soldados. El ángel cortó el aire y un onda destrozó el proyectil a mitad de vuelo, momento que aprovechó el demonio para lanzar un nuevo ataque sobre Jack. La runa defensiva resistió y esparció el fuego sin que llegara a tocarle. Cuando se disipó la llamarada, vio al demonio cargando contra él. Entonces, la runa saltó en pedazos, y Jack comprendió que el primer ataque había sido solo para debilitarla. Jack giró a un lado a tiempo de evitar un espadazo que acabó abriendo una grieta en el asfalto.

El ángel llegó de un salto y reanudó el duelo. Cortó al demonio en la otra pierna, la que tenía intacta, pero la maniobra, arriesgada, no pudo impedir que le atravesaran un ala. Volaron plumas quemadas. El ángel consiguió darle un puñetazo y hacerle caer, al tiempo que esquivaba un arco de llamas, que se estrelló junto a la pierna de Jack.

Todo se volvió del color del fuego. El abrigo del magnate ardió en un instante, luego la ropa y el pelo, también los guantes. Jack gimió en un alarido desgarrador mientras notaba cómo el fuego consumía su piel. Se agitó desesperado, le costaba respirar. Entre las llamas, que ya rodeaban su cara, alcanzó a ver al ángel segando una pierna del demonio, que se derrumbó a su lado.

Por un instante, Jack contempló de cerca sus ojos y su odio. Luego, la espada del demonio cayó directamente sobre su pecho y todo se volvió negro.

CAPÍTULO 5



Se lo esperaba. En realidad, lo sabía gracias a sus informes, pero de igual modo Tanon sintió una profunda decepción cuando emergió del orbe, en la quinta esfera, y no había ningún ángel defendiendo aquella posición, ni un solo par de alas blancas que despedazar.

El primer batallón de demonios se desplegó tal y como estaba previsto, asegurando la zona para el grueso del ejército que venía detrás, a pesar de que no había peligro alguno a la vista. Sus órdenes eran proteger toda la zona circundante al orbe. Y las órdenes de Tanon se cumplían, con o sin enemigos presentes.

Un corredor informó al barón de lo que ya era una evidencia, siguiendo, a su vez, las instrucciones estipuladas.

—Están atrincherados. No encontraremos resistencia hasta llegar a las montañas.

—Ve a la primera esfera y ordena que agilicen las movilizaciones. Y que me traigan a Renuin cuanto antes —ordenó Tanon. Luego señaló a un demonio que aguardaba a su espalda—. Marcad una runa cada cien metros, desde aquí hasta la base de la montaña. Que las tropas avancen sin detenerse, a menos que una de las runas desaparezca; en ese caso os paráis. El ataque se iniciará cuando estemos todos.

En cuanto terminó de pronunciar la última palabra, Tanon se marchó, solo. Nunca había contado con escolta personal, como los demás barones. A su espalda escuchó el brote de las llamas de las primeras runas que los demonios empezaban a grabar.

Paseó entre las ruinas que la Onda había causado, disfrutando de que fuera precisamente allí, en la quinta esfera y no en otra, donde todo iba a terminar. Aquella esfera gozaba de la reputación de ser la más hermosa de toda la Creación. Capa, cómo no, acostumbraba a admirar su belleza y armonía. En cambio, la belleza, para Tanon, nunca fue una cualidad que estimara especialmente.

En la quinta esfera también fue donde el Viejo creó a los ángeles, donde estos tuvieron conciencia de sí mismos por primera vez en su existencia. Tanon, no, desde luego, puesto que él nació después, cuando Onos y su madre lo concibieron. Y pasó mucho tiempo oyendo a los ángeles puros hablar de la quinta esfera con una pasión y ternura que él nunca llegó a comprender. Para ellos era el origen de todo, el inicio de sus vidas y de la existencia. Y muy pronto también sería su final. Era el lugar perfecto para librar la batalla definitiva.

La degradación de la calidad de la luz, sumada a la devastación que los rodeaba, creaban un ambiente duro y áspero, mucho más propicio para el combate.

A medida que avanzaba, las montañas se iban descubriendo a su alrededor, escarpadas y suaves, mezcladas de un modo que no se veía en el mundo de los menores ni en el Agujero. Había grietas enormes, cráteres donde debieron impactar los fragmentos de la quinta esfera que se vinieron abajo. También quedaban zonas intactas en las que abundaba la vegetación. Desde una de esas zonas salió un demonio a su encuentro. No mostraba las alas, pero Tanon podía reconocer los movimientos de quien ha estado encerrado en el Infierno. Y ningún ángel se acercaría a él en solitario.

Era Asler. Más pálido que de costumbre, caminaba despacio, inclinándose ligeramente hacia la izquierda. Era obvio que le habían herido. Estaba ya lo suficientemente cerca como para que Tanon viera que no se apreciaba ninguna herida en su cuerpo. Es decir que el problema estaba en su espalda o en las alas.

—¿Aceptó? —preguntó el barón en cuanto Asler llegó a su lado y se acomodó a su paso.

—Sí. Asius se reunirá contigo para el intercambio.

—Excelente.

Caminaron en silencio durante un rato.

—¿Las alas? —preguntó finalmente Tanon.

—Fue Asius —confirmó Asler conteniendo la rabia.

—No parece propio de él.

Llegaron a una garganta lo suficiente estrecha como para ralentizar el avance de un ejército, pero no para detenerlo.

—Aquí se reunirán las tropas antes de atacar.

Tanon esperaba una réplica de Asler que no se llegó a producir. Tal vez sus heridas eran más serias de lo que admitía. Al barón le complació no escuchar protestas por su parte, pero ese silencio tampoco era normal.

—Sigamos un poco más —añadió Tanon—. Quiero mostrarte algo importante.

Asler asintió. Era evidente que a partir de ese punto podrían atacarlos en cualquier momento, dado que la fortificación de los ángeles quedaba muy cerca, pero no puso objeción alguna, cosa que también complació a Tanon.

Subieron a un risco desde el que se contemplaba su objetivo. En la distancia, muy elevados, se distinguían las siluetas de los ángeles, colocadas ordenadamente a lo largo de una sección de la montaña que los moldeadores habían esculpido claramente a su conveniencia.

El lugar elegido por los ángeles se ubicaba entre dos picos increíblemente altos, prácticamente imposibles de escalar sin quedar severamente expuestos al fuego enemigo. Entre los dos cuernos, coronando una larga ascensión que no sería fácil de conquistar, los ángeles habían moldeado una especie de muralla aprovechando la propia piel de la montaña.

—No es un mal lugar para defenderse —opinó Asler.

—Caerán igualmente —repuso Tanon—. Observa ese punto de allí. ¿Lo ves?

—¿Las tres rocas del centro que flotan bajo la muralla?

Dichas rocas formaban un triángulo perfecto. Incluso un menor se daría cuenta de que habían sido manipuladas para formar esa figura.

—Exactamente. Vas a concentrar todos nuestros esfuerzos en ese punto. Nada más importa. ¿Me has entendido? Nada.

Asler adoptó esa expresión que Tanon conocía y odiaba, un gesto que anunciaba que iba a oponerse a él, si bien en esta ocasión su reticencia estaba justificada.

—Es una locura —dijo sin contemplaciones—. Moriremos a millares tratando de conquistar ese punto a descubierto. Lo mejor sería...

—Cierra la boca, Asler, y presta atención por una maldita vez —rugió Tanon—. Lo has hecho bien. Muy bien. Has demostrado valor y decisión. Así es como alguien se gana mi confianza, no con tus asquerosas intrigas políticas. Quieres ser barón y ocupar el lugar de Uskast, ¿no? Consígueme esta victoria y lo serás. Tienes mi palabra.

—Lo haré. —Los ojos de Asler brillaron—. Pero ese...

—Las tres rocas —le cortó de nuevo Tanon—. Si las separas o destrozas una de ellas, su muralla se derrumbará y ya nada podrá detener a los nuestros. Los exterminaremos.

Asler guardó silencio mientras estudiaba el objetivo.

—¿Por qué no nos lo contaste antes?

—Por la misma razón que tú no se lo dirás a nadie hasta que comience la batalla. Los ángeles no deben saber que hay un traidor entre ellos. Nadie debe saberlo. ¿Crees que a mí me gusta ocultar secretos a los nuestros después de lo que hemos pasado juntos? Ahora eres un líder, Asler, tienes que hacer lo que sea necesario. Si perdemos, nos encerrarán de nuevo.

—Eso no hace falta que me lo repitas, te lo aseguro. Pero no me gusta sacrificar a los nuestros.

—Ni a mí. Utiliza a los titanes y a las sombras. A todos. Que los demonios los cubran y que solo se expongan cuando no quede más remedio. No se puede ganar una guerra sin bajas. Trata de minimizarlas, Asler, pero la prioridad son esas tres rocas.

—Solo una duda más. Ya no podemos traer más titanes del Agujero. Si los desperdiciamos todos, nos quedaremos indefensos para una segunda batalla. Y sin sanadores...

—No habrá más batallas —dijo Tanon, tajante—. Esta es la última y definitiva. Usa todo lo que tengamos. Todo. Piénsalo mientras regresamos. ¿Qué preferirían los nuestros, morir o regresar al Agujero? ¿A qué hemos venido? —Tanon no esperó a que Asler respondiera—. Espero regresar a tiempo —continúo Tanon—. Pero, por si acaso, ya sabes lo que tienes que hacer.

Asler asintió.

—Recupera a Stil, Tanon. Nada tendrá sentido si no lo haces.

—Lo haré.

Cuando estuvieron de vuelta en el punto de encuentro, ya había varios demonios allí, agitando sus alas negras, y muchos más estaban llegando. Uno de ellos se acercó a Tanon y le dio una cadena. En el otro extremo, amordazada, se encontraba Renuin. Tanon la colocó a su lado y la obligó a sentarse en el suelo con un tirón brusco.

—Escuchadme bien —gritó—. Por fin voy a deshacerme de nuestra invitada. ¡Y volveré con Stil! —Los demonios rugieron—. Todo lo que hemos soñado está ante nosotros. Nos hemos preparado para este momento durante miles de años. ¿Alguien quiere echarse atrás? —Hubo otro rugido—. ¿Hay alguien aquí que prefiera estar en cualquier otro lugar en este preciso momento? —Y otro más—. No, claro que no. Porque nosotros no conocemos el miedo. ¡Hemos desafiado al Viejo en su propia casa! ¡Hemos sobrevivido a la peor prisión que se pueda concebir! No hay un solo ser en toda la Creación que haya sufrido tanto como nosotros. Y aun así, ¡seguimos en pie, luchando! Lo que nos espera ahí delante es la razón por la que empezamos esta guerra hace tanto tiempo. ¡Nuestra libertad!

Los rugidos estallaron triunfales. Era imposible que los ángeles no escucharan aquel aullido rabioso y hercúleo. Tanon levantó a Renuin y la obligó a contemplar a los demonios. Agitaban los brazos y las alas, las espadas chocaban, dibujaban runas enloquecidos.

—Míralos bien, Renuin. Escúchalos, siente lo mismo que ellos por un instante si eres capaz. Lo notas, ¿verdad? Sí, son esas vibraciones que te hacen estremecer. Emociones puras y violentas. Nada puede detener una fuerza como esa, porque ya no tienen nada que perder. Y tus amigos lo descubrirán muy pronto.



Lyam encontró a Nilia sentada en el borde del precipicio, de espaldas. Con su melena negra

parecía una sombra más del Infierno. Su brazo izquierdo se movía adelante y atrás, rítmicamente. Se escuchaba un susurro metálico.

El ángel la estudió en silencio durante unos instantes. Nilia parecía relajada y concentrada en lo que estuviese haciendo. Puede que nada, solo esperar mientras la oscuridad la arropaba como a una hija. Nilia se desenvolvía con toda naturalidad allí, y Lyam se preguntó si era resultado de un proceso largo de adaptación o si realmente se encontraba en su elemento.

—¿Se han despertado ya? —preguntó ella sin volverse.

El ángel no pudo evitar sorprenderse. Llevaba tiempo quieto y en silencio. ¿Cómo podía haberle visto de espaldas?

—Los dos continúan inconscientes —dijo sentándose a su lado.

Nilia estaba afilando sus dagas. No se volvió para mirarle, pero tampoco mostró objeción alguna a que la acompañara.

—Me sorprende que te separes de Yala.

—Raven insiste en velar por ellos. Creo que se siente culpable.

—No pareces alterado por lo que he hecho. —Nilia alzó un puñal y lo giró para examinar el filo unos segundos. Luego continuó, aparentemente insatisfecha con el resultado—. Puede que te estés controlando, cosa que aplaudo, o puede que no estés enfadado, cosa que me cuesta creer. En cualquier caso, no me interesa tu opinión.

—Pues vas a oírla. —Lyam sonrió—. No tenemos mucho más que hacer hasta que sepamos si has matado a Yala y al menor.

—O si les he salvado a los dos. Y, de paso, a todos.

El ángel sonrió. Nilia era incluso más terca de lo que recordaba. Pero su actitud no era una cuestión que le interesara. Ya no había marcha atrás y, cuando Yala y Rick volvieran en sí, comprobarían los resultados de haber intentado enlazarlos. Si despertaban, claro.

El Infierno, bajo sus pies, que colgaban sobre el vacío, aulló largo y agudo. Una corriente gélida ascendió rapidísima. O puede que el Agujero la escupiera. Lyam se figuraba el Infierno como una boca gigantesca a punto de tragárselos. Subían, intentado escapar, antes de que se cerraran las fauces de aquel lugar que no debería existir.

—No me extraña que seas tan insoportable, Nilia. —El ángel lo dijo con total naturalidad y un pequeño matiz reflexivo. Ella siguió centrada en sus armas—. Sobrevivir aquí tanto tiempo… ha sacado lo peor de ti, supongo. Suerte que eres hermosa, ¿verdad? No habría quien te aguantara, si no.

—Suerte que no me influyen los comentarios idiotas, ¿verdad? No habría quien pudiera reconocer tus pedazos ahora, si no.

Lyam no se inmutó.

—Debió de ser duro. ¿Murieron muchos traidores? Quiero decir, compañeros... Claro que sí. De repente, algún amigo, si es que puedes entender el concepto de amistad, caía y ya no podías hablar más con él, ni recordar cuántos ángeles matasteis por la espalda. No imagino qué otra forma de entreteneros podríais tener. Puede que hubiera quienes murieran lentamente, afectados por la enfermedad sin que pudierais hacer nada. Eso debió de ser algo verdaderamente duro de aceptar para un exsanador.

—La dureza es relativa. —Nilia se puso a afilar el otro puñal. Lyam, por más que se fijaba, no veía la menor diferencia entre ellos—. A mí se me antoja insufrible pasar milenios lamiendo el culo del Viejo. Pero, claro, yo no soy débil ni una llorona.

—No había caído en que a las dificultades del Agujero hay que añadirle la humillación de haber sido derrotados y saber que nosotros estábamos cómodamente en casa. Y vosotros, aquí, enfermos y sin sanadores. De ahí proviene tu verdadera rabia.

Nilia dejó los puñales a un lado.

—Dame tu espada. —Lyam se la entregó y ella empezó a afilarla—. La primera vez que me curaste sentí un asco muy grande, la verdad. Pero no fue rabia. Sin sanadores nos quedan cicatrices, el recuerdo de haber matado ángeles. —Extendió el brazo para que Lyam pudiera verlo—. ¿Ves? No queda ni una sola marca. He perdido la cuenta por tu culpa y eso es lo que me cabrea. El resto de estupideces que dices... Digamos que las opiniones de un ignorante no me importan.

—Lástima que no pueda curar la idiotez con la misma facilidad que las heridas —suspiró Lyam—. Tendré que intentarlo con palabras, porque tú, Nilia, vas a conseguir que nos maten a todos.

Nilia dejó de afilar la espada del ángel y lo miró.

—Por primera vez tienes toda mi atención.

—Gracias —repuso él, haciendo un gesto para que ella continuara con su trabajo—. Mi ignorancia no me permite saber qué te pasó exactamente, pero todo eso te ha convertido en alguien muy peligroso.

—En eso estoy de acuerdo.

—Porque no me has entendido. Te crees superior a los demás y no confías en nadie. Por eso nos echas continuamente la bronca sin reparar en tus propios errores.

—Si no fuera por mí...

—No he acabado. Tu modo de pelear en solitario nos perjudica. Te dedicas a esquivar enemigos continuamente, que luego nos atacan a Raven y a mí impidiéndonos hacer nuestro trabajo. Muchas veces es preferible que te hieran si eso permite que bloquees a esas bestias y

dejes que nosotros te curemos, como hace Yala. Pero eres demasiado necia para entender lo que significa confiar en alguien.

Lyam hizo una pausa deliberada para darle la oportunidad de rebatirle. Ella se mantuvo en silencio y puso más empeño en la espada, cosa que él se tomó como una pequeña victoria.

—Tu elevado concepto de ti misma hace que siempre busques las faltas de otro, pero no eres capaz de ver las tuyas. No, es mucho peor. Ni siquiera consideras la posibilidad de que te puedas equivocar.

Nilia le devolvió el arma.

—¿Y tú vas a enseñarme?

Estaba a la defensiva. Su ego no le permitía aceptarlo, pero Lyam notaba que sus palabras habían abierto una brecha.

—Nadie puede enseñarte. Una diosa como tú no puede aprender nada de los seres inferiores. Esa es tu visión. Nos subestimas y por eso cometes errores que ni siquiera descubres. No consideras que si nos contaras más sobre el funcionamiento del Agujero, podríamos colaborar en las decisiones y tal vez aportar algo, mejorar el rendimiento del grupo. Intentas cambiar el modo de luchar de Yala en vez de aprovecharlo y permitirle que actúe como él sabe hacer. Y así sucesivamente. Eres una solitaria, el peor compañero que se puede tener. Y aunque no te lo creas, no eres una diosa infalible. En lo único que de verdad destacas es en menospreciar a los demás.

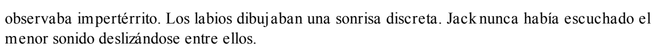
Nilia le devolvió la espada, furiosa, pero evitando cruzar la mirada con él.

—Eres una gran luchadora, Nilia, de las mejores, pero estás sola y ciega. —Lyam sonrió con total sinceridad—. No sé cuándo sucederá, pero es inevitable que acabes muriendo. Y tú serás la única culpable.



Jack Kolby abrió los ojos. Parpadeó mientras reconocía la habitación en la que se encontraba, una habitación sin ventanas en la que ya había estado antes. Los muebles eran sencillos, sin adornos, y prácticos, hechos de piedra moldeada y cristal. No había puerta, pero Jack sabía que una sección de la pared se deslizaba a un lado si se dibujaba el símbolo correcto, y que el hueco daba lugar a un corredor iluminado por antorchas.

A pesar de que estaba tumbado en el suelo, no tenía frío. A su alrededor ardían varias runas de fuego. Sobre él, justo encima, había un rostro enorme y negro, completamente calvo, que le


observaba impertérrito. Los labios dibujaban una sonrisa discreta. Jack nunca había escuchado el menor sonido deslizándose entre ellos.

—No salgas del círculo curativo —dijo Sirian, oculto por el gigante negro—. ¿Cómo te encuentras?

El ángel quedó a la vista cuando el negro se apartó y dejó de bloquear su visión. Jack percibía su cuerpo como un montón de calambres dolorosos, dolor de cabeza y pinchazos. Sirian lo miraba con sus ojos violetas. El resto de su rostro se ocultaba tras la máscara de cuero negro.

—Supongo que no tienes un puro —dijo Jack.

El ángel hizo algún gesto porque su máscara se movió.

—Parece que estás mejor de lo que pensaba.

Jack, aturdido, se palpó el pecho. Recordó con desagrado el brutal espadazo que ahí le había dado el demonio, y luego en la cabeza. No había ni rastro de cabello. Interrogó al ángel con la mirada.

—No todas las heridas pueden sanar completamente. Algunas ni siquiera se curan, como bien sabes. —Sirian señaló su máscara para apoyar la explicación—. Depende en buena parte de quién las cause. Me temo que no te volverá a crecer el pelo nunca más.

—Con lo que me gustaba —se lamentó Jack. Lo dijo con total sinceridad, dado que estaba razonablemente orgulloso de conservar casi todo el cabello a su edad—. ¿Alguna otra secuela?

—Tus manos se quemaron más que cualquier otra parte de tu cuerpo. Te quedarán cicatrices.

Jack se incorporó hasta quedar sentado. Se mareó un poco.

—Un precio bajo por burlar a la muerte. La prueba ha sido un éxito. El traje de telio ha resistido.

Jack tocó las placas de telio que envolvían su cuerpo como una armadura ligera. No llevaba nada más encima, por lo que supuso que el resto de su ropa se había quemado.

—Has tenido mucha suerte, Jack. El traje aguantó porque el demonio estaba medio muerto, le habían cortado una pierna y estaba agotado por el combate. En condiciones normales te habría partido en dos.

—¿Y cómo nos encontró ese demonio?

—Aún no lo sé. No creo que hayan venido a Oxford sabiendo que estábamos aquí, porque en ese caso habrían sido más de uno, te lo aseguro. Imagino que nos buscarán en todas las ciudades.

—Querrás decir que te buscan a ti, Sirian. Oí lo que dijo ese cerdo.

—También conocía tu nombre.

—Dijiste que nosotros no les importábamos... Ha habido una filtración. Uno de tus angelitos ha hablado.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Por qué es imposible? A lo mejor te ha vendido para salvarse y se ha cambiado de bando, cosa que no me extrañaría porque lo tenemos bastante jodido.

—Estás muy alterado.

—Necesito fumar —bufó Jack—. Pienso mejor soltando humo.

Se levantó y salió del círculo. Paseó sin esfuerzo, ya que el traje de telio era muy ligero, y sin asomo de lesiones en su cuerpo, aunque había unos pequeños pinchazos que lo martirizaban en todas partes.

—Si hubiera un traidor entre mis ángeles no necesitarían buscarme. Te aseguro que habrías visto una autentica legión de demonios arrasando Oxford y, por supuesto, Stonehenge. Sabrían lo que ocultamos allí y estaríamos perdidos. También sabrían que te escoltaban dos de los nuestros con lo que no se habrían atrevido a atacarte. No, han oído algo, puede que una pista, pero no saben casi nada.

El razonamiento era irrefutable y bastante elemental. Jack se sintió como un estúpido por haber considerado una posibilidad tan absurda, propia de quienes se asustan con facilidad. Si la maldita cabeza dejara de zumbarle...

—Supongo que mataríais al demonio para que no informe. Aunque, por otro lado, notarán su ausencia y no será complicado llegar a la conclusión lógica. Se nos acabó el tiempo.

—No, Jack, todavía no estamos preparados.

—Me da igual. Atacaremos con lo que tengamos.

Sirian también se levantó.

—Estás reaccionando muy mal. Solo tenemos una oportunidad, ¿no lo entiendes? Cuando descubran nuestras intenciones protegerán las puertas de Infierno y será imposible cerrarlas. Insisto: solo tendremos una oportunidad.

—Pues habrá que aprovecharla. —Jack se plantó delante del ángel—. No vas a abusar de nosotros. Si los demonios nos atacan, nos matarán. Y al parecer ya no están exclusivamente centrados en ir al Cielo. Te odian demasiado por lo que has hecho. Es por tu culpa que estamos en peligro, así que no me digas que no. Mírame a los ojos, Sirian, dime que no harías lo mismo si esto hubiera sucedido en Stonehenge.

—¿Entiendes las consecuencias si fallamos? Yo no quería que esto pasara, pero si nos precipitamos y...

—Me doy por avisado —lo interrumpió Jack.

—De modo que asumes el destino del mundo tú solo... Lo siento, pero no puedo consentirlo.

—Solo contamos con el factor sorpresa. Cuanto más tiempo pase, más probabilidades hay de que descubran la verdad y entonces habremos fracasado. ¡Sin haberlo intentado siquiera! No vas a negarnos nuestra única oportunidad, solo para poder seguir escondido entre nosotros. Vamos a atacar, te guste o no, y a traición, como hacen ellos. Y si intentas detenerme, te juro que sabrán lo que escondemos en Stonehenge. Si yo muero, mis hombres cantarán. Puedes hacer la prueba si no me crees.

—Nunca he dudado de ti. Crees que te protegemos para evitar que tus hombres hablen, que ese es tu seguro de vida, pero lo haríamos igual. No te fías de nadie, Jack. ¿Quieres atacar Londres? Pues dime qué piensas hacer contra los demonios que están allí.

—Algo se me ocurrirá. Iniciaré las movilizaciones con Thomas, Gordon y mis hombres. Tú te ocuparás de que los ángeles cumplan su parte. Mientras tanto, necesito pensar.

—De momento lo haré. Pero si no surge una idea brillante, detendré el plan antes de que sea tarde. No vamos a suicidarnos.

—Tranquilo. Yo me ocupo de eso, siempre lo hago. Otra cosa más. Lo estamos pasando verdaderamente mal y la gente empieza a desesperar. Quiero que curéis a nuestros heridos. Los demonios ya saben dónde estamos, o lo deducirán pronto, así que no hay excusas.

—No puedo desperdiciar ángeles, somos muy pocos. Y no es tan sencillo. Hay límites y...

—Pues tres o cuatro al menos, uno en cada hospital, que finjan ser doctores, si quieres, y que vayan atendiendo los casos más urgentes o los más sencillos, yo que sé, pero que salven todas las vidas que sea posible.

—Veré qué puedo hacer.

—Hay una persona en particular... Se llama Lucy. Quiero que la cures tú, Sirian.

El ángel ladeó la cabeza.

—De acuerdo.

A Jack le molestó el destello de comprensión que asomó a los ojos violetas de Sirian. Lo imaginó sonriendo bajo la máscara.

—La necesito para...

—Es importante para ti —lo interrumpió el ángel—. Con eso me basta. La curaré por ti, Jack, pero tú también vas a hacer algo por mí. Hasta el momento no haces más que pedir.

Su voz era reposada, pero se adivinaba cierta amenaza. Jack se puso en guardia inmediatamente.

—¿Qué quieres?

—No mucho. Solo que me cuentes lo que sabes de Raven y lo que buscan los demonios en realidad.

Jack le dio la espalda para reflexionar. No podía fingir ni engañarle, Sirian podría negarse a ayudarle a acabar los preparativos con el telio. De momento lo necesitaba, pero no podía contárselo todo.

—Buscan el lugar donde se originó la Onda —dijo Jack volviéndose. Estudió el efecto que causaron sus palabras, que resultó decepcionante. El ángel ni siquiera parpadeó. O bien ya lo sabía y lo estaba poniendo a prueba, o tenía un dominio de sí mismo digno de envidia—. Pero no te diré dónde se encuentra ese punto. Eres el objetivo número uno de los demonios. Si te atrapan, lo descubrirán.

—Conforme. ¿Fue Raven quien causó la Onda?

—Hasta cierto punto. Él no lo recuerda por su amnesia, pero no estaba solo. Había dos personas más allí.

—¿Y estás seguro de que ellos causaron la Onda?

—A menos que creas en las coincidencias. Desde luego, yo no. Y sé que la Onda se produjo justo después de que entraran en ese lugar porque fue cuando nos quedamos todos paralizados.

—Nosotros no —dijo Sirian—. A nosotros nos afectó al revés. Los ángeles y los demonios perdimos la conciencia y, cuando la recobramos, ninguno estábamos en el mismo sitio. Así es como los neutrales escapamos de nuestra prisión en el Cielo. Varios de los nuestros se encontraban fuera después de la Onda.

—No lo sabía. ¿Por eso ya no podéis volar?

—Supongo. Nadie puede desde entonces. Pero hay algo que no termino de ver claro. Si los demonios saben todo eso, me extraña mucho que no hayan arrasado toda la Zona Segura de Londres para encontrar ese sitio.

—Eso mismo pensé yo —asintió Jack—. Mi teoría es que solo unos pocos lo saben, o puede que incluso nada más que uno. Y creo que se trata del que abrió las puertas del Infierno, y que por eso eligió Londres. ¿Alguna idea de quién puede ser?

Sirian meditó unos segundos.

—No puedo estar seguro pero apostaría a que fue uno que llaman Dast. Es un demonio peculiar. Mantiene un alto rango entre ellos a pesar de no tener subordinados. Era el mejor viajero de todos y es el que diseñó el portal gigante por el que entraron en el Cielo. Apostaría a que él abrió las puertas del Infierno.

—No estaría mal verificarlo —sugirió Jack—. Y sería de lo más interesante capturarlo para

averiguar cuánto sabe en realidad.

—Eso es imposible, al menos de momento. Pero supongamos que Dast está al corriente de todo eso. Entonces, ¿por qué no hizo nada con Raven cuando Nilia lo capturó?

—Porque quiere que Raven lo conduzca hasta los otros dos que estaban con él —aventuró Jack—. Y debe de tener una razón para no contárselo a los demás o, como has dicho, habrían arrasado todo Londres.

—De acuerdo —dijo Sirian—. Suena lógico con lo que sabemos, pero hay muchas lagunas y suposiciones. Solo falta un detalle que me tienes que aclarar. ¿Cómo te enteraste tú de todo esto?

Jack suspiró. De haber tenido un puro se lo habría fumado entero de una sola calada.

—Porque yo estuve allí, Sirian. Los vi a los tres, a Raven y a los otros dos, justo antes de la Onda. Y no solo eso... —Jack hizo una pausa y se lo pensó antes de continuar—. Yo los conocía de antes.



—Buena hostia —dijo Vyns paseando entre las piedras y la arena que hacía un instante formaban una roca de varios metros de altura—. ¿Te sientes mejor ya? —Asius giró y estrelló su espada contra otro saliente de la montaña, que también reventó en pedazos—. Veo que no. ¿Vas a cargarte la montaña entera?

Asius, tras guardar el arma, logró mostrar una sonrisa forzada.

—Gracias por venir.

—Guárdate algo para esos bastardos, ¿no? Ah, espera, ya lo pillo —dijo Vyns abriendo los ojos—. Entrenas para destrozar a los titanes esos de piedra. Pues dale, dale, no te cortes.

Asius no conoció a Vyns medianamente bien hasta que empezó la búsqueda de Raven en la Tierra y, más tarde, cuando se unieron para rescatar a Diago, su amigo, el ángel que había sido suplantado por los demonios para sumir la Ciudadela en la oscuridad y que, más tarde, durante la batalla, había muerto a manos de Nilia.

Desde el primer momento, a Asius le pareció que Vyns estaba un poco loco. Se había pasado los últimos siglos anteriores a la Onda observando a los menores y era uno de los ángeles que menos aprecio les tenía, y eso que prácticamente hablaba como ellos. Perdía el control de sí mismo con una facilidad sorprendente y su falta de juicio en general era uno de sus defectos más destacados. Sin embargo, confió en él desde el principio. Vyns era asombrosamente

transparente, se podía saber qué pensaba en todo momento, y eso le gustaba. El observador ni siquiera se había preocupado por esconder el rechazo que sentía por Asius cuando se conocieron.

Ahora todo había cambiado. Vyns lo admiraba, a su modo particular, por supuesto, aunque no dudaría en desobedecer una orden, especialmente si el objetivo era salvar a Lyam, por ejemplo. Asius, por su parte, apreciaba su compañía más de lo que habría creído posible. Aquel ángel descerebrado tenía la facultad de hacerle olvidar sus preocupaciones, principalmente por esa pequeña distancia que mantenía Vyns con la realidad. Asius creía que ese era su secreto, que su optimismo se basaba precisamente en ver las cosas como él creía que eran. Además, Asius nunca, ni una sola vez, había considerado a Vyns como un posible candidato para el puesto de traidor.

—Me gustaría que me acompañaras.

—Eso está hecho. —Vyns le dio una palmada en la espalda—. Recuperaremos a Renuin, aunque, la verdad, no me gusta la idea de entregar a ese asqueroso de Stil. Espera un momento. ¿Me perderé la batalla?

—Es posible.

El observador puso mala cara y Asius supo que Vyns no albergaba ninguna duda respecto a su victoria. Otro detalle que envidiaba de él. Ojalá pudiera pensar igual.

—Quería achicharrar unos cuantos demonios —se lamentó el observador—. Confío en que volvamos a tiempo. Pero tengo que vigilarte, últimamente estás un poco raro.

Era un comentario casual, como casi todo lo que Vyns decía, pero al mismo tiempo era certero. Esa era una de las consecuencias de su particular forma de hablar, rápida y sin pensar.

—¿Raro?

—¿No te das cuenta de cómo has cambiado? Me ordenaste arrancarle a Asler el ala que le quedaba. Te has vuelto más duro, amigo. Casi todos lo comentan.

Asius lo habría dudado en otras circunstancias, pero Vyns era un espejo perfecto en el que mirarse.

—Tal vez... ¿Crees que hice mal?

—¿Estás de guasa? Ojalá me hubieras ordenado arrancarle la cabeza. A mí me parece perfecto, precisamente por eso me extraña que a ti también.

Otro razonamiento válido. Antes no solían estar de acuerdo, a pesar de que compartían los mismos objetivos. Asius dudó.

—¿Y si me equivoco? —Se sentó en una de las rocas que había destrozado—. Esta batalla será la definitiva. Si perdemos, Vyns, todo se acabó.

Se odió por dar voz a sus pensamientos, por cargarle a Vyns una responsabilidad que no le

correspondía, un peso que solo deberían soportar los miembros del Consejo. No era justo. Y sin embargo quería conocer su opinión. Llevaba demasiado tiempo asumiendo un compromiso en solitario, por miedo a que sus planes llegaran a oídos del traidor.

—Si lo llego a saber, no digo nada —gruñó Vyns—. Pero qué te pasa, hombre. Tú nunca has dudado, no te importa lo que piensen los demás, ni siquiera cuando Ergon te puso trabas para probar el escudo de la Ciudadela, ¿recuerdas? ¿Ahora vas a rajarte?

—Solo sé que no habrá una segunda oportunidad. Si fallo al...

—Esto es el colmo. ¡Asius! Me repugna verte así. ¿Por qué me pides consejo a mí? Yo no sé una mierda de estas cosas. ¡Me estás asustando!

—Lo siento.

—¡Pues no lo sientas! —Vyns le levantó por los hombros—. Me caías realmente mal cuando nos conocimos. Pensaba que un mierdecilla del Consejo no debería intervenir en operaciones de campo. ¿Y qué paso? Pues que yo estaba equivocado, como siempre. ¿Tengo que recordarte todo lo que has hecho? ¡Venga ya! Tu instinto es lo mejor que tenemos, no lo cambiaría ni por cien Yalas. Yo seguí tu intuición cuando no creía en ti y lo volveré a hacer. —Vyns dio un paso atrás y le dio un puñetazo a Asius en la boca—. Ahora, levántate. ¿Te parece este un buen momento para dudar?

Asius siguió tendido en el suelo un poco más, saboreando por igual la sangre de su labio roto y la lección que Vyns le acababa de dar.

—Creo que lo necesitaba —dijo al incorporarse—. Gracias otra vez.

—Vamos a seguir tu plan. Y cuando todo termine, la quinta esfera estará llena de plumas negras chamuscadas. ¡Que se jodan!

—Vamos allá.

—Así me gusta. Voy a por Stil —dijo Vyns—. Creo que estoy madurando...

Asius le observó mientras se alejaba y, una vez más, se alegró de contar con su apoyo. Luego, también él se fue, regresó donde los ángeles se preparaban para la que podría ser la última batalla de una guerra que nunca debería haber estallado.

Los ángeles formaban en batallones. Se colocaban en sus puestos y repasaban las armas, verificaban que los sanadores ocuparan su lugar, debidamente protegidos por el resto de los integrantes. Diacos paseaba entre ellos impartiendo órdenes y consejos.

Asius observó en silencio la estrategia general que adoptarían durante la batalla. Al parecer, Diacos había optado por una disposición en cinco batallones. Tres de ellos apostados al frente, centro, izquierda y derecha, y los dos restantes por detrás, apoyando allí donde hiciera falta según el curso que tomara el combate.

—Es una estrategia sencilla —le explicó Diacos cuando se reunieron—, pero sólida. No quiero arriesgarme con algo innovador por si...

No hizo falta que terminara la frase. Una defensa que los demonios desconocieran solo sería efectiva si el traidor no los advertía con antelación, en cuyo caso sería devastadora para los ángeles. Y aunque Diacos y Asius no lo habían hablado abiertamente, estaba claro que ese traidor mantenía alguna comunicación con los demonios, a juzgar por lo rápido que habían sido localizados.

—Tu decisión es acertada —convino Asius—. Es probable que el mismo hecho de que nos mostremos conservadores ya los desconcierte.

Diacos prosiguió detallando los pormenores de la estrategia. Asius fingía escucharlo mientras esperaba el momento apropiado para intervenir. El Justo había detallado un plan esencialmente defensivo, confiando en la ventaja de su posición elevada y en el desgaste de los demonios al no contar con sanadores. Aparentemente, no había fallos en su planteamiento. Pero solo aparentemente.

—Una vez eliminados sus evocadores, estarán perdidos —concluyó.

Asius continuaba mudo, esperando. Diacos no tardaría en hacer la pregunta precisa.

—Lo único que falta son los moldeadores —dijo el Justo—. Me han dicho que te los has llevado tú. ¿Me quieres explicar por qué?

Por fin. Era el turno de Asius.

—Aquí no puedo hablar. Sígueme.

Lo condujo lejos de los demás ángeles, a una gruta cercana a la que servía de prisión para Stil. Diacos frunció el ceño.

—¿Qué sucede?

—Es hora de que tengamos una charla en privado.

—El traidor —asintió Diacos—. Tú también temes que se entere de nuestros planes. Por eso has ocultado a los moldeadores, ¿no es cierto? Entiendo tu precaución, Asius, pero no podemos perder esta batalla, los necesitamos.

—No perderemos. Nadie se enterará de lo que planeo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque yo sé quién es el traidor.



Lyam se sentía hipnotizado por el abismo. Con los pies colgando del borde, le costaba apartar la mirada de la oscuridad. Había arrojado una piedra para comprobar hasta dónde alcanzaba su visión. El experimento fue frustrante.

El canto descendió dando bandazos y describiendo círculos, a veces parecía que ascendía un poco, como si hubiese rebotado contra algo, aunque no había nada. Al final, la negrura se la tragó y no pudo distinguirla más. Lyam era incapaz de calcular la distancia que había recorrido la piedra, pero de algún modo intuía que aún seguía cayendo.

Nilia le había explicado que había muchas cosas que no se podían comprender del Infierno, que ni siquiera ellos, después de tanto tiempo encerrados, pudieron descifrar ciertos fenómenos que eran frecuentes en aquel lugar, como la regeneración de las sombras y los titanes, que nunca desaparecían por muchos que mataran. Los demonios habían conseguido esclavizarlos porque eran los enemigos más débiles. Pero en las zonas más bajas del Agujero abundaban criaturas mucho más peligrosas.

Por supuesto, nadie había llegado a esa zona tan profunda, si es que existía, ni había regresado tras caer al vacío. Nilia también contó que en el precipicio no se podía volar, ni siquiera antes de la Onda; solo era posible hacerlo en los bordes. Quien se internaba en el centro, más allá de unos pocos metros desde la roca, caía sin remedio. Por eso, los demonios ni siquiera se arriesgaban a volar cerca del abismo, porque en el aire es mucho más complicado mantener la posición si alguna criatura empuja o golpea, no hay nada a que agarrarse. Lyam supuso que sus antiguos hermanos aprendieron todas aquellas lecciones de la manera más dura.

El ángel tampoco era capaz de vislumbrar la pared que tenía justo enfrente, al otro lado del Agujero, por la que tal vez ya habrían caminado ellos si habían completado más de una vuelta en la espiral que ascendían. Aquello le sugería que el Agujero era inmenso y que era imposible calcular el diámetro total. Tal vez ella lo supiera, pero no se lo diría, como tantas otras cosas.

Lyam también concluyó que era improbable sobrevivir en los senderos que ella había estado tomando. Sin sanadores, los demonios no habrían durado mucho, un par de siglos, tal vez, especialmente cayendo enfermos de vez en cuando. Durante su trayecto, tampoco se habían encontrado a ningún demonio, por lo que dedujo que había otras zonas del Infierno de las que ella les mantenía apartados deliberadamente. No estaba seguro del motivo, pero debía averiguarlo cuanto antes.

Varias pisadas lo sacaron de su ensoñación. Lyam se volvió a tiempo de ver una silueta que se aproximaba. Aquellas pisadas eran de alguien grande y pesado.

—¡Yala!

El gemelo sacudió la cabeza y agitó su melena dorada. Sus ojos pasaron varias veces sobre Lyam antes de detenerse definitivamente sobre él. El sanador lo estudió con preocupación. A primera vista no apreció ninguna herida en el cuerpo de Yala.

—¿Cómo te encuentras?

—Raro.

Yala contempló sus propias manos unos segundos, como si no las reconociera. Luego agarró una piedra y apretó hasta que reventó en pedazos.

—Yo te veo bien —sonrió el sanador—. Deja que te vea el pecho, a lo mejor…

—¡No! —Yala dio un paso atrás—. Golpéame en el estómago.

Lyam, tras asegurarse de haber oído bien, obedeció.

—Más fuerte… ¡Más! —exigía Yala.

Lyam tendría que recurrir a una piedra si el gemelo quería más fuerza porque el último puñetazo le había dejado los nudillos doloridos.

Luego, Yala extendió el brazo y le tocó el rostro, lo acarició.

—¿No me ves bien?

El gemelo sacó su espada. Trazó varias líneas de fuego con mucha rapidez. Cuando terminó, Lyam tenía la cabeza rodeada de llamas, si se movía un par de centímetros a izquierda o derecha, tocaría el fuego. Así que dio un paso adelante para alejarse.

Yala saltó, corrió y, con el hombro, embistió la pared de la montaña. Lyam esperaba que no se hubiera vuelto loco.

—¿Cómo sabes que está vivo? —preguntó Nilia.

Ella y Raven venían caminando. Nilia transportaba a Rick en sus brazos, que parecía inconsciente.

—Porque hace unos segundos me ha agarrado la muñeca y casi me la destroza —contestó Raven.

Nilia puso mala cara al ver a Yala empujando la montaña.

—Tenemos que continuar.

—¿No deberíamos esperar a ver si Rick también se despierta? —preguntó el sanador.

—No sabemos cuánto tardará, o si lo hará siquiera.

Raven se ofreció a llevar a Rick. Lyam vio en su rostro preocupación y culpabilidad, se sentía responsable de lo sucedido. Iba a decirle algo, pero Yala rugió acercándose a ellos.

—Nadie me va a llevar —dijo muy decidido.

Y arrancó a Rick de los brazos de Nilia. Después echó a andar el primero. Nilia no dijo nada, no es que hubiera muchos caminos para elegir. Así que se pusieron en marcha una vez más, entre la oscuridad, el frío y los gemidos del Infierno, tres características que parecían cobrar más intensidad conforme avanzaban. Lyam añoraba la luz, aunque tal vez era peor ver con claridad las deformidades que se adivinaban entre la negrura, los arroyos pobres y oscuros que discurrían sin congelarse, las rocas contrahechas y los salientes desiguales, la distribución sin lógica, incomprensible, de las paredes del Agujero.

Raven se fue quedando atrás progresivamente.

—No está cansado —dijo Nilia adivinando los pensamientos del ángel—. Quiere estar solo, así que no lo incordies con tus charlas.

El primer impulso de Lyam fue hacer justo lo contrario, pero reconoció que era solo por contrariar a Nilia, de modo que permaneció junto a ella. Y, como estaban a solas, le pareció un buen momento para indagar sobre sus intenciones.

—¿Qué le hiciste a Yala? —preguntó. Ella frunció el ceño—. Me dejaste sin sentido para que fuese Raven quien le enlazara con el menor y no yo.

—¿Quién es ahora el desconfiado? Lo cierto es que tienes la facultad de sacarme de mis casillas. Tus discursos me dan ganas de vomitar y lo peor es que tal vez habrías convencido a Yala de que no lo hiciera.

—No te creo.

—Ni siquiera lo toqué. Él mismo se abrió el pecho y Raven se ocupó de lo demás. No tienes que creerme, puedes preguntarles.

Sonaba sincera y natural, lo que no dejaba dudas de que mentía descaradamente. Yala, con toda probabilidad, corroboraría su versión, pero no podría contarle qué pasó mientras estaba inconsciente. Y preguntar a Raven era una pérdida de tiempo. No creía que fuese a mentir deliberadamente, pero estaba tan prendado de Nilia, que ella le podría manipular sin apenas esfuerzo.

No se le ocurrió cómo averiguar lo sucedido, así que no dijo nada. Permanecieron mucho tiempo en silencio, el suficiente para que Lyam se sintiera incómodo. Ella nunca se quedaba con ellos mientras se desplazaban, mucho menos junto a él. De repente, se sintió muy extraño recorriendo el Infierno en su compañía, al lado de uno de los demonios más letales y despiadados. Se preguntó si ella sentiría algo parecido.

—Me caes bien, pequeñajo —dijo de pronto Nilia.

Pocas veces se había sentido el ángel tan desconcertado. Ella no era dada a las ironías o las bromas, era directa y dura, de las que no tiene reparos en decir lo que piensa.

—No es un sentimiento mutuo —contestó él.

—Ahora me caes aún mejor. —Lyam creyó ver en ella algo así como una sonrisa—. ¿Sorprendido?

—Si finjo que te creo, sí, mucho.

—No más que yo —admitió Nilia—. Es una sensación muy molesta, ¿verdad?

—Para ti debe de ser insufrible.

—Tampoco dramaticemos. Irritante, más bien. A ti te pasa lo mismo. Tú quieres verme muerta y al mismo tiempo no te gusta desear la muerte de otro, ni siquiera la mía.

Lyam lo pensó unos segundos.

—La tuya sí, Nilia.

No tenía la menor idea de adónde quería ir a parar ella con aquella conversación. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—He pensado en lo que me dijiste —dijo Nilia—, sobre mi inevitable muerte y todo eso.

—¿Te dieron ganas de vomitar por la charla?

Tampoco era propio de él recurrir a la ironía, pero le salió sin más.

—Me pareció interesante. Estuviste muy elocuente, hablabas sin miedo, razonando. Otros estarían acobardados solo por encontrarse aquí dentro, sobre todo después de saber que el Viejo ha muerto.

Si no lo había entendido mal, Lyam acababa de recibir un piropo por parte de Nilia.

—Pero no te convencí —aventuró tratando de leer sus pensamientos.

—Pocas veces había oído tantas tonterías inteligentes.

—Lo suponía.

—Quiero decir —explicó ella—, que tus conclusiones me impresionaron. Considerando lo poco que sabes y crees saber, hiciste un esfuerzo mental considerable por analizarme.

—Nunca te he considerado complicada.

—Yo tampoco. Las grandes verdades son difíciles de ver, pero muy fáciles de entender.

Ahora Lyam creía ver a qué se refería ella. Era una conversación que a Lyam no le interesaba y que le extrañaba mucho que Nilia quisiera mantener con él. Deseó que hubiera alguien más con ellos para cambiar de tema, pero Yala iba muy adelantado, a veces lo perdía de vista, y Raven continuaba guardando las distancias.

—Entiendo que pienses que has visto la verdad, Nilia, pero no me apetece discutir sobre si el Viejo era...

—El Viejo no importa. Nunca importó. Ni esta guerra tampoco.

El ángel no pudo evitar hacer la pregunta obvia.

—¿Y qué importa, según tú?

—La verdad, esa que me hace ser tan simple.

La curiosidad, muy a su pesar, invadió a Lyam. Descubrió una verdadera tentación de averiguar qué podría pasar por la cabeza de Nilia para ser una asesina fría e inflexible. La invitó a proseguir con un gesto exagerado.

—¿Has considerado los diferentes desenlaces posibles de esta guerra? —dijo ella.

A Lyam le habría gustado decir que solo había una posibilidad: la victoria de los ángeles, pero no le pareció el momento de engañarse a sí mismo. Asintió.

—¿Y has pensado lo que pasará mil años después, por poner un ejemplo, en cada una de esas posibilidades?

—No —admitió.

—Se me ocurren tres desenlaces. Ganamos nosotros, vosotros o empatamos.

—Conforme, desde un punto de vista hipotético.

—En cualquier caso, se establecerá un nuevo orden, incluso si ganáis vosotros, algo cambiará. Y en los tres casos, con el tiempo, todo volverá a empezar de nuevo.

—No estoy de acuerdo —objetó el ángel.

—¿Qué importa quién gane? Antes o después, alguien estará en desacuerdo con el orden establecido y estallará otra guerra.

Ahora entendió su punto de vista. Y sí, era bastante sencillo, pero no lo compartió.

—Es natural que alguien como tú no vea esperanza en el futuro. ¿Por qué no cambiar de bando si todo da igual?

—Por preferencias personales, detalles sin importancia, que por otra parte no puedo evitar, pequeños matices que me hacen inclinarme por un bando concreto. Da igual lo que suceda, otra guerra vendrá después, y luego otra, y así sucesivamente. Somos inmortales y yo pienso seguir aquí y participar en todas ellas. En cada una elegiré el bando que más me convenga en ese momento. Y para que todo eso pase, tengo que ser la mejor. Eso es lo único que importa.

—No sé ni por dónde empezar a explicar cuánta repulsión me produce tu... verdad, filosofía o como quieras llamarlo. Nunca he oído nada tan egoísta. Algunos de nosotros, y seguro que

también ocurre entre los vuestros, se preocupan de los demás, de conseguir una mejora para sus seres queridos, de... No sigo porque no creo que puedas entenderlo. Tú solo quieres ser una especie de guerrera imbatible y tener la capacidad de matar a cualquiera. Tu cerebro tiene que estar podrido. ¿Por qué me cuentas esto a mí?

—Ya te lo he dicho, porque me caes bien.

Lyam comenzó a pensar que tal vez fuera cierto. Podría haberle confiado sus anhelos para ganarse su confianza y ablandarle, pero ese no era el estilo de Nilia. Ella no vería en él alguien a quien tuviese que convencer de nada, solo de darle órdenes mientras lo necesitara.

—Puede que hables conmigo porque estás sola. Nadie comparte tus ideas, ni siquiera los tuyos, y los menores solo pelean por estupideces, no por ideales, como nosotros.

—Eso suponiendo que estar sola fuera un problema para mí. Imaginemos por un momento que se da ese futuro que he planteado. En la siguiente guerra, yo podría luchar a tu lado si nuestros intereses coincidieran en el nuevo conflicto, pero tú, no. Tu rencor te impediría olvidar quién soy, salvo en circunstancias extremas como ahora.

De pronto, Lyam sintió la urgencia de salir de allí y regresar al Cielo inmediatamente, alejarse de Nilia cuanto antes. Por primera vez sintió un pequeño pinchazo en su conciencia, diminuto, pero imposible de obviar. Se había sentido mal por rechazar a alguien que le repetía que le caía bien, y por saber que, efectivamente, de darse una situación como la que había descrito, se comportaría tal y como ella suponía. Pero eso no era todo. La conversación estaba siendo... estimulante.

A pesar de todas las atrocidades que Nilia había confesado, Lyam quería saber más de ella y su modo de pensar. Jamás la había considerado seductora en ningún aspecto más allá del físico, pero ahora deseaba conocerla mejor, veía profundidad en sus pensamientos, por muy simples que a ella le resultaran. El pinchazo diminuto se había convertido en una brecha alarmante. La atracción que experimentaba, muy lejos de lo que pudiera considerarse amor, era infinitamente más peligrosa que la física.

Ella había traicionado y matado a saber cuántos ángeles, y encima con su ayuda, ya que en la primera guerra fue él quien la curó. Pero, ahora, nada de eso hacía mella en su estado de ánimo. Lyam tuvo miedo de ella. Si su confusión no era temporal, si Nilia era capaz de cambiarle con un simple «me caes bien», se trataba de la criatura más peligrosa de toda la Creación. Lyam estaba convencido de que las ideas y creencias eran lo más importante de todo. La superioridad física era una cualidad ridícula comparada con la capacidad de influir en las convicciones. ¿Hasta dónde podría llegar Nilia si se diera cuenta de ello y decidiera pulir su actitud y sus palabras? ¿Quién podría resistirse a ella si empezaba a mostrar amabilidad o empatía en los momentos precisos?

Apretó el paso y se alejó de Nilia, que no hizo ademán de seguirlo. Caminó solo con sus pensamientos en el peor lugar de la existencia. Y fue él quien se sintió solo. Se dio cuenta de que hacía mucho que no pensaba en Vyns o en Asius, en cómo les iría, en que tal vez la guerra habría

terminado cuando salieran. También pensó en lo que supondría no salir nunca y estar allí encerrados durante milenios. No resultó un pensamiento agradable.

Regresó al presente cuando alcanzó a Yala. Primero se le ocurrió que le estaba esperando, pero luego se dio cuenta de que se dirigía hacia él. El gemelo se detuvo y dejó a Rick en el suelo, contra la pared de la montaña.

—Cúrame —dijo Yala.

Al no advertir daño alguno en él, Lyam entendió que Yala se refería a Rick. El menor sangraba abundantemente por una pierna. El sanador tardó poco en cerrar la herida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Yala, volviendo a su lado.

—Tenemos compañía —contestó Nilia. No la había sentido acercarse, pero ya estaba junto al gemelo, con los puñales brillando en sus manos—. Retrocede y avisa a Raven. Preparaos.

El sanador obedeció y con pequeños saltos descendió entre las rocas. A punto estuvo de desplegar las alas para mantener el equilibrio, por pura inercia, pero recordó la advertencia de Nilia y el peligro que suponía con el borde del abismo tan cerca.

Raven se asustó un poco al notar la urgencia en su rostro.

—Hay problemas, deprisa —le apremió Lyam.

Ascendieron tan rápido como podían, que era más despacio que lo que Lyam juzgó normal. Sus movimientos parecían algo más lentos, era como si su cuerpo tardara en reaccionar a las órdenes que le daba. Raven, con pasos frenéticos, tenía dificultades para mantener su ritmo.

Sonaron golpes y rugidos, saltaron chispas, líneas de llamas asomaron por encima de sus cabezas, desde detrás de la montaña. La cornisa describía una curva más adelante y al rebasarla se toparon con la pelea.

Había tres titanes, uno de ellos parecía de metal, en vez de piedra, y era algo más grande, debía de alcanzar los tres metros de altura. Tanto Yala como Nilia sangraban. Sin decir nada se dispusieron a curar. Las heridas de Yala desaparecieron justo a tiempo para que pudiera detener un enorme brazo de piedra que de otro modo le habría aplastado.

—Maldición —soltó Lyam—. Hemos curado los dos a Yala.

—Parecía más grave...

—Ocúpate de Nilia.

Pero ya era tarde. Su pierna herida no le permitió esquivar a tiempo al titán metálico. Los dos puños se cerraron al mismo tiempo, aplastándola en medio. Raven gritó, enloquecido. Lyam temió que el menor cometiera una estupidez y abandonara su posición, pero no fue así. La curó y ella logró rodar sobre sí misma para evitar un nuevo impacto, aunque todavía no podía ponerse en pie. Yala acudió en su ayuda y absorbió con su cuerpo el siguiente puñetazo. Su espalda crujió

y se restableció casi al instante. Lyam había anticipado el golpe y aplicado la cura en el momento exacto.

Aparecieron muchas sombras, ladrando y babeando, que dificultaron mucho las maniobras de Nilia y Yala, pero ni una sola de ellas molestó a Lyam o Raven, que consiguieron curar sin interferencias. El sanador notó el cambio en Nilia, en su modo de combatir, ocupando más espacio, bloqueando, sin esquivar más que golpes letales, y supo que sus palabras habían causado efecto en ella. Raven también había mejorado mucho, se controlaba, y eso le permitía calcular con mayor precisión las sanaciones. Lyam casi sintió algo similar al orgullo, especialmente cuando Yala arrojó a uno de los titanes por el precipicio, junto a un buen número de bestias. Aquel extraño grupo que formaban empezaba a funcionar y a coordinarse.

La batalla parecía controlada, ningún enemigo lograba sobrepasar a Yala o Nilia. Lyam se relajó lo suficiente para preguntarse una vez más cómo pudieron sobrevivir los demonios en el Infierno sin sanadores.

—Hay que retroceder —gritó Nilia.

Raven, al igual que él, no entendió el problema. Desde su posición atrasada no veían peligro, por lo que Lyam dedujo que algo debía de estar aproximándose desde delante. No tardaron en descubrirlo. Varias cabezas, al menos tres, asomaron por encima de ellos, grandes y deformes. Eran titanes, junto con las bestias que los acompañaban. Yala estuvo a punto de perder la espada y Nilia lo pasó realmente mal para seguir peleando. El sanador se encaramó a un saliente y lo vio. Una masa de enemigos apelotonados frente a ellos. No importaba cuántos matasen, era imposible detenerlos a todos.

Varias sombras superaron a Yala y saltaron sobre Raven. Lyam tuvo que ayudarle a acabar con ellas. Y las consecuencias de la falta de curaciones se notó en Nilia y Yala.

—Raven, escúchame, tienes que...

El menor le apartó de mala manera.

—Tengo que curarla —chilló desesperado.

—Escúchame, solo tenemos una posibilidad. Tienes que levantar el suelo para bloquear su avance o moriremos.

—¿De qué me estás hablando? Yo no puedo hacer eso.

Más sombras los acosaron. Lyam lo protegió con runas. Yala cayó en ese momento bajo el peso de dos titanes. Nilia recibió un impacto directo en el pecho, que la aplastó contra la pared, y acto seguido, un titán le rompió el brazo izquierdo.

—Sí puedes. ¡Y tiene que ser ahora! Yo les contengo, pero hazlo rápido, porque no duraré.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Raven—. Yo no...

—Apoya las manos en el suelo y concéntrate. ¡Ya lo hiciste una vez! ¡En Londres!... Fue después de que Maya muriese. Te perseguíamos, ¿recuerdas? Te metiste en una alcantarilla y provocaste un derrumbamiento. —Lyam vio en su frente el esfuerzo que hacía por recordar—. Es una habilidad de los moldeadores, Raven, y tú la tienes. ¡Maldición, tú puedes hacer lo mismo que cualquiera de nosotros! ¡Hazlo o Nilia morirá!

Lo dijo para presionarle, aunque no dejaba de ser cierto que la vida de Nilia corría peligro, y funcionó. Lyam le vio posar las manos en el suelo. Tenía que darle tiempo. Curó a Nilia lo que pudo, que no iba a ser suficiente para soportar el castigo al que la sometían los titanes. A Yala no lo veía por ninguna parte, era como si todos los enemigos estuvieran saltando sobre la demonio. Entonces llegó un titán con el brazo en alto y Lyam contempló horrorizado al gemelo colgando boca abajo de su puño de piedra. Yala movía un poco los brazos, pero era evidente que no tenía fuerzas. Una sombra saltó y le mordió la cabeza. El titán los estrelló a los dos contra el suelo con una fuerza demoledora, que hizo que la sombra reventara en pedazos. Cuando volvió a levantar a Yala, ya no se movía ninguna parte de su cuerpo. Pero eso no fue suficiente para el titán, que lo estrelló de nuevo contra el suelo. Esta vez lo soltó y lo dejó allí tirado. Luego dio un pequeño salto y aquella montaña en miniatura cayó encima de Yala, que acabó sepultado.

El suelo tembló en ese momento. Una vibración salvaje se propagó en todas direcciones. Lyam, espantado, creyó que era el fin. El temblor continuó durante varios segundos y se dio cuenta de que no era debido al salto del titán.

Raven, con el rostro espantosamente deformado por el esfuerzo, jadeaba. De sus manos brotaba una luz áspera y sólida que se fundía con la tierra a su alrededor. La montaña palpitó y se onduló; el Infierno aulló, puede que en señal de protesta. Sonaban crujidos, caían pedruscos por todas partes.

—Eso es —lo animó Lyam—. Levanta una pared... ¡No! ¡Arriba, Raven! ¡Arri...!

La cornisa se hundió en el abismo, junto con un número incalculable de enemigos. Lyam no pudo hacer nada más que saltar hacia la montaña para evitar caer también. Se agarró como pudo mientras un terremoto se producía justo bajo sus pies. Raven estaba descontrolado, pero no se movía, seguía arrodillado, hasta que una roca lo aplastó. Lyam perdió el apoyo y estuvo a punto de resbalar, pero por suerte logró sostenerse con las manos.

Con la montaña entera temblando y sin nada a que aferrarse, no tuvo más remedio que sacar las alas. Las balanceó con todas sus fuerzas y logró dar un salto hasta lo que quedaba de cornisa. Ascendió tan rápido como pudo, temiendo que no tardaría en desmoronarse aquella parte también.

Entonces algo chocó contra él y se enredó entre sus alas. Perdió el equilibrio, rodó hacia abajo y, finalmente, no pudo evitar caer por el precipicio.

Durante un segundo lo único que había debajo de sus pies era el abismo del Infierno, su frío, su oscuridad que parecía envolverle con más fuerza en la caída. Reaccionó movido por la desesperación y su brazo encontró una piedra a la que aferrarse. Al detener su caída se estrelló

contra la montaña. Sus alas soportaban mucho peso. Debía de tratarse de una sombra que se le había echado encima. Con esfuerzo miró hacia abajo y vio a Nilia colgando de su ala derecha.

Más rocas se desprendían y caían a su alrededor.

—¡Sube! —consiguió decir—. ¡Trepa por encima de mí!... ¡Rápido!

—Tengo un brazo y un pierna rota —susurró ella con voz débil—. Cúrame.

—¡Caeríamos! No puedo.

—Entonces... tienes que subir tú solo.

Era la única solución. Lyam recabó fuerzas y logró flexionar el brazo y alcanzar un saliente situado más arriba. La espalda le dolía como si tuviera clavada una espada. No podría ascender mucho más, no lo suficiente para alcanzar los restos de la cornisa. Aun así lo intentó, pero su mano resbaló y descendió un poco más. El peso de Nilia provocó un tirón muy doloroso en su ala.

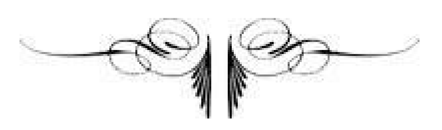
—¿Podrías subir sin mí? —preguntó ella.

—¡No! ¡No te dejaré caer!

Sabía que deshacerse de ella era su única posibilidad de continuar con vida. Pero sabía también que no sería capaz de abandonarla. Lo intentó una vez más, pero ya no le quedaban fuerzas, su brazo no respondía. El ala de la que colgaba Nilia se rasgó y Lyam, gritando de dolor, sintió la sangre resbalando por su espalda. Se mareó, perdió la noción de lo que era arriba y abajo.

Lo último que vio fueron sus dedos perdiendo la roca a la que se agarraba.

CAPÍTULO 6



En el centro había una roca negra y deforme bastante grande. Los edificios que la rodeaban estaban todos parcialmente derruidos, muy pocos seguían intactos. El Támesis, firmemente congelado, se había convertido en un espejo y en su superficie brillaba un círculo negro enorme.

Los siguientes grandes puntos de destrucción los marcaban los cinco edificios que habían ascendido para crear el portal que usaron los demonios para invadir el Cielo. Ahora, después de que los cinco edificios se estrellaran contra el suelo, casi todo lo que había a su alrededor eran ruinas irreconocibles. Había coches destrozados, calles salpicadas de cristales, escombros, derrumbamientos. La muralla de Londres continuaba en pie, rodeando la ciudad. Había cedido en algunos lugares en los que sus viejas y decrépitas planchas de acero se habían separado bastante, pero no habían caído a pesar de la gran devastación. Un símbolo de llamas ardía entre dos de las planchas de la muralla.

—¿Hasta qué punto es fiel? —preguntó Thomas agachado sobre la maqueta que ocupaba toda la mesa—. Los detalles son impresionantes, veo hasta las cortinas a través de las ventanas rotas de los edificios. ¿Así es realmente como ha quedado la ciudad?

—Hasta el último ladrillo —aseguró Jack—. El grandullón tiene un ojo infalible.

Gordon y Thomas miraron con desconfianza y respeto al gigantesco hombre negro que se sentaba en una silla con aspecto serio e indiferente. Que la silla soportara su peso no era menos sorprendente que el detalle de la maqueta. El hombre permanecía silencioso y sin moverse, salvo para acariciar su calva de vez en cuando. Había colocado la enorme maqueta de Londres sobre la mesa, como si fuera una pluma, y luego, sin decir una palabra, se había retirado a una esquina de la sala principal del Museo Ashmolean, donde habían establecido el centro de mando.

—¿Y esas rocas pequeñas que hay por la ciudad? —preguntó Thomas.

—Bancos de niebla —contestó Gordon—. Se convirtieron en piedra al mismo tiempo que la roca grande del centro, el portal que usaron los demonios.

—Luego discutís los detalles tácticos sobre la toma de la ciudad —dijo Jack—. Ahora vamos a trazar la estrategia general, que es bastante sencilla, por cierto. La clave está en la runa de la muralla. —Señaló el símbolo de llamas que ardía en la maqueta.

—Si la escala es correcta —dijo Thomas—, debe de ser enorme.

—Tan grande como una de las planchas de acero —confirmó Jack—. Esa runa la creó un ángel muy especial al que llaman Yala. En realidad, son dos gemelos, pero parece que es solo una mente la que los controla.

—¿Un ángel con dos cuerpos? —preguntó Gordon, escéptico. No terminaba de acostumbrarse a tratar con conceptos tan irreales. Él había presenciado a los gemelos crear aquel símbolo de fuego entre las planchas de acero, pero no se le había pasado por la cabeza que pudieran ser un mismo ángel. Ni siquiera podía imaginar cómo algo así era posible.

—En efecto, dos cuerpos idénticos y una sola mente —dijo Jack—. Al parecer, ni siquiera los demás ángeles conocen bien la naturaleza de Yala. Lo que nos importa es que es muy fuerte. Y su runa, debidamente modificada, va a dar una sorpresa a los demonios que no se imaginan.

—¿Cómo de fuerte es ese tal Yala? —insistió Gordon.

—Espera un momento —intervino Thomas—. Dijiste que los ángeles y los demonios no pueden... ¿cómo era? ¿compartir los trazos de esos símbolos? Vamos, que las runas solo las puede modificar quien las crea. ¿O lo entendí mal?

—Lo entendiste perfectamente.

—¿Entonces?

—Que nosotros no somos ángeles ni demonios.

—Sigo sin...

—Por Dios, Thomas —se irritó Gordon—. No entiendes nada.

Gordon tenía serios problemas para planificar un ataque contra un enemigo del que no sabía nada, aunque no lo admitía, por supuesto. Toda esa palabrería sobre runas y espadas de fuego le producía una gran frustración. Él estaba acostumbrado a medir a su adversario en términos reales, tangibles, que conocía perfectamente: armamento, soldados, munición, y así sucesivamente. Su especialidad era estudiar el campo de batalla y aprovechar hasta el último detalle posible para obtener ventajas tácticas sobre su oponente. Y se le daba realmente bien. Era un gran estratega militar, a la altura de los grandes de la historia de la humanidad, a quienes había estudiado en profundidad durante muchos años. Gordon estaba convencido de que si él hubiera sido Hitler, toda Europa se habría convertido en Alemania, al menos hasta la Onda. Pensaba lo mismo de Napoleón, Carlo Magno o cualquier otro gran conquistador. Era consciente de sus aciertos y errores, y estaba convencido de que él lo habría hecho mejor. La Onda supuso para él una oportunidad con la que había soñado toda su vida, la de entrar en guerra, en una de verdad, y demostrar de lo que era capaz. Gordon nunca lo había confesado, pero disfrutaba con la lucha, dirigiendo un ejército y superando a sus rivales. El arte de hacer la guerra era la meta sublime, su razón de ser, y él era un maestro con el que nadie se podía comparar. Al menos, hasta ahora.

El adversario que tenía enfrente era totalmente distinto. De poco le servían ahora su experiencia y conocimientos bélicos. El enemigo, además de ser fuerte, no necesitaba dormir ni

comer, sitiarlo era una estupidez. Tampoco dependía de un armamento que se le pudiera agotar, como las balas de una ametralladora. Carecía de puntos débiles. Un hombre desarmado, sin comida ni munición, no podía combatir. Un maldito demonio siempre era un soldado listo para pelear. Ni aunque por un milagro lograra arrebatarles sus espadas, podría derrotarlos. Lo cierto era que Gordon no veía cómo podían vencerlos. Hasta que Jack, por fin, dijo algo interesante.

—Quieres decir que nosotros sí podemos modificar sus runas, ¿verdad?

—Es en lo que he estado trabajando con Sirian.

—¿Y los demonios no lo saben? —insistió Gordon.

—Ni los ángeles —sonrió Jack—. No sé cómo lo descubrió Sirian, pero por eso nos necesita.

—Entonces es nuestra oportunidad —se animó Gordon—. El factor sorpresa es decisivo en muchas batallas. Si podemos hacer algo que no se esperen, no podrán estar preparados para defenderse. La cuestión es qué se puede lograr alterando esos símbolos.

Jack se levantó de la silla.

—Te adelantas a la explicación, Gordon, pero vas por buen camino. Es mejor que lo veáis vosotros mismos a que yo os lo cuente. —Jack desenfundó una espada de fuego, poco más larga que un puñal—. Atended porque esta demostración solo se puede llevar a cabo una vez por razones obvias.

Jack se acercó a la maqueta de Londres por el lado en el que se encontraba la imitación de la runa que había trazado Yala. Extendió la punta de la espada con cuidado, guiñó un ojo, calculó y midió. La hoja de la espada se fundió por un instante con el fuego del símbolo, luego extendió uno de los trazos hacia un lado, añadió otro, retocó en varios puntos las llamas, que obedecían a la espada con mucha facilidad.

—No ha pasado nada —dijo Thomas cuando parecía que Jack había terminado.

—Falta activarla. Dad un paso atrás.

Obedecieron. Jack repasó una línea que ocupaba el centro del símbolo y también se apartó. Casi inmediatamente el fuego cobró un brillo mucho más intenso y osciló, comenzó a extenderse por toda la muralla. Las llamas se propagaban por las planchas de acero con mucha rapidez, hasta que se encontraron en el extremo opuesto de la circunferencia. Ahora había un círculo de fuego rodeando Londres.

El fuego creció una vez más, esta vez hacia arriba, varios centímetros, lo que a escala real podrían suponer decenas de metros. Y de repente, desapareció en el más absoluto silencio.

Gordon y Thomas miraron asombrados el resultado. La maqueta se había convertido en un enorme círculo de ceniza, aunque no desprendía humo. La sala y los allí reunidos permanecían intactos, pero la maqueta se había reducido a un montón de arena gris, excepto las rocas que representaban los bancos de niebla.

—¡Es una bomba! —dijo Gordon.

—Nosotros la convertiremos en una —puntualizó Jack—. Y todos los demonios se consumirán, dejándonos el camino despejado hacia las puertas del Infierno, que se encuentran justo aquí. —Señaló una masa gris que descansaba sobre el Támesis.

—También es niebla, ¿verdad? —preguntó Thomas—. ¿Por qué no se petrificó como el resto?

—Esa niebla la fabricaron los demonios en el Infierno. Por tanto, es diferente, no está conectada con la del Cielo ni el mecanismo que la solidificó.

—Demasiado fácil —objetó Gordon—. ¿Nos van a dejar pintar ese garabato así, sin más? La única razón de que no vomite ante este plan es que los demonios no tienen razones para defender ese punto si no saben que podemos modificar la runa.

—Y que no nos temen —señaló Jack—. Ni siquiera les importamos.

—Pero tu amigo, sí. ¿O ya has olvidado al demonio que te hizo ese corte de pelo? Nos está utilizando para esconderse mientras le hacemos el trabajo sucio. Una actitud que me resulta familiar, por cierto.

—Es un ángel, Gordon —dijo Thomas—. ¿Cómo puedes dudar de él? Si no confiamos en...

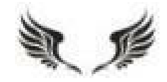
—Es un traidor —le cortó Gordon—. Y como dijo Jack, los demonios también eran ángeles. Yo no me fío de nadie. Para mí es un cobarde con alas. Y harías bien en olvidar todo lo que creías saber sobre ellos, Thomas. Esa fe ciega que tienes me pone enfermo.

Thomas palideció de rabia ante las palabras de Gordon, pero Jack se apresuró a intervenir.

—Yo tampoco me fío de Sirian, Gordon, ya te lo he dicho, pero lo necesitamos. ¿Qué opciones tenemos sin él? ¿Tienes un plan mejor? Mientras no sellemos el Infierno, le seguiremos el juego. Además, ya no podemos echarnos atrás. Se nos ha acabado el tiempo. Los demonios saben dónde estamos o lo sabrán muy pronto. Solo tenemos una oportunidad. Cuando descubran que podemos alterar sus runas, perderemos la sorpresa y defenderán la muralla para que no podamos hacer nada. Y en un enfrentamiento directo no tenemos nada que hacer. Un intento, eso es todo. Si fracasamos, se acabó. ¿Lo habéis entendido?

—Perfectamente —gruñó Gordon—. Vamos a realizar un ataque suicida por la situación en la que tú y ese traidor nos habéis metido. Serán mis hombres los que arriesguen la vida, como siempre, mientras tú te fumas un puro. Y solo tengo tres días para preparar un asalto contra el Infierno para salvaros a todos. ¿Me he dejado algo o lo he entendido todo?

—Solo un detalle —contestó Jack—. El ataque tiene que ser mañana.



El lugar acordado para el intercambio consistía en dos montañas enfrentadas con un abismo insalvable entre ellas, ahora que volar era una facultad perdida. Tanon supuso que por eso lo había escogido Asius. Allí podrían hablar cara a cara sin que el ángel tuviera que temer un ataque por parte del demonio.

El barón se detuvo al pie de la ladera. Con su espada cortó el aire y lanzó un arco de llamas hacia arriba. Desde la otra montaña emergió un arco de hielo a su encuentro y chocó contra el suyo en el medio exacto, a muchos kilómetros de distancia del suelo. Era la señal acordada.

Tanon guardó el arma y comenzó la ascensión, sabiendo que Asius estaría haciendo lo mismo en la montaña de enfrente. La pendiente era suave y alargada, e iba ganado altura progresivamente, hasta llegar a un acantilado brusco. Enfrente había otro acantilado idéntico y una pendiente en la dirección contraria.

Aquella formación había formado parte de una única montaña, la más alta de las siete esferas, hasta que los moldeadores la retocaron. Fue una prueba del Viejo, como parte de su formación. Les pidió que extrajeran la parte central y la transportaran hasta el borde de aquella porción de tierra. Tardaron mucho e hizo falta un número considerable de moldeadores, pero lo lograron. Y enseguida quedó a la vista la verdadera intención del Viejo. El resultado, las dos montañas enfrentadas una vez extraída la parte central, eran dos alas gigantescas contempladas desde la distancia. La parte suave era el extremo; la alta representaba la principal articulación plegada. Se trataba de una escena hermosa, digna de ser observada, con un realismo tan conseguido que situarse entre las montañas daba la impresión de estar caminando sobre la espalda de un ángel de proporciones titánicas.

El pico extraído del centro, el más alto de toda la Creación, brillaba a lo lejos. Era conocido como el Mirador y desde su cima se podía contemplar el mundo de los menores.

Tanon había dejado a Renuin en la base del acantilado, atrapada en una red de runas que podían matarla en un instante si las activaba. De igual manera procedió Asius con Stil. El intercambio sería muy simple. Liberarían a los prisioneros y vigilarían desde lo alto cómo caminaban hasta cruzarse y llegar a la montaña opuesta.

Era la hora.

Asius aguardaba cuando Tanon llegó a lo más alto. Le pareció que el ángel tenía el semblante más serio, más oscuro de lo que recordaba.

—Comencemos —dijo Tanon nada más llegar.

—Antes debemos hablar —objetó Asius desde la montaña de enfrente.

—No tengo nada que hablar contigo. Estamos aquí por el intercambio. Nada más.

—Entonces escúchame.

—Te escucharé mientras ellos caminan. En cuanto Stil esté conmigo nos iremos. Y la próxima vez que te vea te mataré. ¿Te gusta la charla?

—Quiero la paz, Tanon.

El demonio tardó en reaccionar ante esa declaración. No era una burla. Ni el tono ni la expresión de Asius lo sugerían, tampoco su carácter. Tanon sabía que era inteligente, así que no entendía cómo podía haber dicho semejante estupidez.

—Pues rendíos. Salvaréis la vida y conseguiréis la paz. No hay otra manera. Lo único que tenéis que hacer es meteros todos en el Agujero.

—Tú no eres tan ingenuo, Tanon. No necesitas mantener tu actitud agresiva conmigo. Yo te conozco.

—Me conocías —le corrigió el demonio.

—Es posible —concedió el ángel—. Has cambiado, lo entiendo, pero espero por el bien de todos que el Tanon que yo conocí siga ahí dentro y no lo hayas olvidado. El nuevo, por lo visto, es un idiota incapaz siquiera de escuchar una oferta de su adversario antes de que se produzca el mayor holocausto imaginable.

—¿Quieres que te escuche? Bien, libera a Stil, empecemos de una vez. Tienes mi palabra de que soportaré tu cháchara mientras ellos caminan.

Asius asintió y sacó su espada, para lanzar un arco hacia la base de la montaña. Tanon hizo lo propio. Desde las alturas vieron las dos siluetas que echaban a andar como dictaba el protocolo, en ascensión, despacio, limitados sus movimientos por las cadenas atadas a sus pies.

Asius y Tanon retomaron la conversación.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —se lamentó Asius—. Te veo ahí, frente a mí, veo tu odio y no lo comprendo. ¿De dónde sale ese rencor tan profundo? Después de tanto tiempo... Antes no eras así. Te has rebelado. Has demostrado que eres el más fuerte. ¿Qué más quieres? ¿Qué buscas en realidad?

—He prometido escucharte, no responder a preguntas idiotas cuyas respuestas ya deberías saber.

—Yo las conozco, pero no sé si tú también. No encontrarás en esta guerra lo que de verdad buscas. Ni aunque la ganes.

—Voy a hacerte un favor, por si quieres emplear toda tu sabiduría en algo que de verdad merezca la pena. Tu planteamiento es erróneo desde la primera palabra. Crees que yo puedo detener la guerra y no es así. Si muriera, aquí y ahora, nada cambiaría. Los demonios no se

retirarán jamás. Y no puedes comprender nuestras motivaciones, no te esfuerces. Si quieres saber la verdad, renuevo mi oferta. Entrad en el Infierno. Cuando hayáis pasado allí una temporada y sepáis lo que significa, entonces podremos discutir lo que quieras.

—No me importan los demás. Estoy hablando contigo, Tanon. Quiero que sepas que aún no es demasiado tarde para ti. No has llegado al final...

—No mientras sigas con vida.

—Puedo ayudarte.

—De acuerdo. Voy a fingir que quiero y necesito tu ayuda. ¿Vas a detener la guerra y a dejarnos libres? Porque sabes perfectamente que nosotros no consentiremos que nos vuelvan a encerrar. El Viejo ordenó que nunca saliéramos, ¿recuerdas? Y sus decisiones son irrevocables. ¿Están los ángeles dispuestos a desobedecer una orden del Viejo?

—Algunos reclamaron que os liberaran. Le pidieron al Viejo que os concediera otra oportunidad.

—Pero tú no eras uno de ellos.

—No, es cierto.

—Y el Viejo se negó —escupió Tanon—. Típico.

—Esta vez será diferente. Yo puedo...

—¡No! ¿Dónde estabas cuando te necesité de verdad, cuando el Viejo me despreciaba delante de todos? ¿Se te ha olvidado eso? Me diste la espalda como los demás. Y ahora que ves peligrar tus alas te vuelves mi amigo. ¡Olvídalo!

Asius hizo una pausa y tomó aire.

—Llevas razón. No te apoyé y lo lamento. Ojalá pudiera cambiar el pasado. Pero sabes que no todos te dieron la espalda. Tal vez yo no merezca tu perdón, Tanon, eso debes decidirlo tú. Pero no puedes juzgarnos a todos por lo que yo hiciera entonces. Estás aferrándote a tu odio, alimentándolo. Antes no eras así, eras el más apasionado de todos, un ángel con un don excepcional que se desvivía por el Viejo.

—Y a él no le importaba. Realicé todas y cada una de sus tareas. Soy el mejor, pero él se burlaba de mí con su silencio y su desprecio. Nunca me premió, ni una sola vez.

—Puede que tuviera expectativas más altas para ti que para los demás.

—¡Eso es mentira y tú lo sabes! No solo me rechazaba, premiaba a quienes se oponían a mí. Como a ese asqueroso de Ergon. Todo el que me daba de lado recibía una recompensa. ¿Por qué? ¡Dímelo! ¿Quieres ayudarme? ¡Explícame por qué me trató de esa manera! ¡Por qué apartó a todo el mundo de mi lado! ¡Incluso a mi propio padre!

En un gesto descontrolado, Tanon sacudió la espada y un peñasco se convirtió en polvo. La base de la montaña tembló.

—Ya no estás solo. Esa rabia te está matando, Tanon, aunque no te des cuenta.

—¿Qué sabrás tú de matarse? ¡Nada en absoluto! —A Tanon se le cayó la espada y se tambaleó. Sus ojos brillaron húmedos cuando se encaró a Asius—. ¡Yo solo quería que él me quisiera!



Renuin vio caer el fuego de Tanon desde lo alto de la montaña, directamente sobre ella. Las llamas que la aprisionaban hasta ese momento se disolvieron con un siseo. Vio también el hielo de Asius descendiendo a lo lejos.

Los grilletes limitaban sus movimientos, la obligaban a caminar despacio, y la mordaza le impedía pronunciar palabra alguna. Mientras andaba le llegaban los ecos de la conversación entre Tanon y Asius, aunque no con suficiente claridad como para entender sus palabras. Frente a ella se acercaba Stil, también encadenado, también con paso lento. Aún tardarían en llegar al punto en el que se cruzarían.

Renuin no sabía si podría mirarlo a los ojos. Tampoco si él querría hacerlo. Era el ángel que había amado durante toda su vida, desde que los crearon, nunca había habido otro y sabía que nadie podría ocupar su lugar jamás. Stil era el mismo ángel contra el que había combatido desde que se inició la guerra. Recordó cuando le dijeron que se había unido al otro bando, cómo su interior se desgarró en pedazos. Terminada la guerra, Renuin pasó mucho tiempo pensado en él, si habría muerto en el Agujero. La cuestión de si merecía o no el encierro por sus actos dejó de tener sentido para ella. Pasó mucho tiempo más hasta que asumió que no volvería a verlo.

Entonces llegó la Onda y todo cambió. Y cuando se encontró de nuevo frente a Stil en la Ciudadela, no estaba preparada para la petición que él le hizo de volver a su lado. En su interior se desató una batalla mucho más violenta que la que tenía lugar en la Ciudadela. Ardió el deseo de volver a estar entre sus brazos, con una intensidad que la sobrecogió, pero no fue el único deseo que se encendió dentro de ella. Deseaba también que la sangre que manchaba la ropa de Stil la hubiera derramado otro, que él no estuviera allí matando ángeles, que la persona que más quería no siguiera empeñada en desafiar al Viejo y todo lo que ellos representaban. El golpe más duro lo recibió cuando Stil le recordó sus motivos y su intención de tener descendencia con ella, algo con lo que Renuin había soñado desde que su unión se consumó. Un anhelo prohibido por el Viejo poco después de que Tanon naciera. Muy pocos fueron los que disfrutaron de la bendición de ser padres. Mientras todo aquello y mucho más se revolvía en lo más profundo de su ser, Stil aguardó una respuesta. La miraba mientras extendía una mano que ella deseaba coger. Sin embargo,

finalmente ordenó atacar y luchar contra aquellos traidores, contra su gran amor. Que fuera la decisión correcta no disminuyó el dolor que eso le causó.

Volvería a ver esos ojos dentro de poco, de cerca, si tenía el valor de enfrentarse a él, si él aún quería ver los suyos.



Asius escuchó esperanzado la última frase de Tanon en la que admitía su sufrimiento por haber sido menospreciado por el Viejo. Por desgracia, sus siguientes palabras destrozaron su esperanza.

—No quiero tu ayuda ni la de nadie —rugió el demonio recobrando la compostura, señalándolo desde el otro lado del abismo que les separaba—. No la necesito para acabar con vosotros. ¿Me oyes bien? Así solo lograrás enfurecerme más.

—Entonces morirás conmigo, Tanon.

—Si te consuela pensar eso...

—Todos vamos a morir si no detenemos la guerra. Ya has visto la luz. La cuarta esfera es inaccesible y amenaza con desestabilizar completamente la armonía. Si no buscamos una solución, no importará mucho quién gane. En pocos años todo desaparecerá.

—En mucho menos los ángeles estaréis muertos. Luego arreglaremos los desperfectos.

—¿Estás seguro? ¿Y si te equivocas y resulta que nosotros podríamos haberlo solucionado pero no nos lo permitisteis? Solo te pido una pausa, una tregua hasta que restablezcamos la armonía. Nos beneficia a todos.

—¡No! Estás exagerando los efectos que tuvo la Onda. No hay más que contemplar este lugar. Está exactamente igual que lo recuerdo, excepto por la luz. El Mirador continúa en pie. —Tanon señaló la montaña en el horizonte—. Esa es una señal de que no todo está perdido. Que vosotros no podáis arreglarlo no significa nada.

—El peligro es mayor de lo que crees. Renuin estudió...

—¡He dicho que no!

Asius no comprendió la negativa. ¿De verdad sentía Tanon tanta rabia que ya no era capaz de ver lo evidente? Ni siquiera había considerado lo que acababa de decirle. Tal y como había reaccionado, Asius pensó que Tanon habría rechazado cualquier propuesta. Una vez más se preguntó qué habría sucedido en el Agujero para cambiar a alguien hasta el punto de negarse a

razonar.

En realidad, no había esperado que Tanon aceptara la tregua sin más, pero sí que reflexionara sobre esa posibilidad, que la tuviera presente mientras le daba un nuevo argumento para ceder, uno que, por el bien de todos, no podría rechazar.

Asius debía intentarlo o todos morirían cuando las siete esferas se desestabilizaran definitivamente.

—Reconozco que estaba equivocado —le dijo al demonio—. No se puede razonar contigo. Te lo explicaré en términos que puedas comprender. Acepta la tregua, Tanon, o no tendremos más remedio que mataros a todos.



Observaba las dunas que flotaban hacia la derecha de su posición, doradas, parecían polvo de oro en vez de diminutos granos de arena. Observaba también un valle verde dividido por un arroyo cristalino, suspendido mucho más lejos, en la dirección opuesta. Los veía los dos al mismo tiempo y no sabía qué dirección tomar. Le costaba decidirse. La distancia era considerable en ambos casos, así que desplegó las alas y... por fin entendió que algo iba mal. Porque él no era un ángel.

Como en tantas ocasiones, tuvo problemas para saber quién era, su identidad lo esquivaba al recobrar el conocimiento. Pero se esforzó...

Era Richard Northon. Y no tenía alas. Nunca antes había soñado que era un ángel, menos aún con tanto realismo, así que el Infierno debía de estar provocándole delirios. Y también un sufrimiento insoportable porque le dolía todo el cuerpo, en especial el pecho. Rick se tocó con la mano y la vio. Vio su propia mano. Tuvo que moverla varias veces delante de su cara para terminar de creérselo.

Podía ver. Y oír. Y no era agradable. El Infierno se desmoronaba.

El suelo temblaba violentamente, furioso, caían rocas por todas partes, sonaban gemidos y aullidos. La oscuridad se revolvía. Rick no comprendía cómo podía ver en la oscuridad, pero así era. Distinguía muchos tonos diferentes de negro, formas confusas, imprecisas, horribles... Pero su cerebro moldeaba aquel entorno, otorgando profundidad y textura, y permitiéndole crear imágenes reconocibles.

Se levantó y cayó. La segunda vez tuvo que apoyarse en lo que parecía una pared de piedra que ascendía hasta más allá de donde su nueva visión alcanzaba. Aquella pared palpitaba. Estaba sobre una especie de cornisa muy estrecha que se resquebrajaba por momentos. Rick descendió

por la cornisa buscando alguna pista de sus compañeros. ¿Por qué lo habrían dejado solo? Recordó que Raven le dio su palabra de ayudarle a morir pero no la cumplió. Tal vez Nilia, que sí deseaba librarse de él, convenció a los demás para que lo abandonaran. En una ocasión le había dicho que, de quedarse solo, moriría muy rápido. Y desde luego tenía razón.

El precipicio estaba ahí mismo y se acercaba cada vez que una nueva porción del suelo se desprendía. Había deseado muchas veces saltar y acabar con todo, pero ahora no era capaz de hacerlo. Su instinto de supervivencia lo obligaba a continuar y resistir, con una fuerza salvaje que nunca había sentido antes. Llamó a gritos a los demás, pero su voz no podía competir con el rugido del Infierno.

Entonces vio algo que le recordó al color blanco. Era una figura alargada; no, eran dos. Rick, sin pensarlo dos veces, corrió en esa dirección. Más cerca ya, distinguió que eran dos alas. Estaban debajo de él, así que se tiró al suelo y asomó la cabeza. Lyam colgaba en el vacío con Nilia agarrada a una de sus alas. Las manos del ángel resbalaron y se soltaron, y ambos comenzaron a caer. Sin pensarlo, Rick estiró el brazo y agarró a Lyam por la muñeca. Le dio la impresión de que su movimiento había sido muy rápido, como si sus reflejos hubiesen aumentado. Se sorprendió muchísimo más al comprobar lo fácil que le resultó tirar de ellos hasta ponerlos a salvo.

Los dos, ángel y demonio, se quedaron unos segundos en el suelo sin hacer nada, recobrando el aliento. Estaban cubiertos de sangre y parecían malheridos. Nilia fue la primera en reaccionar, alzó la cabeza y lo miró.

—Por fin has servido para algo —bufó. Luego le dio una patada a Lyam—. ¡Despierta!

Uno de sus brazos estaba claramente roto y el otro debía de dolerle, porque el ángel pateaba rabioso y apretaba los ojos. Al ver a Nilia, Rick tuvo que contener una gigantesca ola de odio que se extendió por todo su cuerpo. Deseó matarla allí mismo. Aquel era un deseo muy antiguo, de hacía más tiempo del que podía calcular, un deseo que no reconoció como suyo.

Lyam por fin abrió los ojos.

—¡Rick! ¡Estás vivo!

—Calla y cúrame, Lyam —ordenó Nilia—. Tenemos que salir de aquí.

El sanador parpadeó y asintió. Pero, primero, tenía que atender sus propias heridas. Las manos del ángel se iluminaron y se posaron en un desgarro de una de sus alas. Una vez cerrada la herida, Lyam colocó sus manos sobre un brazo de Nilia, retorcido de una forma imposible, y enseguida la extremidad recuperó su postura natural.

Al ver a sus compañeros en ese estado, Rick pensó que debió de ocurrir algo verdaderamente grave y terrible mientras él estaba inconsciente.

—Estoy muy débil. Es cuanto puedo hacer por ahora —dijo Lyam con voz cansada.

—Suficiente —dijo ella poniéndose en pie—. Esconde las alas. Lo has hecho bien, Lyam.

Rick se sorprendió de percibir cierta complicidad entre el ángel y la demonio. No recordaba que se llevaran bien, más bien al contrario, pero en aquel momento compartieron una mirada en la que, como poco, había comprensión, sin asomo de hostilidad.

—¿Dónde están Raven y Yala? —preguntó Rick—. ¿Cayeron?

—No lo sabemos —contestó Lyam.

—No creo que Yala haya caído o tú lo sabrías, Rick.

—¿Por qué?

—Luego te lo explicamos. Vamos a buscarlos, ¡rápido!

—¡Eh! ¡Estoy aquí!

Raven apareció a unos seis metros de distancia. Agitaba la mano para hacerse visible mientras se mantenía pegado a la montaña. El problema era que el camino entre ellos ya no existía. Rick se alegró de ver a su compañero más de lo que creía posible.

—Raven —dijo Nilia—, tienes que venir hasta nosotros.

La figura alargada de Raven se dobló para mirar hacia abajo y casi inmediatamente se volvió a erguir.

—¿Cómo?

—Si te concentras, puedes crear un par de salientes —aseguró Lyam—. ¿Recuerdas lo que te expliqué sobre los moldeadores? Pon las manos...

—¡No! —lo interrumpió Nilia—. Aquí no funciona así. ¿No has visto el terremoto que ha provocado? No vuelvas a usar esa habilidad. ¿Me oyes?

Rick vio la nariz de Raven subiendo y bajando repetidas veces.

—¿Hay otro camino para llegar hasta vosotros?

—No —contestó Nilia—. Tienes que saltar. Vamos, puedes hacerlo. Retrocede y toma impulso. Eres más fuerte y ágil de lo que crees.

Rick iba a decir algo pero Nilia le mandó callar con un gesto de la mano. Raven, más que retroceder, se tambaleó hacia atrás. A Rick le parecía una completa locura, la distancia era demasiada y el suelo, tembloroso, parecía a punto de derrumbarse. Sin embargo, no se le ocurrió qué podían hacer para... Demasiado tarde. Raven ya había saltado. Su cuerpo delgado ascendió tras un salto que parecía cualquier cosa menos coordinado, movía los brazos y las piernas descontroladamente, y a pesar de ello ganaba una altura considerable. Rick no podía creerlo, pero lo iba a lograr, un poco justo, pero alcanzaría el borde...

Lo habría conseguido de no ser porque chocó contra la montaña y rebotó hacia fuera, hacia el vacío.

De nuevo, Rick reaccionó sin ser consciente de ello. Corrió hasta el borde y extendió la mano, su mano que no reconocía como propia. Raven pasó cerca dando vueltas y consiguió agarrarlo por el pie. El tirón le hizo perder el equilibrio y se inclinó hacia adelante sin poder evitarlo.

—Buenos reflejos —dijo Nilia, sujetándolo para que no cayeran.

Entre todos subieron a Raven, que no paraba de resoplar y mirar hacia abajo. Debía de tener las pulsaciones disparadas porque no podía estarse quieto ni cerrar los ojos del susto que se le había metido en el cuerpo.

—¡Lo logré! —resopló—. ¡Lo he hecho...! ¡Yo! —Se detuvo cerca de Rick como si lo viera por primera vez—. ¡Rick! Ni te imaginas cuánto me alegro de que estés bien.

El soldado le devolvió el abrazo. La alegría de su compañero debía de ser contagiosa porque se sintió bien por primera vez en mucho tiempo.

—Estoy mejor que bien —aseguró. Y se extrañó de sus propias palabras—. Tengo frío, pero no demasiado. Y puedo ver.

—Creí que te había matado —sollozó Raven sin soltarle.

—¿De qué hablas? Tú me has cuidado todo este tiempo. Nunca podré...

—Enternecedor —interrumpió Nilia—, pero tenemos que encontrar a Yala.

Rick ni se acordaba del ángel rubio. Pero escuchar su nombre llenó por completo su cabeza de un significado que no comprendió. No sabía qué le habría sucedido al gemelo, pero buscarlo le pareció absurdo e innecesario. Se miró el pecho sin ser consciente de qué esperaba encontrar.

—Raven necesita descansar.

—Pues que se quede —gruñó Nilia—. Lyam, vamos, tendrás que curarlo. Rick, ven tú también. Te necesito para dar con Yala.

Era evidente que para todos tenía sentido que Rick fuera de utilidad en la búsqueda del ángel, porque asintieron. Así que no añadió nada.

—Voy con vosotros. No quiero quedarme solo —susurró Raven.

Rick lo ayudó a levantarse y cuidó de él mientras avanzaban por aquel suelo traicionero y estrecho. No sabía cuándo había terminado el terremoto, pero todo parecía en relativa calma ahora. La cornisa por fin se hizo lo suficientemente ancha para que pudieran caminar en parejas y Rick aprovechó para dejar que Raven se apoyara en sus hombros. Era lo menos que podía hacer.

Algo más adelante todo estaba lleno de cascotes y rocas agrietadas. Allí había caído gran parte de la montaña. Raven se desplomó rendido en el suelo.

—No puedo más —jadeó—. Estoy agotado.

—¿Qué esperabas después de haber hecho temblar media montaña? —dijo Nilia—. Rick, ven aquí. Más cerca. ¿Sientes algo raro?

Sentía un millón de cosas que no podía explicar, pero no sabía a cuál se refería ella, así que negó con la cabeza.

—Muévete por aquí —le pidió Lyam.

Rick caminó entre las rocas destrozadas, cosa que debía ser complicada, pero descubrió que su equilibrio había mejorado considerablemente. Ni una sola vez metió los pies en un agujero o resbaló. Bastaba una pequeña superficie para la planta de su pie y todo su cuerpo corregía la postura para conservar el equilibrio, incluso saltando de una piedra a otra. Por desgracia, eso era todo lo que había, rocas, ni rastro de Yala.

Nilia y Lyam lo estudiaban con atención.

—No te pares —ordenó ella—. Por allí no has estado.

Rick saltó y se tambaleó hasta la zona que le señalaba. Y de repente sintió presión en el pecho, le faltaba aire, el Infierno entero pesaba sobre él. Tuvo que ponerse de rodillas y apoyar las manos para no derrumbarse.

—Ahí —señaló Lyam.

Él y Nilia se acercaron, sacaron las armas y empezaron a cavar. Las piedras saltaban en pedazos, hacia los lados, dejando un hueco cada vez más grande. Rick no veía nada y no entendía por qué excavaban allí ni por qué ellos no parecían afectados por la presión que a él lo oprimía.

Poco después, empezó a sentirse algo mejor. Respirar era más sencillo, podía mover los brazos con normalidad.

—Está mejorando —dijo Lyam, esperanzado—. Es aquí.

Cavaron con más fuerza, ansiosos, hasta que...

—Ahí está —dijo Nilia—. Veo su mano.

Luego saltó y desapareció. Rick se asomó al pequeño cráter que se había formado. Nilia, maldiciendo, apartó una piedra a patadas, lanzó otra hacia arriba, sin mirar, que casi derriba a Lyam. Una mano ensangrentada asomó entre los cascotes. Nilia tiró de ella y Yala apareció detrás. Después, salió del agujero cargando con el gemelo. Con mucho cuidado, Lyam lo depositó en el suelo y empezó a tocarle el pecho.

—Está vivo —anunció.

—Pues cúrale y vámonos —dijo Nilia.

—No es tan sencillo. Está grave, y yo, sin fuerzas. Puedo estabilizarle, pero necesitaré tiempo para recuperarme. —Ella puso mala cara—. Mira a Raven, y tú tampoco estás curada del todo. Si nos atacan de nuevo moriremos. Tenemos que descansar, Nilia.

No le hizo gracia, pero al final ella también se sentó y apoyó la espalda contra una roca. Rick, de nuevo, notaba emociones y sensaciones confusas. Cada vez que Lyam tocaba a Yala le recorría un escalofrío.

Apartó la vista, desconcertado, y se alejó un poco para sentarse en el borde del hoyo del que habían sacado a Yala. No entendía cómo habían sabido que estaba enterrado ahí abajo, basándose en su malestar. No entendía miles de cosas y de repente esa sensación de impotencia y frustración superó la alegría de estar vivo.

Era consciente de que debía calmarse. Lo mejor sería preguntarles... Algo se movió en el fondo del agujero. La oscuridad se había desplazado, estaba seguro..., bueno, no tanto como para decírselo a los demás. Nilia aún le imponía respeto y no quería molestar a Lyam mientras se ocupaba de Yala, con algo que tal vez solo había imaginado, porque todavía no podía fiarse del todo de su nueva visión. Decidió investigar por su cuenta y, de paso, mantener la mente ocupada.

Descendió por el agujero sin dejar de mirar el punto exacto en el que creyó ver movimiento. Al llegar al fondo se convenció de que todo había sido producto de su imaginación. Tomó nota de tener mucho cuidado en adelante a la hora de juzgar la oscuridad de aquel condenado lugar.

Ya se había dado la vuelta para salir cuando escuchó un gemido. Rick se quedó completamente quieto, solo se atrevió a girar la cabeza para no hacer el menor ruido. Volvió a oír el gemido, esta vez con mayor claridad. Sin embargo no veía nada. ¿Se estaría volviendo loco? No. Lo había oído, muy cerca... Allí.

Rick abrió los ojos al máximo al ver una mano pequeña arrastrándose entre las rocas. Se movía. Era alguien y estaba vivo. Se agachó para ayudar, agarró la mano y al instante un estruendo insoportable taladró sus oídos. Rick retrocedió asustado y cayó al suelo. El chillido se extinguió en cuanto soltó la mano.

La pequeña mano salió de entre las rocas, seguida de un brazo, y luego el cuerpo polvoriento de un niño pálido y muy sucio, vestido con lo que debió de ser ropa pero ahora no eran más que harapos. ¡Un chico! Ahora sí pensó que se había vuelto loco. El chiquillo se puso de pie y volvió su cabeza en todas direcciones. Sus ojos pasaron fugazmente sobre Rick, pero no se detuvieron. Fue como si no le hubiese visto, a pesar de estar tan cerca que podía tocarle si extendía el brazo. Rick conocía bien esa sensación, la de no poder ver ni tus propias manos, claro que era bastante extraño que el chaval no tiritara de frío. No, en realidad era extraño ver a un crío de, ¿cuántos? ¿Nueve años? ¿Doce?, en medio del Infierno.

—¡No lo toques! —le advirtió Nilia.

Rick no la había oído llegar. Ella y Lyam estaban al borde del pequeño cráter, observando atónitos al niño.

—No puedo creerlo —se asombró el sanador.

—Yo tampoco. —Nilia sacó los puñales y comenzó a descender.

—Espera, ¿qué vas a hacer? —preguntó Rick, aunque en realidad lo sabía perfectamente tras ver el destello afilado de sus ojos.

—Voy a matarlo —contestó ella—. No pongas esa cara, soldado, tú no entiendes nada.

Lyam también le rogó que no lo hiciera, pero ella no frenó su avance. Se colocó delante del niño, que tampoco dio muestras de verla a ella. Rick tenía que impedirlo.

—¡No lo hagas, Nilia! —chilló Raven.

El puñal se quedó suspendido en el aire. Nilia volvió la cabeza para ver a Raven, que estaba asomado junto a Lyam.

—No es de aquí.

—Si no es de aquí —intervino el sanador—, puede que conozca una salida. No perdemos nada por hablar con él antes de...

—No hay nada en este lugar que no sea peligroso —repuso ella—. Parece mentira que aún no lo sepáis.

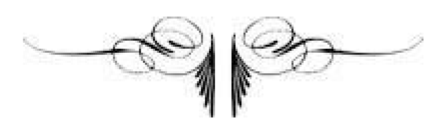
Apretó el puñal con más fuerza.

—¡Espera! —chilló Raven, desesperado—. Yo lo conozco.

—¿De qué? —preguntó Nilia.

—No sé quién es —admitió Raven—. Pero estuvo conmigo... Una vez... Durante la Onda. Ahora lo sé... Ese niño estaba conmigo cuando Dios murió.

CAPÍTULO 7



—Puede que nos equivocáramos con Asler.

—Puede que no. ¿Crees que es fácil manejar a Tanon?

Tryas bufó, molesto. Llevaban un buen rato discutiendo sobre lo mismo sin que la conversación avanzara. Los seis demonios de mayor posición en el clan de Urkast, sin contar a Asler y al barón muerto, rumiaban continuamente en una pequeña lucha interna que nunca terminaba. Las mismas diferencias de siempre, los mismos puntos de vista enfrentados y las mismas disputas que llevaban arrastrando milenios. Tryas se sorprendió de ser, aparentemente, el único que se daba cuenta.

Mientras estaban encerrados en el Infierno, las rencillas internas eran inevitables, incluso buenas para aliviar tensiones y mantener la mente ocupada. Pero ahora que estaban reconquistando su hogar y a punto de cumplir su sueño, no podía creer que siguieran como si nada hubiese cambiado. Puede que ya estuvieran demasiado acostumbrados a sospechar los unos de los otros, a buscar aliados y traicionarse entre ellos. O puede que estuvieran sufriendo una nueva frustración porque Tanon les había asignado la defensa de la Ciudadela y no habían luchado contra los ángeles. En cualquier caso, Tryas estaba aburrido y se limitaba a escuchar a sus compañeros.

—No digo que sea fácil. Pero seguimos siendo el clan más numeroso. Asler debería haber presionado para que lo nombraran barón.

—Así no nos habríamos quedado en la primera esfera —convino otro demonio.

—Alguien tenía que proteger los orbes. Que no nos guste Tanon no significa que todas sus decisiones sean erróneas.

—¿Ahora estás de su parte?

—No. Pero proteger la primera esfera es importante para recibir refuerzos.

—¡En eso estamos todos de acuerdo! ¡Lo que no nos gusta es tener que hacerlo nosotros!

—¡Cierra la boca!

Tryas se vio obligado a intervenir para intentar calmar los ánimos.

—¡Dejadlo ya! ¿Pensáis que nos hemos quedado precisamente nosotros por casualidad?

—Pues claro que no. Ha sido porque Asler...

—Asler ha hecho cuanto ha podido —le cortó Tryas—. Tanon nos ha dejado aquí porque es muy listo. Sabe que tramamos algo y no quiere poner en peligro la guerra.

—Eso es absurdo. Ningún demonio traicionaría a los demás y pondría en peligro nuestra libertad.

—Conscientemente no. Pero vuestras estúpidas peleas revelan lo contrario, Tanon se da cuenta y no va a arriesgarse a que discutáis sus órdenes en medio del combate.

—Tú también participas en nuestras disputas, Tryas. No vayas ahora de superior.

—Lo sé. Por eso trato de cambiar, pero con vosotros parece imposible.

—Entonces, ¿qué sugieres, Tryas?, ¿que nos sometamos sin más? Tanon nos ha menospreciado siempre. Incluso menospreciaba a Urkast cuando estaba vivo. No pienso aceptarlo.

—Ni yo.

—Yo tampoco.

—¿He dicho yo eso? —preguntó Tryas—. Solo insisto en que no es el momento. No podemos ganar la guerra sin Tanon y todos lo sabemos.

—Tampoco puede ganarla él sin nosotros.

—Cierto. Por eso debemos seguir unidos hasta que derrotemos a los ángeles y recuperemos a Stil. Luego nos ocuparemos de dejar bien claro a Tanon y a los demás barones que somos independientes. Además, no confiáis en Asler, pero yo, sí. Cualquiera de vosotros lo habría hecho mucho peor que él a la hora de tratar con Tanon. Debemos darle una oportunidad.

—Eso lo dices porque te conviene. Asler y tú sois como plumas de la misma ala, siempre estáis de acuerdo y...

Tryas suspiró. No había manera de hacerlos entrar en razón. Cuando no era uno el que sospechaba, era otro. Y así siempre, sin alcanzar un acuerdo más que cuando las circunstancias los obligaban. En los viejos tiempos, Urkast había impuesto su criterio, pero ahora Tryas pensaba que si no nombraban pronto a un nuevo barón, acabarían por matarse entre ellos antes de que lo hicieran los ángeles.

Se desentendió de la conversación una vez más y desvió la mirada hacia las ruinas de la Ciudadela para distraerse. Los orbes descansaban en el suelo, rodeados por una patrulla de demonios que los custodiaban, atentos a cualquier corredor que llegara con noticias sobre el curso de la guerra.

Algo más lejos ardían las runas de fuego verde de los evocadores, que mantenían encerrados a los titanes y a las sombras. El hecho de que aún siguieran allí quería decir que la batalla aún no había comenzado, o ya habrían empezado a desaparecer, invocados para la lucha.

Al otro lado de los restos del muro plateado, se hallaban los demonios que aún descansaban para curar sus heridas. Eran los que peor parados habían salido de la primera batalla o los que habían permanecido velando el sueño de sus compañeros hasta que les llegó su turno. Fue al mirar en esa dirección, cuando Tryas advirtió un movimiento entre un montón de escombros. Se acercó a investigar, contento de tener una excusa para dejar la discusión.

Una roca se elevó un poco y volvió a descender. Forzosamente tenía que haber algo o alguien debajo. Tryas apartó la roca de una patada y quedó a la vista un bulto completamente negro. El bulto se removió y creció hasta ponerse de pie.

—Mi agradecimiento más sincero por la ayuda. Naturalmente, habría sido capaz de valerme por mí mismo, pero aun así, sería del todo inapropiado no corresponder con la necesaria gratitud a un gesto como el que me has dispensado al apartar esa roca.

Tryas se quedó momentáneamente paralizado al ver a Capa sacudiéndose el polvo de encima.

—¿Dónde te habías metido? Todo el mundo te está buscando.

—¡Capa! —exclamaron los demás demonios, que habían dejado la confabulación y habían acudido junto a Tryas.

—Desconocía este interés por mi persona —sonrió el Niño desde el fondo de su capucha—. Vaya, me complace que las altas personalidades del clan de Urkast manifiesten semejante excitación al verme. Me halagáis innecesariamente. —Y echando un rápido vistazo a los allí presentes, añadió—: Aun a riesgo de errar, diría que solo falta Asler para que estéis al completo.

Uno de los demonios se acercó a Tryas y susurró en su oído.

—Tal vez nos espíe. No te fíes de él.

Tryas asintió. Capa, sacando la bota del montón de rocas, ladeó la cabeza.

—Murmurando delante de mí, hacéis crecer mis sospechas, y eso que nunca he sentido la inclinación a pensar mal de nadie.

—Asler está en la quinta esfera con Tanon —dijo Tryas—, que por cierto te anda buscando desde que terminó la batalla. ¿Dónde estabas?

Capa ladeó de nuevo la cabeza, esta vez al lado opuesto.

—Cumpliendo con mis obligaciones, apreciado Tryas, revisando runas, verificando que los evocadores desempeñen adecuadamente su función... No deseo aburriros con largas descripciones de mis numerosas funciones. Dejaré que mi habitual devoción por las cosas bien

hechas hable en mi lugar.

A Tryas no le convenció la explicación. Le pareció más probable que Capa hubiera estado espiándoles.

—No te habíamos visto por aquí.

—¿Se te ocurre otro lugar en el que pudieras encontrarme? —Capa retiró su capucha negra —. Quizá la pésima calidad de la luz os impidió localizarme antes. Por cierto, no deja de asombrarme la pérdida de brillo e intensidad en el que fue nuestro antiguo y amado hogar. ¿Os habíais fijado?

La degradación de la luz, que era un fenómeno evidente para todos, no tenía nada que ver con que no lo hubieran encontrado hasta el momento, y Capa lo sabía perfectamente. Trataba de desviar la conversación para despistarlos, pero Tryas no se dejó enredar por sus tretas.

—¿Y por qué...?

—¿Y por qué no? Despierta mi suspicacia tal cantidad de preguntas, querido amigo. Tal vez lo apropiado por mi parte sería corresponderos del mismo modo, pero, afortunadamente, la indiscreción no se cuenta entre mis defectos. De no ser el caso, indagaría sobre el posible tema de vuestra reunión, que se me ocurre resultaría de lo más interesante para muchos demonios, ¿no creéis? Puede que lo suficiente como para que os sintáis incómodos con mi presencia. ¿No es una fortuna inmensa que solo mis propios asuntos ocupen mis pensamientos?

Tryas se sintió desconcertado. No sabía muy bien si Capa acababa de amenazarlos con un posible chantaje o si era su modo de decir que los asuntos de ellos no le importaban. A juzgar por sus expresiones, sus compañeros de clan también dudaban. Y la sonrisa de Capa no ayudaba a desvelar sus verdaderas intenciones.

En otras circunstancias, Tryas obligaría a Capa a revelar qué había escuchado, aunque fuera un proceso largo, dada esa condenada manera suya de hablar. De todos modos, el problema era la importancia de Capa, ya que era el jefe de los evocadores, y el aprecio que Tanon le tenía. Todos sabían que el Barón de las Alas de Fuego consideraba a Capa el miembro más valioso de su clan. Es decir, que Capa era intocable mientras Tanon estuviese cerca.

—Creo que llevas razón —dijo Tryas, que no veía cómo presionarle.

—¿No es de admirar que yo también lo crea?

Un destello verde entre las piedras llamó la atención de Tryas, que se acercó para poder observarlo mejor.

—Bien, ocúpate de los titanes —dijo disimulando—. Asegúrate de que cuando empiece la lucha...

—Lamentablemente, mi talento es requerido en otro lugar —aseguró Capa con aire dramático—. Nada me complacería más que poseer el don de la ubicuidad y poder servir a mis

queridos compañeros en varios sitios diferentes al mismo tiempo, pero mientras esa maravillosa habilidad no figure entre mis facultades, será preciso priorizar. Por otra parte, mis evocadores han sido debidamente instruidos y son perfectamente capaces de cumplir con su cometido.

Tryas rodeó a Capa con rapidez y dispersó las rocas de una patada. Los demás demonios vieron con claridad una runa de fuego verde que había permanecido oculta hasta ese momento.

—¿Qué significa esto?

Capa palideció.

—¡No la toquéis! Es de vital importancia que...

—Eso ya lo veremos —gruñó un demonio pasando el pie entre las llamas.

—Si no nos lo aclaras —amenazó Tryas—, no irás a ninguna parte...

Un golpe brutal le aplastó el hombro derecho. Tryas, sin saber cómo, se encontró de bruces sobre el suelo, sin sentir su brazo derecho y escupiendo tierra. Alcanzó a ver las espadas de sus compañeros brillando a su alrededor. Aturdido y maltrecho, Tryas se giró sobre la espalda.

Había un titán enorme envuelto en llamas, que hacía vibrar el suelo con sus pisadas. Su cuerpo, enorme y sólido, estaba atravesado por una espada de fuego. Tryas se preguntó quién había sido el estúpido que había cometido el error de perder su arma de ese modo. Probablemente el demonio que salió volando de espaldas cuando el titán lo golpeó directamente con el puño.

—¡Capa! ¡Detenlo!

—Sería lo apropiado, sí —replicó el Niño, situado a cierta distancia de la pelea—. Y si nadie hubiese interferido en mi runa, hasta me resultaría sencillo.

Los demonios rodearon al titán y lo atacaron con furia desde todos los ángulos. El titán resistió varios espadazos brutales, hasta que uno de ellos logró cortarle un brazo. Claro que el gigante no se detuvo y usó el que le quedaba para aplastar la pierna de su agresor, que se había confiado tras mutilarle. El mismo error había cometido otro demonio. Y una patada del gigante de piedra, que por poco lo deja inconsciente, garantizó que no volvería a relajarse ante un titán descontrolado que no estuviese completamente muerto.

Al final lograron abatirlo sin que muriera ningún demonio. Tryas paseó entre las rocas dispersas del cadáver.

—¿Qué has hecho, Capa?

No obtuvo respuesta. Se volvió hacia el lugar donde el Niño había permanecido sin intervenir durante la pelea y no vio nada. Capa había desaparecido sin dejar rastro. Luego, frotándose el brazo derecho, que aún le dolía, recogió la empuñadura de la espada del suelo.

—No es mía —dijo el demonio al que se la ofrecía.

—Oh, pensé que tú le habías atravesado. Vi la espada sobresalir del titán...

—Ya la tenía cuando apareció.

—¿En serio? —Tryas volvió a mirar la espada que sostenía en la mano. Ningún titán de los que estaban recluidos por los evocadores había sufrido daños—. Entonces... ¿de dónde ha salido ese titán?



—Hace calor —dijo sorprendida Lucy.

—En realidad, no demasiado —puntualizó Jack—. Pero acostumbrados a este maldito frío, la diferencia de temperatura nos resulta agradable. De todos modos, no te quites el abrigo.

Soplaba un viento bastante molesto, de esos que cambian de dirección constantemente y uno no sabe cómo colocarse para resguardarse de él.

—¿Es por la radiación? —preguntó ella.

—Dudo mucho que se trate de radiación como nosotros la conocemos, pero sí, esa es la causa.

Estaban los dos plantados sobre un montículo de nieve. Unos diez centímetros por delante de sus pies, el manto blanco desparecía bruscamente, dando paso una extensión en la que no brillaba ni un solo copo de nieve. Tampoco había plantas ni animales, solo piedras rojizas y tierra removida, un terreno árido y ondulado que contrastaba con el blanco de los alrededores.

—A esta zona la llamamos el Cráter —explicó Jack, encendiéndose un puro—. En cuanto se supo que era radiactiva, nadie volvió a acercarse por aquí.

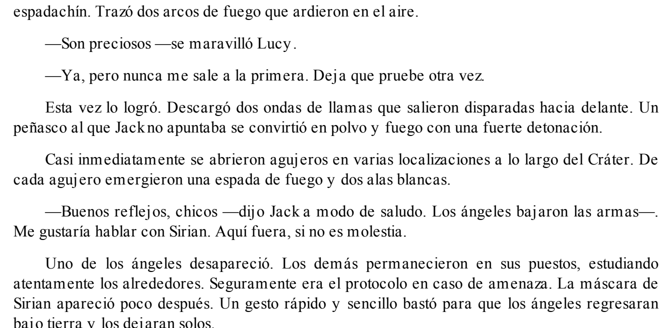
—No me extraña.

—A lo mejor prefieres esperarme en el camión, por si la radiación...

—Me fío de ti —le interrumpió Lucy—. Pero preferiría que dejaras de fumar. No es un buen hábito.

—Tranquila. Ya casi no me quedan puros. Pero espero, al menos, que me duren hasta que termine esta condenada guerra. —Jack sacó una espada—. Bien, vamos allá. Apártate un poco. Odio estos trastos de fuego.

Sirian le había adaptado la espada para él, aligerándola de peso principalmente, pero aun así, Jack la manejaba con bastante torpeza. Saltaba a la vista que nunca destacaría por ser un gran



espadachín. Trazó dos arcos de fuego que ardieron en el aire.

—Son preciosos —se maravilló Lucy.

—Ya, pero nunca me sale a la primera. Deja que pruebe otra vez.

Esta vez lo logró. Descargó dos ondas de llamas que salieron disparadas hacia delante. Un peñasco al que Jack no apuntaba se convirtió en polvo y fuego con una fuerte detonación.

Casi inmediatamente se abrieron agujeros en varias localizaciones a lo largo del Cráter. De cada agujero emergieron una espada de fuego y dos alas blancas.

—Buenos reflejos, chicos —dijo Jack a modo de saludo. Los ángeles bajaron las armas—. Me gustaría hablar con Sirian. Aquí fuera, si no es molestia.

Uno de los ángeles desapareció. Los demás permanecieron en sus puestos, estudiando atentamente los alrededores. Seguramente era el protocolo en caso de amenaza. La máscara de Sirian apareció poco después. Un gesto rápido y sencillo bastó para que los ángeles regresaran bajo tierra y los dejaran solos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sirian saliendo del Cráter.

Jack imaginó que estaba enfadado. A pesar de la máscara y su autocontrol, empezaba a notar variaciones sutiles en la voz del ángel. En este caso, a menos que se equivocara, Sirian se estaba conteniendo.

—Te he seguido —aclaró Jack.

—Ha sido una estupidez —dijo el ángel—. En este lugar, la radiación...

—Ya, ya... Un buen truco. Así te garantizas que no os molestemos mientras maquinas ahí abajo.

—Cerrar el Infierno no es maquinar. Y piensa que apartar a tu gente es lo mejor, por si los demonios nos descubren.

—¿Te importa quitar estas... lo que sean? —pidió Jack, señalando las dos líneas de fuego que había creado y que seguían ardiendo. Sirian las borró con su espada sin apenas esfuerzo—. Gracias. Así que era por nuestra seguridad. ¿No hay protección mejor que la radiactividad?

—Ha funcionado —repuso el ángel—. Solo hay dos tipos que vienen por aquí de vez en cuando a llevarse un poco de telio.

—¿Y se lo permites?

—Llevan trajes especiales, aunque en un estado penoso. Más bien parecen harapos. Además, solo se han llevado un par de rocas que habíamos dejado para ellos porque han venido muy pocas veces. Mike y Steven se llamaban, si no recuerdo mal. Yo mismo tuve que curarlos un par de veces porque sus trajes no servían de mucho.

—Eres todo corazón. —Jack dio una calada larga—. Diría que la radiación no te sienta bien. Tienes los ojos más pálidos.

—Jack, tengo muchas cosas que hacer.

—Espero que no tantas.

—¿A qué has venido?

—Vamos a atacar Londres.

La máscara de Sirian se arrugó.

—¿Cuándo?

Jack consultó su reloj, sabía perfectamente la hora que era, pero le gustaba cómo quedaba ese gesto.

—Dentro de doce horas.

—¿Qué?

—Solo estamos a un par de horas de Londres, no es para tanto, y seguro que vosotros sois más rápidos...

—Maldita sea, Jack, no estamos preparados. Aún hay runas que trazar para...

—Llevas diez años preparando este momento —lo interrumpió Jack—. Te advertí de que ya no iba a esperar más. Yo también me preocupo por mi gente y no vamos a esperar a que los demonios se den otro paseo por Oxford buscándote a ti.

—Pero los demonios...

—Me pediste una solución y la he encontrado. No te preocupes por ellos, yo me ocuparé, como siempre.

—No puedes hacer eso...

—Gordon y sus hombres están tomando posiciones en estos momentos. Querías nuestra ayuda, pues ya estamos todos preparados. Solo faltas tú, Sirian, así que... ¿Qué vas a hacer?

—Si fallamos...

—No fallaremos.

—¿Puedes asegurarlo?

—¿Puedes tú?

—Solo tendremos una oportunidad.

—Precisamente. ¿Prefieres apostar por tu cuenta o jugar con nosotros la única mano que tenemos?

Sirian hizo una pausa. La única expresión que se apreció en él fue un rápido parpadeo.

—Quiero que respondas a una sola pregunta —dijo muy despacio el ángel—. En este ataque nos lo jugamos todo. Si fracasamos, nosotros caeremos, pero solo somos unos pocos. Tú te estás jugando el destino de toda la humanidad. Mírame y dime: ¿lo has tenido en cuenta a la hora de trazar tu plan?

Jack odió a Sirian hasta un punto que desconocía. Nunca le había afectado el hecho de que fuera un ángel, en parte porque Jack sabía más que él sobre ciertos aspectos desde antes de la Onda. Para Jack, Sirian siempre fue un instrumento más, una pieza extremadamente valiosa de la que sacar partido. Así había obrado durante la etapa de su vida en la que había cosechado más éxitos, sacando de los demás aquello que podría beneficiarlo, aprovechando sus ventajas y puntos fuertes, y descartando a quienes no le servían. Un ángel no era diferente de cualquier otro en ese sentido, pero sí lo afectaba que toda la humanidad estuviese en juego. Ni siquiera él, que había asumido las apuestas más arriesgadas que se pudieran imaginar, había puesto nunca el mundo entero en la balanza. Y aquellos ojos violetas, que asomaban tras la máscara de cuero, le estaban recordando precisamente eso, que en esta ocasión no podría dejar a un lado su conciencia para actuar con la frialdad de siempre, que perder no era una opción porque no sería posible recuperarse. Si realizaba una mala jugada, la humanidad lo pagaría.

—Por supuesto que lo he tenido en cuenta —aseguró, rezando por esconder sus temores—. Yo no dejo nada al azar.

Se miraron. Lucy se removió inquieta sobre la nieve.

—Eso no es cierto —dijo al fin Sirian—. Si lo tuvieses todo bien atado, no estarías presionándome ahora. Tienes dudas. Mi resistencia te hace preguntarte por qué un ángel no te apoya, te lleva a cuestionar si habrás cometido algún error en tus cálculos.

La observación era totalmente cierta, pero Jack no estaba dispuesto a concederle esa satisfacción a Sirian. Convirtió su rostro en una máscara, tan impenetrable como la del ángel.

—Sirian, mi única duda es si eres o no un cobarde. Y ahora respóndeme tú a mí. ¿De verdad representas a todos los neutrales o es solo tu miedo lo que veo delante de mí?

—Puedes estar seguro de que los represento a todos, pero como pareces dudar de cuanto te digo, te invito a comprobarlo. —Sirian extendió el brazo hacia el Cráter—. Ve y habla con quien quieras.

—Es un farol. Sabes que no tengo tiempo.

—¿Y quieres culparme también de eso? Eres tú quien ha precipitado las cosas. ¿De verdad ves miedo en mis ojos? Me alegro. Yo en los tuyos no veo el menor rastro de temor. Y espero que sea una postura fingida que te ayude a sentirte más fuerte, porque solo un completo idiota se

enfrentaría a los demonios sin tener miedo a las consecuencias. Tú no eres idiota, Jack, y sabes que esto no es un juego. ¿Quieres mi ayuda? Pues dime qué tratas de ocultar.

—Yo no oculto nada. Eres tú quien...

—¡Mientes! He soportado tu menosprecio y tu arrogancia y no me ha importado. Entiendo que es parte de tu personalidad y nada más. Pero... ¿de verdad vas a arriesgar a los tuyos? Muy bien. Pero yo tengo una responsabilidad con mis ángeles y, antes de ponerlos en peligro, primero dime qué problema hay con tu plan.

—Ninguno. Es el mejor plan que...

—No es perfecto.

—¡No! ¡No lo es! ¿Podrías idear tú un plan infalible?

—Con el debido tiempo, sí.

—A costa de seguir sacrificando menores, ¿no?

—He oído suficiente. —Sirian se dio la vuelta—. Tú no has visto cómo es la guerra entre ángeles y demonios. No sabes lo que te espera. ¿Crees que mis ángeles se dejarán guiar por ti?

Sirian dio un paso hacia el Cráter.

—¡Maldito seas, Sirian! ¡Tú y todos los asquerosos neutrales!

—Una vez me pediste el mundo, ¿recuerdas? —dijo el ángel volviendo el rostro—. Y yo te lo ofrecí. ¿Es por eso por lo que luchas ahora?

—¡Estoy luchando por salvarlo! ¡Y tú puedes ayudarme! ¿Qué diablos esperas de mí? Si no me acompañas ahora, será...

—Lo haré. —Sirian regresó junto a Jack. Se colocó justo enfrente de él, muy cerca—. Iré contigo.

—¿Qué? Yo... Me estás confundiendo.

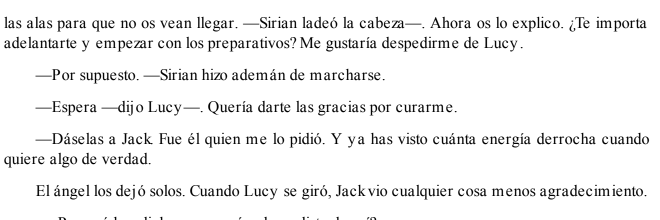
—Quería tener claras tus prioridades, eso es todo.

Jack soltó todo el aire de golpe.

—La madre que te...

—Siempre supe que hice bien al elegirte, Jack, aunque no puedo garantizarte que los demás estén de acuerdo hasta que no conozcan todos los detalles. Han pasado por situaciones que no puedes ni imaginar. Tenlo en cuenta cuando expongas el plan, pero yo creo en ti y te apoyaré. Como poco, iremos a Londres, y allí decidiremos.

—Me parece justo —dijo Jack, más relajado—. Tendréis que estar dispuestos a ensuciaros



las alas para que no os vean llegar. —Sirian ladeó la cabeza—. Ahora os lo explico. ¿Te importa adelantarte y empezar con los preparativos? Me gustaría despedirme de Lucy.

—Por supuesto. —Sirian hizo ademán de marcharse.

—Espera —dijo Lucy—. Quería darte las gracias por curarme.

—Dáselas a Jack. Fue él quien me lo pidió. Y ya has visto cuánta energía derrocha cuando quiere algo de verdad.

El ángel los dejó solos. Cuando Lucy se giró, Jack vio cualquier cosa menos agradecimiento.

—¿Por qué has dicho que querías despedirte de mí?

—Porque no vas a venir con nosotros.

—De eso nada —se enfureció Lucy—. ¿Crees que puedo saber todo eso y quedarme de brazos cruzados?

—Escúchame bien, porque tengo poco tiempo —dijo Jack, tajante—. No vas a quedarte de brazos cruzados, tienes algo importante que hacer.

—¿El qué? —preguntó ella, impaciente.

—Tienes que saber la verdad, por eso te he traído. Es raro que yo me equivoque con alguien, pero últimamente estoy llegando a mi límite. Hay... algo entre nosotros, o al menos eso creo. Hace mucho tiempo que no sentía nada parecido y es posible que no...

—Lo hay.

Jack asintió. Se le pasó por la cabeza que un beso era lo apropiado, que ese era el momento justo, lo que pedía la situación. Sin embargo, siguió hablando.

—Lo que sea que sientas por mí no importa. Ahora tu responsabilidad es salvar a los que quedan con vida, como hiciste al venir a través de la niebla.

Lucy dudó.

—Creía que tú eras el líder.

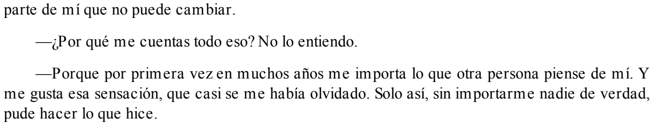
—Yo no soy el indicado.

—Tonterías. Acabo de ver a un ángel diciendo que te seguiría a la guerra.

—Ese ángel traicionó a sus propios hermanos y yo no soy mejor que él. He hecho cosas terribles...

—Yo también. Maté a tu socio en Chicago, ¿ya se te ha olvidado? Todos hemos hecho algo de lo que nos arrepentimos desde que la Onda...

—Yo no hablaba de la Onda, ni de lo que vino después. Yo era mucho peor antes y hay una



parte de mí que no puede cambiar.

—¿Por qué me cuentas todo eso? No lo entiendo.

—Porque por primera vez en muchos años me importa lo que otra persona piense de mí. Y me gusta esa sensación, que casi se me había olvidado. Solo así, sin importarme nadie de verdad, pude hacer lo que hice.

—Entonces has cambiado. Lo que me estás diciendo lo demuestra.

—No, Lucy, no lo entiendes. Todavía tengo que hacer algo mucho peor y pagaré las consecuencias de un modo u otro.

—¿Qué has hecho? Dímelo.

—Aún no ha sucedido, pero falta poco y ya es inevitable.

—Está relacionado con el ataque a Londres, ¿verdad?

—Es el único detalle que no puedo contarte. Me gustaría que escucharas lo demás, lo que hice y la clase de persona que soy.

—¿Por qué ahora?

—Por si no regreso.

—¡No!

—Para bien o para mal, he desempeñado un papel importante en nuestra historia y creo que la verdad no debe caer en el olvido. No es un relato agradable. Si no quieres oírlo, lo entenderé.

—Sí quiero.

Jack se acercó deprisa y la besó. Ella respondió al beso.

—Tal vez no quieras volver a besarme después de oír mi historia. No tengo mucho tiempo, así que presta atención. Antes de la Onda...



El ejército de los demonios al completo formaba ante la montaña en la que se ocultaban los ángeles. Asler, situado sobre un risco, contempló una última vez a las tropas, miles de demonios y espadas de fuego, aguardando la orden que les permitiría de una vez ganarse la libertad.

—¡Avanzad!

Avanzaron. Una ola negra comenzó a cubrir la montaña. La primera fila la ocupaban los titanes, que hacían retumbar el suelo bajo sus pisadas. Las sombras, revoltosas, más difíciles de mantener en formación, ladraban y correteaban. Los evocadores se encargarían de mantenerlas bajo control hasta que llegaran al cuerpo a cuerpo. Entonces las liberarían para que se abalanzaran sobre los ángeles, sin orden ni estrategia alguna, solo causando confusión y caos.

La respuesta de los ángeles no se hizo esperar. La montaña tembló y se agitó. Brillaron las tres piedras del triángulo que los demonios tenían la orden de destruir. Ante sus ojos, las piedras comenzaron a crecer y extenderse, hasta casi fundirse con la montaña. Caían los árboles y se desprendían rocas por todas partes, que los titanes rechazaban con sus cuerpos sin detener su avance. El triángulo aún era reconocible.

Sin embargo, Asler, tras comprender la estrategia de los ángeles, tuvo la primera duda seria sobre si serían capaces de lograrlo. Aquellas rocas, obviamente reforzadas con runas, continuaban alterando la tierra a su alrededor. Creaban fisuras y elevaban brazos de piedra.

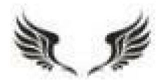
La montaña entera se convirtió en la mayor runa defensiva que los moldeadores crearon jamás.



—Si de verdad pensaras que puedes acabar con nosotros, Asius —rugió Tanon—, no suplicarías una tregua. Ya viste lo que sucedió en la Ciudadela y tienes miedo. ¡Todos lo tenéis! Y haces bien. Tus ángeles deben de estar muriendo en estos momentos.

—Has condenado a los tuyos, Tanon, les has enviado a una muerte segura. Pero aún puedes detenerlo.

—Supongo que te refieres a la runa que tus moldeadores han creado en la montaña. No temas, sabemos cómo tratar con ella. Mis muchachos la destrozarán.



La montaña presentaba ahora un símbolo integrado en su estructura, resplandecía la parte de piedra que daba forma a la runa. El símbolo en sí era sencillo, conocido por todos, una de las barreras más elementales que ángeles y demonios creaban con sus espadas durante los combates. Pero su grandeza residía en su tamaño y su material. Aquella runa no era de fuego,

sino de piedra, y no abarcaba el espacio de unos metros, sino el de una montaña entera, con lo que su fuerza se multiplicaba.

Los demonios, sorprendidos, buscaban a Asler con la mirada, a quien Tanon había dejado al mando hasta su regreso. Asler dudaba, pero no permitía que la incertidumbre se reflejara en su rostro. Todo cuanto sabía le decía que aquella runa gigante no se podría superar, al menos sin un tiempo largo del que no disponían. Si tuvieran sanadores, se podría haber planteado una estrategia que implicara sitiar al enemigo, pero ahora esa no era una opción.

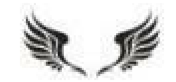
Entonces Asler recordó las palabras de Tanon. ¿Por qué estaban allí? Lo sabía perfectamente, como todos y cada uno de los demonios que ahora esperaban sus órdenes. Sabía también que retroceder no era una alternativa, que probablemente era la única orden que sus hermanos se negarían a cumplir. De modo que no había mucho que pensar.

—¡Concentrad el ataque en el corazón de la runa y la destruiremos! —rugió, esta vez completamente convencido de que Tanon no le habría transmitido esa orden sin una buena razón —. ¡Los titanes, primero! ¡Proteged a los evocadores! ¡Tanon espera que esa maldita runa ya no esté a su regreso! ¿Vamos a decepcionar al ser más poderoso de toda la Creación?

Habrían avanzado más deprisa, animados al tener un objetivo concreto, pero los titanes eran lentos, así que, muy a su pesar, se acomodaron a su ritmo, conteniendo el ansia de entrar en combate cuanto antes.

La montaña rugió y se fracturó. Se desprendieron diez plataformas de piedra y quedaron flotando sobre ellos. Se veían alas blancas y espadas de fuego sobresaliendo por los bordes. Entonces, los ángeles atacaron.

Llovió fuego sobre los demonios.



—Raven está durmiendo —explicó Lyam—. No me extraña, lleva despierto desde que llegamos al Infierno.

En el suelo, cerca, yacía Yala, inconsciente, aunque fuera de peligro gracias a las artes del sanador. Lyam colocó a Raven al lado del gemelo. Nilia, completamente restablecida, revoloteaba de un lado a otro con los rasgos de su rostro peligrosamente afilados. Saltaba a la vista que no estaba contenta con tener que quedarse allí más tiempo.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Rick, refiriéndose al niño que habían encontrado.

El chico estaba sentado sobre una roca. Se balanceaba suavemente adelante y atrás

mientras tarareaba lo que parecía una canción de cuna. Sus manos se movían desacompasadas con la melodía que no cesaba de repetir una y otra vez. Nilia lo había mandado callar, pero el niño no obedeció y, cuando ella lo tocó, empezó a chillar y berrear como si lo estuviera atravesando con una espada.

Ella y Lyam habían tratado, sin éxito, de averiguar quién era y cómo había llegado hasta allí. Que un ángel y un demonio no supieran nada de aquel niño no le pareció a Rick una buena señal. Tampoco descubrieron qué era, por más que le dieron vueltas al asunto. Un humano no sobreviviría en el Infierno, algo que Rick sabía muy bien, y no era ni un ángel ni un demonio. Prácticamente lo único que sabían era que no se le podía tocar.

—Vamos a sacarlo de aquí —dijo Lyam en un tono que no invitaba a la discusión—. Nos lo llevaremos. Si estuvo con el Viejo, tiene que ser importante.

—Quizá está ciego —aventuró Rick—. Sus ojos parecen cubiertos por un velo blanquecino.

Nilia negó con la cabeza.

—Entonces no podría caminar sin caerse y salió él solito del agujero en el que lo encontraste.

—¿Y por qué nunca nos mira a ninguno?

—Puede que tenga mal la vista —opinó Lyam—. Pero desde luego habla y escucha.

—A nosotros no nos dirige la palabra —insistió Rick.

—Puede que no nos entienda o nos vea como..., no sé..., ¿monstruos?

—Vamos a dejar de soltar estupideces al azar —se enfadó Nilia—. Pensad antes de hablar o callaos.

Se callaron. Rick no fue capaz de concluir nada coherente sobre aquel chico. Nilia continuaba sin estarse quieta. El sanador observaba al niño con gesto reflexivo. Rick deseaba que uno de ellos, quien fuera, diera con la respuesta al misterio, pero no parecía probable que eso fuera a suceder.

Como nadie decía nada, solo se escuchaba el aullido del Infierno y eso a Rick le molestaba bastante, como todo en aquel maldito lugar. Por momentos casi deseaba recuperar la incapacidad de ver en la oscuridad. Pero sospechaba que eso no iba a ocurrir. No obstante, su visión se volvió confusa de repente. Una punzada de pánico lo atravesó cuando se vio a sí mismo desde atrás. Era él, no había duda, sus hombros, su espalda... Era como si hubieran colocado una cámara de vídeo detrás de él, conectada directamente a su cerebro. Y también veía lo que tenía delante. Las dos imágenes se superponían, las dos eran perfectamente claras en su mente. Como si... Se dio la vuelta.

—¡Yala, has despertado! —dijo Lyam.

El gemelo lo miraba con una intensidad casi dolorosa, sus ojos lo atravesaban y penetraban en su interior. A Rick le habían explicado lo que habían hecho para salvarlo, una especie de enlace con el ángel, aunque no entendía bien los efectos. Mirar a Yala era extraño, no sabía qué hacer o decir.

El gemelo se acercó y le tocó la cara, cubriéndola con su mano. A Rick, esa experiencia no le resultó muy diferente de si estuviera cubriendo su rostro con su propia mano, excepto por el tamaño de la de Yala, bastante mayor. Lo más confuso era mezclar dos sensaciones diferentes en su cerebro. Estando frente a frente con el gemelo, veía su propio rostro y el de él.

—Eres el izquierdo —le dijo Yala, retirando la mano.

Lyam se colocó a su lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al ángel rubio.

—Sí —respondió Rick y no supo por qué lo había dicho, ya que no le habían preguntado a él.

Nilia y Lyam lo miraron con mucho interés, sobre todo ella.

—Hemos encontrado a un niño, Yala —explicó Lyam—. Está ahí...

—Lo sé —atajó el gemelo.

Raven gimió en ese momento, se revolvió y cambió de posición. Rick acudió a su lado, seguido de Lyam y Nilia.

—Sueña —explicó el ángel—. No lo despiertes.

—Diría que es una pesadilla —apuntó Rick.

—Sus sueños son importantes —insistió Lyam.

Nilia asintió. Yala se quedó junto al chico, haciendo estiramientos y flexiones para evaluar el estado de su cuerpo.

—Se me ha ocurrido algo —dijo Rick de repente—. Si ese niño estuvo con Raven durante la Onda, quizá tenga una runa en la espalda como él.

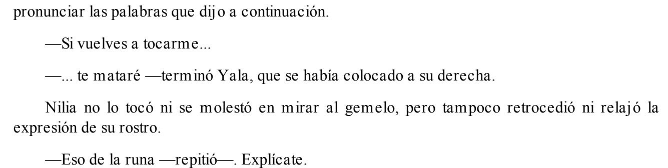
De inmediato supo que no había sido buena idea mencionarlo. El rostro de Lyam no se habría estirado de esa manera al oírlo. Y Nilia no se encontraría a un palmo de distancia de él con las mandíbulas apretadas.

—¿De qué runa hablas? —lo amenazó ella.

—¿No lo sabíais? —Se extrañó Rick.

—¿Qué runa? —repitió Nilia cogiéndole del brazo.

Rick se la sacudió de encima instintivamente, sin ser consciente de retirar el brazo ni de



pronunciar las palabras que dijo a continuación.

—Si vuelves a tocarme...

—... te mataré —terminó Yala, que se había colocado a su derecha.

Nilia no lo tocó ni se molestó en mirar al gemelo, pero tampoco retrocedió ni relajó la expresión de su rostro.

—Eso de la runa —repitió—. Explícate.

Rick no quería que hubiera problemas, pero ya había mencionado la runa. Ya no podría fingir que no lo sabía, sobre todo después de ver cómo habían reaccionado Nilia y Lyam.

—Raven tiene uno de esos símbolos dibujado en la espalda. Me lo enseñó una vez cuando estábamos en el Cielo. Pensé que os habría hablado de ello.

Lyam fue el primero en agacharse donde estaba Raven y darle la vuelta hasta que su enorme nariz chocó con el suelo. Le levantó la ropa hasta el cuello. Y efectivamente un símbolo estaba grabado en su piel.

—No estoy seguro de que sea una runa —dijo Lyam.

—Tiene que serlo —aseguró Nilia—. ¿No te contó cómo o quién se la hizo?

—No lo recuerda —contestó Rick.

Ella y Lyam siguieron estudiando el dibujo durante un rato con mucho interés. Señalaban algunas líneas y murmuraban, No daba la impresión de que estuvieran de acuerdo, así que Rick dedujo que aquella debía de ser una runa muy poco corriente. Para él no era más que un garabato sin sentido, un tatuaje bastante feo. Mientras, Yala no mostraba el menor interés.

El sanador, pensativo, se sentó en el suelo. Nilia hizo lo mismo.

—No responde a ningún patrón que reconozca —admitió ella—. No parece curativa ni defensiva ni nada que yo haya visto antes.

—Hay trazos que sí podrían tener cierto sentido —dijo el ángel—, pero por separado. En cambio, así combinados... Yo tampoco había visto nada parecido. ¿Será posible que Raven conozca runas que nosotros ignoramos?

Nilia sacudió la cabeza poco convencida.

—No tengo ni idea —admitió.

—En todo caso, creo que no está completa... No puedo estar seguro, pero juraría que falta algo. ¿Examinamos al niño?

Nilia asintió con desgana, como si accediera por no tener una alternativa mejor, pero sin esperar descubrir gran cosa.

Raven gritó con todas sus fuerzas, se incorporó bruscamente y a punto estuvo de caerse. Miró a su alrededor, atemorizado. Sudaba por todas partes, las manos temblaban descontroladas, como las rodillas y todo su cuerpo. Tenía miedo, demasiado.

—Eh, Raven, ya pasó todo —dijo Rick colocándose enfrente de él—. Estás despierto. Solo era un sueño.

Raven logró centrar los ojos en él y deformó los labios en una sonrisa espantosa y desquiciada. Aceptó la ayuda del soldado para sentarse en el suelo sin que sus temblores lo derribaran. Intentó hablar, pero solo vomitó unos cuantos gimoteos incomprensibles.

—¿Qué has visto? —le preguntó con suavidad Lyam—. Es importante que nos lo cuentes.

Raven negó con mucha energía. Ni siquiera se rindió ante Nilia, que también se acuclilló a su lado y le pidió que hablara. Abrazó sus rodillas y enterró la barbilla entre ellas, pero ni así dejó de temblar.

A Rick le pareció que pasó horas en aquella posición. Lyam y Nilia intentaron hablar con él, sin resultado. Raven no reaccionaba, no hablaba, su agitada respiración no se normalizaba. A Rick le preocupó que acabara en el mismo estado que el niño, que viendo cómo se balanceaba y tarareaba, ajeno a todo y a todos, era imposible no apreciar cierto paralelismo entre sus comportamientos.

Lyam, paciente, permaneció a su lado todo el rato, mientras Nilia paseaba frenéticamente y maldecía. Así hasta que Raven por fin habló.

—Creo que no debo seguir con vosotros —murmuró.

Todos se miraron igual de sorprendidos.

—Raven, soy Rick. Te prometí hace mucho que te ayudaría, ¿recuerdas? Que resolveríamos esto juntos. Venga, levántate, vamos a salir de este sitio.

—Yo no... Yo me quedo.

El desconcierto era general, tanto Nilia como Lyam dudaban. Rick no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Tú me salvaste, amigo. No voy a abandonarte en el Infierno. Olvídalo. Nunca he dejado a nadie atrás y tú no vas a ser el primero.

—¿Por qué no quieres seguir? ¿Qué piensas hacer aquí? —preguntó Nilia.

Raven desvió la mirada hacia la izquierda, hacia el precipicio. Fue un vistazo fugaz que a ninguno le pasó inadvertido.

—De eso nada —rugió Rick.

—Podemos ayudarte, Raven —insistió Lyam—. Si nos lo cuentas... No estás solo.

—¡No! ¡No podéis! —estalló Raven. Aquella brutalidad al hablar no era propia de él. Por primera vez soltó sus rodillas y se levantó—. ¡No sabéis lo que pasó!

Dio un paso hacia el precipicio. Nilia, tan rápida como el pensamiento, se interpuso en su camino.

—Más adelante me lo agradecerás —le dijo. Y de un puñetazo en la cara lo derribó—. Ya he visto a muchos desesperarse en este lugar.

Raven se incorporó casi inmediatamente, sus ojos ardían de pura rabia.

—Pues ninguno de esos tenía motivos comparados conmigo. Apártate.

Nilia no se movió y Lyam se puso al lado de ella. Rick reaccionó más lento pero también se unió a aquella pequeña muralla improvisada.

—Tendrás que pasar sobre nosotros —dijo a la vez que le suplicaba con la mirada—. ¿Tan decidido estás?

Las rodillas de Raven flaquearon en ese momento y tuvo que apoyarse en ellas. Se le escapó un sollozo.

—No lo entendéis. No... No merezco vivir...

—Raven, lo que hayas visto está relacionado con Dios, lo sé —dijo Lyam—. Pero es muy probable que estés confundido y no puedas comprenderlo.

—Esto es demasiado sencillo para que me equivoque —repuso, todavía mirando al suelo.

—Pues cuéntanoslo. Yo superé la muerte de Dios, Raven, no fue sencillo, pero hay que seguir adelante. Habla conmigo. ¿Qué mal puede hacerte?

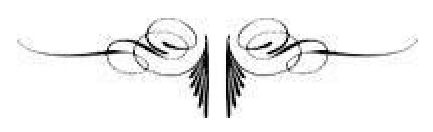
Raven se levantó. Ya no había rastro de pena en su cara, que parecía muy calmada de repente.

—De acuerdo. Así me odiaréis también y me dejaréis en paz. ¿Quieres saber lo que vi, Lyam? A Dios, muerto...

—Eso ya...

—¡No he terminado! —dijo furioso Raven—. Dios estaba muerto porque yo lo maté.

CAPÍTULO 8



—¡Largo de aquí, menores!

Una mujer con un niño pequeño en brazos y un hombre extremadamente delgado, que cojeaba espantosamente, retrocedieron atemorizados ante la espada de fuego. Desde la calle de enfrente, tres demonios los enfrentaban.

—¿No me habéis oído, asquerosos? ¡He dicho que largo!

El tembloroso trío comenzó a andar hacia atrás, tambaleándose, por donde habían venido.

—Nos marchamos —dijo el hombre, asustado.

—Piedad, es solo un niño —añadió la mujer, estrechando al chico entre sus brazos.

Retrocedieron despacio, debido a la cojera del hombre. Dos de los demonios habían perdido el interés en ellos y se marchaban, pero el que los había amenazado fue hasta ellos.

—Por ahí, no —les dijo, esta vez con la voz mucho más suave—. Al norte. Tenéis que abandonar Londres cuanto antes.

El hombre tropezó y cayó al suelo, demasiado cerca de la espada de fuego. Trató de levantarse, pero el miedo traicionó su coordinación y resbaló.

—¡No! ¡Por favor! —suplicó la mujer—. No os hemos hecho nada. Nos marcharemos.

—No soy uno de ellos. Me llamo Gordon —dijo retirando la espada y haciendo desaparecer la hoja de fuego—. Fingía para que los demonios se marcharan.

La mujer parecía confusa. El hombre, que por fin logró levantarse, lo miró con los ojos abiertos.

—¿El comandante Gordon?

—El mismo. No pueden ustedes…

—¿Qué está sucediendo, señor? Por Dios Santo, ¿qué son esos seres?

—Justo lo que cree que son. Abandonen Londres ahora mismo.

La mujer clavó en Gordon una mirada llena de terror.

—El frío nos matará. O el hambre. Ellos... no suelen preocuparse por nosotros, aquí en las afueras. Todavía se puede encontrar comida en la ciudad y ellos dos no...

No hizo falta que terminara la frase. Gordon entendió enseguida que aquella mujer mantenía con vida al chico y al hombre, a quien le resultaría complicado valerse por sí mismo debido a su cojera.

A lo largo de su dilatada carrera militar, Gordon había matado a muchas personas, directa e indirectamente, comandando a sus tropas en numerosas guerras. Pero nunca, jamás, había abierto fuego sobre un civil ni había dejado morir a un inocente. Sus decisiones eran cuestionables, pero él estaba orgulloso de no haber abandonado a nadie por muy duras que fueran las circunstancias. No lo pensó dos veces, a pesar de que sabía que no era una buena idea.

—Tome. —Se quitó la gabardina y se la entregó al hombre—. Tendrá que disimular su cojera ocultando la pierna. ¿Podrá hacerlo?

—Creo que sí, pero mi abrigo me protege mejor del frío.

—Pero no es una prenda que llevaría un demonio; la gabardina, sí. Coja también la espada.

—¿Quiere que finja ser un demonio como ha hecho usted?

—Exacto. Y como ellos no tienen secuelas físicas, por eso tiene usted que disimular la cojera. La hoja de la espada se activa repasando ese símbolo de ahí. Con el dedo gordo, con los demás dedos no func... Así, eso es. Manténgala a la vista en todo momento. —Gordon se volvió hacia el chico, que seguía abrazado a la mujer—. Voy a sacarlos de aquí, pero tienen que hacerme un favor, ¿de acuerdo? —El niño asintió, aunque sus ojos delataban su miedo—. Muy bien, chico. ¿Sabes dónde está el símbolo de fuego que une la muralla de Londres? Perfecto. Vamos a ir hacia allí, pero si caminas a nuestro lado, sabrán que no somos demonios porque entre ellos no hay niños, ¿comprendes? Tienes que seguirnos desde lejos y, si ves a algún demonio, esconderte.

La mujer, tan asustada como el niño, lo soltó y le dio un beso.

—Todo irá bien.

—Andando —ordenó Gordon. El chico se quedó allí, esperando a que creciera la distancia entre ellos—. No se vuelvan a mirarlo. Y adopten una expresión seria y decidida.

Caminaron despacio para que el hombre pudiera seguir el ritmo. Aquella zona de la ciudad se conservaba en relativo buen estado. El interior, de acuerdo con la maqueta que había llevado el gigante negro a la última reunión, estaría devastado, especialmente en la parte central, sobre la que flotaba la gigantesca roca negra que se podía ver incluso desde donde ellos estaban ahora.

—¿Queda gente en la ciudad? —preguntó Gordon.

—Puede que algunos —contestó el hombre—. En las cloacas, tal vez.

Tal vez el alcantarillado fuera un buen refugio para la explosión, aunque no era probable. Cuando Jack hizo la demostración, la parte de la maqueta que representaba el interior de la ciudad se convirtió en cenizas. Esta vez habría bajas civiles. Gordon sabía que no se podía librar una guerra sin daños colaterales, por lo que no podía esperar menos si se trataba de cerrar las puertas del Infierno.

En su camino, solo se cruzaron con otros dos demonios, que por fortuna no les hicieron caso. Era una suerte que fueran tan poco habladores entre ellos y Gordon ya había comprobado que su disfraz funcionaba. Los demonios, a pesar de creerse superiores, eran tan estúpidos como cualquiera a la hora de dar por sentada la explicación más evidente. Alguien que paseara por Londres con una espada de fuego no podía ser un menor.

Una llama enorme asomaba tras la plancha de la muralla que tenían delante. Al cruzar la calle para ver mejor, pudieron observar el resto de la runa. A Gordon no dejaba de impresionarlo que el fuego ardiera en el aire así sin más, sin consumirse. Y aunque lo estuviera viendo con sus propios ojos, no podía creer que aquel símbolo fuera tan grande.

Desde la esquina superior de la muralla el fuego descendía en una línea inclinada hasta la mitad de la distancia que lo separaba de la otra sección, desde donde caía otra línea idéntica. En aquel punto las llamas giraban sobre sí mismas hasta llegar al suelo formando una espiral. Había más trazos, pero aquella parecía ser la estructura principal de la runa que sostenía la muralla de Londres.

Un tipo se acercó a ellos. Vestía ropa oscura.

—Tranquilos, es uno de mis hombres —dijo Gordon.

—No hay demonios a la vista —dijo el soldado disfrazado tras el saludo militar—. Están concentrados en el centro, bajo la piedra gigante. Solo ha pasado uno en la última hora.

Por el momento todo iba bien. Sirian no había mentido al decir que los demonios no tenían razones para preocuparse por la runa, ya que ni ellos ni los ángeles podrían alterarla, solo los menores podrían hacerlo. Además, los demonios tenían otras cosas en la cabeza.

—Llévatelos —ordenó Gordon, refiriéndose a los civiles—. Un chico llegará de un momento a otro. Sacadlos de aquí, a ellos y a todos los que encontréis.

El soldado asintió. El hombre se acercó a Gordon y le devolvió la espada.

—Gracias. Qué Dios lo bendiga.

—Eso no nos vendría mal, nada mal.

Se marcharon. Gordon, completamente solo, caminó hasta situarse frente a la runa y la admiró durante un segundo.

—Espero que revientes y quemes a todos esos bastardos —murmuró.

Luego lanzó un arco de fuego con la espada. Las llamas volaron hasta estrellarse contra un edificio, sin causar nada más que una pequeña mancha en la fachada. Poco después salieron cinco personas; dos hombres, una mujer y dos chavales de unos diez años. Cada uno llevaba una espada. Se movían en formación; la mujer en el centro, los hombres a los lados, algo adelantados, y los chicos detrás.

—Manos a la obra —dijo Gordon.

El quinteto fue directamente hasta la runa. Una vez junto al fuego empezaron a lanzar tajos con las espadas. Lo hacían de manera sincronizada, con una simetría que solo una larga práctica puede lograr. Gordon se preguntó desde cuándo Jack tendría planeada aquella maniobra.

La muralla de Londres se tambaleó cuando cortaron las llamas de la runa, rechinaron las planchas al inclinarse. Las cinco espadas estiraron el fuego y volvieron a unir las líneas, evitando que la gigantesca plancha de hierro se derrumbara. El símbolo había cambiado ligeramente, pero aún quedaba mucho por hacer. Continuaron cortando y moldeando el fuego, lo extendían en algunos puntos, creaban curvas que antes no estaban. Siempre manteniendo la simetría. Saltaban chispazos y destellos cegadores, las llamas perdían su brillo o variaba la tonalidad. Las sombras de los alrededores bailaban.

Gordon observaba atentamente con la amarga sensación de que los ensayos habían requerido menos tiempo. O puede que fueran los nervios. Había demasiado en juego. Estaban construyendo una bomba que arrasaría Londres, su ciudad.

Una onda de fuego voló desde algún punto elevado y convirtió a uno de los chicos en un montón de carne humeante. Gordon alcanzó a ver una figura con las alas negras descendiendo a una manzana de distancia.

—¡Atrás! ¡Retiraos!

La mujer no apartó la vista de las llamas.

—¡No hemos terminado!

Gordon maldijo, mientras corría hacia ellos. Ese era el problema de la gente sin formación militar. No entiende la importancia de obedecer las órdenes y Gordon no tenía tiempo para explicárselo. Por fortuna, esperaba algún contratiempo por parte de los demonios y se había preparado. Por muy fácil que una operación parezca en la teoría, nunca resulta igual en la práctica. Tal vez aquel demonio había visto los destellos o puede que estuvieran patrullando aquella zona.

Volaron más arcos de fuego. Otro de los hombres cayó despezado tras un impacto brutal.

—¡Largaos! —rugió Gordon—. ¡Y enviad al segundo equipo!

Los que quedaban vacilaron un instante, sin apartar los ojos de los cadáveres, hasta que otra

llamarada incendió un coche abandonado muy cerca y por fin reaccionaron.

Gordon dio la orden de atacar y una lluvia de balas cayó sobre el demonio. No lo matarían, pero al menos le harían daño, lo frenarían y puede que incluso lo hicieran retroceder. El demonio se levantó del suelo pero no dio marcha atrás. Dibujó un símbolo con la espada y las balas rebotaron.

El segundo equipo de cinco llegó hasta la runa y empezó a trabajar inmediatamente.

—¿Por qué habéis tardado tanto, maldita sea? —gruñó Gordon—. El segundo equipo debía venir en cuanto fallara el primero.

El nuevo quinteto mantenía la composición de una mujer, dos hombres y dos niños, con la salvedad de que uno de los chavales era una chica.

—Somos el tercer equipo —explicó la mujer, sin dejar de manejar la espada—. Al segundo lo aniquilaron.

Entonces solo quedaban dos grupos más, ocultos en los edificios circundantes, aguardando a ver morir a sus compañeros para echar a correr hacia la runa, intentando esquivar el peligro. Si acababan con todos antes de que finalizaran, habrían fracasado.

—¿Cuánto tiempo os queda? —exigió Gordon.

—Diez minutos.

El escudo del demonio resistió un autentico diluvio de proyectiles, incluyendo dos disparos de bazuca. El tercero por fin rompió su runa en un montón de llamas dispersas. Pero el demonio no cayó. Y ya se le habían unido seis o siete demonios, puede que más. Si no podían manejar a uno solo con su armamento, Gordon no tenía más alternativa que tomar medidas drásticas.

El comandante pulsó el botón de un dispositivo de control remoto. La calle entera por la que avanzaban los demonios reventó en una explosión brutal. Los edificios de ambos lados, en los que también habían colocado cargas explosivas, se derrumbaron sobre ellos.

—¿Tiempo?

—Seis minutos —respondió la mujer.

Gordon consultó su reloj.

—¡Deberían ser solo tres!

—¡Pues van a ser seis! ¡Más si nos entretienes!

—¡Continuad!

Los escombros que habían sepultado la calle tras la explosión saltaron por los aires. Una llamarada inmensa brotó hacia arriba, como un volcán en miniatura.

—No creo que tengamos tanto tiempo... —señaló Gordon.

—Cinco minutos, menos es imposible.

Gordon, viendo asomar al primero de los demonios entre los cascotes, en medio de una especie de cráter, escupió y gruñó.

—Os conseguiré los cinco minutos, pero terminad porque no creo que podamos contenerlos mucho más.

Apretó el segundo botón del dispositivo y el tercero. El lado opuesto de la calle y también la que tenían enfrente estallaron. Gordon y el quinteto que moldeaba la runa quedaron rodeados por una cordillera de ruinas y destrucción. Los soldados, situados estratégicamente en edificios elevados, disparaban sobre los demonios. Y a cambio recibían fuego. Más de uno cayó envuelto en llamas. Gordon veía morir a sus hombres, que seguían allí apostados, sin retroceder ni huir ante un enemigo claramente superior, luchando por entretener a los demonios y ralentizar su avance a través del muro de escombros que las detonaciones habían creado.

Uno de los demonios, el que había emergido del pequeño volcán, se abría paso hacia ellos a espadazos, destrozando escombros como si fueran de cartón. Los soldados no se habían dado cuenta y concentraban sus esfuerzos en retrasar a los enemigos que aún estaban al otro lado de los derrumbamientos.

—¡Os queda un minuto como mucho! —gritó Gordon al grupo que trabajaba en la runa.

Subió a toda prisa a un camión de basura y enfiló hacia el demonio. Pisó el acelerador hasta el fondo. El demonio, centrado en despejar el camino para sus compañeros, no lo vio hasta que fue demasiado tarde. Gordon saltó del camión en el último instante. Rodó sobre sí mismo, pero aun así la caída dolió. El camión se estrelló directamente contra el demonio.

Contaba con que el golpe lo aturdiera al menos, pero se equivocó. Una espada de fuego asomó por el techo del camión y avanzó hasta la parte trasera, cortándolo con una facilidad ridícula. El camión se dividió en dos partes que cayeron hacia los lados. En el centro estaba el demonio y su expresión no era precisamente agradable.

Por si fuera poco, Gordon contempló horrorizado un problema que no había previsto. Había sembrado todo el perímetro con explosivos para entorpecer el avance de los demonios y, tal vez, causarles algún daño. Solo había dejado una zona desprotegida: la runa. Ni siquiera había considerado la posibilidad de ser atacado desde ese lado. Su error resultó evidente cuando varios demonios cruzaron las llamas que formaban la runa y despedazaron al equipo que estaba moldeándola. Los cinco miembros, incluidos los niños, fueron ensartados en menos de un segundo.

Gordon agarró su pistola y su espada, maldijo y escupió al suelo. Se preparó para morir, sabiendo, además, que no habían terminado la runa. Vació el cargador contra el demonio más cercano, que retrocedió y tuvo que apoyar una mano en el suelo para no caer. Sin embargo, no tardó en levantarse.

—¡Ojalá os pudráis todos en el Infierno! —rugió enloquecido.

Gordon pensó que morir en combate no era un mal fin para su carrera militar. Lo pensó mientras cargaba contra los demonios, que habían formado un círculo a su alrededor, rezando por matar con la espada aunque fuera solo uno de ellos antes de que lo abatieran.

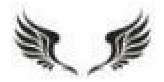
El demonio hacia el que corría rasgó el aire, dejando una estela de fuego inclinada, y sonrió. Gordon aceleró al límite de sus fuerzas.

Primero pensó que la adrenalina y la rabia le nublaban su visión al ver que la línea de fuego del demonio desaparecía. Luego vio que las sombras se encogían a su alrededor, huyendo rápidamente hasta desvanecerse. Una luz inmensa creció y lo envolvió absolutamente todo. Su segundo pensamiento fue que ya había muerto y aquella luz era el famoso túnel que conducía al otro lado. Gordon había escuchado ese testimonio de muchos soldados en el campo de combate, mientras exhalaban su último aliento en un charco de sangre con los ojos desenfocados.

No supo cuándo había dejado de correr. La luz crecía y crecía, ganaba intensidad, un sol había nacido allí mismo, en Londres. Aquella luz, contra toda lógica, no cegaba. Los demonios también la miraban, sorprendidos, por lo que dedujo que no era obra suya.

Dejaron de escucharse los disparos y las detonaciones. Los sonidos de la batalla se extinguieron. Todos estaban pendientes de aquel fenómeno inexplicable.

La luz continuó aumentando. Y las sombras, todas, murieron a su alrededor.



Asius y Tanon se miraban como si apenas los separara un metro escaso de distancia.

—Tu orgullo te ha traicionado. —El ángel señaló al demonio con su espada de hielo—. Atacar una posición fortificada cuando lo sabíamos de antemano es un suicidio.

El demonio se tomó un instante para mirar hacia abajo. Renuin y Stil estaban cerca de cruzarse, pero aún quedaba tiempo.

—Entonces deberías estar contento —repuso Tanon, indiferente.

—Has confiado demasiado en el traidor que hay entre nosotros.

—A estas alturas, si no hubieses deducido que tenemos ayuda, no me dignaría ni a mirarte a los ojos.

—He deducido mucho más que eso. —Asius bajó la espada e inclinó levemente la cabeza.

La melena pelirroja ocultó parte de su rostro—. Pero no fue fácil. Pasé mucho tiempo pensando por qué un ángel nos traicionaría. No entendí hasta hace poco que la pregunta era equivocada. Un ángel nunca lo haría. Solo un demonio es capaz de algo así.

—Interesante. Has deducido que hay un demonio entre vosotros sin que nadie lo sepa. ¿Salió del Agujero y se fue a dar una vuelta por la primera esfera?

—Sabes que no. Ya no necesitas fingir más. El traidor no salió del Agujero porque nunca llegó a entrar en él. Recordé vuestra estrategia en la primera guerra, la de no descubriros todos a la vez. Primero unos pocos y, luego, progresivamente los demás se fueron mostrando. Conseguisteis hacernos dudar de nosotros mismos. El caso es que uno de vosotros nunca reveló su verdadera condición. Siguió aparentando ser un ángel todo este tiempo. ¿Tomasteis esa decisión cuando visteis que ibais a perder porque Sirian no os apoyaba?

—¿Te pareció que era una guerra improvisada?

El matiz era sutil, pero la voz de Tanon había perdido algo de fuerza. Ahora que confirmaba lo que en realidad ya sabía, Asius no podía creerlo.

—Así que era un plan premeditado —dijo pensativo—. La primera guerra fue solo para introducir un traidor entre nosotros. ¿Nos atacasteis sabiendo que ibais a perder?

—Para nosotros sigue siendo la misma guerra. Aquello solo fue la primera batalla. Hay que hacer concesiones con el enemigo para luego poder vencer.

—Pero algo salió mal... —reflexionó Asius—. No contabais con un castigo tan severo por parte del Viejo. Creíais que podríais salir del Agujero.

—Nada de eso importa ya.

—Claro que importa. Tú mataste a uno de los tres Justos en la primera guerra, Tanon, ese era tu único objetivo. Luego Diacos te derrotó y ocupó su puesto. —Asius retrocedió unos pasos, y desapareció un instante detrás de una roca. Después regresó al mismo sitio arrastrando al traidor consigo, encadenado y amordazado—. Aquí tienes a tu amigo, Tanon —dijo obligando a Diacos a arrodillarse. Le agarró del pelo para forzarle a mirar a Tanon—. Fingisteis muy bien tu derrota. ¡Enhorabuena! ¿También ensayasteis la revuelta? Debisteis pasar una mala temporada después de la Onda, sin saber si Diacos habría logrado el puesto, hasta que se puso en contacto con vosotros y os detalló cómo asaltar la Ciudadela. ¿Cómo resultó la espera para ti, Diacos? —le preguntó al traidor con un deje furioso—. Tanto tiempo aparentando ser el vencedor de la primera guerra… ¿Te divertías mientras te considerábamos un héroe?

Diacos no podía contestar porque estaba amordazado, lo que no impidió que Asius, en un arrebato, lo derribara con un golpe brutal en la cabeza. Pensar en todo lo que había hecho lo encendía por dentro hasta poner a prueba su autocontrol. Habían comenzado una guerra que sabían que iban a perder, destinada a situar a uno de los suyos entre la cúpula dirigente de los ángeles, sacrificando a los propios compañeros para conseguir ese objetivo. ¿Cómo se podía idear un plan semejante? La espada de Asius temblaba en su mano.

Por el rabillo del ojo vio en la montaña de enfrente aparecer dos llamaradas. Tanon había desplegado sus alas.

—Has sido muy inteligente al descubrirlo, Asius —dijo Tanon—. Te recomiendo que sigas pensando muy bien lo que haces. Si vuelves a ponerle la mano encima, lo lamentarás.

—¡Se acabó la negociación! —contestó el ángel, descontrolado—. He tratado de advertirte, pero no quieres escuchar. Tu traidor está aquí, a mis pies, y no va a debilitar la runa defensiva desde dentro, como esperabas. Tus muchachos no podrán coronar la montaña. Te lo digo por última vez. ¡Detén la guerra o atente a las consecuencias!



El fuego caía desde diez plataformas que flotaban sobre ellos. Caía también desde lo alto de la montaña. Los demonios, atrapados, se escudaban como podían, respondían arrojando llamas de manera desesperada. Rugían, maldecían y morían. Pero seguían avanzando.

Asler intentaba coordinar al ejército sin demasiado éxito. La montaña convertida en una runa gigante representaba un obstáculo que no esperaban, y esas plataformas flotantes estaban causando estragos entre sus filas, en un ataque que no habían previsto. La apuesta por parte de los ángeles era muy arriesgada. Al perder la facultad de volar, los ángeles que iban sobre ellas sabían que no podrían salir de allí a menos que ganaran la guerra y luego descendieran planeando.

Lo primero que ordenó Asler fue crear barreras defensivas sobre ellos. Tejieron una red de fuego con sus espadas, enlazaron runas tan deprisa como pudieron. Aquello frenó un tanto la lluvia de fuego, pero no fue suficiente. Los ángeles, que esperaban algo así, concentraban sus ataques sobre las protecciones apenas eran creadas. Se mantenía un empate en el que de vez en cuando se abría una brecha y morían algunos demonios, mientras que los ángeles nunca sufrían bajas desde las alturas. Era evidente que mantener esa estrategia indefinidamente mermaría a los demonios, que al no contar con sanadores necesitaban desesperadamente acortar la duración de la batalla.

Al menos no habían logrado frenar a los titanes. Se habían convertido en montones de piedra ardiente al absorber las llamas de los ángeles. Algunos estaban al rojo vivo, de vez en cuando estallaban o se derretían, pero el grueso de la vanguardia no se detenía. De sus cuerpos manaban columnas de humo. Asler comprendió que, sin ellos, la batalla habría sido una auténtica masacre.

Por fin alcanzaron el corazón de la runa defensiva. El punto de la montaña en el que brillaban las tres piedras que Tanon había ordenado destruir.

—¡Concentrad la ofensiva en el triángulo!

Los evocadores impartieron las órdenes. Los titanes descargaron sus puños sobre la montaña, que retumbó violentamente. Desde detrás, los demonios apoyaban a sus esclavos de piedra arrojando arcos de fuego contra las tres rocas.

Asler dispuso un batallón para atacar a los ángeles que asomaban en la cima, con la idea de entorpecer sus maniobras más que causar un daño significativo. Ordenó al resto del ejército proteger a la vanguardia de los ataques que caían desde las diez plataformas.

Todo el potencial del Infierno se concentró en el corazón de la montaña. No importaban los que caían, las detonaciones, las heridas. Solo importaba derribar la defensa de los ángeles antes de que el número de demonios se redujera drásticamente.

Una voz furiosa, que Asler reconoció con desagrado, logró abrirse camino hasta él entre el estruendo de la batalla.

—¡Tomad fuego, cabrones! ¡Chupaos esta! ¡Y esta también! ¡Tengo para todos vosotros!

Asler corrió entre las tropas tan rápido como pudo, hacia los evocadores. Asler no sabía quién estaba al mando, pero tampoco tenía tiempo de buscarlo, y bien pudiera ser que hubiese muerto ya. Se acercó a uno cualquiera.

—Los titanes están soportando demasiada presión —informó el evocador.

Justo en ese instante, una onda de fuego cayó directamente sobre un evocador, que estaba a solo unos metros de distancia, y lo partió por la mitad, salpicando de sangre a los que se hallaban cerca, incluyendo a Asler.

—Mejor que la soporten los titanes y no nosotros —repuso Asler limpiándose el rostro.

—No durarán mucho más. Y no hemos reservado a ninguno.

—Tanon ha dicho que la runa caerá y vamos a cumplir sus órdenes. Ahora necesito que me ayudes a acabar con las plataformas de ahí arriba antes de que nos exterminen.

El evocador alzó la vista. Las diez rocas flotaban sobre ellos, ennegrecidas por los ataques que los demonios habían realizado contra ellas, pero intactas. Por sus bordes los ángeles derramaban fuego constantemente sobre ellos.

—Demasiada altura. Es imposible.

—¡Ni se te ocurra volver a decir eso! Liberad temporalmente a los titanes si es preciso, pero quiero que te ocupes de esas plataformas ahora mismo.



Stil ya podía ver con claridad la silueta de Renuin, arrastrando como él los grilletes y las cadenas. No faltaba mucho para que se cruzaran. Ella todavía no le había mirado ni una sola vez.

Stil, el demonio que parecía un ángel, el Barón de las Alas Blancas, temía esa mirada más que nada en el mundo. Temía mucho más que no llegara a producirse, que ella pasara a su lado sin apartar los ojos del camino. Una mirada podía decir mucho entre dos ángeles que habían sido uno solo. Hubo un tiempo en que su sincronía rivalizaba incluso con la de Yala. Podía saber lo que su esposa sentía simplemente por la posición de las plumas de sus alas. Nunca imaginó que pasaría la eternidad sin ella, mucho menos que se enfrentarían en una guerra.

Pensar en Renuin y recordar el tiempo que pasaron juntos fue lo que le permitió sobrevivir en el Agujero. Tener una meta, un objetivo personal por el que luchar, lo ayudó a mantenerse centrado y a soportar el encierro. Atravesó el Cielo y el Infierno arrastrado por la necesidad de volver a verla. Y cuando eso sucedió, en la Ciudadela, ella lo despreció. No valoró cuánto sacrificio había sido necesario para que pudieran estar juntos de nuevo.

Por primera vez en miles de años, Stil se preguntó si ella lo habría olvidado, si ahora descansaba entre las alas de otro ángel. Hasta ahora nunca había dudado, jamás. Que Renuin pudiese amar a otro ángel era inconcebible. Y al mismo tiempo era lo más probable.

Solo sus ojos le dirían la verdad... Si se dignaba a mirarlo.



Richard Northon nunca había creído en Dios, ni siquiera estando sumido en el Infierno. En realidad nunca tuvo una postura definida en cuanto a la religión, ni a favor ni en contra, simplemente era un tema que no despertaba su interés. Antes y después de la Onda había visto a muchos compañeros rezar y santiguarse ante la perspectiva de entrar en combate, algunos visitaban iglesias después de una batalla, pero todos terminaban muriendo, tanto los que creían, como los que no. Así que Rick no veía ninguna ventaja especial en las religiones, y él era un hombre práctico, prefería centrar su atención en aspectos que le permitieran seguir con vida, guerra tras guerra.

Por supuesto, aquello cambió desde que estuvo en el Cielo y supo que Dios existía, pero tampoco demasiado. No había pensado en rezar ni una sola vez, ni había alterado su modo actuar.

Supuso que la idea de Dios nunca arraigaría del todo en su interior si no lo había hecho ya. Por eso no le impactó tanto como debería enterarse de que Dios había muerto. Y, por eso, cuando Raven confesó que lo había matado él, solo sintió curiosidad.

No se podía decir lo mismo de Nilia y Lyam, que habían conocido a Dios en persona y habían sido creados por él. Nilia reaccionó como cabía esperar, aunque no por eso dejó de sorprender al soldado.

—Por fin has hecho algo bien, Raven. Estoy orgullosa de ti.

Lyam, por su parte, encajó la noticia con bastante menos entusiasmo.

—Mantente apartado de mí —le advirtió—. Todo es por tu culpa. La Onda, la fuga de los demonios, la guerra... Todo.

El ángel se alejó saltando entre las piedras.

—Lleva razón —se lamentó Raven.

—Pero lo ha expresado mal —puntualizó Nilia—. Todo es gracias a ti. Sé que ahora no lo entiendes porque lo ves como un menor. Te han inculcado una idea sobre la que has estructurado todas tus creencias y no puedes aceptarlo, pero no eras así antes de la Onda.

—¿Cómo lo sabes?

—Por lo que hiciste. Cuando recuperes la memoria sabrás la razón y lo entenderás.

—No creo que quiera descubrirlo.

—Sí quieres, o habrías saltado ya al vacío. Piénsalo. Siempre has sido la misma persona. Si ahora te parece inconcebible matar a Dios, ¿cómo es que lo hiciste? Sabías algo, Raven, que te llevó a hacerlo.

—¿El qué?

—¿No te gustaría averiguarlo?

Nilia también se fue en la misma dirección que el ángel. Rick se quedó solo con el pobre Raven, sin saber qué decirle para que pudiera soportar la idea de ser el responsable directo de todo lo que estaba pasando. Él no sabía nada de Dios así que poco consuelo podía ofrecerle en ese sentido. Tenía claro que la prioridad era que Raven no se suicidara, lo demás ya lo iría viendo.

—¿Sabes, compañero? Creo que sé lo que tienes que hacer. —Los ojos de Raven le apuntaron y brillaron, anhelando una respuesta, algo a lo que aferrarse. Rick le ofreció su punto de vista, esperando que fuese suficiente—. Mientras hablabais de Dios y todo eso, yo estaba pensando en ti, en qué decirte para que no te tires por el acantilado, y no se me ocurría nada. Pero no importa lo que pudiera decir, que seguramente serían tonterías.

—¿Por qué no? —preguntó decepcionado Raven.

—Lo que importa es que me preocupaba por ti. ¿No lo entiendes? Estaban hablando de Dios y a mí me preocupabas más tú. Es hora de que hagas lo mismo. Tienes que seguir adelante, Raven, no por ellos, sino por ti, por nadie más. Tienes que descubrir la verdad. ¿Y si fue un accidente? ¿Y si fue en defensa propia? Sé que pueden ser chorradas, pero hasta que no lo sepas, no deberías dar nada por sentado. ¿Quieres mi opinión? Creer es una auténtica mierda, saber es mucho mejor. Ni los ángeles ni los demonios conocen la verdad. Tú eres el único que puede descubrirla, pero no saltando a ese agujero. Venga, salgamos de este sitio asqueroso. Si vas a matarte, al menos que no sea aquí. —Consiguió arrancarle una sonrisa a Raven—. Yo solo soy un maldito soldado, pero tengo palabra. Y te juro que no me importa lo que piensen ellos. Solo me interesa tu versión de la verdad. Y cuando la descubramos, sea lo que sea, puedes estar seguro de que yo te apoyaré a ti antes que a cualquiera que tenga alas. Todo esto te lo acaba de decir una persona que nunca ha creído en nada ni en nadie hasta que te ha conocido.

Raven se tambaleó un poco.

—Gracias —balbuceó—. No sabes lo que significa para mí.

Rick pensaba que sí lo sabía, hasta cierto punto. A él siempre habían tratado de utilizarlo personas con poder, como el comandante Gordon, sirviéndose de su experiencia militar para encomendarle las misiones más arriesgadas. Eso es lo que Lyam y Nilia hacían con Raven, cada uno a su modo, con sus propias motivaciones, que seguramente ambos creían correctas y legítimas. Pero eso no impedía que lo vieran como un instrumento con un potencial infinito. Saltaba a la vista que Raven era mucho más de lo que nadie podía entender, y no dejaba de sorprenderlos a todos. Algo similar le sucedió a Rick en los inicios de su carrera militar y nadie le tendió una mano nunca. Los problemas a los que se enfrentaba Raven no se podían comparar, pero las personas siempre relativizan sus emociones. Por eso un hombre rico podía enfadarse más, y sentirse peor porque su equipo favorito perdiese un partido, que uno pobre por descubrir un nuevo agujero en su único par de zapatos. La salud mental de Raven dependía de que consiguiera reducir la importancia de su situación a un único problema: recuperar su memoria, sin importarle Dios ni los ángeles ni los demonios. Si no lo lograba, se volvería loco.

—Nos están esperando —dijo Rick.

Raven asintió y se puso en movimiento. Los demás aguardaban en una zona despejada, pasadas las rocas que había causado el terremoto. El niño también estaba allí, entre los dos ángeles. No dio muestras de reconocer a Raven, permaneció impasible, como hacía con todos, aunque sí obedecía cuando le pedían que los siguiera. Raven solo lo miró una vez y se apartó de él.

Anduvieron mucho tiempo en silencio. Nilia se adelantaba y desaparecía, como de costumbre. Lyam rehuía a Raven, que a su vez arrastraba una expresión sombría. Y Rick, por su parte, no terminaba de sentirse cómodo junto a Yala. La conexión que les unía lo desconcertaba. A veces evitaba pisar un agujero que no existía, pero que había visto a través de Yala. En otras ocasiones movía un brazo o una pierna sin saber por qué. Y había otros detalles mucho más inquietantes, como pensamientos o emociones que asomaban en su mente. Su odio hacia Nilia,

por ejemplo, crecía brutalmente si Yala permanecía a su lado y ambos se acercaban a ella. También sentía... caricias, susurros, por decirlo de alguna manera, en sus pensamientos y en su voluntad, como si el ángel invadiera su mente sin que él pudiera oponerse. Al mismo tiempo había algo allí dentro, en su cabeza, casi podía tocarlo, o el equivalente mental a tocar un objeto. Ocupaba espacio y Rick lo imaginaba como un muro. Detrás de ese muro se encontraba Yala, o eso creía. Todas aquellas sensaciones se acrecentaban cuanto más cerca estaba del gemelo, por lo que la proximidad física era un factor relevante de su unión, aunque no podía precisar cuánto. Por último, el niño caminaba sin hablar con nadie, como un fantasma. A Rick se le ocurrió que podría ser autista.

El paisaje, por llamarlo de algún modo, era deprimentemente monótono, montaña a la derecha, acantilado a la izquierda, y siempre subiendo. Frío, oscuridad y los repugnantes sollozos del Infierno, alargados y deformados, sonidos que torturaban los oídos de Rick.

El sendero ascendió con brusquedad, al tiempo que ganó en amplitud, alejando el borde lo suficiente para no verlo constantemente por el rabillo del ojo. Rick caminaba solo cuando encontró al niño de pie, mirando fijamente a la oscuridad de la montaña.

—¿Estás cansado?

Por un momento creyó que el niño lo miraba, pero solo había movido la cabeza reaccionando a su voz, y enseguida se quedó quieto de nuevo. Rick le pidió que continuara o se quedaría allí solo. El chico ni se inmutó. Como tocarlo quedaba descartado, no se le ocurría el modo de comunicarse con él. No iba a abandonarlo allí.

—Tenías razón —dijo Lyam a su espalda.

Se lo dijo a Yala, que debía de haber avisado a los demás de que el niño ya no caminaba. Raven negó con la cabeza y se encogió de hombros como respuesta a la mirada de Nilia. Entonces el niño echó a andar, pero no por el camino, como esperaban, sino directamente hacia la montaña. Antes de que se dieran cuenta se perdió entre uno de sus pliegues oscuros. La primera impresión de Rick fue que las rocas se habían tragado al chico o que este se había vuelto invisible, pero no había advertido que la pared se doblaba sobre sí misma en ese punto, ocultando un espacio por el que se podía avanzar hacia el interior. En cualquier caso, el soldado no entendió cómo el chiquillo había encontrado esa grieta.

—Voy tras él —dijo Raven.

Rick lo acompañó sin dudarlo, seguido de los ángeles y de un bufido irascible que sin duda habría soltado Nilia. La gruta era estrecha pero de techo alto, no tenían que agacharse aunque sí caminar en fila india. Era un mal lugar para defenderse de un ataque. Las paredes parecían húmedas y negras, se retorcían, tenían nudos y grietas, ondulaban, daban la impresión de que podían moverse y caer sobre ellos en cualquier momento. Recorrieron tantas curvas que Rick se sintió inmediatamente desorientado, no habría sido capaz de regresar.

Cuidaba sus pasos para no tropezar y entonces reparó en que ya no había paredes. Luego vio

que en realidad se hallaban más lejos. Habían llegado a una especie de cueva bastante amplia, sin una forma determinada. En lo que debía ser el centro, a un palmo sobre el suelo, ardía una runa muy débil formada por llamas verdes. A su lado se sentaba el niño, que mecía la cabeza y tarareaba, puede que siguiendo la cadencia de las ondulaciones que se producían en el fuego. Detrás de él, en diferentes salientes, había una colección de rocas ordenadas por tamaño, todas de forma similar, como si alguien las hubiera moldeado para que tuviesen el aspecto aproximado de una botella. Aquellas rocas también tenían símbolos grabados, aunque sin fuego.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Lyam.

Nilia, a quien lógicamente iba dirigida la pregunta, no respondió. En vez de eso estudió la cueva tan atónita como los demás.

—A lo mejor es la casa del niño —aventuró Raven, sentándose junto a él—. Quiero decir que en algún lugar habrá estado todo este tiempo, ¿no? Y tal vez por eso supo encontrar la entrada.

No era una mala suposición, ni buena en realidad, pero como no tenían nada mejor, a Rick le pareció suficiente. Lo único que quería era largarse de allí. Dentro del corazón de la montaña, rodeado de piedra por todas partes, no se sentía cómodo, prefería caminar al borde del abismo, pero al aire libre.

—Yo he visto esa runa antes —dijo Yala—. Y tú también.

—¿Yo? —se asombró Lyam—. No me suena de nada... Espera, sí, fue cuando rescatamos a Diago, pero era diferente. Juraría...

—Está relacionada con la evocación —dijo Nilia, que repasaba la colección de piedras marcadas—. Pero no sé qué hace aquí. No había oído hablar de este sitio.

Lyam estudió con gran detenimiento la runa, casi se convirtió en una estatua de lo concentrado que estaba. Los trazos de fuego crepitaban en las pupilas del pequeño ángel. A Rick se le ocurrió que quizá la estaba memorizando. De pronto Lyam se levantó y fue hasta las piedras con forma de botella que examinaba Nilia. Tomó una y también la estudió a fondo, repasó con el dedo el símbolo que tenía grabado.

—No reconozco su estructura —murmuró—. Jamás había visto runas como esta. ¿No te resulta extraño? —le preguntó a Nilia.

—¿A qué te refieres?

—A que os envían al Infierno y volvéis con un conocimiento que antes no existía en ninguna parte. ¿Cómo es posible aprender runas que ningún ángel conoce? ¿Quién os las enseñó?

No era posible fingir el desconcierto que apareció en el rostro de Nilia. O tal vez sí, pero eso hubiera requerido unas dotes de interpretación inigualables. Además, ella no fingiría. Si quisiera guardar un secreto, lo diría abiertamente y los desafiaría a obligarla a hablar. Pero no, ella

dudaba, estaba tan intrigada como el sanador, puede que más por no haberse hecho la misma pregunta antes.

—Fue Capa —contestó Nilia—. Él descubrió el arte de la evocación. Así lo denomina él, ya sabes lo teatral que es.

Rick recordó fugazmente la primera vez que vio a Capa, a un adolescente cubierto por una capa negra que hablaba de un modo cargante y hacía reverencias continuamente. En aquella ocasión se hacía pasar por el empleado de un edificio de Londres y casi lo mareó con su charla. Teatral era un modo discreto de definirle.

—¿Y quién enseñó a Capa?

Nilia reflexionó unos segundos.

—Nadie. Él fue el primero y el que luego enseñó a los demás.

—¿Seguro?

—Es difícil de olvidar. Capa lo pasó muy mal al principio. Era un sanador como tú, Lyam, imagina lo que significa estar aquí despojado de tu mejor cualidad. Aunque cueste creerlo, casi no hablaba, estaba asustado y tenía miedo. Los primeros tres o cuatro siglos fueron los peores. Yo me dedicaba a explorar, así que tampoco lo veía demasiado, pero cuando regresaba y nos cruzábamos, era como ver a un fantasma de lo demacrado que estaba. Algunos demonios se metían con él porque lo consideraban una carga, un inútil. No vestía con la capa negra todavía, eso fue más tarde... Reconozco que me sorprendió que no lo intentara antes.

—¿El qué? —preguntó el ángel.

—Suicidarse. ¿Has pensado alguna vez qué significa este lugar? —Lyam sacudió la cabeza en gesto negativo—. Piénsalo un momento. Un sitio en el que solo existe peligro y nada remotamente agradable, donde todo es hostil, y eso que no lo has visitado antes de la Onda. Un sitio en que vayas donde vayas siempre estás a un paso de una muerte segura en forma de un agujero gigantesco.

Rick la entendió a la perfección. Había sentido el deseo de tirarse al precipicio, incluso le pidió a Raven que lo ayudara. Habría saltado él mismo si hubiera sido capaz de ver y encontrar el borde. Imaginó que Capa, sin su capacidad de curación, debió de sentirse tan indefenso e inservible como se sintió él.

—¿Estás insinuando que el Viejo os trajo aquí para...?

—Para que nos matáramos nosotros mismos —terminó Nilia—. Y algunos lo hicieron. Si después de lo que has visto no puedes comprender lo que significa estar aquí, enfermando, durante milenios, nunca lo entenderás.

Rick advirtió un destello de comprensión en los ojos del ángel, y también espanto y tristeza. No era una expresión precisamente dulce la que ensució el rostro de Lyam.

—Así que Capa lo intentó.

—Eso dijeron. Por lo visto, se despidió con la misma mirada que otros habían mostrado antes. Créeme, es mejor no saber de qué estoy hablando. —Y por un momento los rasgos de Nilia se afilaron peligrosamente—. Un tiempo después, Capa regresó. Tenía el cuerpo abrasado completamente y había perdido las alas. Tardó muchísimo en curarse. Tuvo que dormir cerca de medio siglo. Cuando despertó, pasó mucho más tiempo hasta que logró andar y moverse con normalidad, hacía ejercicios para recuperarse y algunos cuentan que sus extrañas reverencias provienen de esos ejercicios, que las sigue haciendo con cualquier excusa porque todavía le duele. Que yo sepa, nunca contó a nadie qué le había pasado y desde ese momento se cubrió el cuerpo con la capa negra para ocultar sus heridas. Para un sanador, las cicatrices son un insulto intolerable, una prueba de que ha hecho mal su trabajo.

Lyam mostró su conformidad con un ademán.

—Pero no tenía por qué sentirse tan mal. Capa ya no era un sanador.

—Pero lo había sido desde su creación. Imagino que ese sentimiento está muy arraigado dentro de él. Y luego está su ego, tan grande que podría llenar el agujero del Infierno. Fue un golpe muy duro para él. Yo no creí que fuera a recuperarse nunca. Estuvo mucho tiempo aislado, estudiando, decía. Creíamos que buscaba el modo de recuperar su habilidad para la curación, por eso lo dejaban tranquilo, incluso otros demonios que habían sido sanadores lo ayudaban en lo que podían. Tardó milenios, pero de pronto apareció y dijo que podía solucionar nuestro problema con las sombras y los titanes. Murieron varios demonios capturando titanes para que luego los intentos de Capa fracasaran. Muchos lo habrían repudiado de no ser porque Tanon exigió que colaborasen con él. Y al final lo consiguió. Perfeccionó esas runas y logramos someter a los titanes, a algunos, claro está. Fue nuestra mejor época, ya que los titanes sumisos, como Capa los llama, nos defendían de los salvajes.

El silencio inundó la cueva tras el relato de Nilia, incluso el niño dejó de tararear. A Rick le interesaba mucho saber a qué conclusiones había llegado Lyam, que meditaba sobre la historia de Capa, movía los labios mientras sus ojos permanecían desenfocados. Estaba tan concentrado que casi se podía oír cómo pensaba.

—Capa os mintió —declaró finalmente el ángel—. Puede que intentara suicidarse, no lo sé, pero encontró algo que le permitió aprender esas runas. No fue simplemente cuestión de estudiar mucho tiempo. No me lo creo.

Nilia no se mostró convencida, pero tampoco le pareció descabellada la idea. Rick concluyó que ella sabía menos de las runas en general que Lyam, y que por eso no rebatía al ángel, suponiendo que quisiera hacerlo.

—Si Capa encontró algo, como dices, ¿por qué no lo encontró nadie más en todo el tiempo que pasamos aquí? No suena muy lógico.

—¿Qué me dices del niño? —repuso el ángel—. ¿Cómo es que nadie lo había visto antes?

¿Suena lógico? Después de todo lo que ha pasado, me inclino más por que Capa tuvo alguna clase de ayuda externa, y no que él solito y desesperado desarrollara en el Infierno un lenguaje de runas completamente nuevo. Tú le conoces mejor que yo. ¿Te parece tan inteligente como para descubrir algo que nadie más ha sido capaz de encontrar nunca?

—Capa no es estúpido —aseguró Nilia, pero al mismo tiempo había algo en su tono que indicaba que estaba de acuerdo con Lyam aunque no quisiera admitirlo—. Es una criatura extraña, algunos piensan que está loco, pero no lo está.

—Hay una diferencia entre no estar loco y lo que ha hecho aquí —insistió Lyam—. Ningún ángel o demonio ha creado una sola runa jamás. Todas las que empleamos nos las enseñó el Viejo o son derivaciones. En cambio, las estructuras que creó Capa son únicas y originales. ¿Sabes dónde trató de suicidarse?

Nilia asintió y tensó los músculos al mismo tiempo.

—Sí, pero no vamos a ir allí. Para empezar está lejos, en la dirección contraria a la salida. Y para continuar, no voy a consentir que ningún ángel husmee en ese lugar, solo por si llevas razón. Olvídalo.

—Pero tú también sientes curiosidad. —Lyam suavizó notablemente su voz—. Sabes que estoy en lo cierto y te preguntas si Capa descubrió algo más. Si ocultó un posible origen para las runas de la evocación, pudo haber hecho lo mismo con otros descubrimientos más interesantes.

—Vaya, vaya, Lyam. —Nila relajó su postura—. Parece que este asunto despierta tu interés... ¿O debería decir tu ambición? ¿Quieres buscar tesoros en el Infierno? Adelante. Sal de esta cueva y vuelve por donde hemos venido. Explora, diviértete. ¿Alguno quiere acompañar al ángel de excursión por el Infierno? Que se largue con él. Los demás, los que quieran salir de aquí, que vengan conmigo.

—¡El niño! —chilló Raven—. ¡Ha desaparecido!

Rick había estado pendiente de la conversación entre Lyam y Nilia, junto a la pared donde estaban colocadas aquellas piedras con forma de botella, y se había olvidado de Raven. A la vez supo que Yala tampoco se había percatado, porque en ese caso habría captado algo con la visión que compartía con él. El gemelo parecía más preocupado por un posible ataque en aquella cueva, atento al camino por el que habían llegado, que era la única entrada o salida visible.

Todos reaccionaron ante el grito de Raven. Se reunieron en el centro, alrededor de la runa.

—¿Dónde ha ido? —preguntó Nilia—. Tú estabas con él.

—Te juro que no lo sé —contestó Raven—. Solo os dirigí la mirada un segundo cuando dijiste lo de ir de excursión y al volver la cabeza el chaval se había esfumado. Se encontraba ahí mismo. Consideraba si debía tocarlo o no para apartarlo de la runa, ya que me parecía que quería jugar con ella.

El primero en reaccionar fue Yala. Rick supo sus intenciones antes de que se moviera. El gemelo avanzó hasta la runa y se metió en medio. Las llamas se enroscaron alrededor de su pierna derecha, cubriéndola hasta la rodilla. Rick notó un pequeño picor y se rascó su propia pierna instintivamente.

—Esta runa no hace nada —dijo Yala.

—Saca la pierna —ordenó Nilia—. Y no vuelvas a hacer algo así. Podrías…

—El niño estaba junto a la runa —repitió Raven

—Naranará… Nana… Naraná…

Todos oyeron la voz del chico tarareando, y reconocieron la melodía que repetía sin cesar. Se miraron. Buscaron el origen de la voz.

—¡Arriba! —señaló Lyam.

Allí estaba el niño, sobre un saliente de la pared de la cueva, unos dos metros por encima de las piedras que antes estudiaban y a más de tres del suelo. La oscuridad difuminaba su contorno pero su voz era inconfundible.

Yala desenfundó la espada y las llamas arrojaron la suficiente luz para despejar cualquier posible duda.

—Eh, chico —pidió Raven—, baja de ahí y ven con nosotros. Yo voy a cuidar de ti.

El niño ni siquiera lo miró.

—Habrá que subir a por el mocoso —bufó Nilia.

—No —dijo Raven—. No le gusta que lo toquen.

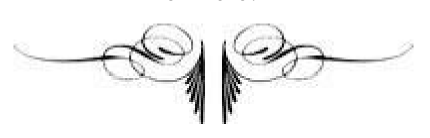
—Yo sé cómo ha llegado hasta allí —dijo Lyam—. Apuesto a que en este lugar es donde Capa estudió y practicó hasta perfeccionar las runas de la evocación. En secreto, por cierto. —Atravesó a Nilia con los ojos en la última frase—. Observad.

El ángel tomó una de las piedras de la pared, luego fue hasta el centro de la cueva, y la soltó sobre la runa. La piedra desapareció. Apareció casi al instante junto al niño.

—Pero… —dijo Raven asombrado—. El niño no es un titán. Y cuando Yala tocó la runa no pasó nada. Solo funciona con rocas, ¿no?

—Las sombras son bestias de alguna clase —objetó el ángel—. Y los demonios las traen del Infierno con esas runas y las colocan donde quieren. Es evidente que Capa sabe invocar mucho más que unas cuantas piedras. Y por la cara que pone Nilia, también es evidente que se ha guardado ese secreto por alguna razón.

CAPÍTULO 9



Dast paseó entre la compleja estructura de runas que los demonios habían tejido. El Séptimo Barón llevaba casi un día completo verificando la precisión milimétrica de cada llama, su aportación al conjunto. Sin la necesaria armonía no había nada. Ese era el secreto y la base de todo su trabajo.

Con tiempo y dedicación podía crearse cualquier cosa. Aunque Dast no siempre pensó de ese modo. Tras ser encerrados en el Infierno, sus esfuerzos se centraron casi exclusivamente en abrir la puerta. Y no lo logró. Aplicó cuanto sabía de la niebla y los viajes entre los distintos planos, pero fracasó una y otra vez. Los barones solo lo miraban frustrados y decepcionados. Aun así, Dast no se rindió y continuó explorando todas las posibilidades, considerando otras nuevas y probando incluso las teorías más descabelladas.

Cuando Capa descubrió el secreto de la evocación, supo que algún día lo lograría. Capa desarrolló toda una nueva gama de runas y fuego verde de las que nadie tenía noticia. Aquello le hizo ver que su conocimiento no era completo, pero que tampoco estaba limitado. El Viejo no lo había enseñado todo, cierto, pero podían descubrir nuevos secretos, como Capa había demostrado, y evolucionar. En opinión de Dast, esa era la razón de que el Viejo los hubiera creado con el don de la inmortalidad, para que dispusieran del tiempo que fuera preciso para desarrollarse por completo. Su trabajo mejoró, aunque no lo suficiente, y lo condujo hasta la verdadera esencia del poder: la armonía. Las combinaciones adecuadas de ciertas runas podían lograr efectos muy superiores a la suma de los mismos símbolos por separado. La clave estaba en la cantidad infinita de variaciones posibles, es decir, el tiempo necesario para probarlas.

Sus compañeros estaban aislados en el Cielo, privados de ayuda o refuerzos. Cuanto más tardara en restaurar la niebla, más posibilidades había de encontrar la guerra perdida cuando ellos llegaran a la primera esfera. Por lo tanto, nada tenía más importancia que traspasar la niebla. Y Dast ya sabía cómo lograrlo.

Había seguido el consejo que Capa le había ofrecido y había retomado un proyecto que había diseñado hacía mucho para escapar del Infierno. Ese proyecto no llegó a ser necesario porque la Onda se encargó de liberarlos, pero Dast creía en él y, aunque nunca lo admitió, siempre quiso comprobar si tenía razón. Ahora tenía la oportunidad de demostrar su valía.

—Ese fuego arde demasiado —advirtió Dast.

El demonio se apresuró a remediarlo. Dast contaba con siete ayudantes, cada uno, responsable de un conjunto de símbolos que formaban una enorme bola de fuego, compuesta por siete esferas que imitaban la configuración del Cielo. Tras varios días creándolas, por fin estaban a punto. Pero faltaba el detalle más importante de todos. Las siete esferas del Cielo mantenían una órbita particular cada una. Y la relación entre todas ellas representaba la armonía más perfecta de toda la Creación. Dast planeaba replicar esa armonía y proyectarla contra la niebla.

—Más te vale que funcione —amenazó Cryn—. Mi paciencia está al límite.

Dast no se molestó por la amenaza del barón, no porque no le concediera crédito, sino porque interrumpía su concentración.

—Funcionará —aseguró sin mirarlo.

Poco después las siete esferas ardían equilibradas. Dast ordenó a sus ayudantes que iniciaran el proceso. Los demonios activaron las runas y las siete bolas de fuego se levantaron hasta quedar flotando. La primera esfera era la más pequeña de todas y la que Dast había escogido para comenzar la rotación. Bajo la atenta mirada de Cryn, Dast alargó un dedo huesudo. Aquel dedo, que debería haber tocado la réplica de la primera esfera, se detuvo a medio camino, cuando su dueño observó atónito que su sombra había desaparecido.

Entonces creció una luz que lo llenó todo. La oscuridad huyó de una luz que avanzaba y llegaba a todas partes.

Todos alzaron las cabezas buscando una explicación.

—¡El Viejo! —gritó un demonio que se acercaba corriendo—. ¡Es el Viejo!

—¿Qué has dicho? —gruñó Cryn.

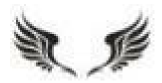
El demonio llegó hasta ellos tras una carrera frenética.

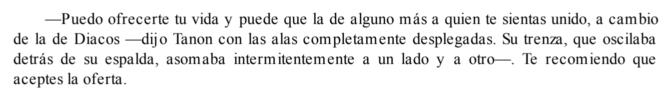
—El Viejo ha venido. Está en la muralla de la ciudad.

—Entonces vamos a matarlo —anunció Cryn casi relamiéndose—. Si el Viejo está aquí, habrá abierto la niebla.

—¿Atacaremos sin Tanon? —preguntó Dast.

—¿Prefieres dejar que nos encierre de nuevo? —gruñó Cryn—. Traed las tropas que están en el Támesis. ¡Ahora! ¡Vamos a darle las gracias a papaíto por meternos en el Agujero!





—Puedo ofrecerte tu vida y puede que la de alguno más a quien te sientas unido, a cambio de la de Diacos —dijo Tanon con las alas completamente desplegadas. Su trenza, que oscilaba detrás de su espalda, asomaba intermitentemente a un lado y a otro—. Te recomiendo que aceptes la oferta.

—Tus amenazas no me impresionan —repuso Asius—. Eres tú el que tiene que decidirse. Aquí y ahora. ¿Por qué miras tanto al traidor? No puedes decidirlo solo, ¿verdad? A pesar de toda tu fuerza, siempre has sido el más débil. ¡Por eso te duele tanto que el Viejo te repudiara! Porque estás vacío por dentro. ¡No eres nada! ¿Quién fue el cerebro de vuestro plan? ¿Satán? ¿Diacos? ¿Quién te manipuló y se aprovechó de ti? No sabes qué hacer y lo único que se te ocurre es recurrir a la fuerza. Muy bien, te ayudaré. —Asius arrancó la mordaza de Diacos—. Aquí tienes a tu gran amigo. ¡Decidíos de una vez!

Diacos, arrodillado y con las manos encadenadas a la espalda, tuvo dificultades para levantar la cabeza y mirar a Tanon.

—Perdóname, Tanon, lo he echado todo a perder.

—¡No! —rugió Tanon—. No lo habríamos logrado sin ti. Lo siento mucho, amigo mío.

Hablaban como dos hermanos, con dolor y comprensión, casi con ternura. Asius casi sintió lástima por ellos. Luego tuvo que recordarse que hablaban de matar ángeles.

—Tenéis que retiraros, Tanon. No he podido sabotear las defensas.

—Tú te has sacrificado más que ninguno de nosotros. ¿Quieres que acepte la tregua?

Asius no podía comprender que vivir entre ellos pudiera considerarse un sacrificio, una tortura mayor que el encierro en el Agujero. ¿Qué debía de sentir Diacos para que fingir supusiera semejante tormento? En cualquier caso, la pregunta de Tanon era la clave de todo. Y Diacos tenía la respuesta.

—¡Jamás! —gritó Diacos. Asius no podía creer lo que acababa de oír—. No podéis rendiros nunca, ¿me oyes? Retiraos ahora para atacar en mejores circuns...

Asius lo golpeó con la empuñadura de la espada. Luego lo amordazó de nuevo, mientras una rabia que no conocía inundaba su interior. Su visión se deformaba, temblaban sus manos al apretar el cuello de aquel que habían apodado « el Héroe» , el supuesto salvador de la rebelión. Todo era una sucia mentira, un plan perverso que nunca se detendría.

—¡Voy a matarte con mis propias manos, Asius! —rugió Tanon desde la montaña de enfrente—. ¡Nada te puede salvar de mí! Debiste aceptar...

—¡No! —gritó Asius poniéndose en pie—. Eres tú quien debió aceptar mi oferta. —Lo señaló con la espada—. He cedido mucho más de lo razonable y nada ha servido para que entres en razón. ¡Querías una guerra y te aseguro que la vas a tener! —Hizo una pausa y bajó la cabeza. Su mano estaba a punto de destrozar la empuñadura de la espada de lo fuerte que la

sujetaba—. Habéis ido demasiado lejos, hasta el absurdo. ¡No volveremos a hablar después del intercambio! —Cabizbajo y en susurros, hablando para sí mismo, Asius se volvió hacia Diacos, sin mirarlo—. Espero que puedas perdonarme algún día, Viejo... Lo intenté, he hecho cuanto he podido por evitar esta guerra, pero no soy lo bastante sabio... Perdóname por haber fallado.

Entonces giró la espada y la enterró en el cuello de Diacos.



Vyns era consciente de que no le habrían permitido subir a una de las plataformas flotantes de no ser por su amistad con Asius. Había ángeles mejor preparados. Después de todo, él solo era un observador, no un guerrero, y a su lado solo había custodios y un sanador.

Sin embargo, no se lo habría perdido ni aunque le hubiesen ofrecido a cambio recuperar la capacidad de volar. El espectáculo era impresionante. Habían contemplado con total claridad cómo la montaña se teñía de negro al avanzar el ejército de demonios, precedidos por los titanes, que formaban como una gigantesca ondulación de piedra.

Vyns, excitado, había estado a punto de caer cuando los moldeadores arrancaron las plataformas y las desplazaron flotando sobre los demonios. Un custodio tuvo que agarrarlo por el brazo. Había sido el primero en descargar fuego contra los enemigos, incapaz de contener sus ansias de venganza. A su disparo siguieron muchos más de sus compañeros.

Los demonios respondieron, naturalmente, pero sus ataques casi no tenían fuerza a esa altura. Sus arcos de fuego se estrellaban contras las runas defensivas grabadas en las bases de las plataformas sin causar apenas efecto alguno. Enseguida entendieron que no conseguirían demasiado de ese modo y se dedicaron a crear escudos defensivos.

Vyns tuvo que admitir que los titanes poseían una resistencia impresionante. Soportaban sin detenerse las descargas que les arrojaban los ángeles desde la montaña. Algunos reventaban en pedazos, pero en conjunto componían un escudo de piedra de una solidez extraordinaria.

Claro que eso de nada sirvió a los demonios. Llegaron hasta el corazón de la montaña, por supuesto, y atacaron la runa triangular como posesos. Vyns llegó a ver a un titán golpeando una de las tres rocas con la cabeza, dado que sus brazos se habían derretido. Pero la runa aguantó. Sin que Diacos la debilitara desde dentro, no conseguirían derribarla. Los muy estúpidos se habían metido en una trampa perfecta. Vyns se rio para sí; puede que la ausencia de luz en el Agujero les hubiese secado el cerebro.

Pensar en Diacos y en aquella traición, aumentó su furia e hizo que se volcara de nuevo en su labor de matar demonios. Lanzó descargas de fuego a la mancha negra que ensuciaba la

montaña.

—¡Tomad fuego, cabrones! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Chupaos esta! ¡Y esta también! ¡Tengo para todos vosotros!

—¡Los evocadores! —gritó el ángel que estaba a su lado.

Vyns siguió con la mirada el disparo de su compañero y los descubrió. Un grupo de demonios que no llevaban armas a la vista, mezclados entre aquellas bestias repugnantes que llamaban sombras. Vyns echó la espada hacia atrás, tanto como pudo, apuntó bien y cortó el aire. La onda de fuego voló rápida, acertó el objetivo, partió en dos a un evocador y regó de sangre a los que se hallaban cerca.

—¡Ja! ¿Lo has visto?

El ángel asintió. Era el mismo que lo había salvado de caer entre los demonios cuando perdió el equilibrio en la plataforma.

Continuaron atacando. Concentraban el fuego sobre las runas defensivas de los demonios. Algunas resistían un tiempo razonable, pero terminaban por desmoronarse, momento que aprovechaban para matar a cuantos podían antes de que levantaran nuevas protecciones.

De repente, la plataforma entera retumbó. Vyns se asomó para comprobar quién había sido capaz de hacerlos tambalearse desde abajo, pero solo vio fuego y alas negras, nada que explicara... Entonces vio dos alas blancas descendiendo directamente sobre los ángeles. Un rugido hizo vibrar toda su ropa. Se volvió. Y por desgracia comprendió que su compañero era el dueño de las alas que había visto caer. En su lugar había un titán inmenso, deforme, que descargó un puñetazo sobre el suelo con los puños. Una grieta se abrió en la plataforma. Los ángeles lo atacaron, pero no pudieron impedir que repitiera el golpe. La plataforma tembló y se resquebrajó. El monstruo cayó, junto con varios ángeles y la mitad de la estructura, que ya no se tenía en pie. Vyns y los dos ángeles que quedaban en el fragmento que aún flotaba tuvieron que saltar a otra plataforma. Uno de ellos no lo logró.

—¡Esos mamones pueden enchufarnos a los titanes desde abajo! —escupió Vyns una vez a salvo.

—Lo hemos visto —respondió un ángel.

Vyns redobló sus esfuerzos, desataba toda su furia en cada disparo que realizaba, acompañaba sus arcos de fuego con los peores insultos que había oído proferir a los menores. Los demonios se defendían con eficacia, pero eso era todo lo que hacían. Y empezaban a agotarse. Sus runas duraban menos, saltaban en pedazos con mayor facilidad. Los ángeles apenas sufrían bajas con lo que la ventaja continuaba de su parte.

Una nueva maldición de su amplio repertorio, salió de la boca de Vyns cuando erró un disparo que no se podía fallar. El demonio al que apuntaba había retrocedido para esquivarle. Vyns siguió apuntado, obsesionado con abatirlo, como si fuera algo personal. El demonio seguía

retrocediendo... Y no era el único. Había otros que también se batían en retirada, y a veces tropezaban con los que continuaban luchando. Reinaba un desconcierto total entre ellos.

—A estos idiotas les ha entrado el pánico. Aprovechemos para...

No se trataba de eso. Realmente habían ordenado la retirada. Vyns echó un vistazo al corazón de la runa, donde hasta hacía un instante concentraban su ataque. Solo se veía una masa de rocas al rojo vivo. Los titanes habían caído, todos, y la runa continuaba intacta. La rabia dejó paso a la euforia. Se trataba de una victoria total.

Para celebrarlo, Vyns localizó y disparó de nuevo sobre el demonio que se le había escapado antes. Volvió a fallar. De nuevo escupió una blasfemia repugnante.



—¿Tú crees que realmente lo hizo? —preguntó Lyam apretando el paso para alcanzar a Nilia.

—¿Y eso qué más da? Lo importante es que tú sí lo crees, aunque no quieres hacerlo, por eso me preguntas.

El ángel se alegró de que estuvieran alejados de los demás y no pudieran oírlos, porque ella tenía razón.

—No es eso lo que te he preguntado —insistió.

Nilia caminaba más rápido de lo habitual, como si tuviera prisa por llegar a alguna parte. No se detenía nunca a descansar y siempre miraba al frente. Lyam intuía que debían de estar cerca de la salida o de alguna ubicación importante, porque se la veía más relajada que de costumbre.

—Dejemos el tema. Ya deberías saber que mi respuesta no te gustará.

—Aun así me interesa tu opinión.

—A mí me da lo mismo si Raven mató o no al Viejo. Lo importante es que está muerto. Deberías hablar con Yala, no conmigo.

Lyam siguió a su lado.

—¿De verdad no sientes curiosidad por cómo un menor pudo matarlo?

—¿Tanto miedo te da pensar por ti mismo? Ha muerto. Acéptalo de una maldita vez. En el fondo no es para tanto.

A Lyam no dejaba de sorprenderlo Nilia. Podía comprender hasta cierto punto que deseara la muerte del Viejo. Pero incluso ella tenía que admitir que su muerte no era un suceso más.

—Toda la existencia se ha tambaleado, ¿y no es para tanto?

—Imagina que el Viejo está vivo en alguna parte. ¿Cambiarías en algo tus actos? ¿Te pasarías a nuestro bando? —El ángel negó con la cabeza—. ¿Y los ángeles? ¿Dejarán de pelear cuando se enteren de su muerte? —Lyam negó de nuevo—. Ahora pasemos a los demonios. Ellos creen que el Viejo está vivo y quieren matarlo. Cuando sepan que está muerto, ¿crees que abandonarán la guerra?

—Entiendo a dónde quieres ir a parar.

—El Viejo no intervino en la primera guerra y tampoco lo habría hecho en esta. Nosotros decidiremos. Por eso te digo que no es para tanto. Yo me alegro, tú te entristeces, pero cuando volvamos a encontrarnos, en circunstancias diferentes, intentaremos matarnos mutuamente. Por mucho que dramatices, nada verdaderamente importante ha cambiado.

Hacía tiempo que Lyam no pensaba en matar a Nilia, en cómo su muerte, absolutamente justificada, beneficiaría a todos los ángeles. Se había acostumbrado a ella en todos los sentidos. Al principio era una necesidad basada en que ella era la única que podía sacarlos de allí con vida, pero últimamente se trataba de algo muy distinto. Lyam no entendía bien por qué prefería hablar con ella antes que con los demás, incluido Yala. Casi necesitaba escuchar su opinión sobre cualquier asunto. Se decía a sí mismo que era para conocer mejor al enemigo, pero no era cierto. Nilia acababa de recordarle que eran enemigos mortales. Y lo peor era precisamente eso, que se lo había tenido que recordar. Ella, por supuesto, nunca lo había olvidado, tenía bien presente su situación en todo momento y no tenía reparos en demostrarlo.

Lyam trató de imaginar cómo sería el mundo si ella muriera. Y no le gustó la idea.

Raven, Rick y el niño se acercaron corriendo hacia ellos, lo que cortó el hilo de sus pensamientos. El ángel observó que el niño seguía dócilmente a Rick, aunque su paso era vacilante, parecía que iba a caerse en cualquier momento. Casi nunca movía la cabeza, o lo que resultaba más extraño, apuntaba en una dirección diferente a la de su marcha. Con todo, giraba cuando lo hacía Rick, aceleraba para igualar su ritmo en la medida de sus posibilidades. El militar corría con determinación, manteniendo el ritmo y controlando la respiración. Raven avanzaba el último, probablemente para asegurarse de que el niño no se perdía. Su rostro escuálido traslucía una gran preocupación.

Lyam se preguntó si por fin habrían logrado comunicarse con el niño. En la cueva estuvieron mucho tiempo pidiéndole que descendiera, sobre todo después de que Raven intentara agarrarlo y el chico se pusiera a berrear como un loco. Nilia no había tardado en perder la paciencia y amenazó con destrozar la montaña si no bajaba. Y en ese momento lo hizo. Después acató todas las órdenes que le dieron, incluida la de mantenerse callado, cosa que parecía imposible después de haberlos atormentado constantemente con aquella aburrida melodía.

—Hay problemas... Creo —dijo Rick.

—Dice que ha visto a Satán —aclaró Raven, y quedó claro que se sintió avergonzado nada más decirlo.

—¿El niño? —preguntó el ángel.

—No. Rick —explicó Raven—. Creo que está confuso por la unión esa. Me preocupa...

—Lo he visto —insistió el militar—. No sé cómo, pero sé que está por aquí.

—¿Y cómo ibas a reconocerlo, Rick? —bufó Nilia—. Si estás perdiendo la razón, es mejor que te controles o te arrojaré al Agujero.

Rick, aturdido, meneó la cabeza, no porque le hubiera afectado la amenaza de Nilia, sino más bien porque trataba de comprender sus propios pensamientos.

—Satán está con un titán enorme —dijo como quien no termina de creer sus propias palabras.

—¿Dónde está Yala? —preguntó Nilia, que salió corriendo antes de que nadie contestara.

Lyam la siguió, tras pedir a los menores que cuidaran del niño. Su rapidez no dejaba de asombrarlo. Incluso entre las rocas, envuelta en aquel frío, Nilia se deslizaba como el viento cuando quería, casi sin hacer ruido. Lyam la habría perdido de vista de no ser porque ella se detuvo. Lo primero que vio al llegar a su lado fueron llamas. El fuego era fino y delicado, brillante, casi cegador a corta distancia. Flotaba a un palmo sobre el suelo y se retorcía hasta casi tres metros de altura. La runa era grande e intrincada. A su lado había otra runa idéntica y luego otra más, que se enlazaban y formaban una cadena.

Lyam sabía que aquella cadena era prácticamente imposible de romper. Su fuerza, casi incalculable, residía en el fuego que la formaba, un fuego que hacía mucho tiempo que Lyam no veía, pero imposible de olvidar, el más hermoso que se había creado jamás.

—Esa cadena la creó Satán —dijo sin dirigirse a nadie en concreto. Nilia asintió—. Yala la vio y es lo que confundió a Rick.

El gemelo se acercó a Nilia agitando su melena dorada.

—Hay muchos titanes al otro lado de esa barrera. No me gusta.

—Ni a mí —se mostró de acuerdo Nilia—. Algo ha salido muy mal.

Efectivamente, al otro lado de la reja de runas, había titanes, muchos, algunos enormes, otros formados por metal, que se arremolinaban contra la montaña. Lyam entendió que así era como los demonios mantenían recluidos a sus secuaces hasta que los invocaban, y que aquel lugar era como un arsenal donde guardaban sus armas. Seguramente habría otros recintos similares para encarcelar a las sombras.

—¿Por qué has dicho que algo ha salido mal?

—Porque estos titanes no deberían estar aquí —contestó Nilia, estudiando de repente los alrededores.

—¿Y dónde deberían estar? —preguntó Lyam.

—Matando ángeles en el Cielo. Los evocadores deberían habérselos llevado para la guerra. Alégrate. Son buenas noticias para ti.

Yala seguía a Nilia de cerca. Ella fue hasta el borde y se asomó. Luego se retiró y se quedó quieta unos segundos, pensativa. Finalmente echó a andar seguida por los ángeles. Lyam solo consiguió estar callado unos segundos.

—¿Qué andas buscando?

Nilia siguió la cornisa, que giraba bruscamente a la izquierda, y al fin se detuvo.

—Esto es lo que buscaba.

Señalaba directamente al abismo. Lyam, por primera vez desde que estaban en el Infierno vio algo allí, justo en el centro del agujero. El primer vistazo no habría sido suficiente para reparar en ello, pues lo habría confundido con un bloque de oscuridad, de los que acechaban en la negrura del Infierno de vez en cuando. Pero un camino de fuego que llegaba directamente hasta el bloque aportaba algo de luz y mejoraba la visión. El ángel tuvo que esforzar sus ojos al máximo para reconocer que era una especie de montaña, circular, si no se equivocada, que flotaba en medio del agujero.

—¿Qué es? Parece...

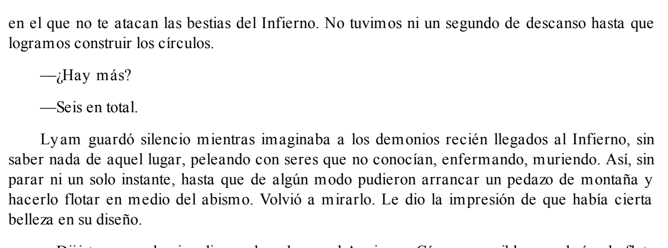
—Una ciudad —explicó Nilia—. O lo más parecido que conseguimos crear. Lo que estáis viendo es el primer círculo del Infierno.

Costaba mucho creer que algo así fuera posible. Lyam no distinguía edificios o construcciones, aunque tal vez existieran y no pudiese verlos a tanta distancia. Desde luego era circular, de eso no cabía duda, y la roca se mantenía suspendida en el Agujero. No debería sorprenderle, claro, en el Cielo eso era habitual, pero allí, todo parecía ser justo al contrario. Su forma redondeada le recordó algo que había visto hacía tiempo, un agujero perfecto, el de la montaña que había examinado con Raven, cuando Nilia los obligó a rodearlo sin darles explicaciones.

—Lo excavasteis en el suelo de la montaña, ¿verdad? Es el agujero por el que pasamos antes, hace...

No sabía cuánto tiempo había pasado, no podía medirlo, pero tuvo la sensación de que era mucho.

—Sí —contestó ella—. Lo hicieron los moldeadores. En medio del Agujero es el único lugar


en el que no te atacan las bestias del Infierno. No tuvimos ni un segundo de descanso hasta que logramos construir los círculos.

—¿Hay más?

—Seis en total.

Lyam guardó silencio mientras imaginaba a los demonios recién llegados al Infierno, sin saber nada de aquel lugar, peleando con seres que no conocían, enfermando, muriendo. Así, sin parar ni un solo instante, hasta que de algún modo pudieron arrancar un pedazo de montaña y hacerlo flotar en medio del abismo. Volvió a mirarlo. Le dio la impresión de que había cierta belleza en su diseño.

—Dijiste que nada ni nadie puede volar en el Agujero. ¿Cómo es posible que el círculo flote inmóvil?

—No flota, está sujeto por una cadena parecida a la que mantiene encerrados a los titanes.

—¿Qué? —se atragantó Lyam—. ¿Ese camino de fuego? ¿Quieres decir que por el otro lado sale otro igual hasta el extremo opuesto? No me lo creo. Ningún moldeador podría sujetar una montaña de ese modo en medio de ese...

—Satán lo hizo —lo cortó Nilia—. De modo que es posible. No tienes que creerme, lo verás con tus propios ojos.

—¿Vamos a ir a la ciudad? —preguntó Yala.

—Sí. Estamos muy cerca de la salida.

El gemelo se puso en tensión inmediatamente. Lyam entendió su reacción, sabía que ese momento llegaría antes o después.

—¿Allí habrá demonios?

—Miles de ellos —confirmó Nilia—. Pero no temáis, angelitos, no tengo intención de entregaros. Vamos a salir juntos del Infierno.

Lyam miró a Yala. El gemelo le devolvió la mirada solo de reojo, no quería perder de vista a Nilia ni una fracción de segundo. Su mano descansaba peligrosamente cerca de la empuñadura de su espada.

—No te creo, Nilia —dijo Lyam—. No puedo creerte. Es el momento de...

—¡De que cierres la boca y me escuches! No me importáis en absoluto ninguno de los dos. Y eso es bueno, porque precisamente por eso me da lo mismo que viváis. Raven es el único importante y puede que ese maldito crío que hemos encontrado. Lo sabes tan bien como yo, Lyam.

—¿Y no vas a entregarlos a los tuyos?

—Nunca he tenido intención de hacerlo. Raven te puede confirmar que tuve la ocasión, mucho antes de que empezara la guerra, y no lo hice, lo protegí de los míos, y de vosotros también. Recuerdas nuestro encuentro en el metro de Londres, ¿verdad?

Lyam asintió.

—Sí, fue una trampa. Así lograste cambiar a Diago por un demonio que se infiltró en el Cielo. Es decir, que tramas algo.

—En aquella ocasión no estaba en superioridad. Ahora, por si no te has dado cuenta, es justo al revés. ¿No ves la facilidad con la que podría llamar a los demonios y hacer que os capturaran? No os habría enseñado la ciudad ni os estaría previniendo si pensara mataros o traicionaros ahora. Pero ya basta de charla absurda. Tienes razón en una cosa. Ha llegado el momento, el más importante para vosotros. Decidid si me creéis o no. Si preferís solucionarlo por las malas, por mí no hay inconveniente. Pero tomad la decisión aquí y ahora.

Y se cruzó de brazos. Lyam se esforzó en analizar la situación con frialdad. Nilia podría haberles matado en un millón de ocasiones desde que llegaron. Al principio los necesitaba y, sin duda, eso fue lo único que evitó que sus cuellos hubiesen conocido muy de cerca los puñales de Nilia. Pero ahora no había ninguna razón para que les permitiera seguir con vida. Y de querer matarlos, aquella conversación no tendría el menor sentido. Habría sido mucho más sencillo atacarlos sin avisar, como Lyam la vio hacer durante la primera guerra, justo después de curarla sin saber que era una traidora aún sin descubrirse. Por otra parte, aunque consiguieran matarla, no veía cómo podrían cruzar la ciudad sin ella. Lo cierto es que tampoco veía la solución a ese problema contando con su ayuda.

—¿Cómo nos internaremos en el primer círculo sin que nos maten?

—Buena decisión —aplaudió Nilia—. La respuesta es muy sencilla. Andando tranquilamente.

—¿Es una broma?

—Sacad las alas.

Lyam dudó, no estuvo seguro de haber escuchado bien. Yala, sin embargo, obedeció de inmediato. Lyam comprendió a qué se refería Nilia con un simple vistazo a las alas de su compañero.

—Están...

—Negras —terminó Nilia—. No tanto cómo las mías, pero sí lo suficiente como para que nadie se dé cuenta. Es el efecto de pasar una temporada en el Agujero. Despliega las tuyas, Lyam, aquí no hay peligro... ¿Lo ves?

Lyam acarició sus propias plumas, oscuras, le parecieron las de otro ángel, o mejor dicho, las de un demonio. Tardaría mucho tiempo en acostumbrase a ellas.

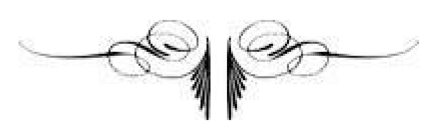
—¿Y no nos reconocerán?

Nilia sacó su puñal.

—A Yala jamás lo hemos visto separado, así que nadie imaginaría nunca que pueda estar aquí. En tu caso, Lyam, si tenemos cierta dosis de mala suerte casi increíble, podríamos tropezar con alguien que te conozca demasiado bien y sea capaz de reconocerte a pesar de todo. Las probabilidades son tan ridículas que no merece la pena considerarlas, aunque no me gusta correr riesgos innecesarios. —Nilia se acercó a él despacio, enseñando el puñal en todo momento. Él no se apartó, ni opuso resistencia cuando ella le agarró el cuello. Tampoco dijo nada cuando acarició su rostro con la daga—. No podrás curarte hasta que salgamos. Una cicatriz es la mejor señal de que no eres un sanador.

Él asintió y tragó saliva. Ella hundió la punta de la hoja en su mejilla, cortó la carne con suavidad, con los ojos fríos y brillantes. Él ángel no protesto ni apartó la mirada de aquellos ojos.

CAPÍTULO 10



Asius extrajo su espada de hielo del cuerpo de Diacos, el traidor, el ángel que no lo era y que hasta hacía bien poco era su líder. La espada había terminado con algo más que su vida. También había rasgado el interior de Asius, causando una herida que no se podría curar.

—¡Has acabado con un prisionero indefenso, Asius! —rugió Tanon desde la montaña—. ¡Has abierto una puerta que no podrás cerrar de nuevo! ¡La Onda te parecerá poco cuando contemples lo que voy a hacer con todos vosotros!

Asius limpió su espada sobre el cadáver con mucha calma. Las palabras de Tanon le llegaban con total claridad, pero no le causaban el menor efecto, no le importaban, ni siquiera pensaba en una réplica. Se sentía tan frío como la hoja de su arma.

—Hablando de la Onda —le dijo a Tanon. Su tono era normal, pero no tenía la menor duda de que el demonio lo oía perfectamente—. Diacos no te contó lo que le pasó a este lugar, ¿verdad?

Tanon, mirando hacia abajo, a Stil y Renuin, que estaban a punto de cruzarse, resopló con una violencia brutal.

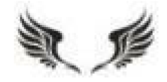
—En cuanto terminemos y recupere a Stil, destrozaré toda esta esfera. La Onda se recordará como una caricia en comparación.

—Eso ya sucedió. Sé que todo parece igual a como estaba antes de vuestra rebelión.

—Los moldeadores reconstruyeron esta zona, supongo, siguiendo vuestro estúpido sentimentalismo.

—La reconstruyeron, sí, pero no fue sentimentalismo. Yo lo ordené para engañar a un idiota. Concretamente, al idiota que se colocara donde estás tú ahora mismo. Habiendo tantos entre los vuestros no sabía que serías tú. —Asius alzó su espada—. Ahora me alegro de que rechazaras mi oferta. Espero que te pudras, Tanon.

La espada descendió y el aire crujió al congelarse. Un semicírculo de hielo voló directamente contra la base de la montaña sobre la que descansaba el Barón de las Alas de Fuego.



Menos de diez metros separaban a Stil de Renuin. El demonio la miraba fijamente. A pesar de que no los había olvidado, repasaba cada rasgo, cada gesto, cada ademán. Su mirada la envolvía.

Ella escondía los ojos y se negaba a corresponderle, cabizbaja. Stil insistía, consciente de que ella sentía su mirada, de que todo entre ellos tenía algún significado, incluido el silencio.

Quedaban apenas unos pasos para estar junto a ella, un instante nada más, no se rozarían, ninguna palabra saldría de sus bocas amordazadas. Pero sería lo más cerca que habría estado de su esposa en los últimos milenios. Y sin embargo también lo más lejos. No eran las cadenas lo que los mantenía separados, era una guerra, un ideal, una forma de entender la existencia; una barrera, en definitiva, mucho más poderosa que cualquier runa u objeto físico, tan poderosa, tal vez, que su mirada no podría traspasarla.

Los pasos cortos, lastrados por los grilletes, los llevaron finalmente al centro exacto del desfiladero que separaba las dos montañas. Stil sintió que el tiempo se aceleró. Percibía el olor de Renuin, sus movimientos, su respiración. Un torrente de información inundó sus sentidos, se le erizaron las plumas. Ella mantuvo sus reacciones ocultas y la cabeza baja; no ralentizó el paso, no lo buscó.

Solo al final, en el último momento, ella alzó la cabeza y lo miró. Tuvo que girar el cuello, dado que Stil casi la había dejado atrás. Tuvo que esforzarse para verlo una vez más. Stil atrapó esa mirada y esos ojos, y supo que era su esposa quien estaba detrás de ellos, no el ángel que lo rechazó en la Ciudadela y mandó que acabaran con él. El brillo y el calor de los ojos de Renuin eran los mismos que él había saboreado cuando estaban juntos, eran de su propiedad, aunque ella no lo quisiera de ese modo. Stil supo que ella nunca había mirado así a otro ángel más que a él mismo. Ahora sí se detuvo el tiempo.

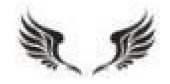
Pero el sonido no.

Un silbido alargado pasó sobre sus cabezas. Los dos vieron un arco azul, que dejaba una estela blanca, cayendo inclinado. Se estrelló contra la base de la montaña hacia la que Stil se dirigía.

La montaña se iluminó desde abajo. Aquella luz saltó de una roca a otra y encendió runas que estaban ocultas. Todo se vino abajo. El derrumbamiento de una montaña tan grande debería haber sacudido el suelo y arrojado cascotes en un alud de piedras que debería haberlos sepultado. Sin embargo no sucedió nada de eso porque aquella montaña estaba hueca, era una ilusión.

Stil comprendió la trampa de Asius cuando vio precipitarse a Tanon revolviendo sus alas de

fuego inútilmente.



El niño fue el primero en pisar el fuego, después de Nilia. Los demás, a excepción de Yala, que se había quedado vigilando la retaguardia, contemplaban las llamas con asombro y cierto respeto, incluido Lyam. Eso era lo que más inquietaba a Rick, que un ángel se lo pensara dos veces antes de caminar por el Infierno sobre un camino de fuego.

El borde de la montaña prácticamente desaparecía en el lugar en el que se encontraban. Dos líneas de fuego inmensas se clavaban en la roca, o salían de ella, según se mirara. Las llamas se proyectaban hacia el abismo, retorciéndose, mezclándose con otras y formando una runa de al menos seis metros de ancho. Aquella runa era un eslabón que se unía a otro exactamente igual, y así sucesivamente, formando una cadena gigantesca que atravesaba el Agujero. Al final de aquella sucesión de eslabones ardientes, se hallaba un pedazo de montaña que se mantenía sujeto en el centro. Además de ser un camino, aquel fuego era el sostén para lo que llamaban el primer círculo del Infierno.

Rick supuso que jamás vería una runa más grande en toda su vida. Por si no fuera poco caminar por un sendero de fuego sobre el precipicio más peligroso y letal de toda la Creación, aquello era obra de Satán, a quien él, a pesar de no ser creyente, había conocido toda su vida como el Diablo. Es decir, que iba a atravesar el abismo siguiendo el camino del demonio. Sonaba poético y aterrador.

Para sorpresa del militar, Raven se mantuvo bastante sereno. Rick se acordó del miedo a las alturas de su compañero y de su falta natural de equilibrio, algo que comprobó en el Cielo, en medio de la batalla de la Ciudadela, cuando juntos ascendieron al segundo nivel, guiados por un ángel, y llegaron al interior de aquel edificio que era una especie de ropero para los observadores que viajaban a la Tierra. En aquella ocasión, Raven estuvo a punto de caerse. Pero aquella caída era imposible de comparar con la que ahora los aguardaba bajo las llamas. Ese episodio le hizo reflexionar brevemente sobre todo lo que habían pasado él y Raven desde que se conocieron. Nadie le creería jamás si alguna vez se arriesgaba a contarlo.

Rick nunca había necesitado su entrenamiento militar para vencer el miedo a las alturas, algo que él nunca había sentido, por otra parte. Su cuerpo respondía bien ante cualquier exigencia física, su coordinación era excelente... para un ser humano. Ahora, además, gracias al enlace con Yala, sus capacidades habían aumentado considerablemente. Quién sabe si hasta el nivel de un ángel. Sin embargo, nada de eso le sirvió cuando miró hacia abajo. Un solo vistazo al Agujero bastó para que Rick supiera lo que es el vértigo de verdad.

Allí abajo había remolinos negros, turbias corrientes de frío, espirales de caos y oscuridad,

de vacío y horror, un abismo en el que caer no podía significar más que dolor, sufrimiento y muerte.

Nilia los esperaba plantada en el segundo eslabón del camino, flotando sobre la oscuridad con una alfombra de llamas bajo sus pies. Era una imagen hermosa, a pesar de todo. Daba la sensación de que tendría que arrastrarles a todos, pero entonces, tras una pausa eterna, el chiquillo avanzó con su paso errático y despreocupado, moviendo la cabeza a un lado y a otro. Las llamas de la runa no quemaban, eso era obvio, pero tampoco parecían sólidas, a pesar de que claramente lo eran, lo suficiente al menos para que pudiesen caminar sobre ellas. El niño no avanzaba recto, le faltaban pocos pasos para llegar al borde. Raven y Lyam, alarmados, entraron en el camino para detenerlo. El chico se paró cuando lo llamaron, se tocó la cabeza y dio la vuelta. Hasta que Nilia no le gritó, no tomó la dirección correcta.

—Mi turno —dijo Yala.

Rick entendió que se refería a él en realidad. El ángel rubio estaba de espaldas al precipicio, vigilando. Rick no tuvo ya ninguna excusa para retrasar lo inevitable. Cuando posó el pie en la runa, motivado principalmente porque los demás no notaran su miedo, se sorprendió de lo sólida que era la cadena. No veía la superficie, pero era lisa, fácil de recorrer. Se imaginó que andaba sobre un cristal invisible y todo fue más fácil.

—No miréis abajo —aconsejó Nilia.

Rick tardó solo tres pasos en desobedecer la orden. Las líneas que formaban la runa describían curvas y trazos rectos, pero no llenaban por completo la superficie que cubrían. Es decir, que si bajaba la vista, Rick se veía con frecuencia caminando sobre el aire. Y no era una sensación agradable.

Aunque Nilia no los avisó, Rick dedujo que mirar hacia atrás tampoco sería una buena idea. Ver la montaña lejos lo haría sentir inseguro. Así que siguió hacia adelante con los ojos clavados en la espalda de Nilia.

Una vez más, se perdía la sensación de distancia. No tenía la menor idea de cuánto habían recorrido, tal vez kilómetros, y no se atrevía a preguntar ni romper el silencio que todos compartían. Caminaron mucho tiempo sobre el sendero de fuego, de llamas exactamente iguales que se sucedían bajo sus pies a intervalos regulares, siempre en línea recta. El frío se enroscaba entre ellos con violencia y amenazaba su equilibrio.

—Falta poco —anunció Nilia—. Chaval, estate quieto.

El chico obedeció y se paró ante ella. Como era habitual, no la miraba directamente, pero era obvio que la entendía. Raven se colocó junto a él cuidando de no tocarle.

—¿Qué pasará con el niño?

—Yo me ocuparé de que no le hagan preguntas —prometió ella—. Pero necesito que se esté calladito y que obedezca, o tendré que noquearlo. —Luego miró a los ángeles y a Rick—.

Vosotros vais a estar callados. Sobre todo tú, menor. No hablaréis si no es imprescindible y siempre con respuestas lo más cortas posibles. No miréis a los demonios a los ojos y ocultad vuestro miedo. A nadie le extrañará que os mostréis distantes. ¿Alguna pregunta?

Siguieron avanzando. Rick miraba constantemente al frente, esperando ver la ciudad del Infierno. Tal vez fuera la sombra gigantesca que se adivinaba a lo lejos. Rick no podía distinguir su contorno con precisión, pero aquella oscuridad estaba demasiado quieta, mientras que el resto se revolvía siguiendo trayectorias confusas e irreales. Según se aproximaban, Rick fue apreciando diferentes tonalidades de negro en la ciudad, salteados, sin orden aparente, salvo en lo que parecía ser la mitad. Allí había una especie de franja uniforme que atravesaba la ciudad de lado a lado. En el centro de esa franja se ensamblaba uno de los eslabones de fuego.

No tardó en ver que se trataba de una gigantesca roca circular suspendida en medio del abismo. Casi le recordó en cierto sentido al Cielo, excepto por el hecho de que aquella montaña estaba sujeta por cadenas. Rick se preguntó si el Cielo tendría un aspecto similar si careciese de luz.

La superficie de la ciudad era bastante deforme, por arriba y por abajo. Tal y como Nilia les había explicado, era un fragmento extraído de la montaña que servía como pared del Infierno. A Rick le habría gustado poder ver cómo los demonios colocaban allí la ciudad y tejían las cadenas que la sujetaban. Se esforzaba, pero era incapaz de imaginar una obra semejante.

Contemplar el círculo, cada vez más cercano, hizo que el tiempo transcurriera más deprisa para Rick. Ahora ya podía ver otras cadenas de fuego que se extendían a los lados hasta perderse en la oscuridad. Había muchas, todas idénticas, alargándose como tentáculos de llamas. No se veían edificios ni construcciones de ningún tipo, solo roca negra y deforme. Rick prestó atención cuando Lyam preguntó a Nilia precisamente por ese detalle.

—La ciudad es subterránea —explicó ella—. Os lo cuento para que no hagáis comentarios como ese ni os mostréis sorprendidos una vez dentro; si no, descubrirán nuestra tapadera. Son todo grutas y galerías iluminadas por runas, un laberinto en el que os perderíais, así que manteneos siempre conmigo y, si por alguna razón nos separamos, aparentad que sabéis dónde estáis hasta que os encuentre.

—No entiendo esa distribución tan complicada —dijo Lyam.

—Es un sistema de defensa. Las sombras y los titanes que logran asaltar la ciudad se pierden en esos túneles y no consiguen llegar hasta el corazón. Es más fácil matarlos de ese modo.

—¿Y no sería más sencillo defender desde una posición elevada?

—Lo es —contestó Nilia, molesta—. Pero hay otros problemas. La primera vez edificamos sobre la piedra. Funcionó bien contra los enemigos, pero las cadenas de sujeción fallaron y el círculo cayó.

—¿Esa roca gigante se puede caer? —preguntó Raven sin esconder su miedo ante la idea.

—En ese caso —se aventuró a intervenir Rick—, da lo mismo estar dentro que fuera, ¿no?

—Hay seis círculos como este, a diferentes alturas.

No hizo falta que añadiera más para que comprendieran que si caía una ciudad de las más altas podría chocar contra las de abajo. Si el círculo que recibía el impacto lograba mantenerse, los demonios de su interior sobrevivirían, pero de estar sobre su superficie serían aplastados o arrojados al Agujero.

—Este es el primero, el más alto —dijo Lyam—. No le puede caer nada encima, ¿no?

—Le puede caer la niebla. ¿Nunca te has preguntado cómo escapamos del Infierno, Lyam?

Rick repasó rápidamente lo que sabía para no perderse en la conversación. La niebla, que se originaba en una cascada situada en la primera esfera del Cielo, permitía pasar de un plano a otro, en un viaje tan confuso, que solo unos cuantos ángeles, denominados viajeros, podían lograrlo sin acabar perdidos. Luego para salir del Infierno, debía haber niebla en la salida. Solo así los demonios podrían llegar hasta Londres.

—El Viejo suprimió la niebla aquí para encerraros —reflexionó Lyam.

—Te equivocas —le corrigió Nilia—. Fue Satán. No queríamos que vinierais a visitarnos ni pudierais saber lo que planeábamos.

—Entonces es imposible salir.

—No. Creamos nuestra propia niebla. Hay una cascada provisional que ya tendréis ocasión de ver.

—Fue Dast, ¿verdad? —preguntó Lyam—. El inventor de esa nueva niebla. Él era un viajero excepcional.

—Era el mejor. Y lo sigue siendo. Sí, fue él, con ayuda de la Onda, para ser sinceros. También diseñó el portal por el que accedimos a la primera esfera para atacaros. Ahora, silencio.

Frente a ellos había un agujero en la roca que a Rick le recordó la boca de un túnel. Varias runas brillaban a su alrededor. De las entrañas de la ciudad salió un pequeño grupo de demonios, no más de diez, que avanzó hacia ellos por la cadena de llamas. Esos demonios no se desplazaban de un modo que pudiera recordar a una formación militar, y a pesar de todo, Rick advirtió cierto orden en sus movimientos, aparentemente descoordinados.

—Agrupaos y ocultad al niño —ordenó Nilia—. Si lo ven, yo responderé. Que nadie diga una palabra o lo arrojo al vacío.

Raven le pidió que dejara de cantar y el niño obedeció. Se agruparon para tratar de mantener al crío por el lado exterior del camino, detrás de sus figuras. Ni Raven ni Lyam eran corpulentos, aunque contribuían a limitar el campo de visión; por el contrario, Yala y Rick eran

de mayor tamaño y, gracias a su compenetración, formaron un muro razonablemente amplio, sobre todo gracias a las alas del gemelo, que tenían una envergadura considerable.

Rick esperaba que si los demonios alcanzaban a distinguir alguna parte del niño, se imaginaran que era bajito, lo que podría ser posible mientras sus rasgos infantiles permaneciesen ocultos.

Finalmente, los demonios pasaron sin prestarles apenas atención. Rick logró mantener la vista al frente y fijarse solo con la visión periférica. Ya había visto ángeles y demonios luchando en el Cielo, había estado en el medio de aquella batalla, pero se esperaba algo diferente en el hecho de cruzarse con un demonio, en el Infierno, en medio de un sendero de fuego. Casi se sintió decepcionado al comprobar que parecían personas corrientes con ropas oscuras, al menos a primera vista. Sus rostros, en especial sus expresiones, sí presentaban alguna diferencia. Demasiado serios, ligeramente inclinados hacia abajo, pero mirando al frente. Los ojos reflejaban una gran determinación, eran fríos, y parecía imposible que expresaran miedo o duda. Las miradas más parecidas que Rick había visto eran las de algunos mercenarios con los que había combatido. También le llamó la atención sus posturas, ligeramente encogidas, con los músculos preparados para tensarse a la menor señal de peligro.

Prácticamente habían rebasado al grupo, cuando el último de ellos se detuvo.

—¿Nilia?

Rick recordó que ella ocupaba algún puesto alto en su jerarquía. Cuando estuvieron en la Ciudadela, los demonios obedecían sus órdenes y la trataban con cierto respeto. Además, un físico como el suyo era imposible que pasara desapercibido a nadie, ni siquiera en el lugar más oscuro del mundo. Sin embargo, ella siguió caminando como si nada.

El demonio retrocedió, al tiempo que sus compañeros se pararon al oír el nombre de Nilia.

—Nilia, eres tú —dijo el demonio, claramente sorprendido—. Creía que estabas...

—Me importa muy poco lo que tú creas —cortó ella sin dejar de andar.

Su plan para evitar preguntas era brutalmente sencillo, desde luego, en su estilo. Por desgracia, no resultó efectivo. El demonio se interpuso en su camino.

—Espera un momento. —Nilia se detuvo. Y detrás de ella los demás—. ¿Cuándo has regresado de la primera esfera?

Rick detectó una nota de ansiedad en la voz del demonio, que no parecía acorde con la indiferencia que mostraban hacía tan solo unos instantes.

—Cuando perdí mi puñal —contestó ella—. Lo clavé en la boca de un ángel que me molestaba con preguntas idiotas. Y como me da mucho asco que babeen mis cuchillos, he tenido que venir a por otro. Y ahora apártate.

Algo no marchaba bien. Una amenaza tan clara de Nilia debería hacer temblar a

cualquiera. Pero el demonio permaneció en su lugar. No actuaba como alguien que tiene el peligro justo delante, más bien parecía dudar. Sus compañeros también torcieron el gesto de un modo peculiar.

Rick los vio a todos con claridad, uno a uno, sin mirarlos. Era Yala quien los estudiaba con mucho detenimiento. La visión compartida le reveló a Rick que el gemelo prestaba mucha atención a las manos y las alas. Se estaba preparando para atacar. Rick no era el más indicado para juzgar la situación, pero no le pareció que fuese una buena idea.

Lyam estaba pendiente de la conversación, sin demostrar si estaba o no preocupado. Raven, de momento, conseguía que el niño estuviese quieto y en silencio, pero cuanto más tiempo pasara, más probabilidades había de que se pusiera a cantar. Por suerte, todos los demonios tenían los ojos clavados en Nilia.

El agujero deforme que constituía la entrada al primer círculo se hallaba a pocos pasos. Podrían entrar si corrían, aunque eso no solucionaría el problema. Rick consideraba todas las opciones posibles, apremiado por la sensación de combate inminente que Yala le transmitía. Luchar allí parecía una locura. Sería casi imposible que no cayeran por los bordes de la cadena.

—No pretendía molestarte —dijo el demonio en tono conciliador—, pero tienes que explicarme...

—Yo solo doy explicaciones a mi barón. Ahora, largo. Tengo que regresar a matar ángeles. ¿Está suficientemente claro?

El demonio miró a sus compañeros, pero no dijo nada. Bastaba una mirada para que se entendieran, porque enseguida reanudaron la marcha y se alejaron, si bien tomaron el camino de regreso a la ciudad de piedra.

—Nilia —dijo Raven, alarmado.

—Ahora no. Dejad que se marchen.

—Pero...

—Os he dicho que mantengáis la boca cerrada, que yo me ocupo. Tú, rubito, no creas que no me he dado cuenta. La próxima vez, relájate. Nadie peleará si yo no lo digo. Y tú, Raven, deja de temblar y ocúpate del mocoso. Como lo echéis todo a perder...

—Pero es que... el niño... —insistió Raven.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Lyam.

—¿Qué? —gruñó Nilia—. ¿No sabéis vigilar a un niño? ¿Dónde se ha metido?

—Estábamos todos pendientes de ti —balbuceó Raven—. No me di cuenta hasta que lo vi...

—¿Dónde?

—En la ciudad. Se metió por ese túnel o lo que sea.

Rick creyó de verdad que esta vez Nilia los arrojaría a todos por el precipicio.



Jack Kolby tiritaba violentamente.

Se notaba la proximidad de la puerta del Infierno. Se notaba mucho. Pateó el suelo, no tenía claro si para entrar en calor o para tratar de calmarse. Una de las peores cosas que había en el mundo era esperar. Sabía perfectamente que la paciencia era una de las mayores virtudes. Lo sabía tan bien como que su carencia sería siempre uno de sus defectos.

Miraba desde detrás de una ventana sucia, en el interior de un edificio abandonado y medio derruido.

—Ya te dije que este ataque era prematuro —dijo Sirian a su lado.

—Gordon lo conseguirá —repuso Jack.

El ángel apenas guardó silencio unos segundos.

—Si tarda más, nos retiramos.

—No lo haréis. Gordon cumplirá su palabra. Lo conozco.

—A menos que no pueda. Lo siento mucho, sé que quieres creer que lo logrará para... sentirte menos culpable. Pero no podemos arriesgarlo todo para aliviar tu...

—Es imposible que me sienta mejor, Sirian —cortó Jack—. He tomado una decisión y ya no hay marcha atrás. Será hoy y ahora.

—Lo has sacrificado, Jack. Gordon no sobrevivirá a tu plan y lo sabes.

Jack se volvió y miró la máscara y los ojos violetas de Sirian.

—Tú eres el único que no puede echarme esas cosas en cara. No te atrevas a...

—Te dije que esperáramos.

—Los demonios nos encontraron, ¿recuerdas? Y lo hicieron mientras te buscaban a ti. Más te vale que haya merecido la pena sacrificar a Gordon para que tú sigas vivo. Así que déjame en paz de una maldita vez. Tú carga con tus pecados, que yo lo haré con los míos.

—Es justo. Pero enfréntate a ellos en vez de ocultarlos. Lo que te atormenta de verdad no es

la muerte de Gordon y sus hombres, sino que lo engañaste. Le hiciste creer que la runa era una bomba y ni siquiera le advertiste sobre lo que pasaría en realidad. Nadie mejor que yo sabe lo que significa la traición, ver el odio en los ojos de quienes confiaban en ti y contaban contigo. Tú vas a enfrentarte a esa mirada cuando vuelvas a ver a Thomas y a Lucy, y no volverás a ser la misma persona. Crees que podrás soportarlo, pero por muy fuerte que seas, una herida quedará para siempre en tu interior. Estoy tratando de ayudarte a comprenderlo.

—Eres un cerdo, Sirian. Entiendes esa expresión, ¿verdad? Confías en nosotros para que te ocultemos y te ayudemos, pero no puedes fiarte de Gordon porque no es un ángel. Yo sí confío en él.

—Necesitas confiar en él para justificar tu decisión.

—¡No! Gordon es un malnacido arrogante y un dictador que se cree superior a los demás. Pero es un genio militar. Ha pasado por guerras terribles y nunca, ni una sola vez, se ha rendido ni ha abandonado a nadie. Todos le debemos a él nuestra supervivencia después de la Onda. Pero tú, Sirian, por muchas alas que tengas, no lo puedes entender porque nunca has participado en una guerra. Solo la has observado de lejos. Te negaste a luchar cuando los demonios se rebelaron y no tomaste parte por ningún bando. Gordon no es como tú, es exactamente lo contrario. Quizá se equivoque de bando, pero puedes estar seguro de que luchará. Y si cree que salvará vidas humanas al hacerlo, no retrocederá ante nadie, ni siquiera ante un demonio. Por eso tenía que ser él. Thomas... Yo o cualquier otro habríamos sucumbido al pánico, pero Gordon, no. Deberías admirarle. Y si al final sucede lo que has dicho, deberías lamentar su muerte, porque no conocerás a otro como él.

—He conocido a alguien mejor. A ti, Jack.

—Si me conocieras de verdad no dirías eso. Gordon no me odia sin motivos.

—Tienes un don natural. La gente te sigue, yo te sigo...

—Como tú has dicho, engaño para conseguirlo —interrumpió Jack.

—Algunas situaciones no tienen soluciones perfectas y requieren decisiones peligrosas y arriesgadas. Estás proyectando tu frustración en mí porque te ayuda. Cuanto más descargues, mejor te sientes, sobre todo ahora, pero el tiempo te demostrará que no puedes engañarte a ti mismo. Ese privilegio lo tienen los estúpidos o las personas que están vacías por dentro y no asumen las consecuencias de sus actos. Tú no eres así y te pasará factura. Te lo digo por experiencia.

—Estás volviendo a rendirte, Sirian. Asumes que Gordon fracasará y lo das por muerto.

—Espero que así sea. Sé cómo suena lo que acabo de decir. Pero cuando ideaste tu plan, sin consultarme, no consideraste lo que sucedería si atrapan a Gordon con vida. Por muy duro que lo consideres, terminará hablando, y todo estará perdido.

—Así que quieres retirarte. Volver a esconderte y cambiar de ubicación. Eso se te da muy

bien. ¿Cómo piensas esconder a todos los humanos? ¿O son todos prescindibles, Sirian?

—No me dejaste plantear otra opción. Te precipitaste. Si ahora continuamos para justificar el sacrificio de Gordon, añadirás nuestras muertes a tu deuda. Ya ha pasado el tiempo acordado. Te ruego que lo reconsideres.

—Vamos a seguir adelante —dijo Jack, furioso—. No he arriesgado la vida de Gordon por ti. Lo he hecho para cerrar el Infierno y salvar a mi gente, no lo olvides. Mis hombres están en posición. No, no te lo había dicho, pero sabes que no es un farol. Si tú y tus ángeles no cumplís con vuestra parte, atacaremos nosotros y los demonios sabrán lo que hemos estado tramando. Y si sobrevivimos, luego iré a por ti. Lo juro por… ¿Qué es eso?

La máscara de Sirian se estiró, evidenciando que la expresión que había bajo el cuero negro era muy acentuada. El ángel miró por la ventana.

—No estoy seguro.

—¿Cómo? —gruñó Jack—. Pensaba que teníais una visión perfecta. De hecho, quería decírtelo, pero siempre se me olvida. Algo te pasa en los ojos, ¿no? Te he visto frotártelos mucho y están más húmedos que de costumbre. Incluso…

—Estoy perfectamente. Y mis ojos también. Son siete esferas de fuego, las veo con claridad. Me refería a que no sé para qué las usan. Aquel demonio de allí se llama Dast…

—¿El que abrió las puertas de Infierno? —preguntó Jack. Sirian asintió—. Entonces es el más peligroso de todos. Ya sabes por qué eligió Londres. Deberías matarlo, Sirian.

—Nuestra prioridad es otra. El que está junto a él es un barón. Lo que sea que estén haciendo debe de ser muy importante.

Jack no podía distinguir los rostros a esa distancia, solo las siluetas. Ni siquiera habría visto nada de no ser porque estaban en torno a unas runas que ardían con bastante intensidad. Ya era mala suerte que estuvieran allí, tan cerca de la puerta del Infierno, pero que también estuviese un barón... La situación se complicaba.

Las siete esferas que Sirian había mencionado se elevaron unos metros sobre el suelo.

—Están recreando el Cielo —explicó el ángel.

—¿Recreando? ¿Para qué?

—Reconozco que no tengo la menor idea, pero llevabas razón. Dast es muy peligroso. Convendría eliminarlo...

Una nueva luz, intensa y creciente, inundó la ciudad en ese momento, borrando todas las sombras a su paso. Jack y Sirian vieron cómo los demonios se detenían y miraban a todas partes, desconcertados.

—Te dije que Gordon lo conseguiría —dijo Jack, triunfal.

Con la nueva luz, Jack podía ver perfectamente desde aquella distancia. Dast le resultó uno de los inmortales más feos que había tenido ocasión de contemplar. Parecía que discutía con el barón. Gesticulaban como en una discusión. Al final, el barón sacó su espada y arrojó un arco de fuego hacia el Támesis. Las llamas se estrellaron contra la capa de hielo, cerca de la nube de niebla negra que ocultaba la puerta del Infierno. La masa de demonios que patrullaban la zona trotaron rápidamente hasta el barón. Luego se marcharon todos hacia el norte.

—Han picado —dijo Jack—. Es nuestra oportunidad. Decídete ahora mismo, Sirian. ¿Vienes o no?

El ángel se ajustó la máscara con cuidado.

—Vamos allá.

La luz los envolvió al salir del edificio y Jack no pudo evitar sorprenderse de ver que no tenía sombra. Recordó la primera vez que había oído a Rick hablar del fenómeno, tras aquella misión en la que los ángeles, por error, mataron a todo un destacamento militar. No importaba cuántas veces se lo hubieran explicado, tanto Rick, como el propio Sirian. Comprobarlo por sí mismo era... asombroso... y confuso, y...

—¡Deprisa! —lo apremió el ángel.

Descendieron hasta el Támesis; Jack, con dificultades para mantener el equilibrio. Caminaron sobre la capa de hielo hasta el centro del río, sorteando montañas de basura y toda clase de objetos abandonados. Apestaba.

Una vez en el centro, Sirian sacó su espada y la clavó en el hielo. La respuesta fue inmediata. Docenas de líneas de fuego atravesaron el hielo desde abajo. Jack se vio rodeado por un pequeño bosque de llamas.

—Retrocedamos —dijo Sirian.

Corrieron hasta el borde del río mientras el hielo se resquebrajaba y crujía. Las grietas se unieron unas con otras en un espacio circular que abarcaba casi todo el ancho del Támesis. El hielo se fundió, los desperdicios de Londres se hundieron en el fondo. Y los ángeles, ocultos hasta ese instante, emergieron y se colocaron ordenadamente alrededor del borde.

Cada uno portaba una cadena que desaparecía en el río, además de una espada. A una orden de Sirian, los neutrales guardaron la espada y tiraron de la cadena. El agua del río se desbordó por encima del hielo. Un agua putrefacta y maloliente, empujada hacia fuera por el objeto del que tiraban los ángeles. Las cadenas se apilaban a sus pies mientras las recogían. Tiraban de ellas con fuerza y sin descansar. Hasta que una plataforma circular, casi tan ancha como el río, apareció entre el hielo y la basura.

Jack observó asombrado cómo manejaban aquel disco gigantesco que iban a emplear para tapar la entrada del Infierno, el que habían ocultado en el cráter bajo un manto de radiactividad. Era imposible calcular cuántas toneladas pesaba. Lo habían forjado con telio, que era un material

ligero, sin duda, pero un tamaño tan descomunal tenía que resultar muy pesado. Pero lo más importante es que era resistente, dado que su destino era sellar el Infierno y soportar la ira que los demonios descargarían inevitablemente desde el interior.

Quince ángeles sostuvieron el disco en posición horizontal. Y varios más se subieron encima y empezaron a descargar espadazos. Grababan las runas que convertirían el telio en indestructible.



Tanon vio a Stil mientras caía, en medio del desfiladero, junto a Renuin. Alcanzó a ver en los ojos de su amigo cómo se sorprendía al descubrir la trampa de Asius, la falsa montaña que había reconstruido y que ahora se desvanecía como si fuera de papel.

En su caída solo pensó que también a Stil le había fallado. Con Diacos muerto y Stil aún en manos de los ángeles, no le quedaban apenas opciones. Estaba tan furioso que casi ni sintió el golpe al estrellarse contra el suelo. Aunque debió de ser fuerte porque permaneció inconsciente un tiempo indeterminado.

Al despertar ya no había nadie. Asius había huido con Stil y con Renuin, pero él sabía dónde encontrarlo. Sabía también cómo le iba a felicitar por haberlo engañado.

Cuando llegó al valle que conducía directamente al lugar de la batalla, solo podía pensar en el modo más doloroso de terminar con la vida de Asius. Sus alas, alimentadas por la rabia y la ira, habían crecido considerablemente y ardían descontroladas, escupiendo llamas en torno al barón. Su larga trenza descargaba latigazos sobre su espalda, espoleada por las zancadas de Tanon. La rabia nublaba su visión.

Se cruzó con varios demonios que huían y retrocedían. Aquello supuso un golpe mayor que caer de la montaña. Sus compañeros de armas escapaban de los ángeles. No lo habría creído si se lo hubieran dicho.

Tanon siguió avanzando directamente contra la montaña. Los demonios se apartaban, lo miraban y dudaban. Algunos empezaron a colocarse detrás de él, pero no todos. No se oían gritos ni clamores. La desesperación cundía entre las tropas. También había quienes lo miraban con reproche, puede que responsabilizándolo del fracaso. Pero nadie podía hacerle un juicio tan severo como el que él formaba contra sí mismo.

Pisaba cadáveres de vez en cuando. El grueso del ejército continuaba allí, aunque organizaba una retirada controlada, desviando las llamas que los ángeles derramaban sobre ellos.

—La runa no cedió, Tanon —explicó Asler que fue corriendo hasta él—. Ataqué donde me

pediste, pero resistió. Hemos sufrido muchas bajas. Tenemos que retirarnos.

Ese mismo consejo le había dado Diacos antes de que Asius lo silenciara con la espada.

—Pues lárgate —bufó Tanon.

Asler caminaba de espaldas para poder mirarle a la cara, a pesar de que Tanon no apartaba la vista de la montaña.

—El infiltrado nos ha fallado...

—Asler, cierra la boca o lo haré yo.

Asler se calló y se apartó a un lado. Tanon se agachó y levantó un cadáver ensangrentado del suelo.

—¿Alguien sabe quién es? —preguntó. El cadáver era irreconocible—. Yo sí lo sé. ¡Era un demonio! Al parecer se os ha olvidado lo que eso significa. Este demonio —dijo agitando el cuerpo despedazado— sí lo sabía, era mejor que todos vosotros. ¿Sabéis por qué? Porque sigue aquí, porque no huye ante nada ni ante nadie. —Tanon lanzó el cuerpo en la dirección opuesta a donde se desarrollaba la batalla—. ¡Por ahí se sale de este lugar! ¡Seguidle de una vez! Muchos compañeros han muerto para que estemos hoy aquí. Esos compañeros vomitarían al ver cómo os rendís. ¡Deberíais largaros con Sirian! —Tanon agitó las alas y en el movimiento se quemaron varias rocas que estaban demasiado cerca—. De los que me estáis oyendo ahora mismo, que no se atreva ni uno solo a volver a hablarme o mirarme a los ojos. ¡Nunca! O lo mataré donde quiera que nos encontremos. ¡Quedáis advertidos! Solo quiero saber si hay tres demonios de verdad entre vosotros.

Ascendió por la montaña sin esperar una respuesta. Cuando se detuvo y se volvió, había muchos más de tres demonios aguardando sus órdenes. Había un ejército.

—Vosotros tres —dijo señalando a los que estaban más cerca—. Vais a disparar un arco de fuego tan grande como os sea posible directamente contra el corazón de la montaña, cada uno a una de las tres rocas que forman el origen de la runa. Quiero que los disparos impacten en el mismo momento. ¿Podéis hacerlo? —Asintieron, recordando la advertencia de no decir nada—. Pues adelante. No hay tiempo que perder.



El primer círculo del Infierno era bastante desagradable, un laberinto de galerías deformes que se retorcían dentro de un pedazo de roca sujeta por cadenas de fuego. Los demonios no se habían molestado en aplanar el suelo para poder andar cómodamente. «Los círculos eran los

únicos lugares del Infierno en los que podíamos sacar las alas y volar, así que casi nunca caminábamos» , les había explicado Nilia.

Lo que no había dicho era cómo volaban por unos túneles tan espantosamente deformes. No eran circulares, ni cuadrados, no seguían ningún trazado mínimamente coherente, al menos ninguno que Rick pudiera apreciar. Se estrechaban y se ensanchaban en cualquier parte, describían curvas y se ramificaban, había subidas acentuadas y bajadas más pronunciadas aún. La piedra se ondulaba de un modo que Rick jamás había visto antes, moldeaba formas extrañas y sugerentes, que invitaban a la imaginación, a descubrir imágenes diversas y no precisamente acogedoras. Rick veía manos de piedra intentando agarrarlo, rostros tristes o agonizantes, animales rabiosos, ojos que acechaban... La variedad de formas desafiaba la imaginación de cualquiera. En cierto modo, la experiencia de descubrir figuras entre aquellas deformidades se podía comparar a observar nubes en el cielo. Unas nubes oscuras y sucias.

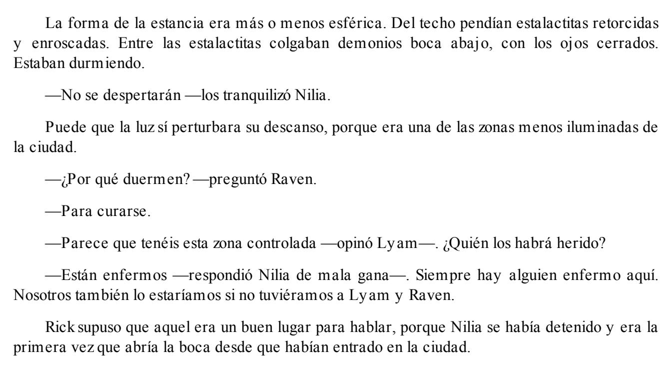
El ambiente era claustrofóbico. Ni una ventana o un cristal, nada que rompiera la monotonía. A Rick no se le ocurría un lugar más asfixiante para seres dotados de alas, capaces de volar y llegar a cualquier parte, que vivir dentro de una piedra. Para colmo, hacía el mismo frío que en el exterior. No soplaban corrientes de aire, pero la temperatura del Infierno era igualmente baja.

Las paredes de piedra tampoco amortiguaban los continuos aullidos y gemidos que resonaban en el Agujero. La única diferencia que Rick advirtió era que había más luz. Cada pocos metros ardía un símbolo que iluminaba razonablemente bien los túneles. Aquellos símbolos se hallaban colocados siempre en el medio, sin tocar las paredes. Nilia ni los rozaba, así que los demás la imitaron.

A veces caminaban sobre runas de fuego. Eran puentes que habían tendido los demonios después de la Onda, sobre los conductos verticales por los que ahora no podían volar. Rick supuso que por eso tardaban tanto en llegar a alguna parte, y se veían en la necesidad de dar rodeos para alcanzar lugares a los que antes accedían volando.

Del niño no había el menor rastro. Aquel pequeñajo podría estar en cualquier parte, perdido en aquel laberinto, oculto en infinidad de recovecos y agujeros, detrás de pliegues de piedra o dentro de alguna grieta. Encontrarle sería un milagro. Rick no quería decirlo por no preocupar más a Raven, que, junto con Lyam, era el que más preocupado estaba por él. Buscaban por todas partes, pero nunca lo encontraban.

Se cruzaron con muchos demonios que iban y venían en grupos reducidos. Al parecer, saludarse no era una costumbre entre ellos porque no les dedicaron ni una sola palabra, como mucho un gesto rápido con la cabeza. Rick correspondió con un asentimiento a uno de esos gestos cuando un demonio estuvo a menos de un metro de distancia, al rodear una de las runas que iluminaban los túneles. Ya casi se había acostumbrado a su presencia, o eso creía, porque casi se le escapa un gemido cuando llegaron a una lúgubre cavidad, muy espaciosa, en la que había al menos un centenar.



La forma de la estancia era más o menos esférica. Del techo pendían estalactitas retorcidas y enroscadas. Entre las estalactitas colgaban demonios boca abajo, con los ojos cerrados. Estaban durmiendo.

—No se despertarán —los tranquilizó Nilia.

Puede que la luz sí perturbara su descanso, porque era una de las zonas menos iluminadas de la ciudad.

—¿Por qué duermen? —preguntó Raven.

—Para curarse.

—Parece que tenéis esta zona controlada —opinó Lyam—. ¿Quién los habrá herido?

—Están enfermos —respondió Nilia de mala gana—. Siempre hay alguien enfermo aquí. Nosotros también lo estaríamos si no tuviéramos a Lyam y Raven.

Rick supuso que aquel era un buen lugar para hablar, porque Nilia se había detenido y era la primera vez que abría la boca desde que habían entrado en la ciudad.

—¿Estamos ascendiendo? —señaló Lyam.

—Sí, la salida está arriba.

—¿Nos vamos de la ciudad? —preguntó Raven.

—Nos vamos del Infierno. Justo encima de la ciudad está la puerta y un poco más alto, al otro lado de la niebla, Londres, o el Támesis para ser más exactos.

—No he visto la salida cuando veníamos por la cadena —observó el sanador.

—Pues está ahí —explicó Nilia—. Quédate unos años más en el Infierno y tu visión se adaptará lo suficiente para que puedas verla desde lejos.

—Pero si nos vamos —protestó Raven—, abandonaremos al niño.

—Exacto. No podemos buscarle por toda la ciudad.

—Yo no me iré sin él —aseguró Raven—. El niño es... Estuvo conmigo cuando... No puedo...

Nilia tomó aire lentamente.

—Todos sabemos lo importante que es. Pero olvidas que podría no estar aquí. Sé que lo viste entrar, pero también viste cómo se teleportó cuando estuvimos en la cueva con aquella runa verde, ¿verdad? Espera, aún hay más. Aunque estuviese aquí dentro, encontrarlo podría llevarnos semanas o meses, y ni aun así creo que diésemos con él. Olvidas que nadie lo había visto en milenios, es muy extraño.

—Pero...

—También olvidas que podría estar muerto. Si los míos lo han encontrado... El caso es que hay demasiadas incógnitas para que nos quedemos y nos arriesguemos a ser descubiertos.

A Rick no se le ocurrió nada que objetar, aunque deseaba hacerlo. La lógica estaba de parte de Nilia, pero algo inexplicable en su interior le decía que no debían abandonar al niño. A Raven debía de sucederle lo mismo, porque se enfrentó a Nilia como nunca antes lo había hecho.

—Yo voy a buscarle —insistió—. Aunque tenga que pasar aquí una eternidad. Marchaos sin mí.

—Tú eres precisamente el que tiene que salir cuanto antes. —Nilia comenzaba a enfadarse—. ¿Por qué crees que hago todo esto? ¿Piensas que los demonios te ayudarán a resolver tus problemas si te ponen la mano encima? Ya se te ha olvidado cómo nos conocimos, ¿eh? Los demonios han ordenado tu muerte. Así que tú te largas de aquí el primero. Los demás podéis hacer lo que os venga en gana.

—Yo me quedo con Raven —dijo Rick.

Nilia se colocó frente a él, justo delante de su cara.

—Pensaba que eras medio inteligente para ser un menor, pero eres tan idiota como tus iguales. Animas a tu amigo a quedarse en el Infierno en vez de ayudarme a mí a convencerle de salir. ¡Estoy harta de todos vosotros! Os lo digo muy en serio. Cuando salgamos, cuidaos de acercaros a mí.

—Nilia... —dijo Raven.

—¡No me interesa! Os he mantenido a todos con vida. Y lo sigo haciendo a pesar de que ya no os necesito. Podría chasquear los dedos y moriríais todos. Y aun así no os importa, no entendéis nada. Seguís llevándome la contraria y discutiendo todo lo que digo. ¿Alguno de vosotros ha hecho algo por mí en todo este tiempo? Ya está, no os soporto más. ¿Queréis buscar al niño? Adelante, ahí tenéis el camino —añadió señalando la gruta que salía de la cueva—. Adiós.

—Yo voy contigo —dijo Yala, que había permanecido quieto y en silencio hasta ese momento. El gemelo dio un paso hacia Nilia.

—Iremos todos —intervino Lyam. El sanador pidió a Nilia con la mirada que no se marchara todavía—. Tienes razón, te debemos la vida, lo sabemos, aunque eso no implica nuestra obediencia. Sin embargo, todo lo que has dicho es cierto. No hemos hecho nada por ti, ni te hemos agradecido que nos hayas traído hasta la salida sin entregarnos a los tuyos.

—No quiero vuestra gratitud.

—Lo sé, pero llevas razón —dijo Lyam y se dirigió a Raven—: El niño te seguirá. Creo que apareció antes por ti, por eso no lo había visto nadie hasta que tú viniste al Infierno. Tienes que llevártelo de aquí.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—No puedo, pero lo he pensado mucho… Dijiste que erais tres los que estuvisteis juntos durante la Onda. El tercero debe de estar en el Cielo, por eso tienes que ir allí.

—¿Sabes quién es?

—No. Pero tú estabas en la Tierra, y el niño, en el Infierno. Parece lógico que quien quiera que sea el tercero esté en el Cielo, y, al igual que el niño, puede que no lo hayamos visto. Raven, te he perseguido durante diez años causándote toda clase de problemas y entiendo que me odies. Si de algún modo puedo disculparme es ayudándote ahora, y lo único que puedo ofrecerte es un consejo. Ve con Nilia y hazle caso, Raven, tu destino no está en este lugar. Tal vez nos condenes a todos si no regresas.

Lyam se apartó, dejando el paso libre hacia la salida que Nilia había indicado. Era la primera vez que el ángel se dirigía a Raven desde que había confesado que fue él quien mató a Dios, y lo había hecho para recomendarle que siguiera a un demonio, y no a uno cualquiera, sino a Nilia, una asesina de los más letales que existían. Ella, por su parte, miró a Lyam con algo que se podría interpretar con agradecimiento si no se la conociera, puede que incluso cierta admiración. No era una mirada propia de ella. En realidad no había una maldita cosa en aquella situación que fuera remotamente normal. Un ángel y un demonio colaborando voluntariamente.

Raven los miró a todos y finalmente asintió.

—Salgamos de aquí —susurró con esfuerzo.

Salieron, de uno en uno, siguiendo el túnel que Nilia señalaba. Rick echó un último vistazo a las cabezas que colgaban del techo, agradecido de que no se hubieran despertado. Luego se encaminó a la salida. Nilia le bloqueaba el paso.

—Lo que ha pasado no tiene nada que ver contigo —dijo agarrándole por el cuello. Rick tuvo dificultades para respirar. Los demás ya se habían ido y se había quedado solo con ella—. Tú eres el único que no me sirve de nada, ¿me oyes? No sé por qué debería dejarte con vida. —Rick se debatió como pudo, pero no podía librarse de ella. Sabía que si echaba mano de la espada se encontraría un puñal clavado en el cuello antes de llegar siquiera a rozar la empuñadura. No entendía por qué Nilia se había enfadado tanto por apoyar a Raven—. Pero permitiré que vivas, aunque no será sin un precio. Nunca olvidarás lo que he hecho por ti y, cuando llegue el momento, me deberás un favor. ¿Me has comprendido bien?

—Nilia... Yo no tengo nada contra ti —murmuró Rick. Era la segunda vez que tenía aquel hermoso rostro tan cerca y esperó que no hubiese una tercera vez. La primera, al poco tiempo de llegar al Infierno, también fue para amenazarle.

Nilia lo sacudió con violencia.

—¡Silencio, menor! Esto no va contigo.

Rick no entendía nada. Le había preguntado... Una sensación muy poderosa invadió su mente. Era incómodo, aunque no exactamente desagradable. Notó cómo su voluntad se encogía.

Después notó los músculos de su cuello tensándose y contrayéndose. Rick contempló, atónito, cómo su cabeza subía y bajaba.

—Excelente —dijo Nilia, soltándole.

Y se marchó.

Rick tardó exactamente dos segundos en comprender que había sido Yala quien había asentido mediante su cabeza. Nilia lo había utilizado para comunicarse con el gemelo, probablemente con el fin de que Lyam no supiera nada.

Se preguntó si debía decírselo al sanador, mientras les daba alcance. Decidió que era un asunto entre ángeles y demonios, que a él no lo concernía. Así que guardó silencio mientras recorrían las galerías subterráneas.

Siempre caminaban en sentido ascendente. Había tramos complicados en los que tenían que ayudarse con las manos. Los ángeles también recurrían a las alas, aprovechando que Nilia les había ordenado mostrarlas en todo momento para camuflarse. Rick imaginó que los demonios solían volar por aquellas partes tan abruptas, ya que incluso Nilia se desenvolvía con cierta dificultad. Al final llegaron a un túnel muy pronunciado que no tuvieron más remedio que escalar, aferrándose a los agujeros que había en la pared.

Salieron a una zona de roca completamente desnuda.

—Estamos fuera de la ciudad —dijo Nilia—. Sobre ella, para ser exactos.

No había absolutamente nada alrededor. El Infierno aullaba, como siempre, pero por primera vez resonaba un ruido que se hacía notar sobre los demás. Aquel sonido indescriptible provenía directamente de arriba. Rick alzó la cabeza. Allí la oscuridad se revolvía y siseaba, burbujeaba como si fuera líquida.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

Luego se dio cuenta de lo poco acertada que era su expresión y cerró la boca.

—La niebla —contestó Lyam.

—Exacto —confirmó Nilia—. Al otro lado está el Támesis. La veréis mejor cuando subamos y la tengáis cerca.

—¿Vamos a atravesar eso? —preguntó Raven.

A Rick tampoco le hacía ninguna gracia meterse ahí dentro. Nilia no se molestó en contestar, se limitó a echar a andar hacia lo que parecía una columna de fuego. Sí, eso era. Al acercarse un poco más, Rick vio que aquella columna se elevaba hasta el centro del remolino de niebla.

De repente surgieron varias líneas de fuego. Rick no vio de dónde salían los demonios, pero eran muchos, como poco cien, que los rodeaban antes de que tuvieran tiempo de reaccionar.

—¡Alto! ¡Ni un paso más!

—¿A qué viene esto? Tengo que regresar a...

—No vas a ninguna parte, Nilia —replicó el que parecía estar al mando.

—Eso ya lo veremos. Yo no respondo ante ti.

—Me da lo mismo. Tengo órdenes de no dejar salir a nadie —repuso el demonio.

Rick esperaba que Nilia no la emprendiera a cuchilladas, porque era imposible que salieran vivos de un enfrentamiento contra ellos.

—¿Quién da esas órdenes? —exigió Nilia.

—Un barón —respondió el demonio—. Y me alegro de que lo preguntes porque quiere verte precisamente a ti, Nilia.



El comandante Gordon seguía vivo. Lo sabía porque la muerte no podía ser tan dolorosa, ni causar un sufrimiento tan atroz como el que lo desgarraba por dentro.

Gordon había comprobado, incrédulo, que ni un solo moratón manchaba su cuerpo. Lo que fuera que le hubiesen hecho estaba en su interior.

Lo peor era la amarga sensación de fracaso. La runa de Yala se había convertido en un montón de luz inofensiva cuando se suponía que debía abrasar la ciudad de Londres, con los demonios en su interior, para que luego Sirian pudiera cerrar el Infierno sobre las cenizas. La explicación debía ser por la falta de tiempo en completar la runa o algún error al trazar las líneas que la componían. Nada de eso importaba ya. Toda la operación se basaba en la sorpresa, así que habían perdido la única oportunidad de que disponían para sorprender a un enemigo al que no podían vencer de otro modo.

Gordon no recordaba cómo había llegado al callejón en el que agonizaba. Recordaba haberse abalanzado sobre un demonio y, luego, recibir un fuerte golpe en la cabeza. Lo siguiente fue despertar allí, entre cubos de basura, con las tripas rabiando de dolor. Había muchas figuras cerca que debían ser demonios, a juzgar por sus alas cuando las mostraban. No parecían prestarle atención. Seguramente porque no podría escapar ni aunque pudiera correr, que tampoco era el caso. La única salida del callejón estaba repleta de demonios.

Con un esfuerzo casi sobrehumano, Gordon logró levantarse, pero tuvo que apoyar la espalda en la pared para no caer de nuevo. Había dos demonios en particular que, por sus gestos

y ademanes, parecían discutir.

—Solo es un menor —rugió uno de ellos.

No pudo oír la respuesta del otro, su voz era una especie de susurro.

—Es un estúpido al que han utilizado, pero si sabe algo yo se lo sacaré... Tú tienes otra tarea, Dast. Cuando abras la niebla podrás entretenerte con...

Gordon no entendió por qué todos los demonios, al unísono, miraron al cielo, a la roca gigante que flotaba sobre la ciudad. Un aguijonazo especialmente doloroso le atravesó en ese instante y encontró la explicación. Se había encogido por el dolor y en esa postura vio su sombra en el suelo. La luz se había extinguido.

El demonio que hablaba con el tono bajo de voz, al que habían llamado Dast, se acercó hasta él. Era alto y delgado, con los ojos demasiado grandes, la barbilla alargada y un matojo de rizos desiguales que daban la impresión no haber conocido un peine en toda su vida.

—El sufrimiento que experimentas se debe a que te han hecho tragar fuego. —Su voz concordaba con su aspecto. Era una especie de silbido desafinado bastante desagradable—. Ese fuego no se puede apagar.

—Pero tú vas a ofrecerme una solución —murmuró Gordon sujetando sus tripas—. Por eso sigo con vida.

—Exacto.

—Haces de *poli* bueno, ¿no? Ahora vas a contarme lo mucho que sufriste en el Infierno para que sienta empatía contigo. Y luego me dirás que, si no colaboro, vendrán tus amigos y será peor para mí.

Dast sacudió la cabeza y sus rizos se menearon.

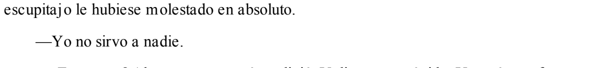
—No hay nada peor. Según se vaya extendiendo el fuego por tu cuerpo, lo sabrás. Que tú y yo sintamos... empatía es imposible. Para que lo entiendas, yo no sé qué es el dolor. Ni siquiera en el Infierno sufrí herida alguna. Soy el único que puede decir eso, por cierto. La única vez que sentí algo parecido fue cuando Dios me quitó las alas. Pero entiendo el concepto de dolor físico, te lo aseguro.

Gordon volvió a estirarse con una gran dificultad. Aspiró aire, tanto como pudo, y luego escupió sobre el demonio, apuntando a la cara, aunque cayó en su pecho.

—Seguro que esta experiencia tampoco la habías tenido. Representa el asco que me das, por cierto...

Gordon tuvo que dejar de hablar por el dolor, pero cuanto más le dolía, más odiaba. El odio era lo único que evitaba que se desplomara allí mismo.

—Sirian escoge muy bien a sus servidores —se lamentó Dast, sin dar muestras de que el



escupitajo le hubiese molestado en absoluto.

—Yo no sirvo a nadie.

—¿Eso crees? Ahora veo por qué te eligió. Valiente y estúpido. Un peón perfecto.

—No voy a creer tus palabras. No podrás engañarme.

—Lo sé. Vuestro sentido del bien y del mal no puede comprender nuestra situación. Ya te han lavado el cerebro lo suficiente. Ni siquiera espero que sepas nada importante. Apuesto a que no sabes ni lo que habéis hecho en realidad. Sirian solo os contó cómo manipular esa runa, pero nada más. Lo suficiente para que aceptaras venir aquí mientras él se escondía.

A Gordon no le gustaron las deducciones de Dast.

—He venido porque me dais asco. ¿No es evidente?

—Lo único evidente es tu estupidez, nada más. No me interesan tus opiniones ni tus arrebatos de rabia. Solo quiero saber si quieres vivir. Si tampoco vas a responder a esa pregunta, me marcharé y dejaré que te consumas.

Gordon quería seguir resistiéndose, pero el sufrimiento era demasiado grande y había quedado claro que nada de lo que dijese podría alterar al demonio.

—Has dicho que no se puede apagar el fuego que me habéis metido dentro... Cabrones.

—Un sanador, sí. ¿Conoces a alguno?

Incluso bajo el tormento que lo devoraba, Gordon se asombró de la frialdad del demonio. Verdaderamente no le importaba nada salvo encontrar a Sirian. Los demonios no tenían sanadores, así que Gordon era hombre muerto a menos que alguno de los ángeles neutrales lo curara. Entonces supo que Dast no lo mataría y supo también que su tormento sería largo, porque si moría pronto, no habría tiempo de llevarles hasta Sirian.

Jamás se había topado con un adversario que lo menospreciara de ese modo, que lo considerara menos que una mota de polvo. No lo habían condenado por tratar de matarlos manipulando la runa de Yala, sino que lo castigaban para forzarle a revelar dónde se ocultaba Sirian. Si no les servía para eso, lo dejarían agonizar hasta la muerte.

—No sé dónde está Sirian.

—Mal asunto. Prueba a decirme dónde estuvo.

—Yo nunca traté con él. Fue...

—Jack Kolby también me sirve.

—Yo no soy un traidor como vosotros.

—Así que sabes dónde se encuentra.

—Puedes meterme un volcán en la boca si quieres, asqueroso. No te diré una mierda. —Gordon consiguió soltar una carcajada entre sus jadeos. Reconoció la locura y la desesperación en su propia risa—. Adelante, amenázame otra vez. ¡Vamos! ¡A ver qué puedes hacer! ¡Lo estoy deseando!

—Entiendo —siseó Dast—. No me has preguntado por tus hombres ni por los tres menores que encontramos, la mujer, el niño y el cojo. Oh..., veo que los recuerdas. Sin embargo, estás dispuesto a sufrir para proteger a un ángel que os utilizó a todos. Te dejo para que mueras como prefieras. No se me da bien tratar con la estupidez.

El demonio le dio la espalda, indiferente. Por un breve instante, el odio de Gordon logró arrinconar momentáneamente el dolor.

—¡Me consuela saber que casi acabo con todos vosotros! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Un minuto más y hubierais ardido hasta quedar reducidos a un montón de cenizas!

Luego tuvo que apoyarse de nuevo en la pared.

Dast se volvió. Algo había cambiado en su modo de mirarlo.

—No pareces estar loco —murmuró Dast. Gordon trató de escupirle de nuevo, pero esta vez ni siquiera se acercó—. No, realmente crees lo que acabas decir... —El demonio hablaba consigo mismo, pensativo—. Al fin y al cabo tú eres un líder para los menores... Por eso... Sí, tiene sentido... Se necesita a alguien sin demasiado cerebro u ofuscado por la rabia... ¿Has dicho que ibas a matarnos?

—Dame una espada y te lo demostraré...

Gordon se dobló por un pinchazo especialmente doloroso.

—¡Impresionante! No pensaba que fuerais tan necios.

—¿De qué hablas?

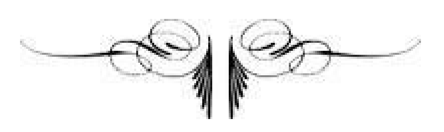
—Sirian os enseñó a manipular la runa, pero no os contó para qué servía. Os hizo creer que nos quemaría, cuando es imposible crear fuego a partir de ese símbolo...

Gordon dejó de escucharle a pesar de que seguía hablando. En su mente vio a sus hombres muriendo mientras trataban de contener a los demonios para ganar tiempo, para que alguno de los cinco equipos lograra modificar la runa, unos equipos compuestos por cinco miembros, dos de los cuales tenían que ser niños. Los recordó a todos luchando por un objetivo que resultó ser falso. Recordó su propio valor al dar la vida para crear una supuesta bomba que en realidad no existía, que solo era un montón de luz para distraer a los demonios.

Sin embargo, el demonio se equivocaba. Ese sacrificio no había sido planeado por Sirian. Solo había un individuo capaz de manipular a la personas de esa manera.

—Tenías razón, demonio de mierda. Yo sé dónde está Jack Kolby.

CAPÍTULO 11



A Vyns le dolía el brazo de tanto lanzar descargas sobre los demonios. Sus ojos resplandecían de euforia. Los traidores retrocedían asustados y caían bajo sus llamas. Si el sanador que estaba con ellos en la plataforma flotante no lo hubiese curado, hacía tiempo que se habría quedado afónico a base de gritar toda clase de insultos. Se trataba de una victoria total. Habían muerto incontables demonios y solo unos pocos ángeles.

Pero no era suficiente. Si estaban ganando era porque Asius había desenmascarado a Diacos y desbaratado sus planes, lo que implicaba que llevaban milenios con ese traidor entre ellos, y formando parte de los tres Justos, nada menos, el órgano más alto en la jerarquía de los ángeles. Se referían a él como «el Héroe» por ser el que venció a Satán y Tanon durante la primera guerra. Vyns había recordado aquella lucha épica miles de veces con otros ángeles, admirando el valor de Diacos. Ahora se le revolvían las tripas solo con pensarlo. No, ganar no era suficiente. Tenía que abatir a todos los que pudiera para que aprendiesen la lección de una vez por todas.

Los ángeles de su plataforma seguían descargando fuego sobre el enemigo y sin saber la verdad. Asius había insistido en mantener el secreto por si había una filtración, pero Vyns estaba convencido de que todos redoblarían sus esfuerzos mucho más allá de su límite si supiesen lo asquerosos y retorcidos que podían ser los demonios.

Se detuvo un instante a recobrar el aliento, se masajeó el hombro, preparándose para regar con fuego una vez más a los demonios. Todavía quedaban muchos ahí abajo. Vyns detuvo su mano, que ya estaba alzada de nuevo, al reparar en tres llamas que volaban directamente contra el centro de la runa defensiva, en el corazón de la montaña. Esos tres arcos se desplazaron a la misma velocidad, manteniendo trayectorias paralelas y equidistantes. Sus llamas eran brillantes, dejaban una estela anaranjada y gruesa. Impactaron contra las tres rocas del centro a la vez, perfectamente sincronizados. No surtió ningún efecto. Aquellos pobres idiotas no se daban por vencidos.

Entonces un nuevo arco, mucho más grande que los tres anteriores juntos, más brillante y más rápido, voló hacia el mismo punto. Vyns tuvo un mal presentimiento. Siguió con la mirada aquella media luna de fuego gigante hasta que se estrelló justo en el centro de las tres piedras. Habría jurado que en medio de las llamas se agitaba una trenza bastante larga.

El impacto resonó en todo el valle y, curiosamente, se produjo un silencio casi absoluto cuando el estruendo por fin se desvaneció. Tanto ángeles como demonios observaban la montaña

con expectación. Una nube de polvo se había levantado en el centro del símbolo.

Tras unos segundos, en los que nadie parecía atreverse a mover ni una pluma, resultó evidente que la montaña no había sufrido daño alguno. La guerra retomó su curso inmediatamente. Vyns también iba a ocuparse de nuevo de los demonios, pero un pequeño movimiento ascendente le llamó la atención. Desde su posición elevada podía ver más allá de la nube de polvo. Y lo que vio no le gustó nada. Una grieta crecía hacia la parte superior de la montaña y se extendía en zigzag, como una herida gigantesca, haciendo rugir la piedra en señal de protesta. Los ángeles la vieron venir demasiado tarde y algunos cayeron cuando el suelo se abrió bajo sus pies.

Otras grietas crecieron y se propagaron, formando una telaraña de heridas sobre la montaña. La montaña tembló y gimió, y finalmente se vino abajo.

Un alud se precipitó sobre los demonios, arrastrando a los ángeles que hasta ese momento habían estado resguardados y protegidos por lo que ahora no eran más que escombros enloquecidos. La cordillera entera se tambaleó.

Los dos ejércitos perdieron su estructura y sus formaciones. Desaparecieron las jerarquías y las estrategias. Atacaban y se defendían en un completo caos, entre cadáveres y piedras, en medio de un mar de polvo. Salpicaban llamas por todas partes, se creaban y destruían runas. Los clamores y rugidos se fundían en un estruendo espantoso. Los ángeles descendían desde los restos de su fortificación en ayuda de sus compañeros caídos, mientras los demonios avanzaban sobre los escombros. Chocaban las espadas. Se mezclaban los gritos. Mataban y morían.

Vyns, desde la plataforma, observó el horror en que se había convertido la lucha. El blanco y el negro se habían fundido en un remolino gris de locura y violencia. No atacaba porque, en esas condiciones, era imposible lanzar descargas con tino. Vyns vio ángeles y demonios que mataban incluso a sus propios compañeros, cegados por la ira. Vio sangre y fuego. La destrucción campaba a sus anchas.

Para empeorarlo todo, parecía que los demonios se desenvolvían mejor en ese entorno anárquico. Las sombras, en particular, eran especialmente mortales sembrando el desconcierto, sobre todo porque, a pesar de la confusión general, no se equivocaban de enemigos. No les importaba morir, solo saltaban sobre los ángeles gruñendo y mordiendo a cuantos quedaban a su alcance, despedazando cuerpos con sus patas.

Cuando más ángeles se habían unido al frente, el suelo vibró con una violencia terrible. Ángeles y demonios cayeron, incapaces de conservar el equilibrio sobre aquellas palpitaciones. Una explosión brutal había reventado en medio de la lucha. Los que habían caído, salieron despedidos por los aires. Volaron también cadáveres y escombros. Se había formado un cráter, del que emergieron dos alas de fuego con una larga trenza colgando en medio, y que atrajeron la atención de los dos bandos por igual.

—¿Qué estáis mirando? —gritó enfurecido Tanon—. ¡Acabad con ellos!

El Barón de las Alas de Fuego cargó contra los ángeles y un ejército de alas negras lo siguió.



Nadie había vuelto a visitar a Rylan después de los demonios. Ni rastro de Susan ni de cualquier otro ser vivo. Una vez más, estaba solo y aislado.

Odiaba la luz que caía por todas partes, aunque ahora creía que era más tenue, como si insinuara que dentro de poco anochecería. Una broma de mal gusto ya que nunca vería una sola noche en el Cielo, ni siquiera una sombra.

Dormía de vez en cuando, poco, y se despertaba cansado y de mal humor. Se aburría mucho, conocía de memoria todas las piedras que había en el espacio en el que estaba recluido. Ya nunca miraba la lengua de piedra que antes era una cascada. Se había prometido a sí mismo que si volvía a hacerlo saltaría y terminaría con todo, lo cual era bastante mejor que caer en manos de aquel demonio con las alas de fuego.

La desesperación creció en el interior de Rylan ante la falta de opciones, la impotencia tan grande que lo asfixiaba. Era incapaz de mantener ocupada la mente con ninguna cuestión científica para distraerse. Solo dormir lo aliviaba, pero el descanso terminaba pronto y nunca era suficiente. Al final, la locura ganó la batalla y tomó el control de su mente; Rylan empezó a delirar y a tener visiones.

Una de esas visiones cobró la forma de un chico que lo observaba muy atento, un adolescente de deslumbrantes ojos azules. Su cuerpo, de corta estatura, estaba envuelto en una capa negra, y su cabeza se hallaba medio escondida bajo una capucha que ocultaba su pelo. Los labios del chaval estaban ligeramente curvados, amagando una sonrisa que no llegaba a abrirse del todo. No se movía ni decía nada.

—Hola —saludó Rylan, contento de hablar con alguien, aunque solo se tratara de una proyección de su mente—. ¿Quieres que juguemos a algo?

El chico se inclinó en una reverencia.

—Sin duda una proposición interesante, e inesperada, me atrevería a añadir —replicó—. Jugar conlleva un placer inmenso y, de no poseer ciertos compromisos del todo ineludibles aceptaría con gusto.

La voz sonaba muy real, pero no le dio a Rylan la impresión de que sus palabras concordaran con las de un adolescente.

—¿Compromisos? Sí que eres una alucinación rara, chaval.

El muchacho sonrió.

—Oh, entiendo. La grandeza e inmensidad que te rodean confunden tu mente, y eso, unido a tu incapacidad para racionalizar este nuevo entorno, deforma tu percepción de la realidad. Dudas de mi existencia. Adorable.

Desde luego Rylan estaba confundido, de eso no cabía duda, pero aunque el chico insinuara lo contrario no podía ser real, resultaba demasiado pintoresco.

—¿Por qué no te acercas? —preguntó—. Así podemos hablar con mayor comodidad.

Si podía tocarle, estaría dispuesto a reconsiderar su postura. Hasta ese momento lo había tratado como a una proyección de su mente dañada, un entretenimiento creado para distraerse y no sucumbir a la locura.

—Me encantaría acceder a tu petición —dijo el muchacho—. Lo cierto es que me hallo justo en este punto, porque no me es posible superar la barrera invisible entre nosotros. ¿Acaso no eres consciente de tu encierro? Ummm… No es un indicador de un intelecto elevado, me temo. Una apuesta arriesgada por parte de Sirian...

—¿Sirian? —El corazón de Rylan se disparó al oír ese nombre—. ¿Lo conoces? ¿Te ha enviado él?

—Naturalmente que lo conozco. Es un ángel interesante, dotado de cierta astucia digna de admiración. Aunque últimamente está muy desmejorado, el pobre, un problema facial de lo más desafortunado.

La esperanza creció en el interior de Rylan. La cuestión de si estaba o no alucinando desapareció inmediatamente de sus pensamientos.

—¿Puedes sacarme de aquí? Por favor, he hecho lo que Sirian quería.

—Y con una eficacia notable, me permito añadir. De ahí que me vea en la obligación de recompensarte. Sirian está demasiado ocupado con otros asuntos, allí, en tu mundo, pero yo no he podido evitar acudir en tu auxilio una vez tuve conocimiento de tu destino. Es una debilidad natural que poseo. Yo mismo estuve encerrado largo tiempo, desvalido e indefenso. Una experiencia espantosa. Y también alguien acudió en mi ayuda, justo cuando había decidido la peor de las resoluciones. ¿Sabes de qué hablo? Oh, veo que sí. Esa cascada y la caída que representa se ven de un modo diferente después de estar encerrado, ¿no es verdad? Como te decía, también en mi caso había una caída a la que no se podía sobrevivir. ¿No es sorprendente lo similares que son nuestras respectivas situaciones?

Rylan no entendía de qué estaba hablando el chico, pero sus palabras, refiriéndose a cómo la muerte se contempla con alivio cuando la salida parece imposible, eran absolutamente acertadas. Lo único que ahora le importaba era saber si de verdad podía liberarle o solo era palabrería de un chaval extravagante que vestía como un admirador de Darth Vader.

—Venga, sácame de aquí. No lo soporto más, por favor.

—Un poco de calma es recomendable —aconsejó el chico de la capa negra—. Te concederé el don de la libertad, es mi deseo, pero no podré hacerlo sin tu colaboración.

—¿Qué tengo que hacer?

—Calmarte, repito. Se trata de dibujar. La precisión de cada trazo...

—¿Una runa? —se anticipó Rylan, excitado.

El muchacho estiró los labios en una sonrisa.

—En efecto. Celebro que cuentes con ciertos conocimientos al respecto. Por eso me parecen tan adorables los menores.

Rylan cayó en la cuenta de que no sabía quién era aquel chico. La referencia a los «menores» señalaba que se trataba de un ángel o...

—¿Puedo verte las alas?

La sonrisa del muchacho desapareció.

—De nuevo una petición que me encantaría satisfacer, pero me temo que no es posible en este momento. Deduzco, aun a riesgo de equivocarme, que sientes curiosidad por mi identidad. Muy comprensible, dado que olvidé presentarme. Respondo al nombre de Capa —dijo doblándose en una nueva reverencia, más exagerada que la primera.

—¿Eres un ángel o un demonio?

—Esa distinción dejó de tener sentido para mí hace algún tiempo. Sin embargo, comprendo que para ti no sea una respuesta satisfactoria. Déjame ver cómo puedo explicarlo de modo que... Ah, sí. Podríamos decir que yo estoy por encima de esas cuestiones.

Rylan no sabía qué pensar. No había comprendido la última explicación de Capa, a pesar de que su expresión señalaba que estaba muy satisfecho de sus propias palabras. Fuera ángel o demonio, no parecía amenazador en absoluto. Y había dicho que podía sacarlo de allí. Eso era lo único importante.

—Antes dijiste algo de pintar una runa.

—Absolutamente correcto, mi buen amigo. Bien, da dos pasos hacia mí, así. No, no tan largos. Eso está mejor. Ahora es preciso que repliques en el suelo la misma runa que yo voy a dibujar aquí. No, con ese palo, no, con el dedo, es muy importante. ¿Listo?

—Listo.

—Vamos allá. Empiezo yo y tú me imitas. Primero, el centro, ligeramente ovalado, sin llegar a cerrase... Luego la... No, así, no.

—Lo he hecho igual que tú.

—Has cambiado el dedo para el segundo trazo.

—Es que me dolía un poco...

Resultó más complicado de lo que parecía. Rylan no solo tenía que copiar el dibujo a la perfección, también era imprescindible que dibujara cada línea a la misma velocidad que Capa, con el mismo dedo. El resultado final dependía en alto grado del modo en que se hubiera realizado el dibujo. Por ello pensó que, solo con verlo, nadie sería capaz de replicarlo.

Rylan perdió la cuenta de los intentos fallidos. Por suerte, Capa tenía una paciencia infinita. Siempre le explicaba qué había hecho mal y nunca se enfadaba, ni siquiera cuando cometía el mismo error varias veces seguidas.

—Excelente —anunció Capa, triunfal—. Ha quedado igual que si la hubiese dibujado yo mismo.

Rylan miró muy sorprendido el fruto de su esfuerzo. El símbolo que estaba dibujado a sus pies, en la arena, le parecía exactamente igual que todos lo que había dibujado anteriormente, pero como Capa dijo que estaba bien, él se apresuró a retirar la mano para no estropearlo.

—Creí que nunca lo conseguiría.

—Yo, sin embargo, tenía plena confianza en tus aptitudes —dijo Capa—. Ahora, mi buen amigo, solo falta el toque final. ¿Ves este punto de aquí? Sí, ese. Tienes que tocarlo con el dedo índice, solo un instante, y retirarlo tan rápido como puedas.

—De acuerdo. ¿Lo hago ya?

—En cuanto estés preparado.

Hacía mucho que estaba listo para largarse de allí, así que Rylan no dudó en agacharse y extender el dedo. Tocó el punto indicado. No notó nada especial, pero recordando las instrucciones de Capa, retiró la mano a toda prisa.

Nada más doblar el codo, una forma negra surgió encima de la runa. Rylan cayó al suelo sobresaltado, miró hacia arriba. Los ojos azules y juguetones de Capa lo observaban con un destello divertido.

—Esto... Yo... Joder... ¡Qué pasada! —exclamó Rylan, cogiendo la mano enguantada que le tendía Capa para ayudarle a levantarse—. ¡Puedes teletransportarte!

—Tu admiración me halaga. —Capa lo soltó una vez Rylan estuvo de pie, e inclinó la cabeza con aire ceremonial.

—Así es cómo vas a sacarme, ¿a que sí? —soltó Rylan a punto de explotar de la emoción—. Me vas a teletransportar fuera de aquí.

—Una deducción portentosa. No obstante, debo explicarte que el proceso puede resultar doloroso.

—¿Porque soy un menor?

—Nada de eso —le corrigió Capa—. Para realizar este truco me temo que debo grabar una runa en tu cuerpo. Yo padecí un gran sufrimiento cuando me grabaron la mía.

—¿No lo hiciste tú mismo?

—Eso no es posible. ¿Recuerdas que mencioné una triste ocasión en la que estuve al borde de la desesperación, como tú, y alguien tuvo la infinita bondad de acudir en mi ayuda?

—Ya entiendo. Te enseñó este truco y te grabó a ti la runa.

—Exactamente. Y la que llevo en mi pecho me permitirá regresar a la que dibujé fuera, cuando te guiaba para que tú trazaras esta. Aborrezco profundamente las expresiones imprecisas, pero a falta de una adecuada te diré que esos símbolos son como una especie de imanes. ¿Deseas pasar por este proceso?

Antes de que terminara la pregunta, Rylan ya se había desnudado de cintura para arriba. No es que fuese muy valiente, de hecho lo atemorizaba el dolor físico, pero la idea de quedarse de nuevo solo y encerrado era muchísimo más aterradora. Capa le mandó tumbarse en el suelo, boca arriba. Luego se quitó el guante y Rylan pudo ver una mano abrasada por quemaduras, o tal vez algo peor, como ácido. De su dedo índice brotó una tímida llama azul.

—Sería recomendable que mordieras algo.

Rylan recurrió a su jersey, casi se tragó la mitad de la manga. Luego asintió.

Dolió. Dolió mucho, más que nada que hubiese sentido antes. Si Capa no lo hubiera sujetado, habría hecho todo lo posible por escapar de aquella agonía. El dedo de Capa quemaba y congelaba al mismo tiempo, torturaba sin piedad todas las terminaciones nerviosas que rozaba. Rylan se sorprendió de no haber perdido el conocimiento, cuando por fin Capa se apartó.

—Recupérate, mi buen amigo. No quiero dejar pasar la oportunidad de felicitarte. He tenido ocasión de presenciar comportamientos mucho menos virtuosos que el tuyo.

Rylan necesitó bastante tiempo hasta que el dolor fue soportable y su respiración se normalizó. Se limpió las lágrimas que habían ensuciado su rostro y volvió a vestirse sin atreverse a mirar su pecho, solo queriendo olvidar aquella experiencia cuanto antes. Se tambaleaba cuando por fin logró incorporarse.

—Ya… podemos irnos —dijo con la voz quebrada.

—Antes debemos restaurar la niebla. Hay una guerra muy desagradable ahí fuera y no sería muy astuto por nuestra parte quedarnos por aquí mientras se matan entre ellos, ¿no crees?

—¿Se puede deshacer la petrificación de la niebla?

—Desde luego. Para empezar, no fue una decisión muy acertada por parte de Sirian, como tampoco lo fue utilizarte de ese modo tan poco ético. El caso es que solo quien manipuló la cascada puede deshacerlo.

—¿Yo? De acuerdo. Tienes razón, me utilizaron los muy…

—Ah, ah, no debemos perder lo modales. No es elegante.

—Eh, sí, es verdad. Discúlpame. —Rylan se volvió para mirar la cascada de piedra y el muro que se erigía desde el fondo, también de piedra, cubriendo cualquier punto hasta el que su visión llegara—. ¿Qué tengo que hacer?

—Ya has hecho más que suficiente.

De repente Rylan notó las manos de Capa sobre su espalda. Luego sintió un empujón y nada sólido bajo sus pies. Antes de darse cuenta realmente de lo que había sucedido, Rylan descubrió que volaba hacia la cascada. Descubrió también, mientras el pánico se apoderaba de todo su ser, que no volaba, que caía hacia el punto en el que la cascada se fundía con el suelo. Movía frenéticamente los brazos y las piernas.

Murió antes de estrellarse contra el suelo. Su corazón había reventado de puro terror al comprenderlo todo y saber lo que le esperaba.

El impacto apenas se escuchó, pero casi inmediatamente la niebla tembló y el muro entero que rodeaba la primera esfera sufrió una ondulación. La piedra comenzó a derretirse con un siseo, se volvió más oscura, perdió su brillo y consistencia. Un remolino se formó allí abajo, donde Rylan había caído. El remolino crecía y se extendía, y a su paso la roca se fundía en niebla.

Capa, alegre y triste a la vez, contempló cómo la cascada recobraba su tono metálico y comenzaba a fluir de nuevo. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—No debió haber pasado de este modo. No consentiré que se olvide lo que has hecho, Rylan. Es posible que, de disponer de la ocasión y el tiempo necesarios, haga pagar al culpable de tu muerte. Pero no serás olvidado, lo juro. Mi hijo llevará tu nombre en señal de mi reconocimiento.



—Debí imaginar que se trataba de ti —bufó Nilia.

Elnis era, posiblemente, el barón que menos influencia tenía, a excepción de Dast. No contaba con ningún atributo especial que lo hiciera destacar sobre los demás, pero tampoco

padecía ninguna debilidad evidente. Su clan no era especialmente numeroso, ni deslumbraba por sus aportaciones a la guerra. Pero era un barón. Y los barones exigían, siempre, respeto.

—Vas a controlar esa boca que tienes, Nilia, o esta conversación acabará antes de empezar. ¿Queda claro?

Nilia guardó silencio, aunque el desafío brillaba en sus ojos. El barón, que la conocía bien, escondió su sonrisa tras un rostro severo.

Elnis administraba su escasa influencia con mucha habilidad, lidiando entre las disputas que surgían entre los barones antes de la Onda, apoyando a uno o a otro en función de los favores que podía obtener a cambio, un juego peligroso que lo mantenía en un equilibrio muy delicado. Nilia había sido una pieza clave en ese juego.

—Esto no tiene nada que ver con nuestras diferencias —dijo Nilia.

—Sí que tiene que ver. No debiste abandonar mi clan.

—¿No vas a olvidarlo nunca?

—Confieso que creí que te unirías al de Tanon. Te pega más su estilo directo y brutal.

—Más que el tuyo, desde luego —convino Nilia—. Las intrigas no son lo mío. De todos modos, me fui por Stil y lo sabes perfectamente.

—Lo sé, lo sé. Y ahora, después de tanto tiempo, por fin tengo una excusa para ajustarte las cuentas.

Elnis se levantó. Hasta ese momento permanecía sentado entre dos rocas con forma de alas. Había diseñado su propio trono personalmente, le gustaba la imagen que proyectaba colocando sus propias alas por encima de las del trono.

Los habían llevado a su cueva personal. El primer círculo pertenecía a Tanon, pero todos los barones tenían sus propias cuevas en todos los círculos. La de Elnis era un tanto estrecha, pero de techo alto, con cuatro estalactitas largas y afiladas. Bajo las puntas de aquellas estalactitas ardían cuatro runas que iluminaban la estancia.

—Me encantaría ajustar cuentas contigo —dijo Nilia—, pero no tengo tiempo.

—Cierto. Te encantaría, lo veo en tus ojos. Siempre he sabido que te gusta matar. En cuanto al tiempo, tenemos todo el que yo decida.

Elnis replegó las alas, la señal convenida con su asesino más letal, un demonio con la capacidad de moverse en el más absoluto sigilo. La silueta del demonio descendió lentamente por una de las estalactitas situada detrás de Nilia.

—Lo siento por ti, Elnis, pero tengo que volver junto a Stil.

—Ese es precisamente el problema. Es curioso que insistas tanto en regresar cuando es

imposible.

—Si levantas la orden que me impide…

—Yo no tengo nada que ver con eso. La niebla se ha petrificado y nadie puede ir a la primera esfera. No se habla de otra cosa, en cambio parece que no lo sabías. Siempre he admirado tu autocontrol para no mostrar sorpresa, pero yo te conozco. ¿Tienes una explicación que justifique cómo has llegado hasta aquí y por qué no sabes lo de la niebla? Y cuidado con las manos. Si las acercas lo más mínimo a tus dagas, te las cortaré.

El asesino estaba a tres pasos de la espalda de Nilia, demasiado cerca para lo rápida que era ella si advertía la menor amenaza, algo prácticamente imposible, no solo por lo silencioso que era aquel demonio, sino también porque ahora estaba centrada en Elnis y en el lío en el que se había metido.

—No lo sabía, es verdad.

—Continúa siendo sincera, si quieres que mejore tu situación.

Nilia pareció pensárselo antes de hablar.

—La Onda plegó toda la realidad durante una fracción de tiempo. Cuando se restableció el estado anterior, hubo cambios drásticos. Nosotros, por ejemplo no nos encontrábamos en el mismo lugar que antes del suceso.

—¿Vas a contarme algo que no sepa?

—Enseguida. Uno de esos cambios fue devastador. El Cielo y el Infierno no se separaron del todo. ¿Conoces el tentáculo deforme que hay entre el segundo y tercer círculo? —Elnis asintió, se trataba de una prolongación de la montaña colosal hacia el exterior, unas de las numerosas deformidades del Infierno—. Ese tentáculo está atravesando la cuarta esfera y la mantiene anclada. Al impedir que describa su órbita, está desestabilizando la armonía de las sietes esferas. Los ángeles, de momento, solo saben que algo va mal.

—No veo a dónde quieres ir a parar con esa historia. Te recuerdo que son tus alas y tu cuello lo que están en juego.

—Yo regresé por esa conexión entre el Infierno y la cuarta esfera. Por eso no tenía ni idea de que habían sellado la niebla.

Elnis levantó la ceja derecha y el asesino, que ya estaba justo detrás de Nilia, con la espada desenvainada, se mantuvo en posición, atento a la señal del barón que lo ordenara acabar con ella. Elnis reflexionó sobre lo que acababa de escuchar. Nilia parecía sincera, aunque su frialdad le permitiría disfrazar una mentira si así lo quisiera.

—Esa historia suena demasiado increíble para ser una simple improvisación —dijo al cabo de un momento—. ¿La has preparado mientras te traían hasta aquí? Qué decepción, Nilia. ¿Tan desesperada estás que tienes que recurrir a trucos propios de seres débiles? Casi me das lástima.

—¿Por qué mentiría si es fácil de comprobar?

—¿Crees que voy a enviar a mis demonios a verificar esa estupidez? Si fuese cierto, explícame cómo has llegado hasta aquí tú sola desde ese punto.

—No he venido sola.

—Ya me han informado de que te acompañan cuatro demonios. ¿Me tomas por tonto? Con solo cuatro no sobreviviríais ahí fuera por vuestra cuenta. No, espera, vas a decirme que erais más pero los otros han muerto, ¿verdad? Y luego, ¿qué más te inventarás? Capturasteis a un ángel que os ha estado curando para que no caigáis enfermos. ¿He acertado?

Elnis supo que la había atrapado en cuanto vio que Nilia no respondía. Ella no acostumbraba a mantener la boca cerrada ni siquiera ante los barones. La verdad era que esperaba más resistencia por su parte, no era propio de ella ser tan incauta, casi ingenua. Pero al barón le daba lo mismo.

—Yo solo respondo ante Stil —dijo ella.

—Es tarde para eso.

Elnis dio un paso hasta colocarse frente ella, muy cerca, con doble intención. Por una parte quería imitar su gesto de mirar a los ojos antes de amenazar o matar a una víctima. Además, quería que no se moviera para asegurar todavía más la puñalada que iba a recibir.

—Has mentido a un barón y Stil no está para defenderte —dijo Elnis—. Te doy la última oportunidad para decir la verdad. Tú decides.

—Elnis, te diré la verdad encantada —dijo Nilia sosteniendo su mirada—. Me largué de tu clan porque das bastante pena. Te has podrido ahí abajo, en el sexto círculo, como el perdedor que eres. Y lo único que lamento es no haberte sacado los ojos para que los demonios que tienes a tu cargo no hubieran tenido que soportar tu patético liderazgo. He estado luchando en la toma de la Ciudadela y he matado ángeles mucho mejores que tú. En resumen, apestas, y puedo oler el miedo que me tienes y que siempre me has tenido. ¿Te parece que he sido lo bastante sincera?

Elnis apenas pudo controlar el odio que despertaron las palabras de Nilia. Ningún demonio tenía una actitud tan desafiante y descarada. Si logró dominarse fue porque sabía que este era su final. Bajó rápidamente la cabeza con un ademán concreto. El asesino reaccionó a la señal inmediatamente.

Fue demasiado rápido. Elnis tenía a Nilia justo delante, a dos palmos escasos de distancia, y ahora eran los ojos del asesino lo que veía ante él. El demonio los tenía muy abiertos, sorprendido. Un paso a la derecha brillaba la media sonrisa de Nilia. Después, el Barón bajó la cabeza y vio el puñal que asomaba por su pecho. Entonces sintió la sangre resbalando por su pecho y su tripa. Sintió después un frío desgarrador.

Mientras caía, incapaz de controlar sus piernas, vio a Nilia acuchillando al demonio. Murió

preguntándose cómo era posible que ella hubiera advertido al asesino sin volverse en ningún momento.



Asius no estaba en el frente cuando la montaña se vino abajo, pero pudo verlo con suficiente claridad. Escuchó el temblor y sintió las sacudidas, notó cómo se resquebrajaba la piedra. Y vio caer a los ángeles.

Lo supo antes de que pasara, nada más oír el impacto. Se había hecho a la idea de que, sin Diacos, los demonios no podrían superar la defensa de los ángeles, pero ahora su estrategia se desmoronaba en un montón de rocas destrozadas.

También supo, antes de verlo, que Tanon era el responsable. Y sabía mucho más. No necesitó presenciar la carga del demonio de las alas de fuego para saber que los ángeles no podrían contener la rabia del barón, que lucharían cuanto pudieran, pero que no tardarían en retroceder hasta donde se encontraban ahora. Y de allí no había escapatoria posible.

Asius sabía demasiado.

Regresó a las cuevas envuelto en una ira que empezaba a formar parte de él. Los ángeles se organizaban como podían, desconcertados por el rumbo que había tomado la batalla. Asius pasó entre ellos hasta llegar a las cuevas. Allí estaba Renuin con Stil y una escolta personal compuesta por dos custodios.

—Los demonios han roto nuestras defensas —dijo en respuesta a todas las miradas que lo atravesaron en cuanto entró en la gruta.

Los custodios se apartaron. Renuin lo miró preocupada.

—Defiende nuestra posición —ordenó—. No podemos permitir que lleguen hasta aquí.

—Eso pienso hacer. —Asius alzó su espada de hielo—. Pero primero voy a asegurarme de acabar con uno de sus líderes.

Renuin abrió los ojos al comprender sus intenciones. Los ángeles agitaron las alas.

—¡No! —dijo ella interponiéndose en su camino—. ¿Te has vuelto loco?

Asius señaló a Stil con el dedo.

—Han muerto muchos ángeles. Y van a morir muchos más. Tal vez acaben con nosotros. No es justo que él siga con vida.

—¡Nosotros no actuamos así! —protestó Renuin—. No lo consentiré.

—Yo, sí. Sal de aquí, Renuin. ¡Salid todos! Yo seré el único responsable si en un futuro hay que juzgar esto.

Renuin no se movió. Tampoco los custodios, aunque estos últimos dudaban.

—Déjale que lo haga —dijo Stil poniéndose en pie. Tenía las alas y las manos encadenadas—. Lo estás deseando, ¿verdad? Por fin cedes a tu verdadera naturaleza. Te advertí de que cuando llegara lo peor, comprenderías muchas cosas. ¿Qué se siente al contemplar una muerte segura?

—¡Cállate! —intervino Renuin. Luego se volvió hacia Asius—. Ya has asesinado a alguien que estaba indefenso. No sigas por ese camino.

De no ser por la melena pelirroja y la espada de hielo, habría sido complicado reconocer a Asius en el rostro deformado que ahora atravesaba a Stil con la mirada.

—Stil es demasiado importante para ellos, al menos para Tanon. Renunció a estar en la lucha para realizar el intercambio. No tengo tiempo de averiguar la razón, pero me voy a asegurar de que Tanon no consiga su premio.

—Estás perdiendo la cabeza, Asius —le advirtió Renuin—. Ya no eres digno de ser un consejero ni de dar ejemplo a los demás. Guarda tu arma y no oses oponerte a mí.

Asius no guardó la espada ni relajó su postura. Apretó con más fuerza la empuñadura.

—No está perdiendo el juicio —intervino Stil—. Al contrario, está razonando más que nunca, ¿verdad, Asius? Ha entendido que no podéis detener a Tanon. Sabe muy bien por qué lo lograsteis la primera vez. Pero esa circunstancia ya no se repetirá. Y tampoco le domina el miedo. Solo alguien equilibrado es capaz de reconocer cuándo está todo perdido.

—Tal vez si le entrego tu cabeza a Tanon se calme —repuso Asius—. Si pierde lo que tanto le importa, se lo pensará dos veces.

—No lo hará. Aún no lo comprendéis, pero esta guerra no se puede detener.

—Entonces no pierdo nada matándote.

—Sería lo más inteligente —concedió Stil—. Lástima que no puedas hacerlo. Renuin, tu líder, no te lo consiente. También sobre eso te advertí. ¿Qué sucedió con Ergon? Él te puso toda clase de trabas para probar el escudo de la Ciudadela cuando tus sospechas confirmaban que estábamos a punto de atacar, ¿no es cierto? ¿Y no es más cierto que solo Diacos, de los tres Justos, te apoyó cuando todos dudaban de tu lealtad? Qué ironía. Estás abriendo los ojos, por fin. Veo en ellos tu deseo de matar. Estás a un paso de convertirte en uno de los nuestros. De ahí, tu rabia. Sientes ese duelo en tu interior y tienes miedo. Te temes a ti mismo y te odias por lo que has descubierto que eres capaz de hacer.

—Siempre he sido consciente de mi capacidad para matar —repuso Asius.

—Pero yo no hablo de eso. Ahora también eres consciente de tu capacidad para saltarte las normas y rebelarte contra ellas, incluso para matar a un ángel encadenado como Diacos. Tu enfrentamiento con Renuin es un primer paso que demuestra que podrías llegar a medirte con el propio Viejo. Solo necesitas un empujón. Lamentaré tu muerte, Asius.

—¡He dicho que te calles! —Renuin le dio una bofetada a Stil—. No lo escuches, Asius.

—¿Por qué no? —rugió Asius—. Todo lo que ha dicho es cierto.

—¡No lo es!

—Los nuestros están muriendo ahí fuera tratando de acabar con Tanon y tú misma has dicho que no soy digno. ¡Y tienes razón!

—Pero puedes volver a serlo. Estás pasando por un momento de flaqueza y Stil lo aprovecha para confundirte. Te hace creer que tu estado es irreversible y no es así.

—No te canses, querida —dijo Stil—. La verdad tiene más fuerza que tus palabras. —Renuin le volvió a golpear. El labio inferior de Stil se rompió en un reguero de sangre que cayó sobre sus ropas blancas—. Y que tus golpes. Cada vez te acercas más a la postura de Asius.

—Miente —le dijo Renuin a Asius—. Te lo digo yo, que lo conozco mejor que nadie; yo, que he sido prisionera de Tanon. Te lo digo yo, que soy la máxima autoridad.

—Lo eres —confirmó Asius—. No lo he olvidado. Nuestro destino está en tus manos, Renuin. Todos los que dependen de ti están a punto de morir y Stil guarda un secreto demasiado importante para los demonios. Dime, ¿vas a dejar que uno de los mayores responsables de este genocidio continúe con vida?

—Esa es mi decisión. Desafiarla es negar todo lo que somos y lo que represento. ¿A eso has llegado? ¿Ya no crees en mí?

—Entonces —dijo Asius apretando la mandíbula—, me alegro de haberte rescatado, porque yo no merezco seguir a vuestro lado... Pero alguien tiene que acabar con él.

—¡Detenedlo! —ordenó Renuin.

Los dos custodios dieron un paso al frente, aunque su duda era evidente, tanto en sus rostros como en sus movimientos. Tal vez por eso, Asius noqueó al primero antes casi de que se diera cuenta, con un golpe en el estómago y otro en la cabeza. El otro, todavía sin dar crédito, llegó a alzar su espada. Pero el hielo de Asius golpeó fuerte y rápido. La espada de fuego cayó, también el custodio, que no pudo contener la furia de Asius. De su brazo brotaba sangre en abundancia.

—¡Has atacado y herido a los nuestros! —chilló Renuin, que no dudó en colocarse una vez más entre Asius y Stil—. ¡Eres una vergüenza! ¿Vas a matarme a mí también?

—Lo voy a matar a él. Y si me lo impides es porque ya no eres quien deberías. Antepones

tus...

Una figura se abalanzó por la derecha y derribó a Asius, sin que lo advirtiera.

—¿Qué cojones estás haciendo? —gritó Vyns, pasando serias dificultades para mantener a Asius en el suelo. Los dos ángeles se revolvían y rodaban. Vyns se había agarrado a su espalda con todas sus fuerzas y no lo soltaba—. ¡Asius, escúchame! No hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte... ¡Ay! ¡Estate quieto, coño...! Los demonios nos están masacrando ahí fuera... ¡Te necesitamos...! ¡Para ya!

—¡Suéltame! —rugió Asius.

—Vale, vale. —Vyns se puso en pie y se apartó—. Pero piensa lo que vas a hacer. ¿Quieres matarme a mí también? Venga, sabes que no es el camino. —Asius se tranquilizó al ver a Vyns ante él con las manos desnudas—. Ha soportado mucha presión —explicó Vyns a Renuin—. No se lo tengas en cuenta, por favor.

Fue la presencia de Vyns, puede que su voz o su expresión franca, lo que al final detuvo la mano de Asius y le llevó a bajar su espada, que temblaba ligeramente en su mano.

—¡Llévatelo de aquí! —ordenó Renuin.

Asius dejó que Vyns lo sacara de la cueva sin oponer resistencia. Afuera había una guerra rugiendo.

—Tío, ni siquiera yo me opondría a los Justos en un momento como este —dijo Vyns—. Espabila porque estás al límite. Te dije que no cargaras con el peso de todo tú solo, pero eres un cabezón.

—¿Qué ha pasado?

—Tanon es una mala bestia. No conseguimos frenarlo y les queda muy poco para llegar a la cima. ¿Alguna idea? ¡Eh! ¿Dónde vas?

—A enfrentarme a Tanon —contestó Asius.

—Definitivamente se te va la olla. Nadie puede vencerlo estando arropado por su ejército. Tenemos que separarlo de algún modo y trincarlo cuando esté solo. ¿Me estás escuchando? —Vyns lo sujetó por el hombro—. Si vas a por él, te matará.

Asius no se atrevió a mirar a Vyns a los ojos.

—Es lo último que puedo hacer... He fracasado.

—¿De qué vas? Estamos vivos y vamos a ganar esta guerra. Deja de hablar así, que no lo soporto. ¿Y qué pasa con Lyam y Yala? ¿Se te han olvidado ya? ¡Piensa, maldita sea! No puedes...

—¡Sí puedo! Todo esto es culpa mía. Tanon me quiere a mí, en estos momentos me odia

más que a nadie. Los demás te necesitan, Vyns. A ti, no a mí. Necesitan tu confianza y tu optimismo. Yo ya no tengo nada que ofrecer. Adiós, amigo mío. Tengo que hacer esto yo solo.

Asius consiguió hacer un leve gesto con la cabeza antes de darse la vuelta y marcharse. Era una despedida. Vyns nunca le había visto de ese modo, sin recursos, sin nuevas ideas, sin pasión. Aquel no era el Asius que había llegado a admirar.

—A la mierda con todo.

Le dio alcance con unas cuantas zancadas rápidas.

—¿Qué haces? —le preguntó Asius.

—Tranquilo, no voy a detenerte. Te dije que te apoyaba, ¿recuerdas? Así que voy a morir a tu lado.



Había espadas de fuego y alas negras por todas partes, pero curiosamente no los apuntaban a ellos. Lyam observó a los demonios que les habían impedido salir del Infierno. Se dispersaban en pequeños grupos y murmuraban sin prestarles atención.

Los habían llevado de vuelta a la ciudad, a la cavidad inmediatamente debajo del conducto que conducía al exterior. Una vez allí se habían llevado a Nilia y a los demás los habían olvidado. Tras un buen rato en compañía de los demonios, Lyam se preguntaba si simplemente podrían marcharse sin más, o si intentarlo levantaría sospechas. No le parecía que quedarse allí y esperar fuese buena idea.

Yala y Rick mantenían la compostura bastante bien, sobre todo el menor, que tenía una capacidad de adaptación sorprendente. Imitaba mejor que ninguno de ellos la postura corporal y el modo de moverse de los demonios. Raven era una historia diferente. Sus ojos delataban su agitación interior.

—Mantente un poco cabizbajo —le susurró Lyam para evitar que cruzara su mirada temblorosa con la de un demonio.

—¿Dónde se han llevado a Nilia?

Raven nunca se libraría de su necesidad de estar junto a ella. Preguntaba con una preocupación sincera, que apenas enmascaraba su deseo de volver a verla.

—Yo no me preocuparía —dijo el ángel—. Nadie sabe cuidar mejor de sí mismo que ella.

En verdad, Lyam no lo tenía tan claro, pero juzgó importante alimentar la esperanza de Raven para evitar que se desmoronara allí mismo. En aquel momento, le invadió una profunda lástima por él. La memoria de Raven comenzaba con el acontecimiento más terrible que se podía imaginar, y los escasos recuerdos que recuperaba a través de sus sueños revelaban que él era el culpable de la mayor desgracia de la Historia. Las circunstancias le habían llevado a ser perseguido por los ángeles y la única ayuda que había recibido en todo este tiempo provenía de la criatura más hermosa y letal que había salido del Infierno. Su futuro tampoco prometía ser un sendero de rosas, precisamente.

—¿Somos prisioneros? —preguntó Raven.

—No estoy seguro, la verdad.

—No lo somos —dijo Yala acercándose a ellos—. Los he escuchado y…

—…solo tienen órdenes de no dejar salir a nadie y entregar a Nilia —terminó Rick.

Lyam estudió los cuatro túneles por los que se podía abandonar aquella cueva. El más cercano también era el menos vigilado. Solo tres demonios lo custodiaban, si es que eso era lo que hacían, porque mantenían una charla distendida en torno a sus espadas y diversas técnicas de combate.

—¿No nos están vigilando? —preguntó Lyam, inseguro.

—Lo comprobaré —dijo Yala.

El gemelo desenfundó su espada, la blandió en el aire a izquierda y derecha varias veces, fingió repasar su filo con atención. Solo un demonio le dedicó un vistazo rápido. Y probablemente fuera por su estatura. Los dos metros de altura de Yala sobrepasaban a la mayoría de los presentes, con excepción de uno o dos demonios.

—Llamas demasiado la atención —se quejó Lyam.

Nilia había acertado al asegurar que nadie reconocería a Yala con las alas negras y sin el otro gemelo, pero Lyam no quería arriesgarse innecesariamente. Además, podían caer en la cuenta de que no lo conocían de nada en absoluto y hacer preguntas incómodas. De nuevo creyó que cuanto más tiempo se quedaran allí, más aumentarían las probabilidades de que los descubrieran.

Una voz suave e infantil tarareó una melodía que todos conocían. La voz del niño sonaba cerca y entrecortada. Se miraron, sorprendidos, y buscaron entre las estalactitas y ondulaciones de roca más cercanas. Raven se puso visiblemente nervioso. Mientras, los demonios no parecían darse cuenta porque se mantuvieron indiferentes. Lyam captó movimiento entre las piedras, una forma pequeña que saltaba y desaparecía. La voz se apagó de repente. Lyam habría creído que lo había imaginado de no ser por las caras que habían puesto los demás.

—Se ha ido por allí —dijo Raven señalando la salida más cercana, un túnel ancho con tres

demonios.

Antes de que Lyam pudiese decir nada, Raven salió corriendo. Yala y Rick lo siguieron, algo más despacio para no llamar demasiado la atención. Lyam maldijo y también fue tras ellos. Los demonios vieron pasar a Raven y se extrañaron, pero no lo detuvieron.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó uno de ellos.

—No se encuentra bien —contestó Rick—. Dice que aquí huele a ángel.

Una sonrisa torcida asomó en la cara del demonio. Lyam agradeció la ocurrencia del menor, que asombrosamente funcionó. Entró en el corredor en último lugar y avanzó deprisa, hasta que se topó con Yala y Rick.

—No sabemos por dónde ha ido —explicó el soldado.

Aquel punto se ramificaba en cuatro posibles caminos.

—¿No habéis visto por cuál se ha metido? —preguntó Lyam.

Yala y Rick negaron con la cabeza al mismo tiempo.

—¡Niño! ¡Soy yo! ¡Espérame!

La voz de Raven llegaba distorsionada y rebotaba en las paredes sin que fuera posible distinguir su procedencia.

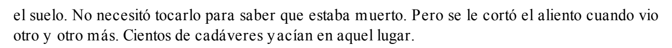
—Creo que ha sonado por allí —dijo Rick, señalando precisamente el único túnel que Lyam había descartado.

—Separémonos —sugirió el sanador—. Tenemos que encontrarlo antes de que se meta en un lío.

Así lo hicieron. Lyam escogió la galería más cercana de las dos que quedaron libres después de que Yala y Rick se marcharan por las otras. No vio ni oyó nada durante un rato, mientras descendía por una gruta bastante pronunciada. Avanzaba en zigzag, poniendo atención a todos los recovecos por los que pasaba, que eran demasiados, oscuros, de tamaño suficiente para esconder a un niño.

En la siguiente bifurcación tomó un túnel largo y recto que contrastaba con los que había recorrido hasta el momento. El suelo estaba aplanado y era muy espacioso. Resultaba obvio que los moldeadores habían trabajado esa zona. Lyam esperó que si Raven había pasado por allí también hubiese seguido esa dirección. Las runas también eran distintas, brillaban más y no estaban situadas en el centro, sino grabadas en las paredes.

Al final había un arco muy amplio; más allá, oscuridad. Lyam tardó en adaptarse a la ausencia total de luz. Se adivinaba una estancia inmensa, la más grande en la que había estado desde que entró en la ciudad. Su pie chocó contra algo y cayó al suelo. El ángel, nervioso, se levantó tan rápido como pudo. Sacó su espada. Las llamas dejaron a la vista un cuerpo tendido en


el suelo. No necesitó tocarlo para saber que estaba muerto. Pero se le cortó el aliento cuando vio otro y otro más. Cientos de cadáveres yacían en aquel lugar.

—Tenías que curiosear, ¿verdad?

Lyam se volvió y vio a Nilia en la entrada, bajo el arco. Llevaba dos cuerpos sobre sus brazos, que arrojó a un lado sin miramientos.

—No era mi intención —aseguró el ángel—. Estaba buscando a Raven.

Ella parpadeó e inclinó la cabeza. Habló despacio y en voz baja.

—Bueno, pues ya lo has visto. Ahora ya conoces nuestro secreto.

Lyam sabía que así era, aunque de momento solo era una vocecilla en un rincón de su mente. Una vocecilla que no quería escuchar.

—N-No puede ser, es imposible —balbuceó el ángel.

—No lo es. No hace falta ser un sanador para darse cuenta. Lo sientes, ¿verdad? Puedes notarlo aunque no quieras, aunque vaya en contra de cuanto siempre has sabido. Nosotros sentimos lo mismo al llegar, pero tardamos varios siglos en creérnoslo.

Efectivamente, Lyam lo notaba. La vocecilla resonaba ahora alta y clara. Quería que se callara, quería negar el secreto que le revelaba. Pero no se puede negar la verdad.

—Si los ángeles se enteraran...

—Ganarían la guerra —terminó Nilia.

El ángel asintió.

—Entonces, Stil y sus alas...

—Stil es el ser más perfecto de todos. En él reside nuestra esperanza.

A Lyam lo asombró escuchar que Nilia tenía esperanza en alguien que no fuera ella misma.

—No lo entiendo. Stil participó en el ataque a la Ciudadela, está en la guerra, en vez de ocultarse aquí. ¿Cómo os arriesgáis a que muera en combate?

—No hace falta conocerlo mucho para saber que Stil no renunciaría a la posibilidad de rencontrarse con Renuin.

Lyam recordó cómo era su unión antes de la primera guerra, su complicidad, su amor, y entendió que Stil querría recuperar a su compañera antes que cualquier otra cosa. Y, a pesar de que al exponerse de ese modo arriesgaba la esperanza de todos los demonios, el barón no iba a perder su oportunidad.

Por fin, Lyam entendió la verdadera motivación de la nueva guerra que los demonios

estaban librando en el Cielo. No era una simple venganza, no era una revancha ni un ajuste de cuentas. Y tuvo miedo por los ángeles que ahora se batían contra ellos porque no comprendían la magnitud del enemigo al que se enfrentaban.

—En ese caso, no os podéis permitir que los ángeles se enteren —dijo Lyam entendiendo su propia situación.

—En efecto —confirmó ella—. Ya os dije que no saldríamos todos con vida.

—Si no me hubiese enterado...

—Eso ya no importa.

Lyam sabía que apenas la vería moverse. Trató de defenderse a pesar de que no tenía la menor posibilidad. Vio sus ojos delante de él y lanzó un espadazo, pero ella ya no estaba. Entonces sintió presión en su cuello y el cuerpo de Nilia contra el suyo, sujetándole por la espalda.

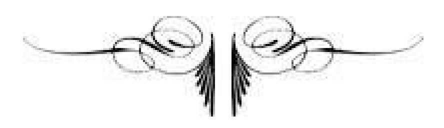
—Será rápido —susurró ella—. Solo te dolerá un instante.

—Prométeme que cuidarás de Raven.

Sintió un pinchazo en la espalda. Y como ella le había dicho, solo duró un instante. Sus sentidos se apagaron lentamente. Ya no sentía su cuerpo pero vio que Nilia lo depositaba en el suelo con cierto cuidado, en el Infierno, entre cientos de cadáveres de demonios. El último lugar en el que Lyam podía imaginar que terminaría su existencia.

Su último pensamiento no fue para el Viejo ni para sus hermanos. Lyam murió pensando que sí, que aunque no le hubiese contestado, Nilia le habría salvado del Infierno si no hubiese descubierto la verdad.

CAPÍTULO 12



—Que no se os caiga o atravesará el hielo —les recordó Sirian.

Jack quiso preguntar cómo era posible que el hielo soportara tanto peso, con tantos ángeles sujetando aquella inmensa plataforma de telio, pero no quería interrumpirlos. Sirian supervisaba las runas y Jack sabía que la menor desviación en uno solo de sus trazos daría al traste con la armonía entre ellas.

Los ángeles, en su mayoría, formaban sobre el hielo, dispuestos a repeler un ataque si se producía. Los nervios y el frío impidieron a Jack quedarse quieto ni un segundo. Tardaban demasiado. Los demonios descubrirían el engaño antes o después, y si regresaban para defender la puerta, no podrían con todos ellos. Tenían que terminar de una maldita vez, antes de que se percataran de que la luz se había originado en la runa de Yala.

Y justo en ese momento la luz se extinguió y las sombras regresaron a su sitio. Jack, incapaz de contenerse, corrió hasta los ángeles.

—Sirian...

—Hemos terminado —cortó el ángel—. ¡Vamos! ¡Ahora!

Los neutrales se pusieron en marcha inmediatamente. Los que portaban el disco de telio iban despacio, sujetando la plataforma en posición horizontal; los demás, corriendo por delante. Jack no tuvo problemas para mantenerse cerca de los porteadores. Recorrieron el Támesis ocupando casi todo el ancho del río. Sirian y otros tres ángeles, algo adelantados, despejaban el camino a espadazos para que los porteadores no tuvieran problemas al avanzar.

La nube de niebla bajo la que se ocultaba el Infierno se hizo más grande y amenazadora según se aproximaban. Jack vio destellos y escuchó rugidos. Estelas naranjas volaban rápidas, símbolos de fuego inflamaban el aire. Los pocos demonios que se habían quedado en ese punto no pudieron resistir el ataque de los ángeles, superiores en número. Pero la situación cambiaría en cuanto regresaran sus compañeros.

Jack se agachó para pasar bajo una línea de fuego que ardía en el aire.

—Quédate ahí —le ordenó Sirian—. Esto es cosa nuestra.

—Quiero verlo —dijo Jack, a un paso de penetrar en la niebla.

—No, no quieres y no tenemos tiempo para discutir. ¡Atrás!

Jack obedeció de mala gana. Una curiosidad abrasadora le pedía que echara un vistazo al Infierno antes de que lo sellaran. Pero no lo hizo, se apartó, consciente de lo mucho que se jugaban. Preparar las runas les llevaría tiempo. Jack, que detestaba esperar sin hacer nada, retrocedió hasta el borde del río. Trepó hasta la carretera en busca de un punto donde vigilar los alrededores.

A unos cien metros había un edificio desde el que se dominaba la zona norte, donde habían ido los demonios. La parte alta estaba destrozada por la nube de piedra, pero con subir a un segundo o tercer piso, sería suficiente para cubrir una amplia zona y enviar una señal de fuego con la espada si hubiera problemas.

A medio camino de la entrada, Jack tuvo que tirarse al suelo y meterse debajo de un coche. Había divisado una silueta oscura a lo lejos, caminando en su dirección. Jack lo observó sin saber muy bien qué hacer. Un solo demonio no era una amenaza, pero podría alertar a los demás. Si enviaba ahora una señal, seguro que la vería, así que descartó la idea. Además, no quería interrumpir a los neutrales por un solo enemigo. El demonio giró por una calle y desapareció.

Jack rodó para salir de debajo del coche y corrió hasta el edificio con la esperanza de llegar a tiempo de ver a dónde se dirigía el demonio. Consiguió su objetivo con facilidad, dado que el demonio caminaba despacio. Lo malo era que había una razón para que no tuviera prisa.

Un ejército de demonios descendía por la calle a su encuentro. Jack no podía creer que hubieran regresado tan pronto. Deberían estar preguntándose quién había creado la luz y por qué, sorprendidos al descubrir que una runa había sido modificada cuando en teoría solo su creador podía hacerlo. Sin embargo, nada de eso parecía importarles.

La calle entera estaba llena de figuras con alas negras. Jack reconoció a Dast entre los más adelantados, junto al que Sirian había identificado como un barón. Y entre ellos... No podía ser. Jack se frotó los ojos al reconocer a Gordon en la figura con paso vacilante que se arrastraba entre los dos barones.

Un miedo espantoso se apoderó de él. Sirian tenía razón después de todo. Habría sido mejor que no capturaran a Gordon con vida, para que no hubiesen podido sonsacarle la verdad. Era patente que lo habían torturado porque apenas se mantenía en pie. Los neutrales no podrían hacer frente a un número tan elevado de enemigos. Y era imposible que hubiesen tenido tiempo de sellar el Infierno. Jack se dispuso a avisarles para que salvaran la vida, aunque de repente le faltó convicción. Lo inundó una profunda desesperación ante la imagen de los demonios. Tal vez podrían huir y esconderse, pero de qué serviría. Los demonios, alertados de sus intenciones, ya nunca dejarían de proteger las puertas del Infierno. Traerían al resto de sus tropas y los buscarían por todas partes, lo arrasarían todo a su paso.

Jack vio que uno de los barones sacudía a Gordon y le hablaba. El comandante alzó una mano temblorosa y señaló con el dedo. Parecía demasiado débil. Pasaron varios segundos en los que Jack solo escuchaba los latidos de su corazón.

Entonces los demonios se pusieron en marcha. Y Jack estuvo a punto de llorar de emoción.

Los demonios giraban, alejándose de las puertas del Infierno. Gordon, a pesar de su evidente estado de sufrimiento, no había revelado su posición al enemigo. Antes o después los demonios se darían cuenta y se lo harían pagar caro, cosa que Gordon sabía con toda seguridad, pero ni aun así había cedido. Lucharía hasta el final, sin importarle las consecuencias.

Jack regresó con Sirian en cuanto los perdió de vista. El ángel ni siquiera lo miró, atareado como estaba con las runas. Contarle lo ocurrido, solo lo distraería, así que Jack prefirió no romper su concentración.

Los ángeles bajaron el disco de telio hasta la altura de sus rodillas. Sirian se subió encima y fue activando las runas, que se encendieron con llamas brillantes. El tono plateado del telio confirió al disco el aspecto de una bandeja gigante sobre la que ardían pequeños símbolos de fuego. El extremo más alejado del círculo desapareció entre la niebla. Los ángeles empujaban ahora con mucho esfuerzo, como si aquella nube oscura ofreciera resistencia.

La mitad del disco ya había sido engullido por la niebla junto con los ángeles que lo transportaban.

—¡Bajadlo! —ordenó Sirian—. Ahora, los anclajes. ¡Rápido!

Jack les había visto practicar aquella maniobra. Los anclajes eran runas de fuego que sujetarían la tapa y la fijarían. Necesitaban cuatro de esos anclajes, distribuidos a la misma distancia unos de otros, a lo largo del perímetro de la plataforma. Sin los anclajes, el sello no funcionaría. Jack sabía que otros dos ángeles estaban creando los mismos símbolos al otro lado del agujero, dentro de la niebla. Luego encajarían el disco de telio y el fuego uniría todas las runas de la superficie con los anclajes.

Al menos, ese era el plan que finalmente no llegó a realizarse.

Una explosión brutal hizo temblar el suelo y el aire. El Támesis reventó, arrojando hielo y agua por todas partes. La niebla se dispersó en jirones negros que se retorcían rabiosos y fagocitaban ángeles que batían sus alas desesperadamente. Los edificios se tambalearon. La ciudad entera se estremeció.

Lo último que Jack alcanzó a ver mientras caía, fue el disco precipitándose por un agujero inmenso, arrastrando a varios ángeles con las alas ardiendo.



Stil se lamió la sangre del labio que le había partido su esposa. Se habría limpiado con la

mano pero continuaba encadenado. Renuin había ordenado a los dos custodios que se unieran a la batalla. Después de tantos milenios, por fin estaban a solas.

—Me has salvado de la ira de Asius.

Ella se sentó frente a él y lo miró.

—Lo he hecho.

Él asintió y saboreó su mirada, que era cuanto ella le ofrecía por el momento.

—Sigues siendo mía —afirmó con seguridad—. De nadie más.

—Siempre lo he sido, amor mío. —Colocó las manos sobre su rostro, acarició su melena blanca—. Y siempre lo seré. —Lo besó. La sangre se extendió entre los labios de ambos—. Pero ya no puedo serlo más.

En el exterior se libraba la guerra más devastadora de la existencia. Ángeles y demonios morían sin tregua. Dentro de la cueva la batalla era distinta y silenciosa, pero igual de violenta.

—No es culpa tuya —dijo Stil.

—Pero ni siquiera por mí dejaste la primera guerra.

—Lo hice precisamente por ti.

—No quiero entenderlo. No puedo.

—Puedes. Si no, me habrías dejado en manos de Asius.

—No voy a consentir que nadie te mate —dijo ella. Y otra vez lo besó, con más pasión. Esta vez no solo hubo sangre entre sus labios, también una lágrima—. Te mataré yo, amor mío.

De nuevo Stil asintió.

—Me parece justo. He salido del Infierno, he atravesado el mundo de los menores y ahora el nuestro. He cruzado toda la existencia para estar contigo —susurró—. Y no me arrepiento.

Ella lo acarició con suavidad, como siempre había hecho, como a él le gustaba, primero el rostro, luego las plumas del ala, sin prisas, deslizando los dedos entre las más largas, rozando las más cortas.

—Ya hemos estado separados demasiado tiempo. Si, como has dicho, este es el final, moriremos juntos.



De nuevo, habían perdido al niño. Raven había recorrido varios túneles pero no había ni rastro de él. Se le pasó por la cabeza que tal vez la melodía que el pequeño tarareaba continuamente solo había sonado en su mente, como resultado de su deseo de encontrarlo. Pero había sido tan real...

Raven se había precipitado tras una sombra que concordaba con el tamaño del chiquillo y que se había introducido en la grieta de una pared, pero en ese hueco no encontró nada. Luego vagó por los túneles, arrastrado por una sensación dolorosa y a la vez placentera, que latía en su interior, y que cobraba fuerza según avanzaba. Era como si le indicara la dirección. El problema era que los pasillos se retorcían en curvas y desniveles que no le permitían ir en línea recta, así que no tardó en perderse.

Cuando por fin se detuvo, reparó en que estaba solo. Los demás no lo habían seguido o se habían quedado atrás, tal vez perdidos como él. Siguió recorriendo el túnel en el que se encontraba, dado que no veía diferencia entre eso y dar la vuelta. Anduvo bastante tiempo entre las rocas deformes y las runas de fuego que las alumbraban. Creyó que había ido a parar a alguna parte abandonada de la ciudad porque no veía a nadie. Hasta que por fin captó pasos y voces algo más adelante.

Raven apretó el paso y llegó a una cueva pequeña en la que había varios demonios.

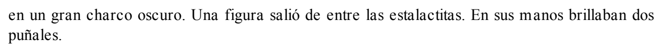
—¿Los has visto? —preguntó uno.

—No —dijo Raven sin saber a qué se refería, pero debía de ser algo evidente basándose en el tono de la pregunta—. El barón me ha ordenado unirme a los que custodian la salida.

La fortuna le sonrió. Su ocurrencia no solo había resultado convincente, sino que además los demonios se apartaron para dejar libre la salida de aquella cueva. De ese modo, le indicaron el camino hacia el exterior. Raven se marchó antes de que le hiciesen más preguntas a las que no sabría qué responder.

Confiaba en que los demás hicieran lo mismo. No se le ocurría a qué otra parte de aquel laberinto podrían querer ir que no fuera la salida. Se cruzó con otro grupo en una galería, que no reparó en él. Luego llegó a una bifurcación. Raven decidió tomar el túnel que ascendía, al recordar que la salida estaba en la parte más alta de ciudad. Resultó que el camino, tras un par de curvas, descendía, pero luego volvía a subir en una espiral que se le hizo eterna. Aquella sensación le resultó familiar. Y, de nuevo, la suerte estuvo de su parte. Reconoció la siguiente cueva y supo que siguiendo la galería de la derecha, tras una larga subida, de nuevo en espiral, llegaría a la estancia que accedía al exterior.

Tenía la respiración agitada cuando por fin alcanzó su objetivo. Al principio no vio a nadie en la sala, pero luego captó movimiento entre dos estalactitas, en la pared de enfrente. Dos pares de alas negras se revolvieron muy rápidas. Saltaron chispas y plumas. Uno de aquellos pares de alas cayó al suelo, y se unió al revoltijo de otras muchas alas, que yacían esparcidas y quebradas



en un gran charco oscuro. Una figura salió de entre las estalactitas. En sus manos brillaban dos puñales.

—¡Nilia! Por fin te encuentro. No sabes cuánto me alegro de que estés bien...

—¿De verdad? —gruñó.

Raven se detuvo sin entender a qué venía el bufido. Nilia tenía sangre en la cara, lo que acentuaba una expresión afilada y venenosa.

—¿Dónde están los demás? ¿Han conseguido salir?

—Nadie puede salir —repuso ella—. Los demonios forman justo ahí arriba, asegurándose de que nadie pueda acceder a la niebla.

—¿Por qué?

—Por tu culpa. Por tus malditas estupideces. Lárgate, Raven. Vete a buscar al niño.

—¿Por qué me hablas así? Yo solo...

—¡Tú querías quedarte aquí! —rugió Nilia acercándose a él—. ¿Ya se te ha olvidado? Pues ahora puedes hacerlo porque nadie saldrá.

—Pero...

—¡Pero nada! Deja de lloriquear de una vez y vete.

Nilia lo derribó de una bofetada que Raven ni siquiera vio venir, pero mucho más le dolió el odio que se desprendía de su mirada y sus palabras.

—¿Vas a abandonarnos?

—¿Abandonaros? ¿Crees que somos un equipo o una familia? Sois basura. Dos menores insignificantes y dos enemigos. ¿Qué te pasa? ¿Es que vas a llorar? Querías buscar al niño o hacer cualquier cosa menos lo que yo te pidiera, ¿no? Pues ya puedes hacerlo porque no volveremos a vernos.

—¡No!

Raven la agarró por los hombros, llevado por la desesperación de perderla para siempre. Todos sus miedos y temores se desvanecieron ante la posibilidad no volver a estar con ella.

—¿Qué haces? —Nilia se sacudió sus manos de encima—. Ah, ya recuerdo. Quieres morir. Pensabas saltar al Agujero cuando supiste lo que habías hecho. —Los puñales brillaron con mucha intensidad—. ¿Es eso? ¿Quieres que te mate y termine con tu patética vida?

Raven ni siquiera advirtió los puñales, pero sintió perfectamente las profundas cuchilladas que las palabras de Nilia le asestaban en lo más hondo de su ser. Sus insultos le causaban un dolor rabioso en el pecho. Se le aceleró el corazón, sus manos temblaron de impotencia.

—Lo siento mucho... de verdad. No quería desobedecerte...

—Sí querías. Lo has hecho una y otra vez. Te importaba más la opinión de Lyam, uno de los ángeles que te han atormentado la vida miserable que has llevado, que la mía.

—¡Te juro que no! —suplicó Raven, que se había puesto de rodillas, completamente desesperado—. Yo solo quiero... No me dejes, por favor.

Nilia lo agarró por el cuello de la gabardina y lo levantó, para mirarlo a los ojos.

—¿Que no te deje? ¡Nunca he estado contigo! —gritó—. No pensé que fueras tan estúpido. Sientes algo por mí, ¿no es eso? ¿Crees que yo te correspondo, que alguna vez lo haré? ¡Idiota! —Nilia lo golpeó de nuevo. Raven cayó al suelo por segunda vez—. Yo, con un menor... ¡Contigo! Me dan ganas de vomitar con solo pensarlo.

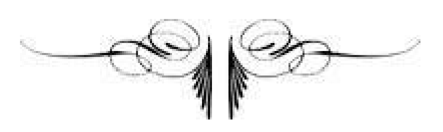
La humillación que se desató en el interior de Raven se mezcló con el resto de amargas emociones que lo sacudían. Ahora su cuerpo convulsionaba. En su cabeza retumbaba un rugido atronador. Ella se alejaba, indiferente. Raven la odió y la deseó más que nunca, se volvió completamente loco por el rechazo. Intentó levantarse, pero sus piernas no respondían, no paraban de moverse. Su vista se nubló. Todo era un borrón confuso, sin sentido.

Entonces notó calor, mucho, ardía cada fibra de su ser, y cada vez con mayor intensidad. La piedra se derritió a su alrededor. El tiempo se detuvo cuando Raven comprendió, demasiado tarde, que iba a suceder otra vez.

El ruido de su cabeza desapareció de repente, coincidiendo con el momento en que su visión se despejó. El calor de su cuerpo se multiplicó en un instante y luego se proyectó hacia fuera con una explosión brutal. El techo de la cueva desapareció, volaron las llamas y las rocas en todas direcciones. Parecía que la oscuridad también retrocedía. Las paredes de aquel abismo empezaron a temblar.

Raven, agonizando, alcanzó a ver un agujero enorme encima de su cabeza. Por aquel agujero cayó una figura plateada gigantesca, de forma redondeada, con varias runas grabadas en uno de sus lados. Lo último que Raven vio, antes de perder el sentido, fue a varios ángeles con las alas blancas, aferrados a aquella plataforma circular, precipitándose directamente hacia el Infierno.

CAPÍTULO 13



Tanon no impartía órdenes, ninguna. No organizaba las tropas ni se preocupaba por los evocadores. Tampoco aseguraba el terreno que iban conquistando. Solo mataba. Y eso lo hacía muy bien.

Atravesaba las telarañas de fuego que los ángeles tejían para frenarlo. Despedazaba a quienes quedaban a su alcance. Y los demonios lo seguían, lo protegían y se ocupaban de que no fuera rodeado. Tanon era la punta de fuego de una sombra gigantesca, formada por alas negras, que cubría lentamente la montaña. El ascenso de los demonios hasta la cima, sobre los escombros y los cadáveres, fue lento, al estar concentrado solo en el esfuerzo de Tanon, pero imparable. Al coronar la montaña ya sabían que iban a exterminar a sus enemigos.

Vieron las cuevas al fondo y el último ejército de ángeles ante ellos, retrocediendo, impotente ante su fuerza. Tenían que rematarlos inmediatamente; los demonios no tenían ya más titanes que invocar, mientras que los ángeles contaban con los sanadores. Esa diferencia había provocado que esta guerra fuera mucho más brutal que la primera, en la que, habiendo sanadores en sendos bandos, las estrategias adoptadas se podían dilatar en el tiempo. Esta vez, todo fue más rápido.

Varias rocas saltaron en pedazos junto al pie de Tanon. El demonio se volvió. Normalmente no prestaba especial atención a la lluvia de ataques que caía sobre él, pero ese en particular no arrojó fuego, sino hielo. El Barón de las Alas de Fuego vio a su atacante situado sobre un peñasco, vio sus alas, gruesas, blancas e impolutas, y su melena roja cayendo sobre los hombros. En cuanto lo vio, su rabia se multiplicó.

Los demonios se extrañaron cuando Tanon giró en lugar de seguir avanzando recto. Había otro ángel junto a Asius que Tanon no reconoció. No se molestó en preguntarse por qué Asius se presentaba con un único ángel a su lado, que venía a ser lo mismo que hacerlo solo; se limitó a alegrarse de no tener que buscarlo.

—¡Dejadme solo! —gruñó—. No tardaré. Vosotros seguid hasta que toméis las cuevas.

Asius le mostró su espada de hielo y la clavó en el suelo, esperándole. Tanon no tenía intención de rechazar el desafío. Mientras avanzaba, le dio la sensación de que el ángel que acompañaba a Asius le hacía un corte de manga, en imitación de un gesto propio de los menores.

Un demonio trató de cortarle el paso.

—¡Tanon! Tenemos problemas…

—He dicho que no tardaré. Apañáoslas sin mí un momento. ¡Y no me molestéis cuando doy un orden!

El demonio insistió.

—Los problemas son en la primera esfera. Nos están destrozando.

Tanon se detuvo inmediatamente, tuvo que esforzarse para retirar los ojos de Asius y estudiar al demonio. Era un corredor. Su rostro le sonaba, aunque no terminaba de identificarlo.

—Repite eso.

El demonio tragó saliva.

—Nos atacaron por sorpresa… No sabíamos que quedaban enemigos allí, no lo esperábamos. Surgieron de… de ninguna parte…

—¿Ha caído la Ciudadela?

—No. Al menos no cuando me enviaron a buscarte. La batalla se originó en el borde de la esfera…

Tanon lo mandó callar con un gesto. El demonio obedeció y aguardó su decisión. El barón, que se había vuelto para mirar a Asius, se preguntó si esa era la razón de que se mostrara ante él, y rápidamente llegó a la conclusión de que así era. Deseaba más que nunca abalanzarse sobre él y despezarlo, pero no podía. Después de la trampa que le había tendido durante el intercambio, no volvería a subestimarle. Además, hacía tiempo que estaba al corriente de la astucia del ángel pelirrojo. Diacos, a través de sus informes, los había advertido del peligro que suponía dejarlo con vida, y por eso encargaron a Nilia que lo matara durante el asalto a la Ciudadela.

El Justo no se había equivocado. La estrategia de Asius era magistral. Como había desenmascarado y atrapado al traidor, contaba con que la defensa de la montaña resistiera y no necesitaba a todos los ángeles en ese punto. Por eso, pudo reservar una parte de su ejército y destinarlo a recuperar la primera esfera, atacando la retaguardia y creando dos frentes distintos.

El barón bufó y resopló. No podía perder la primera esfera y el único acceso a los demás planos, por donde llegarían refuerzos en cuanto desbloquearan la niebla. Su importancia estratégica era incalculable.

—¡Quiero que capturéis a Asius con vida! —ordenó a su ejército—. ¡Lo quiero para mí cuando regrese! —Los demonios lo miraron sorprendidos de que se marchara—. ¡Tengo que solucionar un problema en la primera esfera! —Tanon se volvió hacia el corredor que acababa de informarle—. Bien, llévame hasta esos ángeles.

Y echó a andar de regreso al valle por el que había llegado, ahora cubierto de escombros y cadáveres, de plumas, de sangre..., cubierto de muerte.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el demonio.

Tanon ni siquiera sentía las numerosas heridas que recorrían su cuerpo. Su fuerza y su rabia suprimían cualquier debilidad.

—Estoy perfectamente. Un momento. —Tanon se detuvo y miró a los demonios—. ¡He cambiado de opinión! ¡Matad a Asius! —Y volvió a caminar—. Larguémonos.

De camino al orbe que los transportaría a la primera esfera, el corredor trató de disculparse por no haber contenido la amenaza sin recurrir a Tanon. Se notaba la tensión en su voz, probablemente motivada por el gesto furioso del barón.

—¡Basta de excusas! Dime qué ha sucedido.

—No está muy claro, Tanon, pero es algo que no habíamos visto nunca. La esfera entera tembló, como si... No sé cómo describirlo... Tal vez hayan escondido alguna trampa...

—Tonterías. ¿A cuántos de los nuestros han matado?

—Creo que a pocos. Me enviaron a buscarte enseguida —añadió al ver la expresión de Tanon—. Dijeron algo de unas runas desconocidas... Yo tampoco lo entendí, la verdad, pero me pareció que debía informarte. No creo que te hubiese gustado enterarte más tarde y no poder decidir qué hacer al respecto.

—Esa sí fue una decisión correcta —gruñó Tanon—. Pero me parece decepcionante que me reclaméis sin saber siquiera qué os atacó, como si os asustarais de cualquier cosa. Más os vale que haya alguna amenaza seria cuando llegue. Si no, os voy a enseñar qué pasa cuando se me distrae con información imprecisa.

El demonio tragó saliva.

—En realidad no esperaba que vinieras en persona. Los ángeles...

—Están perdidos. ¿Crees que me marcharía si tuvieran alguna posibilidad? Asler los rematará sin problemas. Ahora me preocupa más la primera esfera. Y me preocupa porque no eres capaz de detallarme a qué nos enfrentamos.

El demonio se calló. Y agradeció que Tanon no volviera a preguntar nada durante el viaje, que fue bastante rápido.

La Ciudadela parecía desierta. Tanon y el corredor atravesaron sus ruinas sin ver a un solo demonio, que deberían estar allí, protegiendo los orbes. Al barón no le complació en absoluto que desobedecieran sus órdenes. El demonio se apresuró a guiarle hasta la zona en la que se había originado el ataque.

Una vez fuera de la Ciudadela no tuvieron que recorrer mucho camino para observar la causa de aquella sacudida que el corredor había descrito antes. La niebla, que rodeaba siempre la primera esfera, ya no estaba petrificada. Se veía a lo lejos, alzándose como... Había algo

diferente. La niebla se había desplazado de su lugar habitual, puede que estuviera más cerca de la Ciudadela. También su tono era distinto, más claro y más oscuro, se removía violentamente. Ahora recordaba más a una tormenta que a la muralla de niebla que siempre habían conocido. El corredor, que también observaba con los ojos abiertos al límite, ahogó una exclamación de asombro.

Se perfilaron unas figuras a los lejos. Al principio Tanon pensó que eran demonios, pero enseguida vio que estaba equivocado. Se movían de un modo muy extraño. Tampoco parecían ángeles.

Ardieron llamas plateadas entre aquellas figuras, creadas de repente, a una velocidad imposible. Tanon nunca había visto un fuego de ese color. Por eso vaciló. Quienes fueran aquellos desconocidos atacaron con una rapidez brutal. Las llamas plateadas volaron hacia él. Tanon se cubrió con las alas de fuego por instinto, aún sorprendido. El segundo impacto lo derribó al suelo y le dolió. El daño le recordó que estaba en guerra y que al enemigo hay que matarlo.

El corredor que lo había acompañado también estaba en el suelo, dividido en al menos tres pedazos. Entre los restos de su cadáver brillaban pequeñas llamas plateadas. Tanon respondió con un arco de fuego. Los enemigos, que se acercaban a su posición, no se apartaron. Crearon una runa defensiva que absorbió el ataque de Tanon. La runa, una vez más, era plateada.

Tanon no podía creer lo rápido que había surgido. Ni siquiera Yala, que dibujaba los trazos de dos en dos, podía ser tan veloz. Aquella runa y otras similares, a pesar de estar compuestas por varios trazos, habían aparecido completas, de pronto. Si le hubieran contado a Tanon que algo así era posible, se habría reído, y si hubieran insistido, habría aplastado a quien lo afirmara. Pero era real.

Los enemigos se acercaban. Daban la impresión de formar en pequeños grupos. Sus figuras parecían… metálicas, sus movimientos, artificiales. Tanon había visto robots en el plano de los menores y fue la imagen más parecida que pudo evocar en su mente. Sin embargo, tenía que estar equivocado. Nada sin vida podía crear fuego con una espada.

Lo atacaron por la derecha. Se giró y vio tres grupos de aquellos seres que lo disparaban. Tanon no había huido nunca de una pelea, porque era una posibilidad que no tenía cabida en su mente, de modo que se abalanzó sobre el grupo más cercano. Una runa emergió en su camino. Se convirtió en poco más que unos chisporroteos plateados cuando la destrozó. Los robots no se lo esperaban. Tampoco esperaban salir volando cuando Tanon los golpeó. Por el puñetazo pudo comprobar que, efectivamente, eran metálicos. El barón barrió la zona con sus alas de fuego, luego agarró a dos de ellos. A uno lo destrozó contra el suelo y lo pisó. Al otro, le arrancó la cabeza de un manotazo.

Y entonces se quedó completamente paralizado. Lo que había saltado por los aires no era la cabeza, sino una especie de casco. No se trataba de robots, como había supuesto. La estructura metálica era una coraza, una armadura, y lo que ahora se debatía entre sus manos era un menor.

¡Menores! ¿Cómo era posible? Menores atacando, en la primera esfera, creando un fuego

que nunca antes se había visto. No tenía sentido. Tenía que tratarse de un error o…

Un nuevo golpe lo derribó por la espalda. Tanon rodó por el suelo y vio dos pies desnudos. Una espada de fuego caía sobre él, pero logró rodar hacia un lado y la esquivó. Una grieta se abrió donde hacía un instante estaba su espalda.

Un silbido cortó el aire. Luego sintió un dolor rabioso en el brazo, donde la espada había cortado. Con su propia sangre chorreando abundantemente, Tanon se puso en pie y por fin pudo ver claramente a su atacante.

Había muchos menores con aquellas extrañas armaduras. Y delante de ellos, a un paso de Tanon, un hombre completamente desnudo lo amenazaba con una espada ardiente en sus manos.

Por primera vez en toda su existencia, el Barón de las Alas de Fuego retrocedió ante un adversario.



Capa se colocó la capucha sobre la cabeza hasta prácticamente ocultar la mitad de su rostro. Después, cuando la cascada ya fluía con naturalidad en todo su recorrido y juzgó que su trabajó allí había terminado, se dio la vuelta y se marchó.

Se internó entre las montañas y los riscos, disfrutando una vez más su añorado regreso al hogar. La capa negra ondeaba sobre su espalda cuando saltaba de una roca a otra.

Se detuvo sobre un pedrusco que flotaba un par de metros sobre el suelo. La vista era maravillosa, a pesar de no concordar del todo con sus recuerdos. Las ruinas de la Ciudadela, perfectamente visibles desde su posición elevada, ensuciaban la belleza natural de la primera esfera. Los ángeles habían edificado aquella pequeña fortaleza después de la primera guerra, así que Capa la contempló por primera vez cuando los demonios la asaltaron. Era una aberración contra la estética y se alegraba de que hubiera sido reducida a cenizas. Más adelante se ocuparía de que limpiaran y despejaran aquella zona, de que quedara exactamente igual a como se mostraba en sus recuerdos.

El segundo detalle que molestaba a Capa era más complicado de resolver. Le había dado muchas vueltas, pero aún no había encontrado una solución, aunque lo haría. Se trataba de la luz. Demasiado tenue, apagada, incluso mortecina en su opinión. Era preciso restituirle su brillo y su esplendor. Sí, nada sería verdaderamente lo mismo hasta que lo consiguiera. Tenía que comprobar sin falta si sucedía lo mismo en las demás esferas o era un efecto aislado de la primera.

Capa le dio vueltas a varios retoques más. Aquellos detalles solo eran rectificaciones

menores. Él, por supuesto, tenía planes mucho más ambiciosos, mejoras, cambios, nuevos paisajes nunca antes vistos. En sus sueños lo dominaba el deseo de crear una nueva esfera, completamente diseñada por él. Se dejó invadir por ese deseo un instante, se relamió, lo inundaron miles de posibilidades diferentes en las que plasmar su visión personal de cómo debería ser el mundo. Y fue un error. Durante ese instante estuvo tan concentrado, que no prestó atención a nada más que a sus aspiraciones más elevadas.

Por eso no vio la llamarada que destrozó la roca sobre la que estaba de pie. Cayó al suelo de espaldas, sorprendido e intrigado, pero se levantó deprisa. Vio una espada de fuego y dos alas blancas a la derecha, entre dos árboles. El ángel avanzaba directamente hacia él, sin demasiada prisa, por con decisión. La espada rasgó el aire y un arco de fuego salió disparado hacia él.

Capa tuvo el tiempo justo de trazar un runa de fuego a modo de escudo.

—No es muy galante atacarme por la espalda mientras admiro el paisaje —dijo Capa justo cuando el fuego de su adversario se dispersó contra su runa—. No es un proceder honorable.

—Un ser como tú no merece honor alguno.

La runa de Capa soportó un nuevo ataque.

—Mil perdones —dijo inclinando la cabeza—. No me expresé debidamente, culpa mía. Pretendía señalar que una presentación es lo más indicado en estas situaciones. Me atrevo a pensar que eres perfectamente consciente de quién soy, pero yo ignoro tu identidad. Y todo esto bien pudiera tratarse de un malentendido que podríamos resolver de otro modo.

—Ningún malentendido. Vas a morir, Capa. Aquí y ahora.

Capa repasó las llamas que lo protegían y las reforzó.

—Cuánto odio, y hacia mí, yo que no soy partidario en modo alguno de la violencia. Sin duda debes de haber malinterpretado alguno de mis actos. Insisto en la teoría del malentendido.

—¡Mataste a Rylan!

—¡Susan! —exclamó Capa—. No te había reconocido con ese semblante deformado por la rabia.

Susan extendió las alas y, de un salto, cubrió los últimos metros que le separaban de Capa. Con la inercia multiplicó la fuerza de su embestida. La runa de Capa tembló cuando la espada de Susan se estrelló contra ella, pero de nuevo aguantó, aunque sus llamas perdieron algo de intensidad.

—¡Estaba solo e indefenso y tú lo mataste!

Capa retocaba sus defensas, añadía llamas aquí y allá. Ella descargaba su furia a espadazos, incansable. De cada golpe saltaban chispas y fogonazos.

—Tu análisis, si me está permitido opinar, no es exacto —apuntó Capa—. Umm... Bueno la

verdad es que es del todo erróneo, pero mi inclinación natural a la diplomacia y los buenos modales, me llevan a expresarlo de ese modo. Te ruego me disculpes.

Susan golpeó la barrera de llamas por un lateral, donde parecían más débiles.

—No mientas, niño. Te vi empujarle a la cascada. ¿Y tú te jactabas de sentir simpatía por los menores?

—Los adoro. Ellos lo saben. Y me quieren. —Capa acudió allí donde Susan concentraba su ofensiva con un saltito y una pirueta—. Retomando la cuestión, yo no maté a Rylan, Susan, de hecho fue un tormento indescriptible para mi persona verlo morir.

—Estás completamente loco.

—Reconozco que no es la primera vez que me enfrento a esa acusación, de lo que obviamente deduzco que mi talento para expresarme dista mucho de estar a un nivel óptimo. Eso me duele. Con lo que me esfuerzo a ese respecto.

Susan dejó de atacar por un momento.

—Tu palabrería es vomitiva, pero mucho peores son tu falta de sentimientos y tu crueldad.

—Ah, eso. Cierto, no terminé de exponer mi argumento anterior, bien simple por otra parte. Yo no maté a Rylan, Susan, fuiste tú. ¿Acaso lo dejé yo encerrado y solo? ¿Lo utilicé para petrificar la niebla? Aun siendo cierto que mis capacidades mentales no cumplan adecuadamente sus funciones, es obvio que la responsabilidad es solo tuya. Tú lo condenaste. Tu odio hacia mí es solo una proyección del que sientes hacia ti misma, y también una consecuencia de cierta debilidad de carácter. Soy yo quien debería odiarte, pero no lo hago. Yo te quiero, Susan. Comprendo tu motivación y te perdono.

—¿Que me perdonas? —rugió ella.

—Desde luego. Ambos buscamos un mundo mejor para todos. Y yo honraré la desafortunada muerte de Rylan como merece.

—Esto es el colmo. —Susan volvió a cargar contra la runa, descargando espadazos a un ritmo frenético—. Este será un mundo mejor cuando tú no estés. Algo de lo que voy a ocuparme personalmente.

—Cuánta frustración —se lamentó Capa reanudando su labor defensiva, reparando las llamas cuando los golpes de Susan las debilitaban—. Tanta ira no es sana. A lo mejor se debe a haber pasado tanto tiempo aquí sola. Mi curiosidad se estimula ante la expectativa de descubrir cómo has logrado ocultarte de los demonios. —Capa hizo una pausa, pero Susan no dijo nada, continuó atacando—. Tendré que deducirlo. Veamos... Me sorprendiste desde aquella dirección. Interesante. Ahora que me fijo, veo un pliegue en esa ladera que no me resulta familiar. ¿Es cosa tuya? Desde luego, no fue la Onda, sino tú, mi querida y alocada amiga. Eres una moldeadora, creaste ese escondite. Muy inteligente. Y un poco cobarde. Aunque comprensible, desde luego.

Susan alzó la espada, firmemente sujeta con las dos manos, sobre su cabeza.

—Voy a cerrarte es maldita boca de una vez por todas.

La espada descendió con toda la fuerza que Susan fue capaz de proyectar en ella. La runa reventó en pedazos, sus llamas se dispersaron y sisearon hasta extinguirse. Capa, aterrado, tropezó y cayó de espaldas al suelo. Cayó también la capucha, sobre su espalda y dejó a la vista unos ojos azules resplandecientes de auténtico terror.

—¡No! Te lo suplico —sollozó Capa. Ella alzó de nuevo la espada, segura, confiada. Capa se arrodilló. Sus ojos brillaban húmedos—. No soy más que un pobre incomprendido. Mi único deseo era complacer a Tanon... Sufrí mucho en el Agujero...

Susan detuvo su mano cuando Capa rasgó su ropa y dejó el pecho al descubierto. Nada que ella hubiera visto antes podía deformar la piel de un modo tan espantoso. Se preguntó qué habría pasado en el Infierno para que un antiguo sanador regresara en ese estado. Seguramente por eso Capa vestía de ese modo. Pero ni siquiera la penosa imagen mutilada y babeante de Capa podía borrar lo que acaba de hacer a un ser humano completamente indefenso.

—Debiste morir allí.

Susan lanzó un tajo. Capa se echó hacia atrás, pero la espada cortó su pecho. Por la herida comenzó a derramarse sangre.

—¡No! —gimoteó Capa toqueteando su pecho, contemplando sus guantes húmedos—. ¿De verdad vas a acabar con mi miserable existencia?

Antes de que Susan pudiera responderse a sí misma si era capaz de matar aquella triste ruina que se arrastraba suplicante hacia ella, Capa se levantó y la abrazó, con mucha fuerza. Ella aún sostenía la espada en alto, mientras Capa, con la cabeza enterrada en su pecho, lloraba desconsolado y rogaba por su vida, derramaba lágrimas que empapaban su ropa.

Susan necesitó de una gran concentración para recordarse que Capa era un embaucador. Nada que saliera por su boca podía ser tomado en serio porque nadie era capaz de distinguir si mentía o decía la verdad. Había quien opinaba que ni siquiera él mismo lo sabía. Sin embargo, sus actos hablaban por él.

El tiempo para los melodramas ya había terminado y Susan había tomado una decisión. Además, justo en aquel instante, sintió un pinchazo en la espalda, entre las alas. Se sacudió a Capa de encima y lo arrojó al suelo.

—Esto se acabó.

Y bajó su espada resuelta a matarle, antes de que Capa pudiera decir algo más y hacerle cambiar de opinión. Susan apreció un movimiento fugaz en la mano de Capa. Después, cuando las llamas de su espada estaban a la altura de su rostro, percibió una leve sacudida en la montaña, a su lado. De repente la roca se había alargado ante ella y su espada terminó estrellándose contra

una piedra que no estaba ahí hacía un instante.

Susan, aturdida, no comprendía qué había pasado. Sus brazos vibraban a consecuencia del golpe, que se había transmitido a través de las llamas de su espada. No era posible que la montaña... No lo era. Lo parecía, desde luego, pero aquello que había bloqueado su ataque era en realidad un titán, como los que había visto junto a los demonios durante la toma de la Ciudadela. Capa debía de ser uno de los que tenían esa extraña facultad que los atraía.

—¿Conocías a mis nuevos amigos? —preguntó Capa desde el suelo.

Su mano, a pesar de estar cubierta por un guante negro, brilló con una luz blanquecina mientras tocaba su pecho. La herida se cerró sin dejar el menor rastro. Susan no podía creer que Capa hubiese recobrado la capacidad de sanar. Que ella supiese, ningún demonio lo había logrado.

El gigante la golpeó aprovechando su desorientación. Susan voló hacia atrás hasta estrellarse contra varias rocas. Al levantarse, estaba furiosa. Cargó contra aquella aberración que Capa había conjurado desde el Agujero.

—Estoy muy decepcionado, Susan. Verdaderamente ibas a matarme. ¡A mí! La idea me resulta escandalosa y ofensiva. Oh, buena finta. Mi muchacho es fuerte, ¿verdad?

Lo era. Susan aprovechaba que también era lento, pero su resistencia superaba claramente lo que cabía esperar. Susan le había alcanzado varias veces con su espada, pero había logrado poco más que arañarlo. En cambio, el titán, con un solo golpe, le había hecho temblar todas las partes del cuerpo.

—No tenía conocimiento de tanto valor por tu parte —observó Capa lleno de admiración—. Ciertamente, naciste con excelentes aptitudes para el combate. Interesante. Y ni siquiera albergo rencor hacia ti, querida. ¡Uy! Eso ha debido de doler. Es mi deber señalarte que no podrás con él, Susan, pero yo puedo detenerlo antes de llegar a un desenlace que ambos lamentaremos. Me complace tu persona, en todos los sentidos. Podrías unirte a mí y servirme. ¿Te parece una solución de tu agrado?

—¡Jamás! —gritó Susan.

A duras penas esquivó un golpe que podía haber significado su fin. Capa tenía razón en que no podría vencer al titán, era demasiado fuerte para ella. Pero había otra forma de librarse de él. Susan saltó hacia atrás y concentró el resto de las fuerzas que le quedaban en una descarga de fuego. La onda de llamas salió despedida desde su espada y se estrelló justo a los pies del gigante. El suelo se agrietó y reventó en pedazos. El titán cayó rodando por la montaña, rebotando y destrozando todo a su paso.

—Ahora vamos a acabar con esto de una vez por todas —rugió—. Tu amiguito tardará mucho en volver.

—Una maniobra extraordinaria —concedió Capa—. No obstante, renuevo mi oferta.

—¿Servirte a ti? No me hagas reír. Tienes cinco segundos para decirme qué me hiciste en la espalda cuando me abrazaste mientras fingías el berrinche.

Capa suspiró, se apagó el brillo de sus ojos.

—Es mi condena que nadie me comprenda —dijo al borde del llanto—. No entiendo que esto me suceda, pero limitas mis opciones a pesar de que no es mi deseo causarte daño. Yo detesto la violencia.

Susan, harta de él y de su charla, cargó, con la espada por delante y un rugido atronador. Capa la miró una última vez y chasqueó los dedos. Aparecieron dos titanes más de la nada y luego, tras un segundo chasquido, dos bestias oscuras que tenían llamas al final de sus patas. Se abalanzaron sobre Susan, que ya no podía frenar su carrera.

—¿Por qué me obligáis a emplear la violencia? —chilló Capa. Los dos titanes aplastaron a Susan entre ellos y la convirtieron en una masa de carne deforme llena de sangre—. ¿No te dije que te quería? ¿Acaso no he intentado evitar este terrible incidente? No me escuchaste. Oh, por favor, no puedo ver esto. Terminadlo —ordenó.

Los titanes, que hasta ese momento mantenían los pies en alto, los bajaron de golpe sobre el cuerpo destrozado de Susan. Lo pisotearon varias veces, mientras las sombras intercalaban mordiscos y arrancaban los huesos que aún no habían sido pulverizados. Un río de sangre y vísceras se derramó por la montaña.

Capa cayó de rodillas al suelo y vomitó.



Los ángeles se batían en retirada.

Asler casi lamentó la escasa resistencia que habían ofrecido sus enemigos. Había comandado una auténtica carnicería, la batalla con la que siempre habían soñado los demonios. Una eternidad luchando en el Infierno había forjado unos guerreros imbatibles. En cuanto llegaron al cuerpo a cuerpo, los ángeles fueron incapaces de contenerlos. Al principio murieron demasiados demonios, pero eso no los frenó. Y no tardaron en conquistar la cima. Después, con la posición ganada, arremetieron con todas sus fuerzas. La primera línea de ángeles prácticamente desapareció. Ahora ni siquiera presentaban batalla. Retrocedían, asustados, llenaban el aire de runas defensivas en un intento desesperado de ganar tiempo.

—¿Hace falta que os dé alguna orden? —gritó Asler a su ejército—. ¡Os daré la última que escucharéis en mucho tiempo! ¡Imaginad que Tanon os está observando ahora mismo y actuad en consecuencia!

Atacaron. Los ángeles no tenían a dónde ir, salvo a las cuevas, y tampoco allí sobrevivirían mucho tiempo, pero Asler no quería correr ningún riesgo. Tanon estaría mucho más complacido con una victoria rápida.

La primera oleada de demonios aullaba enloquecida en lo que sería la carga definitiva. Los ángeles no tuvieron otra opción que plantarse y defenderse. Asler vio una gigantesca ola negra estrellarse contra un muro de alas blancas. El muro se tambaleó. Comenzaron a chocar las espadas.

Asler no era consciente de la sonrisa que curvaba sus labios. Tampoco fue consciente de que la sonrisa se esfumó cuando, al repasar los alrededores, vio a un demonio caer partido en dos pedazos, luego a otro, y otro más. Aquellos demonios no estaban en el frente y no había ningún ángel cerca, todo eran alas negras y espadas de fuego en la zona donde estaban muriendo. No tardó en formarse un remolino de confusión. Los demonios se miraban aturdidos preguntándose qué sucedía. Asler entornó los ojos y por fin dio con el problema.

Un demonio muy alto estaba matando a sus compañeros, por eso los demás tardaban en reaccionar y caían ante una espada brutal que no paraba de cortar y matar. Aquel demonio debía de haberse vuelto loco porque la sola idea de que hubiera un traidor entre ellos era inconcebible. Sin embargo no se detenía. Había ya un buen número de cadáveres a su alrededor y el avance del ejército se debilitaba. Por fin, los demonios cercanos fueron conscientes del peligro y decidieron acabar con él. Fue una decisión fácil de tomar, pero muy complicada de llevar a cabo.

El demonio traidor era muy fuerte, batía sus alas negras, giraba en círculos y dibujaba runas de fuego, descargaba tajos letales. Asler trató de identificarlo pero, o bien no lo conocía, o estaba demasiado lejos para captar con claridad sus facciones. El traidor se desplazaba lentamente hacia los ángeles y si lograba unirse a ellos rompería la vanguardia de los demonios. Asler no podía creer que algo así sucediera en este preciso momento. Por fortuna, ya estaban cerca de reducirle.

El traidor, cubierto completamente de sangre, tenía a un demonio agarrado a su pierna que dificultaba sus movimientos. Otro demonio se acercaba por su espalda. Era imposible que esquivara la espada que iba a atravesarle justo entre sus alas negras. Pero no lo consiguió. Otra espada apareció de la nada e interceptó lo que debería haber sido el fin de aquel traidor. La nueva espada la empuñaba un ángel. Asler esperaba despertarse de una maldita vez, porque aquello no podía ser real. El ángel se colocó detrás del demonio, espalda contra espalda, alas negras y blancas entrelazadas, y juntos resultaron absolutamente demoledores. De algún modo incomprensible, se compenetraban a la perfección, nunca entorpecían sus movimientos, sino que se complementaban. A pesar de estar de espaldas, el ángel y el demonio adoptaban posturas que servían de apoyo mutuo para realizar movimientos que, de otro modo, serían imposibles.

Los ángeles no tardaron en apoyar el torbellino de muerte que creaba aquella pareja. Asler vio a Asius señalándolos, y a los ángeles abriéndose paso hacia ellos, para evitar que los demonios pudieran rodearles.

El dúo siguió luchando con sus coreografías irreales, devastadoras, imparables. Esas coreografías, y el hecho de que los dos tenían la melena rubia, por fin despejaron la mente de Asler.

—¡Es Yala! ¡Matadlo!

Debería haberse dado cuenta antes, pero nunca había visto los cuerpos de Yala separados a tanta distancia. Juraría que no había antecedentes de un hecho semejante. ¿Cuánto tiempo llevaba el gemelo de las alas negras entre ellos? ¿Y cómo las había teñido? El color oscuro de sus plumas parecía natural y, que Asler supiese, solo podía conseguirse en un lugar. Tenía que tratarse de un plan de emergencia de Asius. No se le ocurría otra explicación.

La orden que había dado de matar a Yala no se cumplió. No pudieron con los gemelos. Y los demonios que lo intentaron se encontraron con dos espadas perfectamente sincronizadas que descuartizaban sin piedad. Los ángeles arroparon a los gemelos, creando runas a su alrededor. Y cuando quedó perfectamente claro que los sanadores se estaban centrando en Yala, ningún demonio se atrevió a medirse con él. El curso de la guerra se invirtió. Donde antes había un manto negro avanzando tras un demonio con las alas de fuego, ahora lucía uno blanco, y dos ángeles rubios tiraban de él.

Los demonios se batieron en retirada antes de que Asler pudiese gritar una nueva orden.



Había incendios y socavones enormes. Columnas de humo se retorcían y siseaban, arrastraban el lamento de una ciudad magullada y lo elevaban al cielo. Los edificios, derruidos, yacían miserables con los vehículos aplastados y componían ondulaciones deformes en un mar de escombros y destrucción. Los colores habían muerto, para dejar un tono gris ceniza en el cadáver de Londres.

Jack Kolby retiró los escombros que lo aplastaban. Apenas se dio cuenta de los cristales que cayeron al suelo cuando logró ponerse en pie. Un zumbido espantoso rebotaba de un oído a otro. Se tambaleó sin rumbo fijo, atravesando la desolación y las ruinas. Solo quería sentir su propio cuerpo, recordar cómo funcionaban los músculos y las articulaciones. Era vagamente consciente de que se inclinaba de lado a lado al andar. Su sentido del equilibrio todavía no era de fiar. Puede que sus ojos hubieran sufrido daños o puede que se negaran a registrar en detalle aquel entorno espantoso.

No había blanco. A Jack le costaba imaginar un escenario sin nieve o hielo, sin vientos helados acechando. Dudó de sus sentidos al notar que los escombros desprendían calor, que el aire que surgía de las grietas era cálido, incluso agradable de no ser por cierta sensación de

sofoco que lo impregnaba.

Encontró cadáveres, pedazos de cuerpos sobre charcos oscuros y pegajosos. También alas y plumas, negras y blancas. Lo rodeaba la muerte. Y comprendió que él seguía vivo gracias a su traje de telio, ahora visible dado que sus ropas se habían convertido en harapos chamuscados.

La única forma de vida que encontró en su deambular fueron unas cuantas ratas que correteaban desorientadas y asustadas. Trepó por las ruinas cuando no era posible avanzar de otro modo, rodeó agujeros enormes, atravesó esqueletos de edificios.

El paisaje cambió al llegar a una brecha enorme que atravesaba la ciudad. Una hendidura negra y profunda, como una herida que hubiera causado una espada gigante. De su interior brotaba un humo apestoso. Entre los jirones negros se adivinaban formas imprecisas, que eran el resultado evidente de haber sucumbido a un fuego abrasador. Jack caminó por el borde de aquella repugnante fisura hasta que vio un cráter más negro todavía en la mitad de su recorrido, a unos cien metros de distancia. Entonces comprendió que aquella herida gigantesca era el cauce del Támesis, en el que ya no quedaba resto alguno de agua o hielo. El cráter era la puerta del Infierno y el origen de la explosión.

Jack retrocedió y se internó de nuevo entre las ruinas. No entendía qué había salido mal, quién era el responsable de la detonación que había arrasado Londres. Su primer pensamiento fue que Sirian lo había planeado de ese modo, que no era posible cerrar el Infierno y que, ya puestos, era mejor acabar con el mayor número de demonios posible. Sin embargo, esa idea no lo convenció. Una maniobra suicida como esa no era propia de él. Tampoco veía en qué podía beneficiar a los demonios. Lo cierto era que Jack no comprendía quién podía sacar partido de aquello, por más que lo pensaba.

Siguiendo los restos humeantes del Támesis como referencia, se dirigió al norte, con la intención de llegar hasta el lugar donde anteriormente había ardido la runa de Yala. Se encontraba en lo que antiguamente fue la plaza de Trafalgar Square, pero una tormenta, un remolino violento que asolaba la zona, le impidió el avance. Era la niebla. Algo, tal vez la explosión, la había sacado de su estado sólido, pero tampoco había recuperado su estado anterior.

Su nuevo aspecto era más amenazador y sombrío. Jirones de esa gran nube volaban enloquecidos, iluminados intermitentemente por descargas blancas como rayos. La niebla se había convertido en un tornado gigante de propiedades incomprensibles. No rugía, no removía el viento en los alrededores, pero no invitaba a nadie a internarse en la tormenta que tronaba en su interior. Jack no podía evaluar qué significaba el cambio, así que se alejó tanto como pudo. Aquel sería el primer lugar al que acudirían los demonios si habían sobrevivido a la explosión.

Mientras atravesaba los restos de un autobús, notó un golpe en el hombro y vio un objeto que luego rebotó delante de él. Era un palo astillado de madera. Estuvo a punto de pasar de largo, pero reparó en unas letras que tenía grabado. Las letras formaban una palabra incompleta debido a un fragmento que faltaba, pero fueron suficientes para que lo reconociera. Jack sabía qué letras faltaban porque eran las que completaban el nombre de una mujer. Y lo sabía porque había visto

ese mismo pedazo de madera hacía muchos años, antes de la Onda. Lo había visto en las manos de su dueño.

—¿Hay alguien hay? —Jack alzó la vista, buscando señales de vida en la fachada del edificio medio destrozado que tenía más cerca—. ¡Arthur! ¿Eres tú?

No obtuvo respuesta, así que siguió. El palo habría caído de cualquiera de las ventanas, abandonado por su dueño, que seguramente estaría muerto. Solo había dado un par de pasos cuando captó un nuevo movimiento. Apoyado en la rueda del autobús había un cuerpo que aún latía. Jack corrió a su lado. Era un hombre que a duras penas respiraba, con la cara cubierta de ceniza y la ropa destrozada.

—Tranquilo, amigo. Te sacaré de aquí. No te muevas…

—Maldito seas, Jack —susurró el hombre.

Jack, sorprendido, lo miró con mayor atención a los ojos.

—¿Gordon?

—Maldito seas —repitió.

—Estás vivo…

—Me engañaste…

Jack apartó la mirada.

—Lo siento mucho, Gordon. No… No tenía otra opción. Ojalá puedas perdonarme… Yo…

—¿Lo conseguiste…? ¿Cerraste… el Infierno?

En momentos como ese, Jack agradecía su capacidad para mentir y manipular.

—Tú lo conseguiste. Sin ti, no habríamos podido encerrarlos.

—Corta el rollo… Nunca volveré a creerte, Jack.

—Tendrás tiempo para odiarme. Pero ahora tengo que llevarte con algún ángel para que te cure.

Puso las manos bajo sus axilas con intención de levantarle, pero Gordon lo rechazó con un manotazo desmayado. El empujón no tenía fuerza, pero el gesto y el brillo de sus ojos sí, mucha.

—No me toques. Ya es tarde para mí…

—No, no lo es.

—Me hicieron tragar fuego.

Jack no sabía a qué se refería.

—Gordon, yo te necesito. La humanidad no sobrevivirá sin ti…

—Prométeme… —le cortó Gordon— que los salvarás, Jack.

—Lo haremos juntos.

—Dame tu palabra.

—Te lo juro, Gordon. Tienes mi palabra de que ese es mi único objetivo.

Le agarró la mano y apretó. Sostuvo su mirada buscando un gesto que indicara que lo había comprendido o que lo perdonaba, aunque sabía que no lo merecía. No vio ninguna de las dos cosas. No vio nada. El comandante Gordon agonizaba.

—Eres… el mejor, Jack. —Gordon aflojó la presión en su mano—. Sé que lo conseguirás…

La piel de su rostro se oscureció y por sus poros comenzó a salir humo. Jack dio un paso atrás, sobresaltado. Los ojos de Gordon se derritieron. Su cuerpo se había convertido en una masa humeante. Luego, solo quedó un montón de cenizas con su forma.

Jack se arrodilló y guardó silencio. Se sintió solo.

—Adiós, amigo mío. Nada volverá a ser lo mismo sin ti. —Sacó una caja metálica y arrojó el único puro que le quedaba a los restos del autobús. Después la llenó con las cenizas de Gordon —. Siempre dije que eras un héroe. Si consigo mantener mi palabra, me ocuparé de que tu nombre y tu valor sean recordados.



—¿Cómo os atrevéis a mirarlo a los ojos? ¡No habríamos llegado tan lejos sin él! ¡Tú no estarías ahora entre nosotros, Renuin! Pero, ¿qué coño? ¡Ninguno estaríamos aquí! ¡Deberíais adorarlo, payasos, en vez de acusarlo! ¡Todo esto apesta! ¡Vosotros apestáis!

—¡Vyns, cállate! —Asius tuvo que placarle o no terminaría nunca de despotricar—. Renuin lleva razón.

—¡Y una mierda! —gritó el observador, todavía revolviéndose bajo el abrazo de Asius.

Renuin y los cargos más altos entre los ángeles intercambiaron algunos comentarios mientras Vyns terminaba de calmarse. Tras la batalla, los sanadores estaban ocupándose de los heridos, mientras los custodios establecían puestos de vigilancia y turnos de guardia. Aunque era del todo improbable que tuvieran que enfrentarse a un nuevo ataque en breve, Renuin tenía poco tiempo para abordar la tarea más importante en ese momento. Debía establecer una nueva

cúpula de mando, aunque fuera provisional.

Ella era la única de los tres Justos que continuaba con vida. No era suficiente. Si acababan con ella o volvían a capturarla, se quedarían sin liderazgo. Asius era el último consejero con vida. Ascenderlo era la opción lógica, pero descartó la idea, con la aprobación de los demás ángeles y, por eso, Vyns había estallado.

—Tenías razón, Renuin —declaró Asius ante todos los presentes. Vyns puso mala cara, pero se mantuvo callado a su lado—. No obré como debía y no confié en ti cuando me dijiste que no era el final y me pediste que mantuviera la esperanza. Demuestras un gran criterio al no ascenderme. Y para probarte que estoy de acuerdo contigo daré un paso más. Renuncio a mi puesto de consejero.

Los ángeles murmuraron.

—No he pedido tu renuncia —dijo Renuin.

—Seguro que encuentras a alguien más capacitado que yo y que de verdad lo merezca.

Asius dio un paso con intención de marcharse, pero Vyns lo sujetó por el hombro.

—¿A esto hemos llegado? Algo estamos haciendo mal si dejamos que Asius se vaya. Pensadlo dos veces porque la estáis cagando a base de bien. Yo no soy nadie, pero tengo ojos. Y me da vergüenza lo que veo. Asius, quédate. Estos no se enteran de nada, pero yo sé que te necesitamos.

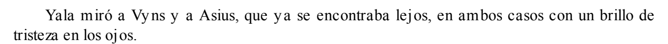
Asius miró a Vyns durante un instante y bajó la mirada. Luego echó a andar. Un nuevo murmullo se extendió entre los ángeles congregados, que tuvieron que hacerse a un lado para dejar paso a un nuevo miembro. Yala caminó hacia el centro con gesto serio, entre alabanzas por haber ganado la batalla. De nuevo su aspecto era el de siempre; era imposible distinguir un gemelo del otro, dado que habían ocultado las alas. Con sus dos metros de estatura, las dos melenas rubias sobresalían entre los demás. Yala llegó hasta Renuin, pasó junto a ella y le dedicó un gesto rápido con las cabezas. Los ángeles se sorprendieron de que no se detuviera ante ella. Yala siguió caminando hasta llegar frente a Asius, que se había detenido al verle.

—Me alegro de que te hayas recuperado —dijo Asius. Su voz sonaba triste y apagada.

Los gemelos se mantuvieron serios unos segundos. Entonces, ante el asombro de todos los ángeles, se arrodillaron ante Asius. Doblaron la rodilla derecha e inclinaron la cabeza. Nuevos murmullos de sorpresa se propagaron rápidamente. Aquel gesto de Yala, el ángel que había decidido la batalla, no se le olvidaría a ninguno de los presentes.

Asius aguantó un segundo antes de dar la vuelta y marcharse. Esta vez nadie lo detuvo. El antiguo consejero caminó en solitario hacia las montañas.

—¿Lo veis? —estalló Vyns—. Yala sí sabe, no como vosotros. —Los gemelos se pusieron en pie—. ¿Qué le pasó a Lyam? Tienes que contármelo.



Yala miró a Vyns y a Asius, que ya se encontraba lejos, en ambos casos con un brillo de tristeza en los ojos.

—No cumplí mi palabra. Te prometí... —dijo el gemelo que miraba a Vyns.

—...que lo protegería —continuó el que miraba a Asius—, pero fallé. Espero...

—...que puedas perdonarme.

—¿Dónde estuvisteis, Yala? Quiero recuperar su cuerpo.

—Eso es imposible.

Los gemelos adoptaron la misma postura seria. Renuin se acercó a Yala.

—Yala, cuento contigo para...

—No puedo aceptar. Tengo... —le interrumpió un gemelo.

—...una misión que cumplir. Y no asumiré...

—...otras responsabilidades hasta que lo consiga.

Renuin miró a los dos gemelos alternativamente.

—¿Qué misión es más importante que nosotros?

—Tengo que matar a Nilia.

—¿Una venganza personal? —preguntó Renuin—. No puedo autorizarlo. Eres demasiado importante, Yala. Hasta que el Viejo regrese...

—El Viejo no regresará —dijeron los gemelos al mismo tiempo—. Vengo directamente del Infierno. He visto al enemigo en su propio elemento y sé por lo que ha pasado. No se detendrán por nada. No se puede negociar con ellos ni llegar a pactos de ningún tipo. Hay que matarlos. Y no contéis con el Viejo porque no vendrá.

—Esa información no es exacta —dijo una voz—. Sin ánimo de ofender a Yala, a quien aprovecho para presentar mis más profundos respetos.

Los ángeles, todos, se volvieron. Encontraron el origen de aquella voz a varios metros de distancia, en una figura negra inclinada en una extraña postura que recordaba a una reverencia muy teatral. La figura se incorporó y dos ojos azules y relucientes saludaron desde el interior de una capucha negra.

—¡Capa! —rugió Yala.

—A vuestro servicio —dijo Capa ladeando la cabeza. Los gemelos desenvainaron las espadas y avanzaron—. Cuánta hostilidad. No era mi intención interrumpir vuestra reunión, pero me vi en la obligación de señalar un pequeño error de interpretación por tu parte. Te ruego

aceptes mis más sinceras disculpas. ¿No es mi presencia, solo y desarmado, una muestra indiscutible de buena voluntad?

—Yala, detente —ordenó Renuin.

Los gemelos no la escucharon. Agarraron con más fuerza la empuñadura de la espada y apretaron también el paso.

—Eso es por la tensión de la guerra, sin duda —dijo Capa—. Solo así se explica una reacción tan violenta. Y no te culpo, mi querido amigo, son tiempos difíciles. Entenderás, no obstante, que tome precauciones hasta que comprendas que la violencia es del todo innecesaria. No requerirá de un esfuerzo excesivo para alguien con dos cerebros.

Capa extendió el brazo con la mano abierta y lo desplazó en un arco delante de él. La tierra resonó y se hundió siguiendo la trayectoria del guante negro. Una brecha creció, dibujando una semicircunferencia a su alrededor. Yala se detuvo ante la grieta, tan sorprendido como todos los ángeles, aunque no reflejara el asombro.

—Déjale hablar —dijo Renuin, con la suficiente entereza como para que no se notara el estupor en la voz. Ningún moldeador era capaz de algo semejante sin preparación previa. Por si fuera poco, daba la impresión de que Capa ni siquiera se había esforzado, como si abrir aquella zanja hubiese sido una tarea rutinaria y aburrida.

Yala se separó. Cada uno de los gemelos comenzó a rodear la grieta, siempre con la vista fija en Capa y las espadas preparadas.

—No deseo entrometerme —aseguró Capa, girando la cabeza con rapidez para ver a los dos gemelos—, pero el consejo de Renuin, tu líder, si no me equivoco, pone de manifiesto su sabiduría, mi querida pareja de ángeles rubios, pues hablar es mi única intención. Intentaré demostrarlo sin responder directamente a tu provocación.

De nuevo colocó la mano en la misma posición. Luego dio una vuelta sobre sí mismo. La grieta se extendió hasta formar un círculo completo, dejando a Capa en medio de una isla donde antes solo había una explanada. Yala paró y midió unos segundos la distancia. Varios ángeles sacaron las espadas.

—Confieso con la mayor de las sinceridades —dijo Capa— que no acierto a entender vuestra actitud. Me he presentado solo y desarmado. Y seguro que los de mente más despierta ya han deducido que el suelo podría haberse derrumbado justo donde estáis ahora. Sí, ahí, desde donde me miráis con esas expresiones tan poco apropiadas. ¿Acaso algo en mí os resulta amenazador?

—Eres un demonio —respondió un ángel.

—Oh, entiendo. Precisamente de eso quería hablar. Pero antes debemos zanjar la cuestión de la violencia. Podríais intentar saltar la grieta o arrojarme fuego con vuestras espadas. Y sospecho que no tomaríais en serio la evidencia de que solo alguien severamente perturbado se

mostraría indefenso. Albergo la esperanza de que no tengáis una imagen tan pobre de mí.

—La imagen que tenemos de los demonios —dijo Renuin acercándose al círculo— es la que os habéis ganado vosotros mismos.

—De nuevo el mismo argumento. En fin —suspiró Capa—, considero mi paciencia una de mis mayores virtudes, pero no es ilimitada. Y con franqueza me duele no tener la ocasión de ofrecer una explicación satisfactoria a todos vuestros problemas. La culpa es mía. Sin duda el recuerdo que guardo de vosotros incluía... cierta capacidad para juzgar adecuadamente una situación como esta. Los ángeles que viven en mi memoria habrían podido ver que atacarme después de que hable, no supone mucha diferencia a hacerlo ahora, salvo una posible pérdida de información.

—Mientes —le acusó un gemelo—. Estuve en tu casa, en el Infierno, y sé...

—...que ni siquiera —continuó el otro gemelo, en el extremo opuesto del círculo— los demonios se pueden fiar de ti. Hasta Nilia...

—...tenía sus dudas.

Capa se giraba para poder ver a los dos gemelos cada vez que hablaban.

—¿Nilia? ¿Mi casa? —Capa sacudió la cabeza—. Vayamos por partes. Me permito sugerirte poder hablar con el mismo gemelo, o que te juntes. Soy consciente de lo que te incomodan esa clase de peticiones y me disculpo de antemano. ¿Mi casa, has dicho? Qué honor. Confío en que... Un momento. ¿Nilia estaba contigo? La criatura más hermosa de... ¿Pero dudaba de mí, has dicho? Eso es inaceptable. ¿Por qué? —Capa cerró los puños, furioso—. ¡Nadie me comprende! —Se llevó las manos a la capucha y tiró con desesperación—. No hago más que esforzarme por complacer a todos...

—¡Ya es suficiente! —interrumpió Renuin—. Has dicho que querías hablar. Habla.

Capa cayó de rodillas al suelo en su isla particular.

—¿Debería? Seguramente no se comprenderían mis palabras. Es una terrible desgracia que, a pesar de mis esfuerzos, no ceja en perseguirme.

—Entiendo. No son más que tus desvaríos. Nos haces más que perder el tiempo.

—¿Desvaríos? —Capa retiró la capucha mientras se ponía de nuevo en pie—. ¿Concederos vuestros deseos son desvaríos?

Renuin negó con la cabeza.

—Tengo cosas más importantes que hacer.

—Preparar la guerra —asintió Capa—. A pesar de que no hay honor en esta lucha, solo muerte, un concepto que solo debería tener significado para los pobres menores. A eso he venido, a detener la guerra. ¿No es el deseo que todos ansiamos?

Renuin, que estaba a punto de marcharse, se quedó.

—Eso es más propio de un demonio, tratar de decirnos lo que queremos oír.

—Ya no puedes causarme más dolor dudando de mí —se lamentó Capa—. Y no puedo hacer nada sin vuestra confianza.

—No confiamos en los demonios.

—Esa es una postura acertada y una suerte que yo no sea uno de ellos.

—¿Bromeas? ¿Piensas que esto es un juego, Capa?

—Jamás se me ocurriría algo así. No es mi estilo. Me tomo con la más absoluta seriedad todo cuanto he dicho. Pensaba que apreciaríais mi arte —dijo Capa señalando la trinchera que se había creado—, que bastaría para que entendierais que estoy por encima de una simple categoría como ángel o demonio.

—Bien, pues acláralo. Explica en qué consiste tu arte, tu nuevo estatus superior y cómo vas a detener la guerra.

Capa se llevó la mano a la barbilla con gesto reflexivo.

—Tal vez sea mejor empezar por la última de tus peticiones. Detendré la guerra con vuestra ayuda, cuando aceptéis servirme.

Los ángeles se removieron confundidos. Algunos sonrieron, otros se extrañaron, pero ninguno se quedó indiferente. Renuin suspiró.

—¿Servirte? Capa, no sé cuál es tu problema, pero te vas a quedar encerrado en la prisión que tú mismo has creado hasta que me cuentes cómo has manipulado la tierra de ese modo.

—¿Me creerías? No, las palabras, por más que me preocupe al escogerlas, no causan efecto en vosotros... Tal vez esto sea suficiente.

Capa extendió los brazos y sonrió, con la cabeza ligeramente inclinada en un gesto condescendiente. Su capa negra se tensó y se abultó por los lados, hasta rasgarse y volver a caer sobre su pequeño cuerpo. De su espalda surgieron dos formas alargadas que se movían arriba y abajo.

—¡Alas! —exclamaron los gemelos al mismo tiempo.

Renuin las observó, intrigada, muy sorprendida por la reacción de Yala, poco dado a mostrar asombro por nada. Las alas de Capa eran muy extrañas, no solo por su movimiento rígido y artificial. Su color era plateado, reflejaba brillos metálicos que no resultaban naturales.

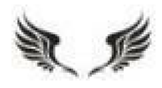
—¿Qué sucede, Yala?

—Según me contó Nilia, las perdiste en el Agujero.

—Y como es propio de nuestra amiga cuando habla, llevaba razón —confirmó Capa—. Un incidente muy desafortunado y doloroso. Por aquel entonces yo estaba perdido y algo desequilibrado, pero mis nuevas alas son solo una muestra más de mi nueva condición.

—¿Y por eso te has vuelto loco, Capa? Te has hecho una especie de prótesis y te crees diferente.

—Son mucho más que una prótesis —añadió Capa—. Os lo mostraré. —Batió las alas con fuerza—. Yala os dijo que el Viejo no volverá. —Las alas se movieron con más fuerza todavía. Los ángeles retrocedieron asombrados cuando Capa se despegó del suelo. Su cuerpo se elevó lentamente, con suavidad, como en los tiempos anteriores a la Onda. Voló por encima de la grieta y se posó muy cerca de Renuin, con la mano derecha en el pecho y la cabeza inclinada. En aquella postura reverencial, movió la mano izquierda. La grieta se cerró. Después alzó la cabeza—. Yala se equivocaba. —anunció abarcando a todos los presentes con su sonrisa y su mirada—. Yo soy el Viejo.



Había luces y sombras, los colores brillaban con una intensidad cegadora. Aquel rojo marchito parecía una sábana, tal vez una manta. No, sin duda era una sábana arrugada sobre un viejo sofá marrón. Al lado, en una mesita sucia, relucían los tonos verdes de la portada de un libro. Era maravilloso.

Entonces los colores perdieron fuerza y se degradaron, y comenzaron a acercar sus tonalidades al gris.

—¡No! —chilló Raven.

Se incorporó hasta quedar sentado. No sabía si su grito había sido el causante, pero los colores dejaron de desvanecerse.

—Tranquilo. No hagas esfuerzos —le pidió alguien.

Raven no oía bien y no pudo distinguir si se trataba de un hombre o una mujer. Parpadeó varias veces. Se encontraba sobre un colchón de muelles algo incómodo, en una habitación medio derruida. La mitad del techo se había venido abajo y… ¡estaba fuera del Infierno!

Por eso había captado los colores con tanta intensidad al principio. Después de tanto tiempo sumido en la oscuridad, sus ojos se emborrachaban con las diferentes luces y tonalidades. Pero ya se estaban adaptando al nuevo entorno. Y la confusión regresaba a su mente.

—¡Nilia!

—No debes alterarte. —La silueta de un hombre apareció frente a él. Se arrodilló y le puso un vaso de agua en la mano—. Toma, he tenido que cogerla de un charco, lo siento. Aun así, creo que te vendrá bien—. Raven se llevó el vaso a los labios y bebió con avidez. Tragó un poco de tierra pero no le importó. El agua le supo a gloria—. Se veía que lo necesitabas. Yo he bebido o comido nieve muchas veces, pero ahora no queda ni un solo copo.

El hombre lo observaba de un modo extraño. Era evidente que se preocupaba por él, pero Raven detectaba algo más en el modo en que aquellos ojos lo estudiaban.

—¿Dónde estamos?

—En Londres. O en los restos, debería decir. Esa maldita explosión ha convertido la ciudad en un montón de ruinas. ¿No lo recuerdas?

Algo le vino a la mente, por desgracia. Raven había causado la maldita explosión a la que aquel hombre se refería. Había perdido el control una vez más, como siempre, como cuando Maya… No podía creer que hubiese ocurrido de nuevo. Y esta vez, al parecer, había arrasado la ciudad. ¿Cuánta gente habría muerto por su culpa? ¿Cuánta más tendría que morir antes de que aprendiera a dominarse? Era un peligro viviente para quien estuviera cerca de él, una bomba inestable e impredecible. Incluso el propio Dios había muerto por su culpa. Y lo peor era que cada vez que explotaba, más daño causaba. Si en esta ocasión había destrozado Londres, por muy cerca que estuviera de la puerta del Infierno, ¿qué pasaría la siguiente vez que enloqueciera? Sencillamente, no podía consentir que algo así volviera a suceder bajo ningún concepto.

—No, no me acuerdo —mintió Raven—. Yo…

—Se te ve confundido. Creo que te golpeaste la cabeza. Tienes que descansar.

Raven estudió al hombre detenidamente por primera vez. Era alto, de espaldas anchas, y delgado, aunque no tanto como él. Parecía desnutrido, su piel caía flácida, quizá como resultado de haber perdido bastante peso.

—Tengo que irme. No… No deberías estar conmigo.

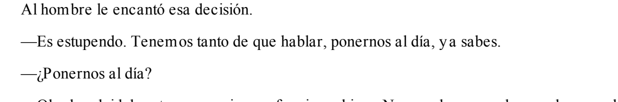
—¿De qué hablas? Te encontré tirado entre cubos de basura. No tenías ni un rasguño pero está claro que tienes que haberte golpeado la cabeza.

—No puedo explicártelo —dijo Raven, levantándose—. Pero…

—Pues deberías —gruñó el desconocido. Y en seguida suavizó su tono—. Lo siento, lo he pasado muy mal y me alegro de ver por fin una cara amiga.

El desconocido lo desconcertaba. Tenía ciertos ademanes bruscos…, casi violentos, y al mismo tiempo parecía triste y desvalido. Raven apreció en él las cicatrices de la soledad, la falta de tacto en el trato con los demás. Sus ojos anhelaban compañía.

—A lo mejor puedo quedarme un rato mientras me repongo.



Al hombre le encantó esa decisión.

—Es estupendo. Tenemos tanto de que hablar, ponernos al día, ya sabes.

—¿Ponernos al día?

—Oh, lo olvidaba, tu memoria no funciona bien. No puedo creer lo mucho que has cambiado.

Un ligero temblor afectó a las piernas de Raven.

—¿M-Me conoces?

—Pues claro que sí. Yo también he cambiado mucho, lo sé, pero en cuanto se despeje tu cabeza…

Raven puso toda su atención en el rostro que tenía delante, en cada rasgo. Buscó el sonido de aquella voz entre sus recuerdos.

—No… No te recuerdo —dijo cerrando los ojos, esforzándose—. Juraría que nunca te he visto. ¿Cómo sé que no intentas engañarme?

—¿Con qué fin? —preguntó el hombre. Raven tuvo que admitir que no se le ocurría ninguno —. No fui muy bueno contigo, lo sé, pero… Bueno, ahora nos volvemos a encontrar y, después de tanto tiempo…

—¡La Onda! ¡Me conoces de antes de la Onda!

—¡Sí! Ya te acuerdas de mí, ¿a que sí?

—¡No! —gritó Raven, desesperado. Después de tanto tiempo esperando recuperar su identidad, la sensación de estar tan cerca era dolorosa—. No puedo… Dime quién soy, ¡por favor!

El hombre retrocedió.

—Eras un… Espera, me suena haber oído por ahí que una imagen puede desbloquear la memoria. Mira. —El hombre recogió un palo del suelo y lo apuntó con él. Era un pedazo de madera viejo y medio carcomido, con algunas letras grabadas en el lateral—. ¡Muévete, escoria! ¿No me has oído, pichón? —Raven, sorprendido por el tono amenazador, dio un paso atrás—. Eh, no, no, tranquilo. Solo actuaba. ¿No me recuerdas? Antes estaba más gordo, pero he conservado a Carlota todos estos años —explicó acariciando el palo de madera—. Es lo único que me quedaba del mundo antiguo, hasta que te encontré.

Raven no entendía nada, no recordaba nada, ni siquiera percibía un cosquilleo familiar entre sus recuerdos. Se acercó al hombre con dos zancadas rápidas y lo golpeó en la mano. El palo salió despedido por la ventana.

—¡Ya basta! —rugió, encolerizado—. Quiero que me digas todo lo que sepas de mí sin

tantos rodeos.

El desconocido se asustó.

—Claro... Yo solo quiero ayudarte.

—¿Hay alguien ahí? —gritó alguien desde la calle—. ¡Arthur! ¿Eres tú?

El hombre hizo amago de ir hacia la ventana, pero Raven se interpuso en su camino.

—¡No! Quiero saber la verdad ahora mismo.

—Pero han dicho mi nombre. Ahí hay alguien...

Arthur, como al parecer se llamaba aquel individuo, no terminó la frase. Abrió mucho los ojos. Raven siguió su mirada hasta sus propias manos y descubrió que temblaban.

—¡Dios mío! —exclamó ocultándolas tras su espalda. Recordó la explosión que acababa de provocar por no mantener el control—. Lo siento mucho. Yo... No sé qué me pasa... Perdóname, por favor.

Cayó al suelo de rodillas. Se obligó a respirar hondo, tomaba tanto aire como podía en cada bocanada. Arthur se sentó enfrente de él.

—No te preocupes. Todos hemos pasado por un infierno desde que esa Onda lo jodió todo.

El desconocido no tenía ni idea de hasta qué punto acertaba con ese comentario.

—Te llamas Arthur, ¿verdad? ¿Éramos amigos?

—Bueno, no exactamente. Tú te llamas...

—No quiero saberlo —cortó Raven—. Ya no... Hice algo terrible, imperdonable, y me he convertido en... Es mejor que no lo sepas. Solo me gustaría saber si alguna vez fui una persona decente..., si tuve una familia.

Arthur reflexionó antes de contestar.

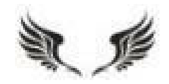
—En tu ficha no figuraba que tuvieses familia.

—¿Mi ficha?

—Tu expediente. Te conocí en la cárcel.

—¿Eres un presidiario?

—No. Yo era uno de los carceleros de Black Rock, una prisión que no te puedes ni imaginar. Me conocían como el jefe Piers. —Hizo una pausa y tomó aire—. Tal vez no te guste lo que te voy a decir, pero el presidiario eras tú.



—¡Asius!

Vyns saltó desde un risco. Desplegó las alas, pero iba tan acelerado que planeó descontrolado y falló al apoyarse en la roca que había previsto utilizar para frenarse. Tras el golpe contra el suelo, la inercia arrastró su cuerpo hasta que la cabeza se estrelló contra un árbol. Asius, apoyado sobre ese árbol, ni siquiera parpadeó.

—Menuda hostia —murmuró Vyns, llevándose la mano a la cabeza. Se levantó, algo aturdido, y se sacudió el polvo de las alas—. Y tú, tranquilito ahí, ¿eh? No hace falta que me eches una mano…

Asius continuó inmóvil.

—No voy a volver.

—¿Todavía no se te ha pasado la rabieta?

—No es una rabieta, Vyns.

—¿Quieres que te sacuda otra vez? Porque te aseguro que lo haré. Se han vuelto todos locos, Asius, no puedes abandonar. Y paso de tus excusas. Ibas a matar a Stil. ¿Y qué? Yo habría hecho lo mismo. Claro que eso puede no ser buena señal... ¡Al cuerno! Aunque de verdad fuese un error matar a ese cerdo, todos nos equivocamos. ¡Y nadie se flagela por ello!

—Ya no hay lugar para más errores.

—Pues no metas más la pata. Las cosas están muy mal. Yala está obsesionado con matar a Nilia. Renuin… No estoy muy seguro, pero parece embobada con Stil. Y luego ha aparecido Capa y el muy pirado se cree que es…

—Quiero estar solo, Vyns.

—Pues lo llevas claro. ¿Crees que me marcharé? Yo he perdido a Lyam. Murió en el Infierno, ¿lo sabías? Yala me lo ha dicho. Pero sigo aquí, luchando contra esa chusma. ¡Voy a vengar su muerte!

—Todos vamos a morir.

Vyns dio un paso atrás y se tambaleó. No esperaba oír algo así de Asius, menos aún con esa seriedad.

—Tal vez me equivoqué contigo. La culpa es mía por querer que tú seas algo que no eres, por intentar ver en ti al mejor de nosotros cuando solo eres un mierda con el pelo rojo y una

espada de hielo. ¿Quieres irte? Pues lárgate. Acabaremos con los demonios sin ti.

Asius se movió por primera vez desde que Vyns llegó.

—Tenemos problemas peores que ellos.

—¿De qué hablas? —gruñó Vyns. Asius no contestó—. ¿Y por qué mueves así la mano? Pareces lelo. Yo…

Entonces lo vio. Algo que no debería estar ahí. Vyns parpadeó y giró a su alrededor.

—¿Qué significa...? —preguntó con miedo. Un miedo absolutamente sincero que nacía en lo más profundo de su ser. Vyns se encogió mientras toda su estructura de creencias se tambaleaba —. ¡Pero qué significa esto! —repitió.

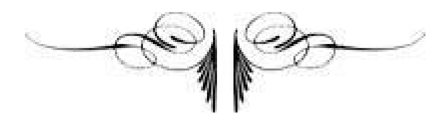
La mano de Asius se desplazó por el aire. Bajo ella, imitando su forma, le seguía una estela negra que se amoldaba a las irregularidades del terreno, un elemento común en el plano de los menores. Por eso Vyns, tras pasar tanto tiempo allí ejerciendo de observador, no se había dado cuenta. Aquella forma oscura era el único fragmento de la realidad que no tenía cabida en el Cielo.

Era una sombra.

Y no era la única. También había una sombra alargada bajo el árbol con el que se había golpeado, y junto a las rocas y... ¡por todas partes! Vyns saltó a un lado para asegurarse de que su propia sombra lo seguía y no se trataba de un efecto óptico. La sombra lo alcanzó.

—No sé lo que significa —admitió Asius—, pero estoy seguro de que no es nada bueno.

Nota del autor. Marzo de 2013



Hace mucho que César y yo ideamos esta historia, pero hasta que no la escribes es muy complicado determinar su extensión exacta. Ahora ya lo sabemos y podemos anunciar que el siguiente volumen será el último.

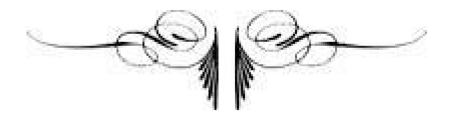
Esperamos que esta tercera parte haya mantenido el nivel de las anteriores y queremos agradecer a todos los seguidores de la saga la paciencia que habéis tenido. Ya solo queda un poco más, un último libro, y todo quedará resuelto.

La guerra terminará en 2014.

Gracias por leer.

Fernando Trujillo Sanz

Contacto con los autores



Club de lectura en Facebook

http://www.facebook.com/groups/ClubdeLecturaFTS/

Espacio donde los lectores intercambian impresiones y comentan las novelas. Los autores contestan toda clase de preguntas y anuncian futuras publicaciones.

Mail

Fernando: nandoynuba@gmail.com

César: cesarius32@hotmail.com

Contacto en Facebook

http://www.facebook.com/fernando.trujillosanz

http://www.facebook.com/cesarius32

Página (fan) de La Guerra de los Cielos en Facebook

http://www.facebook.com/PaginaFanDeLaGuerraDeLosCielos?fref=ts

Blog

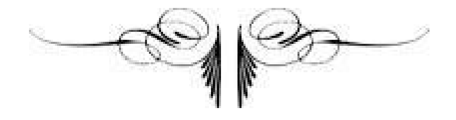
http://eldesvandeteddytodd.blogspot.com/

Twitter

Fernando: https://twitter.com/F_TrujilloSanz

César: https://twitter.com/cesarius32

LA TIENDA DE TEDD Y TODD



Aquí se pueden comprar diversos productos relacionados con las novelas, como camisetas, tazas o fundas para móvil. Hay muchos modelos y tallas diferentes.



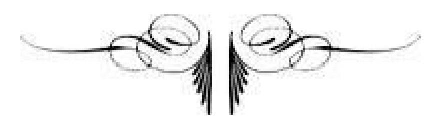


Enlaces a la tienda:

http://www.zazzle.es/teddytodd

http://www.zazzle.com/teddytodd

Otras obras de los autores



NOTA: Todas las novelas están disponibles en formato impreso mediante la modalidad de impresión bajo demanda.

La prisión de BlackRock

El secreto de Tedd y Todd (precuela de La prisión de BlackRock)

Situada 10 años antes de Black Rock, comparte varios personajes y es una historia cerrada y conclusiva. Altamente recomendable si te gusta la saga de La Prisión de Black Rock.

La Biblia de los Caídos

Sal de mis sueños

El secreto del tío Óscar

La última jugada

GRATIS

Asesinato en el campus

Table of Contents

Table of Contents